

Libros del Asteroide



# Jon McGregor

## El embalse 13

Traducción de Concha Cardeñoso



**Jon McGregor**

**El embalse 13**

Traducción de Concha Cardenoso Sáenz de Miera

Libros del Asteroide 

## Índice

Portada

El embalse 13

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

Agradecimientos

Agradecimientos de la traductora

Colofón

Primera edición, 2019  
Título original: *Reservoir 13*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2017 Jon McGregor

© de la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2019  
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Claire Walsh / Arcangel Images  
Fotografía del autor: © Jo Wheeler

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.  
Avió Plus Ultra, 23  
08017 Barcelona  
España  
[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17977-04-7  
Composición digital: Newcomlab S.L.L.  
Diseño de colección: Enric Jardí  
Diseño de cubierta: Duró

El río se mueve.  
El mirlo estará volando.  
Wallace Stevens

*In memoriam*  
*Alistair McGregor*  
*1945-2015*

# 1

Se congregaron en el aparcamiento antes del amanecer y aguardaron a que les dijeran qué debían hacer. Hacía frío y apenas hablaban. En el aire, preguntas que nadie hacía. La niña desaparecida se llamaba Rebecca Shaw. La última vez que se la vio llevaba una sudadera blanca con capucha. Una niebla baja cubría el páramo y la tierra estaba congelada. Recibieron instrucciones y se fueron; el duro suelo crujía bajo sus botas y las huellas desaparecían tras ellos a medida que el brezo se erguía otra vez. Era una niña de un metro y medio de altura y pelo rubio oscuro. Hacía horas que había desaparecido. Nadie levantaba la mirada, nadie hablaba, pero todos se preguntaban qué se encontrarían. Solo se oían los pasos, los ladridos de los perros en la carretera y, a lo lejos, un helicóptero de los embalses. El helicóptero había pasado la noche volando, peinando el brezo con el reflector y agitando arroyos turbulentos, pero no había descubierto nada. Las ovejas de Jackson se habían asustado y se habían dispersado después de saltar una cancela rota, y el hombre tuvo que perder horas de sueño para devolverlas a su sitio. Ni las brigadas de salvamento de montaña, ni las de cuevas, ni la policía habían encontrado nada, y se convocó una búsqueda a medianoche. Enseguida se presentaron voluntarios. La mitad del pueblo ya había salido a buscarla y la gente hablaba de lo que podía haber sucedido. Mala época para subir al monte, decían, algunos excursionistas de los que vienen por aquí no saben lo bruscamente que puede cambiar el tiempo, lo deprisa que cae la oscuridad. Ni se les ocurre que hay lugares donde el móvil no funciona. La niña había ido con sus padres a pasar la Nochevieja en el pueblo, se alojaban en uno de los pajares reconvertidos de Hunter Place. La víspera, al final de la tarde, habían vuelto al pueblo gritando. Hacía demasiado frío para andar por el monte a esas horas. Estará escondida en cualquier parte, decían. Se habrá caído por un barranco. Se habrá torcido un tobillo. Querrá dar un susto a sus padres. Decían muchas cosas así. Únicamente hablaban por hablar, poco importaba lo que les saliera por la boca. La niebla se disipó al amanecer. Desde lo alto

del páramo, si se daban la vuelta, veían el pueblo: el hayedo, las huertas, la torre de la iglesia y el campo de críquet, el río, la cantera y la cementera de la carretera principal que llevaba al pueblo. Había mucho terreno que explorar, muchos sitios en los que la niña podía estar. Siguieron adelante. De vez en cuando destellaba en el horizonte la luz de un coche que pasaba por la autopista. Los embalses eran una lisa lámina gris metálico. Se aproximaba una densa franja de lluvia. Ahora el suelo estaba más blando, y las botas absorbían el agua turbia y aceitosa. Un helicóptero de los informativos pasó en vuelo rasante por encima de los voluntarios. Costaba esfuerzo no mirarlo y saludar. Más tarde la policía celebró una rueda de prensa en el Gladstone, pero no anunciaron más que lo que ya se sabía. La niña desaparecida se llamaba Rebecca Shaw. Tenía trece años. La última vez que se la vio llevaba una sudadera blanca con capucha, un chaleco acolchado azul marino, vaqueros negros y zapatillas de lona. Medía un metro cincuenta y tenía una melena lisa hasta los hombros de color rubio oscuro. Si alguien veía a una niña que respondiera a la descripción, debía ponerse en contacto con la policía. Se reanudaría la búsqueda en cuanto el tiempo lo permitiera. Por la noche, en la plaza, flotaba un resplandor de televisores, humo de los generadores y vocerío procedente del patio trasero del pub. Empezaban a surgir dudas.

A medianoche, cuando llegó el Año Nuevo, los pueblos de más allá del valle lanzaron fuegos artificiales, pero estaban muy lejos para que llegara el ruido, así que nadie salió a verlos. El baile de la casa del pueblo se suspendió y, aunque el Gladstone estaba lleno de gente, el ambiente no era festivo. Tony cerró el bar al cabo de media hora y todo el mundo se fue a casa. En las calles solo quedaron los policías, algunos reunidos alrededor de sus vehículos y otros de vuelta a los montes. Por la mañana empezó a llover de nuevo. El agua que empapaba las turberas se precipitaba por los barrancos y los senderos pisoteados que descendían desde el borde del páramo. El río cargado de sedimentos saltaba por encima de las represas. En el páramo habían señalado con banderines los lugares por los que los padres dijeron que habían paseado. El viento los enrollaba y los azotaba. Las furgonetas de la



televisión llenaban el aparcamiento de la oficina de información turística, en donde se congregaban los periodistas. En la casa del pueblo se dispusieron tazas y platillos verdes en las mesas de caballetes, las teteras hervían y el olor de los bollos con panceta se esparcía a través de la lluvia. En Hunter Place salían voces de los pajares reconvertidos en los que se alojaban los padres, tan altas que el policía las oía desde la calle. Jess Hunter salió del edificio principal con una taza de té. Un helicóptero que venía de los embalses pasó ladeado, despacio, por encima del río, la represa, la cantera y los bosques. Los buzos volvieron a rastrear el río. Detrás de un cordón que había al lado del puente de caballos de carga, un grupo de periodistas, sobre cuyas cabezas se formaba una nube de vaho, apuntaba con las cámaras al tramo vacío de río esperando el momento de disparar. En los pastos de la ribera dos hijos de los Jackson se arrodillaron junto a una oveja caída. Cuando apareció el primer buzo, una lustrosa cabeza cubierta de neopreno que se movía lentamente en el agua, se oyeron los clics de los obturadores. Después apareció otro por el meandro, y luego el tercero. Por turnos, se metieron bajo el ojo del puente y desaparecieron. Los fotógrafos desmontaron rápidamente las cámaras de los trípodes y empezaron a recoger sus equipos. Uno de los chicos de Jackson cruzó el campo botando en un *quad* y les dijo a los periodistas que se fueran. El río pasaba vacío y veloz. Cerraron la cementera para facilitar la búsqueda. Al cabo de una semana brotaron las primeras campanillas blancas en los márgenes de más allá del campo de críquet, aunque el invierno no había hecho más que empezar. En la sala de profesores del colegio, las maestras esperaban con el abrigo puesto. Cualquier cosa que se dijera habría parecido fuera de lugar. Las cañerías de la calefacción hacían unos ruidos que casi todas conocían muy bien, y el ambiente de la sala se distendió. La señorita Dale preguntó a la señora French si su madre se encontraba mejor y esta le resumió los aspectos en los que no había mejorado. La sala volvió a quedar en silencio, salvo por el golpeteo del radiador. Llegó la señora Simpson y agradeció que hubieran llegado más temprano. Todas respondieron que por supuesto, cómo no, dadas las circunstancias. La señora Simpson explicó que la idea era seguir con las clases con normalidad, pero que debían estar dispuestas a hablar de la situación si los alumnos hacían preguntas. Cosa que era de esperar. Llamaron a la puerta y entró Jones, el bedel, para anunciar que

la calefacción empezaría a funcionar enseguida. La señora Simpson le pidió que no se olvidara de echar gravilla fina en el patio. Él respondió diciéndole con la mirada que no necesitaba que se lo recordara. Cuando los niños empezaron a llegar al colegio, la señora Simpson salió a la puerta a recibirlos. En cuanto entraron, los padres se quedaron en las inmediaciones hasta que vieron que cerraban las puertas con llave. Algunos parecían tener la intención de quedarse allí todo el día. Los niños mayores esperaban en la parada del autobús que los llevaría al instituto, en la ciudad. Ya eran adolescentes. Era el primer día después de las vacaciones, pero no hablaban mucho. Hacía frío y se habían calado la capucha todo lo posible. Los coserían a preguntas sobre la niña desaparecida durante todo el día, como si ellos supieran más de lo que habían oído en las noticias. Lynsey Smith dijo que seguro que la señora Bowman les preguntaría si querían hablar de ello. Puso la palabra «hablar» entre comillas con los dedos. Deepak dijo que así al menos se librarían de la clase de francés. Sophie desvió la mirada y vio a Andrew esperando en la otra parada con Irene, su madre. Tenía la misma edad que ellos pero iba a un colegio especial. Llegó el autobús del instituto y James advirtió a Liam que no se le ocurriera soltar gilipolleces de Becky Shaw. La nieve caía y cuajaba formando una capa espesa. En la iglesia se celebró un oficio. La vicaria pidió a la policía que no permitiera acercarse a los medios. Añadió que podía asistir todo el que lo deseara, pero que nada de fotografías, grabaciones ni libretas. No quería que convirtieran en un espectáculo el dolor de la plegaria en comunidad. Aunque los coadjutores sacaron más asientos, mucha gente tuvo que quedarse de pie en las naves laterales. Los hombres que no tenían costumbre de ir a la iglesia se apoyaban en los extremos de los bancos retorciendo el sombrero entre las manos. Algunos de brazos cruzados, expectantes. Los habituales les prestaron misales abiertos por la página correspondiente. La vicaria, Jane Hughes, dijo que esperaba que nadie hubiera acudido en busca de respuestas ni de consuelo. No existe consuelo para la situación en la que nos hallamos hoy, dijo. No hay consuelo posible para los padres de la niña ni para los familiares que han venido al pueblo para ofrecerles apoyo. Tampoco para los agentes de policía que han realizado las operaciones de búsqueda. Solo podemos confiar en encontrar a Dios entre nosotros en estos momentos de aflicción. Lo único que podemos pedir es que

no nos abrume un dolor en el que no debemos recrearnos sino, al contrario, que la fe nos eleve y nos permita ayudar como se nos pida a esta familia que sufre. Hizo una pausa y cerró los ojos. Tendió las manos con la esperanza de que pareciera un gesto de llamada a la oración. Los hombres que estaban de brazos cruzados no cambiaron de postura. El coadjutor tocó la campanilla tres veces y el sonido viajó en la clara mañana por todo el valle, hasta la cantera vieja. A finales de mes salió el sol y los campos se esponjaron. La nieve de los tejados se deshacía y caía con un ruido sordo que conmovía el aire quieto. Corrían rumores, solo rumores, sobre el paradero de los padres. Se decía que estaban fuera de sí.

En febrero la policía organizó una reconstrucción de los hechos con actores de Manchester. No habían encontrado pistas y querían hacer un nuevo llamamiento a la población. Abrieron el acceso a la prensa hasta Hunter Place y dieron indicaciones sobre lo que se debía filmar. Hacía un día claro, ribeteado de escarcha. El agente de prensa pidió silencio. Se abrió la puerta del pajar reconvertido y apareció una pareja de unos cuarenta años y, detrás, una niña de unos trece. La mujer era delgada, rubia, con el pelo corto. Llevaba un impermeable azul oscuro y vaqueros negros, ceñidos, por dentro de unas botas de caña alta. El hombre era alto, huesudo, de pelo oscuro y áspero y gafas de montura negra. Vestía un anorak gris marengo, pantalones de excursionista y calzado negro. La niña parecía alta para su edad, tenía una melena rubio oscuro hasta los hombros y un gesto de fastidio muy logrado. Llevaba vaqueros negros, sudadera blanca con capucha, chaleco azul marino y zapatillas de lona. Se metieron los tres en un coche plateado que estaba aparcado a la puerta del pajar reconvertido y salieron despacio a la calzada. Los fotógrafos corrieron a su lado. En la oficina de información turística, los actores esperaron a que los fotógrafos se situaran y después se apearon del coche y se pusieron en marcha hacia el páramo. La niña se quedó atrás y los actores que hacían de padres volvieron la cabeza tres veces para decirle que se apresurara y que no se separara de ellos: las tres veces la niña respondió dando una patada en el suelo y aflojando la marcha un poco más. Los dos adultos se cogieron de la mano y siguieron andando, y la niña apretó el paso.

Más tarde se confirmó que esta secuencia de acciones se había reconstruido según las entrevistas que había hecho la policía. Los dos adultos siguieron andando hasta culminar el primer repecho y perderse de vista; unos momentos después, también la niña desapareció. Las cámaras fotografiaron el aire vacío. El agente de prensa agradeció a todos su presencia. Los tres actores volvieron del monte. La cementera reanudó su actividad y las calles se llenaron de polvo plateado. Los trenes de mercancías iban y venían por el monte describiendo una larga curva entre los árboles. Una claridad mortecina se movía lentamente por el páramo, quedaba atrapada en zanjas y barrancos inundados, y fue declinando hasta que las nubes taparon todo el cielo. Al anoecer, en la orilla del río, cerca de la represa, una garza real se detuvo a mirar el agua. Una niebla lenta cayó de los montes. A las cuatro de la madrugada, Les Thompson estaba en pie, llevando a las vacas por el patio para ordeñarlas. Unas horas después se vio a la vicaria ir a Hunter Place en coche. Estuvo allí una hora con los padres de la niña desaparecida y después no habló con nadie.

\* \* \*

La investigación prosiguió. A finales de marzo el tiempo había mejorado y los padres seguían en Hunter Place. No había novedades. Una mañana, Jane Hughes volvió a hacerles una visita y, al pasar por casa de Jackson, lo vio con sus hijos a la puerta de la nave. Parecía que hubieran trabajado mucho y no entendieran la necesidad de que se notase. Bebían té y fumaban. De la casa salía el olor del almuerzo que estaban preparando. Will Jackson no se acordó de que tenía que ir a casa de la madre de su hijo a buscar al chico para llevarlo al colegio hasta que vio pasar a los primeros niños camino de la escuela. La furgoneta no arrancaba, así que cogió el *quad*; ya sabía que a la madre del chico no le haría ninguna gracia, que sería un argumento más contra él. Cuando llegaron al colegio, las puertas estaban cerradas y Will tuvo que llamar a Jones, que estaba en el cuarto de calderas, para que les abriera. Acompañó al chico hasta el aula. La señorita Carter aceptó sus disculpas, mandó sentarse al chico y preguntó a Will qué le parecería que organizara una visita escolar en la época de la paridera. Él respondió que la paridera ya

había empezado y a ella le sorprendió. La maestra le preguntó si ya habían parido todas y él respondió que si quería organizar una visita escolar se lo pidiera a su padre por escrito. No lo había oído hablar tanto desde hacía semanas. Cuando volvió a la nave, sus hermanos estaban dentro. En su ausencia habían perdido una oveja. Se celebró una junta del concejo parroquial. A Brian Fletcher le costó lo suyo que la gente se ciñera al orden del día, aunque al final tuvo que reconocer que, dadas las circunstancias, era difícil centrarse en asuntos relacionados con el aparcamiento. La junta se aplazó. La policía celebró una rueda de prensa en el salón de actos del Gladstone y anunció que estaban tras la pista del conductor de una furgoneta LDV Pilot roja. Los periodistas preguntaron si se lo consideraba sospechoso y el inspector al cargo contestó que no desestimaban ninguna posibilidad. Los padres de la niña estaban sentados detrás del inspector sin decir nada. Por la tarde un fuerte viento se llevó las nubes rápidamente hacia el este. Un mirlo pasó volando bajo por el jardín del señor Wilson con un poco de paja seca en el pico para un nido. Al pie de las hayas de detrás del Close los colémbolos se alimentaban de fragmentos de hojas secas. Por la noche, desde el monte se veían las luces de la autopista, rojas y blancas, adelantándose unas a otras, y las nubes flotando en lo alto. Habían buscado a la niña desaparecida. La habían buscado por todas partes. La habían buscado en el patio de Thompson, entre las ortigas que crecían alrededor del roble caído. Antes de abandonar, buscaron hasta debajo de las losas de pavimentar y de las planchas de contrachapado. La habían buscado en Hunter Place, en la parte trasera de los pajaros reconvertidos, en las cocheras, en las leñeras y en los talleres, en el soto, en los invernaderos y en los jardines vallados. La habían buscado en la cementera, recorriendo con inquietud los enormes edificios, asomándose un poco por detrás de las carretillas y los montacargas, en la sala del personal y en la cantina, y volvieron a salir sigilosamente, con las manos y la cara cubiertas de polvo blanco. Por la noche algunos soñaron con lugares a los que podría haber ido. Soñaron que la veían bajar del páramo empapada, casi morada de frío; soñaron con ser los primeros en acercarse a ella con una manta y llevarla a casa sana y salva.

En abril, cuando llegaron las primeras golondrinas, los excursionistas volvieron a los montes. Los oían hacer conjeturas en el aparcamiento, mientras cargaban mochilas. Hacia dónde se habría ido la niña, hasta dónde habría llegado. Hacia el norte, habría llegado a la autopista al anochecer. Hacia el este, habría topado con los embalses. Hacia el oeste, habría alcanzado las crestas, donde el brezo y la tierra se deshilachaban en el aire y la grava se precipitaba monte abajo. Con qué tiempo se habría encontrado. Y con ese calzado. Había tantos sitios por donde caerse... Cómo no la habían encontrado aún, ahora que los días eran más largos, el sol alcanzaba ya los últimos rincones del valle y los primeros helechos empezaban a desenroscarse en la tierra negra y fría al pie de los fresnos. Por las noches, en los noticiarios, se mostraban las mismas fotografías: una imagen aérea de la partida de búsqueda en el páramo; los buzos en el agua; cuando se llevaban a los padres del lugar; la fotografía de la niña. En la fotografía llevaba la misma ropa que en la descripción y tenía la cara en escorzo. Daba la sensación de que quisiera estar en otra parte, decía la gente. Los inspectores fueron a ver a la madre otra vez. A veces le hacían preguntas nuevas. En el colegio, antes de que llegaran los niños, la señorita Carter llenaba de agua unas jarras de aluminio del comedor y ponía en ellas ramas de sauce cargadas de brotes. En las huertas nacía el brócoli morado, los cogollos brotaban limpiamente, tan dulces al paladar que muy pocos llegarían a la época de cosecha. Se vieron peritos en el monte, alrededor de Stone Sisters. Corría el rumor de que trabajaban para una empresa de canteras. El baile anual de primavera estuvo a punto de suspenderse, pero Irene propuso que se celebrara en favor de una organización pro niños desaparecidos y nadie se opuso. Sally Fletcher se ofreció a colaborar después de que Irene la mirara fijamente el tiempo necesario. Los buzos se ataron las cuerdas de nuevo y se sumergieron en el embalse mientras las garzas reales sobrevolaban la falda del monte. Las hojas volvieron a los árboles. Una lluvia fina en forma de nubes de humo regaba los campos.

El fin de semana del Primero de Mayo había cola en la carnicería, pero ni mucho menos tan larga como otros años. Ni mucho menos tan larga como

necesitaban Martin y Ruth para mantener abierto el negocio. Martin no había querido hablar de esto, aunque era cada vez más evidente y nadie hacía preguntas. Irene estaba al principio de la cola contando a todo el mundo lo que sabía sobre la situación en Hunter Place. Ella limpiaba allí y sabía un par de cosas. ¿Te imaginas lo que será para los padres?, decía. Tener que vernos a todos aquí, como si no hubiera pasado nada. Ruth opinaba que, desde luego, no esperarían que la vida del pueblo se paralizase. Llegó Austin Cooper con ejemplares del boletín *Valley Echo* y los dejó encima del mostrador. Ruth le dio la enhorabuena y él se quedó perplejo un momento, pero después sonrió y se dirigió otra vez a la puerta. Irene lo miró marcharse y preguntó si Su Cooper estaba embarazada. Ruth dijo que sí, por fin, y Gordon Jackson, que estaba al final de la cola, preguntó si sería posible que le sirvieran antes de que naciera el niño. Una grúa se acercaba lentamente por la estrecha calle cargada con una furgoneta LDV Pilot roja, seguida por un coche de policía. La furgoneta iba envuelta en plástico transparente. Martin se limpió las manos en el mandil y salió a verla pasar. Gordon salió con él y encendió un cigarrillo. Martin asintió. Esto cambia las cosas, dijo. Volvieron las golondrinas en gran número, se las veía entrar y salir volando por las puertas abiertas de la nave de los Jackson, de los establos de los Thompson y de los edificios anejos a las tierras de los Hunter. La comisión de la fiesta de los pozos\* no se ponía de acuerdo en si debían celebrarla o suspenderla, dadas las circunstancias. Nadie recordaba que se hubiera suspendido ni un solo año. Pero ningún año había sido como ese. Finalmente decidieron engalanar los pozos, pero sería una celebración discreta. Hubo quien afirmó haber visto a la niña. La primera fue Irene, en el puente peatonal cerca de los salones de té, cruzando hacia el otro lado. Iba sola, dijo Irene, volvió un poco la cara y no quiso mirarme de frente. Desapareció antes de que pudiera darle alcance y no sé hacia dónde se fue. Supe que era ella. Se informó a la policía y salieron en su busca, pero no encontraron nada. Ese día había muchas familias jóvenes en la zona, dijo el portavoz de la policía. Pero sé que era ella, insistió Irene. Llovía, el río venía crecido y los espinos de los prados de la ribera florecían como espuma blanca. Los senderos se cuajaban de perifollo silvestre y la sombra de los árboles se hacía más densa. Se llevaron el ganado más arriba, a los puertos, y los salones de té de la represa del molino inauguraron la

temporada. En el cobertizo de Thompson los hombres trabajaban en la empacadora para tenerlo todo listo cuando llegara la siega. La hierba estaba alta, pero últimamente el tiempo no acompañaba. La lluvia repicaba con fuerza y constancia en el tejado. Los embalses se llenaron.

Habían hallado la furgoneta detrás de los almacenes del embalse número 7. Esa zona había sido registrada en los días posteriores a la desaparición de la niña, lo cual significaba que probablemente la habrían dejado allí en una fecha posterior. Tal vez alguien hubiera visto cómo la dejaban. Tal vez alguien recordara quién la conducía. La policía pedía la colaboración de cualquier posible testigo, y en esos momentos intentaba dar con el propietario. Las placas de matrícula eran falsas y habían limado el número del chasis. Se llevaron la furgoneta del lugar y la sometieron a un pormenorizado análisis forense. Estas ruedas de prensa empezaban a ser inquietantemente habituales. Se sacaban las sillas y se colocaban las cámaras en su sitio. La sensación de tedio iba en aumento. El volumen de lo que no se decía iba en aumento. La sala se vaciaba y se recogían las sillas. Barrían el suelo, apagaban las luces y Tony regresaba al bar. El hinojo silvestre crecía vistoso y abundante al abrigo de la cantera vieja, y cuando Winnie fue a recoger un poco encontró preservativos anudados por el suelo una vez más. Lo que le sorprendía era que los anudaran. En la otra orilla del embalse número 8 se vio a un hombre con anorak gris marengo y la capucha puesta, y estuvo allí un buen rato, hasta que dio media vuelta y se internó entre los árboles. Martin Fowler se presentó en el puesto que la policía había instalado en la plaza y les dijo lo que sabía sobre el conductor de la furgoneta roja. Eso fue después de hablar con Tony. Martin le había dicho que sabía que el hombre se apellidaba Woods y Tony le había preguntado por qué no se lo había contado ya a la policía. Martin explicó que no le gustaba hablar de esa clase de tipos con la policía. Tony lo convenció. En lo que Martin contó sobre Woods a la policía había ciertas lagunas relacionadas con metal de desecho, pesca furtiva y gasóleo B. Se sabía que Woods tenía algo que ver con esta clase de negocios, y Martin también había participado en alguna ocasión. A la policía eso no le interesaba: solo le interesaba el paradero de



Woods, por qué había escondido la furgoneta y por qué la habían visto el día en que desapareció la niña. A pesar de sus reticencias, le sonsacaron la información. Después, en el pub, hablaba nervioso con Tony de las consecuencias. Para Woods es muy importante la discreción, dijo. Tiene contactos. Así que ya ves en lo que me has metido. Vamos, anda, Martin. Es una niña de trece años. Piénsalo. Pero es que tú no conoces a Woods, dijo Martin. Y si lo conociera habría ido a la policía antes que tú, replicó Tony. Se miraron mientras Martin apuraba el vaso y salieron. En las noticias de la noche mostraron un retrato robot. La policía dijo que querían descartar a ese hombre de la investigación. Los adolescentes habían quedado para beber en el pabellón de críquet. Sophie Hunter tenía una botella de vino que había cogido de la bodega de sus padres y dijo que tardarían años en darse cuenta de que faltaba. Estuvieron un buen rato intentando abrirla, hasta que al final Liam empujó el corcho hacia dentro con un destornillador. Hablaron de la niña otra vez. James Broad se preguntó si no sería mejor contar algo. Los otros dijeron que no tenía sentido. Ya habían hablado del asunto. No cambiaría nada, dijo Lynsey. La chica ha desaparecido. Solo conseguirías meternos a todos en un lío del copón. Pero tú no estabas allí, dijo James. No fue más que un malentendido, le dijo Deepak. No hiciste nada malo. Se sentaron en las escaleras del pabellón, bebieron vino y se preguntaron entre ellos si les hacía efecto. Ninguno sabía exactamente qué efecto esperar. Cuando el vino se terminó, hacía rato que habían dejado de hablar. Sophie escondió la botella debajo de los escalones del pabellón y se fueron todos a casa. El aire se había recalentado inesperadamente y chocaron unos con otros varias veces. Hablaban más alto de lo que creían.

Se vio a los padres de la niña en los alrededores de la oficina de información turística, subiendo la colina con un par de inspectores. Desde lejos, sus movimientos parecían rígidos y lentos. Dieron una amplia vuelta por la zona en la que se la había visto por última vez. Se habían retirado los banderines y ahora nada señalaba el lugar. Nadie lo habría notado a no ser que lo supiera de antemano. Se fueron por el viejo camino de herradura que conducía a los embalses pasando por Black Bull Rocks. Estuvieron casi toda la tarde en el

monte y cuando volvieron había fotógrafos esperándolos en el aparcamiento. Habían pasado más de seis meses y todavía no se sabía nada. Ni huellas, ni prendas de ropa, ni presuntos implicados ni imágenes de alguna cámara de videovigilancia. Era como si se la hubiera tragado la tierra. Los periodistas usaban esta expresión a modo de metáfora o hipérbole; los del pueblo sabían que podían ocurrir esas cosas. La gente se preguntaba cuánto tiempo alargarían los padres la estancia en el pueblo. Los Hunter anularon todas las reservas para los pajares reconvertidos, pero ignoraban hasta cuándo podrían sostener la situación. Se los veía poco, y si sabían algo no lo decían. Se sabía que la reverenda Hughes iba a verlos. La gente seguía depositando flores y velas en la oficina de información turística y se planteó la cuestión de qué hacer con ellas. Habían visto al padre de la niña paseando. Se ignoraba qué pretendía. Irene dijo que el hombre no lo estaba encajando bien y alguien le preguntó cómo demonios se imaginaba ella que podía encajarse una cosa así. Localizaron a Woods trabajando en seguridad en un edificio de Manchester. Lo detuvieron y lo interrogaron largo y tendido. No encontraron nada que lo relacionara con la desaparición de la niña y tenía coartada para la noche de autos. Resultó que la furgoneta que habían visto no era la suya. Lo soltaron e inmediatamente volvieron a detenerlo por una serie de acusaciones de robo y venta de artículos robados. En el campo de heno situado al sur de la iglesia, unos faisanes silvestres se movían entre la hierba. Las madres dirigían a los polluelos a picotazos y gritos y las bandadas se dispersaban al menor ruido. Cathy Harris dio la vuelta al prado y cruzó el río con el perro del señor Wilson. Al llegar al bosque soltó al perro y se coló por el angosto paso abierto en el murete de piedra. La gente quería que la niña volviera y que les contara dónde había estado. Podía haber desaparecido de muchas formas y pensaban en ellas a menudo. Podía haber bajado del monte corriendo y haberse encontrado en la carretera con un hombre que la hubiera invitado a subirse al coche; este podía habérsela llevado y haberla enterrado en una densa arboleda junto a un cruce de la autopista cien kilómetros al norte, y allí estaría todavía, bajo la tierra fría y húmeda. Algunos soñaban que volvía andando a casa. Andando por el arcén de la autopista, andando por el páramo, saliendo de las aguas oscuras de uno de los embalses con el pelo chorreando y la ropa envuelta en largas algas verdes.

Los últimos días de agosto hacía un calor sofocante y todo lo que tenía que moverse se movía despacio. Las huertas reventaban de judías verdes y calabacines, las plantas se desparramaban hasta los senderos. Las gordas abejas tropezaban con las flores y las babosas se atiborraban. Los primeros corderos estaban listos para la venta y los chicos de Jackson tenían mucho trabajo seleccionándolos y cargándolos en el remolque. En el campo de críquet se perdió el partido anual contra Cardwell. La madre de la niña iba a la iglesia de vez en cuando. Llegaba justo antes de que empezara el oficio acompañada por la vicaria, que la llevaba hasta un asiento reservado para ella en la nave lateral, y se iba mientras cantaban el himno de despedida. Habían llegado a un acuerdo. En ocasiones Jess Hunter la esperaba fuera, en el coche. La gente comprendía que no había que molestarla. Cuando llegaba el momento de darse la paz, ella estrechaba brevemente la mano con una sonrisa que, a decir de unos, parecía defensiva, y a decir de otros, de agradecimiento. A finales de verano, los adolescentes organizaron su propia partida de búsqueda. Se le ocurrió a James. Podían ir andando por el páramo hasta el embalse número 13 y registrar todos los rincones que la policía sin duda habría pasado por alto. Si encontraban algo saldrían en las noticias. Liam dijo que podían llevarse unas latas y convertirlo en una partida festiva. Una partida de búsqueda festiva. Lynsey dijo que no tenía ninguna gracia tomárselo a broma. Salieron temprano. Liam, James, Deepak, Sophie y Lynsey; cada cual dio a sus padres una excusa distinta. Se reunieron en el aparcamiento junto a las huertas y atajaron por el hayedo con el aire aún fresco de la mañana. Tenían ideas sobre lo que le había sucedido a Becky, basadas en lo que sabían de ella, en lo que creían que habrían hecho ellos en la misma situación y en lo que conocían del paisaje. La habían visto el verano anterior, cuando la familia pasó quince días en Hunter Place, y habían estado con ella más tiempo del que la gente sabía. Por eso tenían la sensación de estar involucrados. A mediodía, cansados y acalorados, se detuvieron en un cruce de caminos. Al pie del monte había un cobertizo en ruinas en el que Jackson guardaba provisiones y aperos. Tenían sed y bebieron entre todos las dos únicas latas de cerveza que habían podido coger. Los grillos cantaban entre el brezo y un escarabajo trepó por la mano de Lynsey. Las ovejas

entraban y salían del cobertizo buscando la sombra. ¿Habían registrado allí?, preguntó Deepak. Por supuesto, dijo Liam. Yo mismo registré todo esto. Cogí una cámara térmica de esas; nada. Deepak le dio el manotazo de rigor por soltar chorradas. Han buscado en todas partes, dijo James, ¿qué pintamos aquí? Nadie le respondió. Lynsey y Sophie ya habían cerrado los ojos, y esta empezaba a quemarse al sol del mediodía. Las mariposas libaban en el brezo. Pasó un avión. ¿Qué hora es?, preguntó Liam. Las doce, más o menos, dijo James con los ojos cerrados. El brezo empujaba con firmeza debajo de él. Estaban tumbados, más cerca unos de otros de lo que solían. A alguien le rugieron las tripas pero nadie dijo nada. A lo lejos se oía ruido de tráfico y de maquinaria agrícola. Se durmieron. Al cabo de un rato, James vio a un hombre subiendo por el camino hacia ellos, hurgando entre el brezo con un palo. Cuando llegó a su altura pasó de largo sin ver a los cinco, que seguían tumbados. Llevaba un anorak gris marengo. James se levantó y se saludaron con un movimiento de cabeza. Quería decirle que lamentaba mucho lo de su hija, pero lo único que le salió fue «lo siento». El hombre saludó de nuevo y siguió andando. Más tarde James no estaba seguro de si aquello había sucedido realmente. Hacía demasiado calor para llevar anorak. Por la tarde subieron los cinco hasta la cima del monte, desde donde se veía el embalse número 8, y resultó que Liam llevaba vodka. Encontraron la boca de una mina que no habían visto hasta entonces y entraron con linternas, dejando un rastro de huellas en el barro tras ellos y asustándose entre sí. Hubo un momento en que Lynsey se espantó y se agarró del brazo de Deepak. Cuando salieron de la mina ya era de noche y, confundidos, descendieron por otra cara del monte. Cuando por fin llegaron a casa las consecuencias fueron peores de lo que se imaginaban. Sus padres estaban furiosos y los agarraron con fuerza, y había agentes de policía esperando para interrogarlos.

\* \* \*

Su Cooper cambió la decoración de la habitación pequeña del piso de los pajaros reconvertidos en el que vivía para poner allí a los gemelos. Austin se ofreció a ayudarla, pero le dijo que bastante trabajo tenía con el *Echo* y que quería tenerla lista cuanto antes. Él le preguntó qué quería decir con eso. Su

puso cortinas de animales en las ventanas, montó la segunda cuna con mayor facilidad que la primera y clavó ganchos en el techo para colgar móviles. Dobló la ropita blanca, la guardó en los cajones, dejó pañales encima del armario y ordenó los juguetes en una estantería. Era una habitación pequeña, pero parecía que cabía todo lo que los niños iban a necesitar. Era un piso pequeño. Había sido el dormitorio de los mozos de cuadras. Nunca se había considerado una vivienda apropiada para una familia. Pero Su y Austin se enamoraron de él desde el primer momento y estaban decididos a que aquello funcionara. Ella había comprado unas cestas que cabían perfectamente debajo de las cunas, para guardar cosas. Sabía que era arriesgado hacer tantos preparativos tan pronto. Algunas personas tenían ciertas supersticiones en torno al embarazo. Sabía que a su madre no le parecería bien. Pero ella quería hacerlo. Quería tenerlo todo listo. Todavía no conocía a la gente del pueblo lo suficiente para pensar que alguien la ayudaría. No sabía si Austin estaría a la altura de las circunstancias. Sospechaba que no. Sospechaba que sería de los que se quedan mirando dulcemente a su hijito sin darse cuenta de que necesita que le cambien el pañal u otra toma de biberón. Les proporcionaría cuanto necesitaran, eso lo sabía. Había esperado hasta estar segura de ello. Pero Austin no tendría ni idea de lo que había que hacer. Estaba preparada para eso. Era un hombre sentimental y sin el menor sentido práctico para todo lo que no fuera escribir, editar e imprimir. Dio cuerda a los móviles infantiles y se quedó escuchando las melodías, mirando a los caracoles y ranas girar alrededor del sol. Salió de la habitación y cerró la puerta antes de que la música terminara. Los tejones del hayedo se cebaban deprisa, engordando para el invierno. Hurgaban en familia en el suelo del bosque, olisqueando y chocando unos con otros, descubriendo lombrices y bayas caídas. Su manto de piel era cada vez más grueso. El río se arremolinaba al pasar por el puente de caballos de carga y seguía su camino hacia la represa del molino.

Se atrasaron los relojes y las noches ganaron la partida a los cortos días. Estaba oscuro cuando los adolescentes volvían a casa desde la parada del autobús. Vieron a un hombre que encajaba con la descripción del padre de la niña alejándose del pueblo a pie; en la otra punta del bosque de Ashbrook,

más allá de los trece embalses. Se informó de la presencia de un hombre con anorak gris marengo caminado por el arcén de la autopista. Los helechos se iban secando en ringleras por todo el monte. Algunos soñaron que la niña desaparecida aparecía boca abajo en un charco de agua, o que se la llevaban sana y salva. Pasó la Noche de Gamberradas,<sup>\*</sup> pero no fue nada en comparación con los años anteriores. Nadie estaba de humor, aparte del que llenó de globos la cabina telefónica. Los chicos de Jackson llevaron el rebaño al redil y pasaron el día esquilando traseros, preparando a las ovejas para la monta. En la escuela se encendían las luces temprano y salía humo negro del cuarto de calderas. En la sala de profesores, la señorita Carter repasaba el plan de clases semanal con la señora Simpson. Cuando terminaron, la señora Simpson le preguntó qué tal se estaba aclimatando. La señorita Carter asintió brevemente y dijo que bien, aunque no le resultaba fácil conocer gente. La señora Simpson se rio y dijo que la entendía perfectamente, y que si había probado a pegar una fotografía pequeña en la lista para refrescar la memoria. La señorita Carter dijo que no se refería a los niños. Creí que usted se refería a la aclimatación general en el pueblo, aclaró. La señora Simpson se disculpó y dijo que para evitar malentendidos debía saber que ella nunca preguntaba a los maestros sobre su vida privada. Lo único que nos interesa es lo que ocurre entre estas cuatro paredes, le dijo. Se inspeccionaron los embalses una vez más y se tomó nota de los posibles desperfectos. Al anochecer, las palomas torcaces se reunían para dormir juntas.

En noviembre, Austin Cooper y su mujer regresaron a casa con gemelos y los subieron por las escaleras hasta el piso de los pajares reconvertidos. Cuando se volvió para cerrar la puerta, Austin se quedó un momento en el umbral mirando la calle como esperando una ovación, o incluso como si la oyera. Le parecía que se la merecía. Nunca había creído que pudiera encontrar una amistad tan profunda como la que tenía con Su, y, diez años después, la llegada de los gemelos era un broche de oro que se había acostumbrado a no esperar hacía mucho tiempo. En algún momento, en alguna vida, debía de haber hecho algo bien. Irene lo vio cerrar la puerta, vio la luz profunda que brillaba en sus ventanas y se acordó de cuando había llegado a casa con su

Andrew hacía ya catorce años. Pero cuando fue al Gladstone y se lo contó a la gente, lo único que le dijeron fue por todos los diablos, con esas escaleras, ¿cómo va a subir un cochecito de gemelos por esas escaleras? Esa primera noche, Austin no durmió. Preparó una bebida caliente para Su mientras ella llamaba por teléfono a sus padres y amigos y les contaba las novedades una y otra vez, y más tarde se dedicó a entrar y salir de la habitación para ver qué tal dormía la familia, hasta que se acostó al lado de su mujer y se quedó escuchando las diferentes respiraciones: la de Su, larga y mesurada; la de los gemelos, rápida y superficial, como si hubieran venido al mundo solo para coger aire. Por la noche hubo llantos y tomas y cambios de pañales, pero sobre todo hubo momentos en que lo único que se oía eran las respiraciones, y Austin tenía la sensación de que lo único que tenía que hacer para mantenerlos a salvo era seguir despierto, que eso era lo único que se esperaba de él en ese momento. Al anoecer, cuando Su hablaba por teléfono con sus padres, había intentado entender algo de lo que decía. Conocía las palabras «madre», «padre» y «niños», pero nada más. Creía que también sabía cómo se decía contenta, pero Su hablaba tan deprisa con sus padres que nunca estaba seguro. Suponía que estaba contenta. En realidad, parecía sobre todo cansada. Hacía mucho tiempo que lo esperaban; ella lo había intentado con muchas ganas y ahora toda aquella tensión de su cuerpo carecía de sentido. Parecía un cansancio cómodo, un alivio. Por la forma en que sostenía a los gemelos, la forma en que se movía en torno a ellos o se agachaba a hacerles pequeños retoques cuando él los cogía en brazos, Austin entendía que ella sabía exactamente lo que había que hacer. Y que saberlo no le causaba sorpresa siquiera. Esta serenidad era una de las cualidades de Su que siempre le habían encantado. Como si hubiera sabido desde el principio que la vida era así. La primera noche que pasaron juntos, la expresión de su cara por la mañana era como si dijera: bien, pues ha ocurrido lo que tenía que ocurrir. ¿Qué esperabas? A primera hora de la mañana se encendieron las luces de abajo, en los establos que Austin había convertido en la oficina del *Valley Echo*. La luz blanca de la oficina resultaba cruda en contraste con el amanecer y por la ventana se le veía justo la coronilla; estaba trabajando en las últimas páginas del nuevo número; añadió algo en la columna de anuncios, pero con discreción, para no aprovecharse de su posición. Y una

semana después, cuando el número apareció en los buzones de las casas y en los mostradores de las tiendas, los pocos que no lo sabían ya solo pudieron leer: «Su Lin Cooper y Austin Cooper anuncian el feliz nacimiento de sus hijos gemelos, Han Lee Lin y Lu Sam Lin, y agradecen las felicitaciones que han recibido».

En la escuela, las luces del vestíbulo se encendieron temprano. Estaban haciendo los preparativos para la reunión de Navidad. Jones había recogido ramas de acebo y de abeto en el bosque y la señora Simpson, de rodillas, las colocaba alrededor del nacimiento. La señorita Carter le pidió a Jones que sujetara la escalera de mano mientras ella colgaba las tiras de espumillón. La señora French, que estaba terminando de colocar pastores y ovejas de algodón, levantó la vista y no pudo evitar fijarse en que la señorita Carter llevaba falda. Y en que Jones no miraba hacia abajo. No le gustaba entrometerse, pero le pareció que era mejor pedir a Jones que empezara a sacar las sillas. Cuando la señorita Carter bajó la vista y advirtió que no había nadie sujetándole la escalera, se quedó muy quieta mirando a la pared de enfrente, procurando no pensar en que hacía muy poco que Jones había encerado el suelo. Se sorprendió pensando en el padre de Tom Jackson, Will, y en que no parecía una persona capaz de alejarse de una escalera sin más. Aguantó lo mejor que pudo. En la iglesia cantaron villancicos, había velas encendidas y olía a tejo y acebo recién cortados. Olivia Hunter cantó un solo en «Noche de paz». Tenía ocho años y lo hizo con seguridad y alegría. Le tembló un poco la voz cuando entonó «todo duerme alrededor» y al terminar la estrofa sonrió esperando a que la congregación cantara con ella. Al final representaron *Jack y las habichuelas mágicas* en la casa del pueblo. El vestuario y los decorados eran los mismos del año anterior y casi todos los actores se alegraban de repetir personaje. La noche de la función la casa del pueblo estaba a rebosar. Lynsey Smith había crecido en el último año y ya casi no parecía un muchachito. Pero trepó por la planta con la temeridad justa y, cuando desapareció entre las vigas, ocultas detrás de un telón, Cathy Harris, en el papel de la madre de Jack, puso una convincente cara de desolación. Después recogieron las sillas, abrieron el bar y empezaron a sacar



bandejas de tartaletas navideñas. Era la primera vez en mucho tiempo que se veía a Richard Clark entre el público. Iba a pasar unos días con su madre. Había llegado cuando sus hermanas acababan de irse, cosa a la que la madre ya estaba acostumbrada, y se fue al extranjero antes de Nochevieja. Era un hombre ocupado. Algunos años la madre podía darse por satisfecha si lograba verlo al menos una vez. Era como si viviera en una maleta, pero esa no era forma de vivir tanto tiempo como llevaba él. En los días que pasó en el pueblo no llegaron a sentarse a hablar con calma y cuando se fue al aeropuerto, la madre no sabía siquiera cuál era su siguiente destino. Lo único que sabía es que era asesor. Por lo visto tenía una amiga nueva, pero no llegó a decirle ni cómo se llamaba. Cuando Richard se fue, cambió las sábanas, abrió la ventana para orear la habitación y el tañido de las campanas entró en la casa. Iban a celebrar otro oficio por el aniversario de la desaparición de la niña. En esta ocasión no hicieron falta más sillas de las habituales, nadie se quedó de pie en la iglesia. Jane Hughes repitió muchas de las cosas que había dicho el año anterior. Y seguimos sin respuestas y lo único que podemos hacer es esperar. Cerró los ojos, tendió las manos y dejó que el silencio se aposentara. La niña desaparecida se llamaba Rebecca, Becky o Bex. El día en que desapareció tenía trece años. Llevaba una sudadera blanca con capucha y un chaleco azul marino, vaqueros negros y zapatillas de lona. Ahora mediría más de un metro y medio y era posible que llevara el pelo de otra forma y de otro color. Un portavoz de la policía confirmó que la investigación continuaba abierta. Vieron a la madre de la niña recorrer el páramo por los senderos y caminos de siempre. Amenazaba más lluvia o algo peor. Un viento frío empujaba las nubes ensombreciendo los embalses y en los montes caía una nieve fina sobre las copas de los árboles. Los reyezuelos se alimentaban afanosamente, ocultos entre las ramas del tejo del cementerio de la iglesia.

A medianoche, cuando llegó el Año Nuevo, los pueblos de más allá del valle lanzaron fuegos artificiales, pero estaban muy lejos para que llegara el ruido, así que nadie salió a verlos. Se celebró el baile en la casa del pueblo y los asistentes se divertieron. Un año era tiempo más que suficiente. Las calles estaban en silencio y no había policías, pero todo parecía aún reciente en el cortante aire nocturno. Vieron a Will Jackson con la maestra de la clase de su hijo. Nevó copiosamente por la noche, parecía que iban a cortar la carretera. A mediodía salió el sol y la nieve derretida de la carretera corría hacia los sumideros. Un mirlo avanzaba a pasitos por la hojarasca húmeda de debajo del seto del jardín de la señora Clark, buscando algo que comer. En el alero de la iglesia, los murciélagos hibernaban replegados sobre sí mismos y el ambiente era tranquilo. Llovió torrencialmente una semana y el río se desbordó. El puente peatonal de los salones de té se derrumbó por la cantidad de desechos acumulados por la corriente. Después de la tormenta, el guarda fluvial dragó lo que quedaba y cerró el paso del puente por ambos lados. Trabajaba por cuenta de la finca Culshaw, propietaria de los derechos de pesca, pero no había consenso sobre quién era responsable de los puentes y caminos. La familia que vivía en Culshaw Hall ya no era de los Culshaw, y todo el mundo consideraba que estaban fuera de lugar. El mantenimiento del edificio era una lucha constante, por no hablar de la gestión de las tierras. Se gastaban casi todo el dinero en guardas, porque solo sacaban beneficios de la caza y la pesca. Lo demás se les iba en abogados, para demostrar que ellos no tenían obligación de pagar por lo que los Culshaw habían hecho en su momento. El rugido de los embalses, que rebosaban por primera vez en muchos años, era tremendo y constante, y se oía en todo el valle. Los oficios de la iglesia quedaron a cargo de predicadores itinerantes todo el mes, nadie parecía saber adónde se había ido la vicaria. El coadjutor dijo que se había tomado unas vacaciones, pero se entendía que eso no significaba que no fuera a volver. La palabra «estrés» salió a relucir y, cuando la vicaria volvió, no se

habló más del asunto. En Hunter Place se tenía la sensación de que la vida estaba en suspenso. Se cancelaron de nuevo las reservas del año y todo estaba tranquilo. Jess Hunter no se hizo amiga de la madre de la niña en la forma que esperaba. Estaba claro que la mujer deseaba quedarse allí de momento, aunque su marido estaba casi siempre en Londres, y Jess había intentado que participara de la vida familiar. Pero quizá le resultaba difícil convivir con Sophie y Olivia. A veces comían juntas o tomaban algo, pero la mujer era muy cerrada. Uno no sabía cómo reaccionar. Jess se enorgullecía de su facilidad para conseguir que la gente se abriera. Sus hijas se lo contaban todo, aunque no podía decirse lo mismo de su marido. Ese mes también se había ausentado y Jess tenía una idea imprecisa del motivo. Un foro de política de alto nivel. Algo que ver con la gestión de las tierras. Las respuestas de ese hombre eran siempre muy ambiguas. Jess estaba en la cocina, mirando al otro lado del patio, a los pajaros reconvertidos. La madre de la niña estaba en la puerta fumando un cigarrillo. Jess se preguntó si vería el interior de la cocina desde allí. En el pueblo se preguntaban cuánto tiempo se quedaría. La gente tenía ganas de que encontraran a la niña y se acabara todo. A lo mejor se había metido en una de las cuevas que se adentraban en la profundidad del monte. A lo mejor se había acurrucado en un rincón y todavía estaba allí.

El martes de carnaval, después de que Jones barrierá la nieve del patio del colegio y echara gravilla fina, la señorita Carter organizó allí una carrera de tortitas. No todos estaban de acuerdo en las veces que los participantes debían girar la tortita en el aire y algunos niños lo pasaron mal. A Lucy Williamson tuvieron que llevarla a casa porque se hizo daño en un pie. Los chicos de Jackson llegaron por la carretera, pasaron por delante del colegio y Simon preguntó a Will si no iba a dejar allí una tarjeta de San Valentín. Will contestó que no sabía a qué venía eso y que más les valía no abrir la boca porque no había nada que decir. No era nada serio. Si la gente empieza a hablar, las cosas se complicarán con la madre del niño, dijo. No se sabía cuándo había empezado a llamarla «la madre del niño», en vez de «mi novia» o Claire. Seguramente cuando ella volvió a casa de su madre. Al principio era un plan temporal, pero ya se sabe que estas cosas siempre acaban igual.

Cuando llegaron a los pastos de la ribera y empezaron a descargar forraje del remolque, sus hermanos todavía se reían de su forma de negar lo evidente. Will les dijo que si no lo dejaban de una vez contaría a Jackson lo del gasóleo B. Ellos contestaron que no sería capaz pero se callaron. Mientras les echaban el forraje, las ovejas se acercaron embistiendo contra las piernas de los chicos. Los hermanos continuaron con su trabajo: inspeccionaron la lana, las patas, los traseros y las orejas, concentrados de pronto en la tarea con toda naturalidad, como si las bromas de hacía un momento nunca hubieran existido. Manejaban a los animales con firmeza, con rapidez, haciendo comentarios en voz baja entre ellos, y, si su madre hubiera pasado casualmente por la vereda, habría reconocido la influencia paterna en esa forma de trabajar y de mover sus cuerpos jóvenes bajo el cielo encapotado. Por la tarde, la nieve derretida volvió a helarse y luego cayó encima otra capa de nieve tardía. Fue una noche fría. De madrugada, en la otra orilla del río, Les Thompson cruzó el patio con su rebaño para conducirlo a la sala de ordeño, y el cielo todavía se veía muy encapotado por encima de los árboles. El aire se llenó de vaho alrededor del apretado rebaño y Les se movía entre los animales, que iban poniéndose en fila. Era un tipo alto y fuerte, y las vacas se apartaban enseguida para dejarlo pasar. Todavía faltaba un buen rato para que llegara el día y cuando llegó amaneció húmedo. Jackson sufrió un derrame cerebral, se lo llevaron al hospital y durante unas semanas se dio por sentado que no volvería a casa.

En el hayedo, las zorras parían ocultas en la oscuridad de sus profundas madrigueras, debilitadas por el esfuerzo; los cachorros ciegos se apretaban contra la madre buscando calor. Los machos salían en busca de comida. Las primulas amarilleaban en los bosques y en los márgenes de la carretera. El agua de los embalses, de un brillante gris plateado que el viento rizaba, lamía los muros de contención. Al anochecer, un corredor solitario bajó del páramo a velocidad regular, blanco contra el monte oscuro. Gordon Jackson volvía en coche de una venta de ganado cuando vio a un lado de la carretera a un hombre que levantaba el brazo como pidiendo ayuda. Aunque no llevaba el anorak gris marengo, parecía el padre de la niña desaparecida. Se detuvo a

preguntarle si quería subir al coche. El hombre lo miró pero no dijo nada. En el concejo parroquial se registraron más excusas que asistentes y Brian Fletcher quería aplazar la reunión. Sin embargo, era necesario tomar una decisión sobre algunos asuntos, así que la celebraron. Por la noche, el viento sopló muy fuerte y movía el alumbrado público de la plaza. Ese mismo mes, unos días después, la señorita Carter llevó a sus alumnos a la granja de Jackson para que vieran la paridera. Cruzaron la carretera en parejas y se apelotonaron contra las vallas a la puerta de la nave. Will había dicho que hablaría él y los estaba esperando después de haberse limpiado la sangre del mono. Sus hermanos no tenían el menor interés en participar y cada cual encontró algo que hacer en los pesebres del fondo. La señorita Carter le dio las gracias otra vez por permitirles hacer la visita, pero entonces Will se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué decir. Casi todos los niños vivían en los alrededores y sabían más de la paridera que la propia señorita Carter. Will le preguntó por dónde quería empezar y ella le preguntó a su vez si había nacido algún cordero por la noche. Tres, solamente, dijo él. No intervenimos mucho. Dejamos que las ovejas se las arreglen lo mejor que puedan. Cuando la madre termina de limpiarlos, miramos qué tal están, les ponemos el crotal y vemos si empiezan a comer bien. Ella preguntó si podían ver alguno de los recién nacidos pero, antes de que Will pudiera responder, Gordon dijo que no desde los pesebres del fondo. Will le explicó que no convenía alejarlos de la madre los primeros días. La señorita Carter pareció decepcionada. Le pidió que le contara lo que sucedería las siguientes semanas y meses, y él le dijo que no tardarían en salir al prado y que algunas ovejas habían parido fuera de la nave; le explicó cómo movían el rebaño para que siempre estuviera en los mejores pastos, cómo se seleccionaban y apartaban los corderos a finales de verano. ¿Apartar?, preguntó ella. Él no entendió la pregunta. Una niña tiró de la manga a la señorita Carter y le explicó lo que era apartar los corderos. Algunos niños se dedicaban a recoger cagarrutas de oveja y a tirárselas unos a otros. La señorita Carter repartió sujetapapeles y les mandó hacer un dibujo. Mientras los niños estaban ocupados, ella preguntó a Will si pensaba ir al baile de primavera de la casa del pueblo. Las demás maestras dicen que van a ir, le contó. Will respondió que todavía no lo había pensado. Dependía del trabajo que tuviera. Pero esas cosas suelen estar bien. Podría ser divertido,

dijo Will. Si me lo pidieras, a lo mejor me lo plantearía, dijo ella. Algo en la expresión de su cara le dio que pensar. Oyeron los balidos quejumbrosos de una oveja y Gordon indicó a Will que, si ya había terminado, se pusiera a limpiar. Will explicó que tenía que volver al trabajo y que a lo mejor la señorita quería llevarse ya a los niños de allí. Ella le dijo que quizá se verían en el baile. Desde luego que sí, dijo él.

En el taller, Geoff Simmons se lavó las manos en el hondo fregadero de piedra; el agua limpia disolvió la arcilla formando un riachuelo lechoso que se coló por el sumidero hasta el filtro, más abajo. Los cacharros húmedos se estaban secando en la bandeja y el horno empezaba a calentarse. En el seto que había junto a la ventana del señor Wilson, un mirlo montaba guardia en el cuenco de hierbas que contenía los huevos azul verdoso que los polluelos empezaban a romper. En el televisor aparecían imágenes de inundaciones por todo el norte de Europa: hombres con impermeables que tiraban de botes neumáticos por las calles, puentes derrumbados, ganado ahogado. Cuando los salones de té inauguraron la temporada, todavía no se había reconstruido el puente peatonal. El concejo parroquial escribió a Culshaw Hall con carácter de urgencia y la propiedad respondió que eso era competencia del Parque Nacional. El Parque Nacional discrepaba. El guarda fluvial dijo que él únicamente podía hacer lo que le mandaran. Las mariposas olmeras empezaban a aparearse, volaban unas tras otras por encima de las ortigas hasta que las hembras encontraban un escondrijo en el que esperar a que acudieran los machos. El guardabosques que atendía la oficina de información turística del Parque Nacional disfrutó un buen rato observándolas y tomando notas y, cuando volvió a la oficina, las archivó en su sitio. En el embalse número 11, la brigada de mantenimiento inspeccionaba el coronamiento de la presa buscando grietas y hundimientos en la superficie. En el terraplén de hierba había toperas que eliminar. Por la noche, un gran número de murciélagos revoloteaba por la orilla del río, bajaban desde sus perchas a cazar los insectos que salían del agua. Se movían con silenciosa destreza y desaparecían tan pronto como se los veía. El baile de primavera terminó pronto, cuando Liam Hooper y un mozo de Cardwell se

enzarzaron en una pelea que desembocó en la calle por la puerta de incendios. Los separaron enseguida, pero ya habían causado destrozos y se pidió a los mozos de Cardwell que se fueran. En el aparcamiento vieron otra vez a Will Jackson con la señorita Carter, la maestra del colegio.

Martin Fowler estaba trabajando en el mostrador de la carnicería cuando entró un hombre del banco y le dijo que había vencido el plazo. ¿De qué habla?, le preguntó Martin, y le clavó una mirada que en otras ocasiones le había servido para arreglar las cosas. El del banco llevaba unas carpetas bajo el brazo y dijo que Martin tenía que entregarle las llaves. Había otros dos hombres esperando en la puerta. Bastante más fornidos. Pues no, señor, respondió Martin. Se oyó un tintineo metálico a su espalda y apareció Ruth preguntando qué pasaba. El hombre del banco repitió lo de antes. Pero no hemos recibido ninguna notificación, dijo Ruth, nada de nada. Notó que Martin, que estaba a su lado, flaqueaba, y el hombre del banco puso cara de compasión. Hemos agotado todas las fases del proceso, dijo. Se enviaron los documentos por correo certificado y se recibió el acuse de recibo. Lo que más la irritaba era la cara de compasión del hombre. No había de qué compadecerse. Sacó el dinero de la caja registradora mientras el hombre estaba de espaldas e hizo salir a Martin procurando que no perdiera la poca dignidad que le quedaba. A la hora de comer, el hombre del banco había mandado cambiar la cerradura y había puesto anuncios en el escaparate. Y ahí terminó todo. Se fueron a casa, se sentaron y la mujer no tenía fuerzas ni para pedir a Martin una maldita explicación. De la otra orilla del río llegaba el ruido de la piedra de amolar de Sean Hooper, un repique de campana seco y regular que sonaba siempre un segundo después de que bajara el brazo. Las golondrinas entraban y salían del cobertizo constantemente. Sacaron del almacén las armazones de engalanar los pozos y las llevaron a remojar al río. La madre de la niña seguía en Hunter Place y se sabía que Jane Hughes iba a verla de vez en cuando. Nunca se quedaba mucho rato y a nadie se le ocurría preguntarle qué tal iban esas visitas. Ella tampoco habría contado nada, desde luego. En ocasiones pensaba que le gustaría que se lo preguntaran, aunque fuera su marido o un colega de la iglesia tolerante. Pero así eran las cosas.

Aparcó el coche, entró y poco después volvió a salir. Habían buscado a la niña. La habían buscado en todos los embalses, alrededor de las piedras del rompeolas y más allá del límite forestal, aparte de en todos los edificios y cobertizos condenados con tablones. Podía haberse caído al agua y haberse ahogado. Podía haberse quedado atrapada en una compuerta o esclusa de las profundidades. Los buzos no habían encontrado nada. Todos querían saber. Todos se sentían involucrados.

Cuando Jackson regresó del hospital lo llevaron en silla de ruedas desde la ambulancia hasta la cama motorizada que habían instalado en la salita de abajo. Habían hecho muchos preparativos para su vuelta, pero cuando los de la ambulancia se fueron, a Maisie le invadió el pánico ante la cantidad de cosas que quedaban por hacer. Aunque Gordon y Alex se habían ocupado de preparar el dormitorio, era difícil saber si a Jackson le parecía bien. La debilidad de la cara había mejorado lo suficiente para permitirle hablar, pero tenía una expresión fija que no transmitía lo que sentía. Habían orientado la cama hacia la ventana para que pudiera ver la calle de la iglesia. En un lado había una mesa con cuñas y medicamentos, y una radio cerca de la cama. Vendrían cuidadores, enfermeras y fisioterapeutas, pero aun así la lista de cosas que tendrían que ayudarle a hacer era muy larga. La primera noche hubo una discusión porque el enfermo empezó a protestar cuando iban a darle de comer. En el hospital, con las enfermeras, no había puesto objeciones, pero con su mujer era demasiado. Consiguió derramar un cuenco de sopa solo volviendo la cabeza rápidamente, con furia, y, cuando Maisie terminó de limpiarlo todo, quiso decirle un par de cosas. No fue un discurso largo. Si no dejas que te demos de comer, te morirás en una semana, así que piénsalo. Por la mañana, Jackson comió huevos revueltos. Por la ventana vio a Les Thompson, que iba por sus campos del otro lado del río comprobando la madurez de los pastos. Pronto aparecerían las flores y las hojas perderían vigor. Había que segar. Necesitaban unos días secos para poder hacerlo a tiempo. Se habló de la estacada que habían levantado cerca de Stone Sisters. Cooper hizo indagaciones en la oficina de planificación y publicó un artículo en el *Echo* sobre los planes de abrir otra cantera. Los zorzales reales se habían ido a Escandinavia a construir nidos y a poner huevos. Un grupo de viajeros fue a la cantera vieja por la carretera principal. Tony preguntó a



Martin si había sabido algo más de Woods; Martin le dijo que no. También le preguntó si no se había puesto un poco paranoico con el asunto, y, como ya había transcurrido casi un año, Martin reconoció que tal vez. Eso ya era agua pasada, dijo.

El último día del trimestre, James, Liam y Deepak se saltaron las clases y se fueron en bicicleta por el sendero del embalse número 3. Tuvieron que empujarlas andando casi todo el camino. Había fragmentos sueltos de pizarra y surcos profundos, y avanzaban lentamente. Cuando llegaron arriba sacaron bebidas y patatas fritas de las mochilas. A mi padre le ha salido trabajo en Newcastle, dijo Deepak. ¿En Newcastle? ¿Cómo es eso?, preguntó James. Newcastle no está mal, dijo Liam. Lo conozco, mi tío tiene una tienda de deportes allí. Una vez estaba ayudándolo en la tienda y vino Alan Shearer a comprar unas botas de fútbol. Hace un tiempo que busca trabajo, dijo Deepak. Ha sido idea de mi madre. Se puso muy plasta con las botas, dijo Liam. ¿Tu madre quiere irse a Newcastle? En realidad, no. Pero quiere irse, a donde sea. ¿No le gusta esto? Desde lo de Becky no acaba de encontrarse a gusto aquí, dijo Deepak. Qué curioso eso de Alan Shearer, ¿no? Si vierais qué pequeños tiene los pies. Liam, cierra la boca. Tu tío vive en Cardwell. No, ese es mi otro tío. Eres un gilipollas. Y tu madre también. James se adelantó y arrebató el paquete de patatas a Liam de un tirón. Liam se montó en la bicicleta y empezó a descender. Lo vieron bajar botando y derrapando, levantando nubes de polvo. ¿No fue tu madre la que quiso venir a vivir aquí? Sí, pero dice que ahora todo es distinto. Ya sabes. Dice que quiere estar más cerca de la familia. ¿Tienes familia en Newcastle?, preguntó James. No, pero... ¿Tu padre va a coger ese trabajo? No sé. Me parece que no quiere. Pero mi madre lo está pasando muy mal. No habla de otra cosa. Newcastle, joder, dijo James. Pues sí. Terminaron las patatas fritas. James se cargó la mochila y cogió la bici. ¿Vamos a bajar por aquí? Liam estaba casi abajo del todo. No se había caído todavía. Deepak montó en la bici y miró a James. Aquel verano... ¿llegaste a enrollarte con ella, con Becky? James lo miró. Pues..., no, no, la verdad, dijo. Joder, Deepak, ¿y tú? No, dijo este. Aunque lo intenté. ¿Bajamos la cuesta o hablamos del tema o qué?, dijo James.

Déjalo de una vez. Vamos. Bajaron por el sendero con la cabeza saturada del ruido que hacían las bicicletas en los surcos. Cuando llegaron abajo pasaron al lado de Will Jackson, que llegaba tarde a recoger a su hijo en el colegio. Era el último día del trimestre y, cuando entró en el aula, los otros niños se habían ido. Le pareció un buen momento para hablar con la señorita Carter. Tom no paraba de preguntarle qué harían cuando volvieran a casa y la señorita Carter estaba ocupada recogiendo todo, así que se fue con Tom por el pasillo pensando que ya hacía casi tres meses que no se decían nada. Seguramente no tenían nada que decirse. Ella le había escrito algunas notas, pero él le pidió que no lo hiciera. No quería complicaciones. Se preguntó si se habría equivocado con la palabra «complicaciones». Tal vez se hubiera ofendido. A veces era imposible saberlo con seguridad. Se preguntó qué habría hecho con sus calzoncillos, si los habría guardado o los habría tirado a la basura. No le habría costado nada mandárselos por correo, pero no lo había hecho. Se los había pedido prestados por la mañana, mientras se los probaba; eran de rayas azules y blancas y le quedaban mucho mejor de lo que jamás le quedarían a él. «Cómodos» sería la palabra. Nunca se le había ocurrido lo bien que podían quedarle a una mujer unos calzoncillos. Pero allí se había plantado ella, al pie de la cama, con las rayas azules y blancas que se doblaban en todos los sentidos, una taza de té en cada mano y una expresión en la cara que habría hecho saltar los plomos a cualquiera. Y después, cuando se fue de casa con toda discreción, por el jardín de atrás e internándose en la arboleda para que no la vieran, él pensó por un momento que aquello podía ser el comienzo de algo. El sabor de ella cuando se sentó con otra taza de té que no se bebió. Will Jackson y la señorita Carter, maestra del colegio: sonaba bien, pero daría que hablar. Y la madre del chico lo utilizaría en su contra. No tenía por qué pasar. Él podía irse a cualquier otra parte. Aunque también estaba la forma en que cedió el colchón bajo su cuerpo cuando ella volvió a la cama. La fuerza de ella. Tuvo que contenerse para no salir zumbando por la puerta trasera y seguirla por el bosque. Y después de esas notas no hubo nada más. Un silencio incómodo. Un seguir con la rutina. Sin embargo, ella aún tenía sus calzoncillos, y eso tal vez significaba que aquello no había acabado. Debía hablar con ella.

\* \* \*

Graham Thorpe, el guardabosques del Parque Nacional, organizó un safari de mariposas y, a pesar del interés general, la única que acudió fue Sally Fletcher. Él masculló algo así como que seguramente tendría mejores cosas que hacer un domingo, pero ella respondió que estaba emocionada. Fueron por la orilla del río, cruzaron las canteras, subieron al monte de detrás del embalse número 8 y le enseñó dónde podía haber mariposas saltarinas, varias clases de fritillarias, polillas, olmeras y niñas celestes. Encontraron unas seis especies, pero parecía que Graham hablara de doce o más al explicarle el ciclo vital, las migraciones, la alimentación y la forma de aparearse de cada una. Estaba muy locuaz, y Sally escuchaba como en trance. No tenía ni idea de que hubiera tanto que contar. Las dos horas pasaron demasiado rápido y por la noche, durante la cena, descubrió que no le apetecía contárselo a Brian. Se lo guardaría para ella. Las dedaleras crecían altas en la linde del hayedo y en los muretes de los márgenes de la carretera; las abejas entraban y salían de las copas de las llamativas flores. Un águila ratonera acechaba en el poste de una cerca del borde de la carretera. El equipo de críquet fue a Cardwell y, aunque llovió casi todo el día, hubo *overs* suficientes para que ganaran los locales. Aparecieron los arándanos en el brezal que había detrás de Stone Sisters, y el segundo domingo de agosto un grupo del pueblo fue a recogerlos. Las bayas no abundaban, así que tuvieron que andar y agacharse por todo el terreno. No podía decirse que hubieran ido a cogerlos propiamente, sino más bien a cosecharlos. Empezó la temporada del urogallo. En la faisanería del confín de la finca Culshaw, los faisanes se escondían o se desperdigaban al menor ruido. Los días eran largos y tranquilos. Salir al monte bajo el sol ardiente despertaba un sentimiento de culpa que algunos se esforzaban en neutralizar para no privarse de hacerlo. Evitar el camino de Hunter Place ayudaba, o eso parecía. La madre de la niña seguía allí. Apenas se dejaba ver, pero se notaba su presencia. El camino que arrancaba de la parte de atrás de los pajares reconvertidos se había llenado de maleza porque muy pocos se atrevían a transitarlo. Solamente algún que otro fotógrafo lo hacía a la hora del rocío, pero enseguida lo veían y lo obligaban a bajar, y volvía con los pantalones húmedos y llenos de vilanos y abrojos. Estos

siempre eran hombres. No había motivo para detenerlos. Normalmente era Stuart Hunter quien los encontraba. Aunque no le gustaban los conflictos, en ese punto no estaba dispuesto a transigir. Nunca tenía que decírselo dos veces. Jess Hunter se preguntaba de dónde sacaría tanta determinación, cuando en general le faltaba. Quizá albergara algún sentimiento por la madre de la niña, más allá de sus responsabilidades como anfitrión. Pero no parecía probable. No era dado a esas cosas. Después de obligarlos a bajar, volvía a casa midiendo el ritmo y sin aliento, y a veces ella debía abrazarlo para que se tranquilizara. Le recordaba a las descargas de adrenalina que tenía en las competiciones de remo de la universidad. A veces, toda esa energía los arrastraba al dormitorio, aunque lo habitual era que la descargara trabajando febrilmente todo el día con hojas de cálculo, llamadas telefónicas y encendidas conversaciones con el personal. Aparte de Hunter Place, había otros recordatorios de la desaparición de la niña por el monte: los ramos de flores de la oficina de información turística, las vallas nuevas alrededor de los pozos de las minas, los ladridos de los perros en la carretera. La mayoría no se acercaba para nada y se iba de excursión a los embalses, a los alrededores de la cantera o más allá, a los valles calcáreos del sur, donde las mariposas se levantaban como ceniza en la brisa y adonde todavía llegaban las camionetas de helados.

Hubo muchos días nubosos en verano, pero septiembre llegó con cielos despejados, días brillantes como bayas y surcos de barro endurecido en las veredas. En las huertas se recogió la cosecha principal de patatas, revolvieron la tierra oscura y los tubérculos gordos y amarillos salieron a la luz. Le tocaba a Irene encargarse de adornar la iglesia para la celebración de la fiesta de la cosecha, así que se pasó una semana en la mesa del comedor de su casa haciendo gavillas de trigo con Winnie. Aunque eran amigas desde que Irene llegó al pueblo, en realidad solo hacía siete años, desde la muerte de Ted, que hacían cosas juntas. Winnie tenía mejor ojo para eso. Entre otros motivos, porque le sacaba unos años. Y había nacido en el pueblo, mientras que Irene aún conservaba cierto aire de ciudad. Además Winnie se concentraba, cosa que Irene intentaba aprender. A veces, cuando estaban juntas, le daba la

sensación de que hablaba demasiado. Pero tenía algo que añadir tan a menudo... Cuando terminaron, llevaron los adornos a la iglesia y los colocaron como motivo principal en lugares que llamaran la atención, lejos del montón de latas y paquetes que traían los escolares, y la gente dijo que era la decoración más bonita que habían visto en años. El río se deslizaba bajo el puente de caballos de carga y lentamente mandaba remolinos a la orilla. Los cuidadores iban a ver a Jackson una vez al día, lo lavaban, le daban la vuelta y lo animaban a salir de la cama. Ahora ya podía comer solo y hablaba mejor, pero todavía tenían que sujetarlo entre los dos para que se incorporara un rato sobre las piernas, blancas y pelonas. Ayudaban mucho cuando estaban allí, pero el resto del tiempo Maisie tenía que ocuparse de ponerle y quitarle la cuña, llevarle la comida y ayudarlo a cambiarse de pijama. Le habían dicho que, si podía mejorar la movilidad, sería en esos primeros meses, y que tenía que estar preparado para la fisioterapia en cuanto hubiera terapeutas disponibles. A juzgar por la forma en que manejaba los controles de la cama, con los motores gimiendo suavemente cada vez que la subía o la bajaba, no parecía que fuera a tener fuerza suficiente para hacerla. Los chicos estaban construyendo un porche acristalado en la parte trasera de la casa, para que contara con un espacio cómodo en el que pasar los días y no morir de asco en la cama. Era una obra considerable. Unos adolescentes cruzaban por el campo de detrás de la casa en dirección al hayedo, iban a beber, seguro. Will Jackson reconoció la voz del chico de Broad y al hijo de Liam Hooper, el cantero. También iban chicas. En el hayedo, Deepak y los demás se acomodaron en el refugio que habían construido hacía tres años. Su familia se mudaba al día siguiente. Llevaban mantas y Liam empezó a hacer una hoguera. Ya casi no quedaba sidra. La conversación decayó. Lynsey y Sophie estaban sentadas en un tronco, con una manta sobre los hombros, y James notó algo en su mirada. Era como si tuvieran algo que decir pero ninguna intención de hacerlo. Parecían contentas e indecisas. James las observaba y ellas miraban a Deepak. Liam estaba agachado junto al fuego, soplando la leña. Las chicas se levantaron y dijeron a Deepak que iban a hacerle un regalo de despedida. Él pareció complacido y desconcertado. ¿Qué es? Está allí, dijo Sophie. Ven con nosotras. Se alejaron entre los árboles y Deepak miró a James y se encogió de hombros. Liam se apartó del fuego.

Seguramente lo convertirán en virgen, dijo. James se rio de él. Lo has entendido al revés, dijo. Liam sopló la hoguera otra vez. Lo que tú digas, respondió. Tu madre lo entiende al revés. La primera que volvió fue Lynsey, y no miró a ninguno a la cara. Apartó a Liam de en medio y avivó la hoguera. Se tocaba los labios continuamente. Sophie tardó más y, cuando volvió, se fueron las dos rápidamente, de la mano. Deepak salió de entre los árboles y se agachó junto al fuego; tenía una mirada de aturdimiento a la luz temblorosa de la hoguera. Liam y James no le quitaban ojo. Sonrió. No voy a contaros nada, así que, imaginaos lo que queráis, dijo riéndose mientras los otros lo tiraban al suelo. Por la mañana, cuando llegó el camión de mudanzas, las brasas seguían humeando.

En octubre vieron a la madre de la niña desaparecida en Hunter Place cargando en una furgoneta cajas y bolsas, además de dos sacas grandes de lo que Jess Hunter dijo que eran mensajes solidarios que había recibido. Se suponía que no volverían a verla. En la entrada abrazó a Jess y a Stuart Hunter, y también a Jane Hughes, que se acercó a despedirla. El hombre que la acompañaba encendió el motor de la pequeña furgoneta blanca y se pusieron en marcha. La verja se abrió automáticamente cuando se acercaron y, antes de que se cerrara con un ruido metálico, el vehículo ya se había perdido de vista. Jane Hughes se quedó unos minutos más hablando con los Hunter antes de irse por el mismo camino. Al pasar por el pueblo se detuvo a hacer una visita a Jackson. Maisie le había dicho que ninguno de los dos rezaba mucho. Jane le había respondido que lo comprendía, pero que de todos modos pasaría a verlos, y ahora estaba en la cocina diciéndole a Maisie que la llamara Jane en vez de vicaria, mientras esperaban a que hirviera el agua. No dijo gran cosa, se limitó a dejar hablar a Maisie de cómo llevaban la granja, del trabajo que hacían sus hijos y de los planes que tenían de ampliar uno de los edificios. Jane tenía la impresión de que Maisie estaba nerviosa. Cuando se calló un momento, le preguntó por Jackson. No quiere verla, dijo Maisie. No quiere verla. Jane le dijo que no tenía importancia, que lo entendía. Se enfada sin motivo, creo, dijo Maisie. Se enfada pero no tiene a quién echar la culpa. Jane repitió que lo entendía. Y usted, ¿qué tal?,

preguntó. Nos las vamos arreglando, dijo Maisie. Saldremos adelante. También nos ayudan. Los chicos estaban sacando al carnero para que montara a las ovejas. El animal llevaba un arnés con una pastilla de pintura ocre rojizo, y las ovejas lucieron enseguida ese color en los lomos. Había jaleo en el prado mientras se desarrollaba la operación. Volvieron las mañanas oscuras y Su Copper, en el piso de encima de los pajares reconvertidos, se levantaba a menudo antes del amanecer con los gemelos, que berreaban, cada cual en su alfombra de juego, mientras ella llenaba el hervidor de agua y se metía la mano en la boca para no llorar también. Sabía que tenía que ser más fuerte, pero algunas mañanas se sentía completamente sola. Sus padres estaban muy lejos. Sus amigos estaban muy lejos. No tenía a nadie en este pueblo, nadie con quien poder contar. Por la noche los mapaches se peleaban en el hayedo. Los viajeros se fueron de la cantera vieja por la carretera principal y, aunque se llevaron casi toda su basura, dejaron allí un par de coches averiados. Antes de que terminara la semana los habían quemado. Llegó la Noche de Gamberradas y hubo más movimiento que el último año, aunque nada semejante a los anteriores. Irene estaba en la plaza mirando a los jóvenes, que se echaban espuma de afeitar unos a otros, le preguntó a Martin si le había contado alguna vez que, de joven, su difunto marido había conseguido esconder un rebaño de vacas entero la Noche de Gamberradas. A partir de entonces, dejaron a los animales al margen de las bromas, dijo con orgullo. Martin contestó que no estaba seguro, pero que la historia le sonaba vagamente. Se atrasaron los relojes y las noches ganaron la partida a los cortos días.

Los gemelos Cooper cumplieron un año en noviembre. El piso de encima de los pajares reconvertidos era muy pequeño para más de seis personas, así que la fiesta se celebró en la sala de actos del Gladstone. Era la primera vez que abría al público desde que la policía había dejado de dar allí sus conferencias de prensa, pero Tony colgó tantos globos y serpentinas que fue fácil olvidar aquellas escenas: las filas de sillas, los agentes de policía, las fotografías gigantescas de la niña desaparecida. Aunque los gemelos todavía no andaban, hacían mucho ruido y disfrutaban con la atención que se les prestaba.

Presidían una larga mesa sentados en sendas tronas adornadas y recibían encantados toda la comida que les ponían al alcance. Estaban los padres de Su, unos primos de Manchester y unas doce personas del pueblo a las que Cooper quiso invitar en particular para agradecerles el apoyo que les habían dado. Había sido un año muy largo. Estaban los dos extenuados. Él creía que no iban a sobrevivir con tan pocas horas de sueño, pero lo habían conseguido. Y los niños eran preciosos. Aún no había asimilado del todo que eran sus hijos. Estaba perdidamente orgulloso de ellos, incluso cuando tiraron las bebidas al suelo y empezaron a chillar en el momento de presentarles las tartas de cumpleaños; orgulloso de su hambre de vida y de variedad, de cómo su cerebro y su personalidad parecían expandirse a ojos vistas. Además, había llegado a creer que eso no iba a sucederle nunca. Lo había aceptado. Había cumplido los cincuenta con solo un par de relaciones fracasadas y lejanas, y se había acostumbrado a tolerar otra forma de vida: amigos, conocidos e independencia. Había aprendido a valorar la libertad de viajar, de ir de un lado a otro, de entrar o salir cuando le apeteciera. Lo cierto es que no había viajado nada. Siempre lo dejaba para más adelante, ni siquiera tenía el pasaporte. Pero podía sacárselo en cualquier momento. Había conseguido convencerse de que vivir solo no significaba estar solo. Y entonces, Su. No entendía cómo había sucedido. Al cabo de una semana, ella dijo que deberían tener hijos, él se echó a reír y ella replicó que ninguno de los dos volvería a ser más joven. Al mes dijo que tenían que casarse y se lo llevó a Manchester a conocer a sus padres. Él se limitó a asentir a todo. Había sido un sencillo y gran placer ir diciendo que sí a todo. Y durante los años en que parecía que al final no tendrían hijos, había seguido diciendo que sí a todo: sí, vamos a intentar tal cosa; sí, vamos a gastar estos ahorros; sí, vale la pena intentarlo otra vez. No había sido fácil, pero juntos lo habían superado. La dura tarea de cuidar a los niños era casi una recompensa. Su volvería a trabajar pronto, pero en la BBC le habían dicho que podía empezar a tiempo parcial e incluso hacer parte del trabajo en casa, así que parecía que, efectivamente, se las podrían arreglar. Ella estaba ansiosa por volver a trabajar en lo que fuera, lo sabía. Estaba mirándola cuando sacó a Han Lee de la trona y lo llamó para que cogiera a Lu Sam para las fotos. Se pusieron juntos, muy juntos, con los



niños en brazos, y la familia se amontonó alrededor de ellos mientras les sacaban fotos y todo el mundo les decía que sonrieran.

Jones, el conserje, vivía con su hermana al final del camino sin asfaltar de al lado de las huertas, cerca de la vieja casa de los Tucker. No se sabía qué edad tenía, pero llevaba treinta años trabajando en el colegio. Su hermana era menor que él y nunca se la veía. Se suponía que sufría algún trastorno. Casi todos los padres del pueblo lo conocían de cuando ellos mismos iban al colegio. Hacía las cosas a su manera, una manera más antigua que la de cualquier otro miembro de la plantilla. Era el único que tenía llaves de algunas cerraduras del edificio. El resto de la plantilla pertenecía a una categoría superior, pero no le importaba y trabajaba según su propio horario. Se regía por determinados límites, algunos de ellos, conocidos. El cuarto de calderas era también su sala privada y allí no entraba nadie más. A veces se veía un sillón desde el umbral; una radio, un hervidor de agua, una pila de revistas de pesca. Pero la puerta estaba cerrada casi siempre. La caldera se estropeaba continuamente. A mediados de diciembre volvió a estropearse y la señora Simpson fue a buscar a Jones. Lo encontró en el terraplén boscoso de detrás del edificio, encaramado entre el saúco y el avellano con una bolsa de basura. Estaba enrollando una cinta policial descolorida que se había enredado entre los árboles. Tardó un rato y ella se quedó mirándolo. Hacía ya dos años y parecía que hubiera sido ayer. Jones vio a la señora Simpson y subió por el terraplén. Habrá llegado volando de la vereda, dijo. Qué descuidada es la gente. Ella miró la cinta enrollada y asintió. ¿La caldera?, preguntó él. Eso me temo, respondió ella. No hemos tenido calefacción en toda la mañana. Jones se dirigió a los cubos de basura y ella lo acompañó. Se habrán atascado las válvulas otra vez, dijo. ¿Lo demás está bien? Sí, sí. Todo bien. Sacó una petaca de tabaco y lio un cigarrillo. Parecía que la señora Simpson tuviera algo más que decir. Con un movimiento de cabeza, Jones señaló un banco de nubes que se iban acumulando sobre el páramo. Tormenta, dijo, y echó a andar. Señor Jones, lo llamó, ¿me dejará avisar a un técnico para que venga a echarle un vistazo? Jones se detuvo. La caldera está bien, dijo. Yo lo solucionaré. Un reyezuelo se movía entre los altos abetos del

fondo del patio picoteando velozmente insectos que comían entre las agujas. Un grueso frente de lluvia se acercaba desde los montes de detrás de las huertas. Los embalses eran una lisa lámina gris metálico. En la iglesia cantaron villancicos, había velas encendidas y los niños del colegio tocaban la flauta y abrían mucho la boca para cantar. «Quédate a mi lado, Jesús.» La iglesia estaba llena. «Quédate, te lo pido.»

Richard Clark estuvo en casa entre Navidad y Año Nuevo, cuando sus hermanas ya se habían ido, y en Nochevieja se lo vio de paseo con Cathy Harris. Se conocían del colegio, pero llevaban años sin hablarse apenas. En realidad habían estado prácticamente comprometidos hasta que él se fue a la universidad y ella no. Cuando él se licenció, Cathy se había casado con Patrick, que había crecido con ellos y había sido muy amigo de ambos. Todo habría sido distinto si ella hubiera ido a la universidad con él. Richard casi no había vuelto a dirigirles la palabra. Ahora hacía cinco años que Patrick había muerto. Por aquel entonces, Richard estaba fuera del país. La niebla se cernía sobre el páramo y la tierra estaba congelada. Había llovido mucho por la noche y soplaba un aire frío y húmedo. No era un buen día para pasear por el monte, pero ellos habían quedado. Richard se subió la bufanda hasta la boca y siguió andando detrás de Cathy, cuidando por dónde pisaba. El primer repecho hasta la cumbre era más empinado de lo que recordaba. Empezó a sudar. Se detuvo para desabrocharse la chaqueta. Cathy miró atrás y se quedó esperándolo. No jadeaba, o eso parecía. No se había ido del pueblo, conservaba la forma física que él había perdido. La niebla empezaba a disiparse. Siguieron andando. Le preguntó cuánto tiempo se quedaría en casa esta vez y él respondió que iba a coger un vuelo por la mañana, que tenía una reunión a la hora de comer, hora local. Le preguntó por sus dos hijos y ella dijo que estaban bien. El mayor, Ben, empezaría a preparar las pruebas de acceso a la universidad el próximo curso. Nathan acababa de empezar la secundaria. Al final se las habían arreglado bien. Él le dijo lo mucho que lamentaba no haber podido asistir al entierro de Patrick. Ella hizo un gesto negativo con la cabeza y dijo que tampoco lo esperaba. Habría tenido que hacer un viaje muy largo. Sabía que no era fácil; cambió de tema. Le contó

que había subido hasta allí con la partida de búsqueda, recorriendo el terreno sin pausa, deseando encontrar algo, pero temiendo qué podrían descubrir. Richard dijo que creía que no había subido hasta allí desde la adolescencia. Ella replicó que eso era ya historia antigua y se echó a reír. Siguieron andando. Cada cual pensaba en sus cosas. La niña desaparecida se llamaba Rebecca, o Becky o Bex. En el vídeo que habían emitido hacía poco, la madre la llamaba Bex. La niña se reía, pero no se entendía bien lo que decía. Resultaba raro oír su voz. Según algunos, en aquellas imágenes no parecía ella. Llevaba el pelo más largo que en la fotografía, recogido en una trenza gruesa que se movía de un lado a otro mientras ella cantaba y daba vueltas frente a la cámara y señalaba a la persona que estaba filmando. La policía seguía tratando el caso como una desaparición.

### 3

A medianoche, cuando llegó el Año Nuevo, lanzaron fuegos artificiales por todo el pueblo. El baile se llenó de gente, hacía calor y se veía el vaho alrededor de la luz de la entrada. Por la mañana había cohetes quemados por la calle y bengalas encajadas en las jardineras de la plaza. Llovió casi todo el día, y en los páramos, nevió. Solo las puntas de los brotes nuevos del brezo asomaban entre la nieve. Las palomas torcaces entraban en los jardines en los que había comederos y a menudo las espantaban. Una especialista llegó a casa de Jackson con el ecógrafo y Gordon Jackson la llevó a donde estaban las ovejas. Pasaron gran parte de la mañana examinándolas, trabajando los dos codo con codo. La proporción de mellizos era aceptable y había menos estériles que otros años. Gordon estaba satisfecho con los resultados. La mujer se llamaba Deborah y sabía tratar a las ovejas. Tenía fuerza en los brazos y las sujetaba con firmeza. Le preguntó qué iba a hacer el fin de semana y ella respondió que ir a ver a su familia. Pronunció «familia» de manera ambigua, pero Gordon lo pasó por alto. Cuando la dejó en su furgoneta, ella sonrió de una forma que algunos habrían considerado una despedida. Tardó unos días en olvidarla. Las juntas del concejo se trasladaron al salón de actos del Gladstone y la asistencia mejoró inmediatamente, cosa que, según le dijo después Brian a Sally, decía muy poco en favor de todos ellos. Martin y Ruth Fowler se separaron, lo cual le sorprendió más a él que a muchos otros. Martin salía de casa para ir a una entrevista en la oficina de empleo cuando Ruth lo retuvo en la puerta y le dijo que se iba. Se le encogió el estómago, pero no lo exteriorizó. ¡Ruth, por Dios! ¿No podías elegir un momento más oportuno? Ella levantó las manos como si lo lamentara y contestó que nunca era el momento oportuno, que nunca había tiempo de hablar. Martin se quedó en la puerta y se frotó la cara. Quería decir algo, pero se le agolpaban las palabras. Si empezaba a hablar, llegaría tarde. Le dijo que tenía buenas perspectivas de trabajo, que todo se arreglaría. Y no añadió nada porque era inútil. Cuando Ruth tomaba una decisión... Ella le acarició la cara

y Martin le apartó la mano bruscamente. Había palabras, pero no lograba arrancar. Iba a llegar tarde. Quería que las cosas cambiaran, pero no iban a cambiar. Haz lo que te parezca, le dijo. Ruth se quedó en el umbral viéndolo marchar. Se habían casado a los veintidós años, un año después de conocerse en el baile de Jóvenes Granjeros. Ni él ni ella eran jóvenes granjeros, pero era un lugar para conocer gente. Él la invitó a tomar algo; ella vio enseguida que su brusquedad era solo una defensa contra la timidez. No sabía bailar, pero, en cambio, tenía una gracia en los gestos, y sobre todo en las manos, que la intrigó. Cuando se vieron por segunda vez la llevó a la carnicería en la que estaba tomando el relevo a su padre. Le enseñó el establecimiento y, cuando se pusieron al frente del mostrador, la besó y ella se apoyó en el tajo. Para ella, ese fue el momento decisivo. La superficie del tajo era lisa al tacto y se hundía hacia el centro. Se casaron y se instalaron en casa de los padres de Martin; unos años más tarde, cuando se quedó embarazada de Bruce, los padres se trasladaron a un piso tutelado de la ciudad. Fueron felices mucho tiempo, o vivieron a gusto, y cuando eso cambió, Ruth se vio obligada a averiguar por qué.

En el oficio del Miércoles de Ceniza, Jane Hughes puso una señal de ceniza en la frente a la congregación de una manera que no se había hecho en años. Solo asistieron los más habituales y el oficio fue breve. Pero se creó un ambiente íntimo y sosegado que le dio al ceniciento toque de pulgar de la vicaria un aire muy acorde con la situación, y cuando salieron al frío sol, cohibidos, se llevaron la mano a la frente. En el cementerio de la iglesia, un par de mirlos se hacían la corte: abrían la cola en abanico, ahuecaban las plumas de la rabadilla y se miraban con ojos brillantes. La helada había aflojado, así que el señor Wilson fue a las huertas y plantó unos rizomas nuevos de ruibarbo. Había mucha gente trabajando por allí, más que nunca desde el otoño. Clive estaba trasplantando habas en macetas. Miriam Pearson rastrilló una parcela y repartió en hileras semillas de zanahoria temprana. Jones todavía cavaba. Por la tarde hubo un corto periodo en el que, entre el calor del trabajo y el sol, que empezaba a declinar, todos se quitaron abrigos y sombreros, los colgaron en las palas clavadas en la tierra y estiraron la

espalda, pero enseguida volvió a refrescar, la luz menguó y el suelo comenzó a endurecerse. Salió una nueva luna, delgada, fría y alta. Geoff Simmons amasaba bolas de arcilla para el torno, las pesaba y las cortaba con un alambre. Su estudio se encontraba al final de la vereda que daba a la parte trasera de la casa de Jackson; era un antiguo almacén de forraje que había comprado hacía diez años con el dinero de una herencia. Solamente tenía licencia de taller, pero se sabía que a veces dormía allí, en un sofá. La parte de delante le servía de tienda, pero aún no eran muchos los que habían recorrido el camino hasta su puerta. Se sentó al torno y se mojó las manos en un cuenco de agua. La lebrera estaba tumbada en una alfombra al lado del radiador. Por la tarde vieron a los adolescentes en la represa del río, bebiendo. En la escuela corrían rumores de que James Broad o Liam, o ambos, se habían acostado con Becky Shaw. Eran maledicencias poco creíbles. Sophie y Lynsey querían saber de dónde habían salido esos rumores y James dijo que no tenía putas ganas de pensar en eso. Sophie intentó darle un abrazo, pero él se la quitó de encima. Liam tiraba piedras al agua. Habían buscado a la niña; en el hayedo, en el río, en las cuevas de Black Bull Rocks. La habían buscado en la cantera abandonada, habían roto los contenedores de los almacenes para mirar dentro, y también los vagones de carga medio podridos, cuyas puertas quedaron colgando cuando la gente bajó después por la carretera. Querían encontrarla. Querían saber que estaba sana y salva. Sentían la necesidad de hacerlo aunque apenas la conocían.

El rugido del agua en la represa llegaba al pueblo a estallidos, cambiando y entrecortándose según el viento, como si alguien subiera y bajara el volumen. Los hombres de Thompson llevaron a las primeras vacas a ordeñar; cada animal buscaba su sitio y bajaba la cabeza hacia el comedero mientras los hombres iban pasando por la fila y les limpiaban las ubres. En el río, el guarda podaba un sauce y al serrar una rama miró el reguero de serrín que quedaba flotando en el agua, se rizaba en un pequeño remolino y caía en forma de pequeña cascada. Había huellas en el sendero, y empezó con la rama siguiente. Siempre había mucho que hacer. La policía fue al colegio a hablar con Liam, James y Lynsey de cualquier relación que hubieran tenido

con la niña desaparecida. Habían recibido nueva información sobre la estancia de la familia en Hunter Place el verano anterior a la desaparición. Los interrogatorios se llevaron a cabo con sensibilidad, siempre en presencia de los padres, pero fueron motivo de complicaciones en la escuela para los tres. No se tomaron medidas de otra clase. Los tres reconocieron que ese verano habían estado con ella en algún momento, aunque ni siquiera sabían que hubiera ido al pueblo aquellas Navidades. No sabían nada que pudiera ser útil. La policía les agradeció la colaboración y lamentó las molestias que les hubieran podido causar. Se adelantaron los relojes y las noches se acortaron. Aparecían brotes en las ramas. En la cantera vieja había colchones tirados; las parejas que iban allí por la noche los consideraban un servicio. Ruth Fowler se trasladó a Harefield. Ni Martin ni ella habían vivido solos nunca. A ella le resultó más fácil adaptarse. Se decía que tenía la idea de abrir una tienda por su cuenta. De productos orgánicos. En Harefield se llevaban esas cosas. Observaron que Martin se ausentaba de casa a menudo. Iba al Gladstone o cruzaba el pueblo, bajaba por el camino del huerto de Fletcher y llegaba al puente de caballos de carga. Cuando estaba en casa se veían luces encendidas casi toda la noche. A veces, por la mañana, su coche estaba aparcado al ralenti a la puerta de la carnicería. Cuando se separaron, Amy, su hija, estaba en la universidad. Ruth se había ofrecido a hablar con ella y, al principio, Martin se lo agradeció, pero cuando Amy volvió, recogió sus cosas y se fue al piso nuevo de Ruth, comprendió lo que había pasado. Aunque sabía que la joven tenía que elegir, se lo tomó como un desaire. Lo último que se sabía de Bruce, el mayor, era que estaba en Manchester. Que hiciera lo que quisiera, se dijo Martin. No quería saberlo.

En el colegio, el último día del trimestre, la señorita Carter se sentó en su silla baja en el rincón de lectura con toda la clase en silencio, mirándola. Incluso Ryan Turner estaba callado, por primera vez desde que la señorita Carter lo conocía. Estaba leyéndoles *Hansel y Gretel*, y cuando llegó al momento en que descubren que los pájaros se han comido las migas de pan y que están perdidos en el bosque, notó que aumentaba la atención de los niños. Bajó la voz hasta casi un murmullo. Parecía que los niños se le acercaran y

estuvieran más callados aún. Se vio reflejada en sus rostros cuando tenía su edad y se quedaba mirando a la señora Bradshaw, soñando con ser algún día esa mujer de piernas tersas que se sentaba en el extremo de una silla mullida y leía en voz alta. Aquello duró solo hasta que Ryan Turner se arrancó una costra de la rodilla y empezó a llorar. En la alta hierba de los alrededores del campo de críquet, las larvas de mariposa hilaban para juntar sus diminutas carpas de hojas. Las primulas que nacían al pie de los setos y junto a la carretera ofrecían ramilletes amarillos a los días que se alargaban. El baile de primavera se dedicó a la guardería, que acababan de reformar y en la que Jane Hughes llevaba un tiempo trabajando. Esperaba recaudar fondos suficientes para comprar juegos de exterior para los días soleados. La semana siguiente a la Pascua se le estropeó el coche y Stuart Hunter la llevó en el suyo a los diversos oficios dominicales. Tenía tres antes del mediodía, a una distancia de ocho a dieciséis kilómetros entre ellos. A ninguno de ellos asistieron más que una docena de personas, y Jane tuvo que dar la razón a Stuart en su objeción no formulada sobre la ineficiencia del despliegue. Pero dos o más acudieron en mi nombre, dijo. Dos o más. No le cuente a nadie que he repetido el sermón, ¿de acuerdo? Soy una tumba, vicaria, dijo él. La dejó en la vicaría del pueblo y le dijo que no iba a entrar. Y ¿qué tal van las cosas en casa?, le preguntó ella. Se van tranquilizando, dijo él. Todavía no hemos vuelto a alquilar ese pajar reconvertido. Nos parece que no está bien. Podría usted venir y hacerle un exorcismo. Lo dijo riéndose, como dándole a entender que era una broma, y, cuando la vicaria se apeó del coche, le hizo saber que siempre rezaba por él y por su familia. Stuart no pudo reírse de eso. Por la noche llovió de tal manera que resultaba agradable quedarse en casa un rato mientras el agua se llevaba el polvo del aire y dejaba un olor exagerado de principios de verano. En el hayedo, los zorros se llevaron a las crías de la guarida.

Will Jackson fue a ver a su madre y terminó ayudando al fisioterapeuta a llevar a su padre de la cama al nuevo porche, pasito a paso, gruñendo todo el camino. Jackson quedó exhausto por el esfuerzo, a pesar de que lo ayudaban dos hombres a mantenerse en pie, y en cuanto lo sentaron en su sillón



especial se quedó dormido sin dar tiempo siquiera a que encendieran el televisor. Al lado del sillón había una mesa con rompecabezas y juguetes para que trabajara la motricidad. En la pared habían pegado copias de los ejercicios que debía hacer. El sol curvaba las esquinas de las hojas. El fisio dijo que la velocidad de progreso variaba muchísimo de unas personas a otras y que era necesario animarlo a que se moviera tan a menudo como fuera posible. Cuando se marchó, Maisie preguntó a Will si tenía tiempo para un té y él dijo que sí, pero que no volviera a hablarle de Claire. Ella le dijo que no tenía intención de entrometerse, que solo quería que fuera feliz. Me las arreglo bien, le dijo. Las cosas son como son, no fui yo el que empezó todo esto, pero ahora las cosas están así. La miró con impaciencia. Es que he notado algo raro, dijo ella, nada más. Mamá, voy a encender el hervidor y no vamos a hablar de eso. Bien, dijo Maisie. Estaban cada uno en un lado de la pequeña y atestada cocina, escuchando el ruido húmedo de la respiración de Jackson, hasta que lo ahogó el del agua en el hervidor. Llovía y el río venía crecido. Los espinos de los prados de la ribera florecían como espuma blanca y la sombra se adensaba al pie de los árboles. Subieron el ganado a los puertos y los salones de té de la represa del molino inauguraron la temporada, aunque había poco trabajo porque el puente peatonal no se había reconstruido y los del camping no podían pasar al otro lado. Los embalses se llenaron. James Broad reconoció por fin ante sus padres el tiempo que había pasado con Becky Shaw. La había conocido el verano anterior, dijo, una tarde en los salones de té, cuando ella estaba con sus padres y él andaba de cachondeo en el puente con Deepak y Lynsey. Becky se acercó a hablar con ellos, y esa misma semana los vio bañándose y les preguntó si podía ir con ellos. Y ¿os bañasteis los cuatro en el río?, preguntó su madre. Y ¿no le contasteis nada de esto a la policía? Estábamos asustados, dijo James. No nos pareció importante. No queríamos que nos hicieran más preguntas. Y entonces decidisteis no decir nada, ¿verdad? James asintió. Fueron unos días muy agobiantes, dijo. La gente no paraba de hablar. ¿Cómo no iban a hablar?, dijo su padre. ¿Por qué no nos lo contaste todo? ¿Qué tenías en la cabeza? Levantaba la voz cada vez más y James retrocedía. Su madre lo miró con atención. ¿Hay algo más, James?, le preguntó. Las Navidades, dijo. También la vi en Navidades. Quedamos un par de veces. ¿Por vuestra cuenta? Él

asintió. ¿Los dos solos? Asintió otra vez y sus padres se miraron. James, ¿había algo entre vosotros? Vamos, mamá, teníamos trece años, ¿qué quieres que hubiera entre nosotros? James, dijo su madre, esto es importante. ¿La viste el día que desapareció? Él negó con un movimiento de cabeza. No soltó una palabra más. Su padre se tapó la cara con las manos. ¡Ay, Dios mío, dame fuerzas!, dijo. James intentó preguntar si eso traería consecuencias, pero solo emitió un murmullo y se le quebró la voz. La madre se sentó a su lado. Tenía quince años y los hombros tan anchos como los de un adulto. Le temblaba todo el cuerpo. El padre salió de la habitación. Oyó preguntar a su hijo si de verdad todo eso podía haber sido por su culpa.

La madre de Richard Clark renovó las habitaciones de arriba. Aunque era una de las primeras cosas en las que había pensado después de la muerte de su marido, había tardado casi diez años en ponerse manos a la obra. Lo habría hecho antes, pero él siempre decía que eso era tirar el dinero. Ahora las habitaciones parecían más espaciaosas, incluso después de que los chicos de Jackson fueran a colocar todos los muebles en su sitio. Cuando terminaron y, a modo de agradecimiento, les dio una propina para que se tomaran algo en el pub, se sentó en el borde de la cama a contemplar los cambios en la habitación. La ventana estaba abierta de par en par, para ventilar el dormitorio de los olores a pintura, y oía a la gente que pasaba por la plaza, el lejano ruido de fondo de la represa, el del ganado de los Thompson, que estaba inquieto. La habitación parecía nueva. Nunca se había encontrado tan a gusto allí. La brisa movía las cortinas. El río venía crecido y turbulento a causa de las lluvias, y por la tarde una gran cantidad de larvas de mosca eclosionaron. Ian Dowsett estaba en el puente de caballos de carga mirando unas truchas gordas como su brazo que se cebaban saltando fuera del agua. Faltaban dos días para que se abriera la veda. Se estremeció al pensar en echar unos lances. En la televisión se sucedían imágenes de incendios forestales en Malasia, laderas enteras arrasadas y el agua arrastrando el manto de tierra hacia los ríos. La actividad empezaba temprano en los establos de los Thompson: las golondrinas incubaban huevos, los machos iban y venían con alimento para las hembras. El alero del tejado estaba en silencio, después

del griterío y el alboroto de la época de apareamiento. Los chicos de Jackson, con Martin, Tony y unos pocos de los adolescentes mayores, fueron al puente de caballos de carga a sacar del río las armazones de engalanar los pozos. Llevaban quince días empapándose y ahora pesaban mucho más; con algunos gruñidos, las subieron al remolque; el agua les caía por los brazos. Subieron a la cima del monte y llevaron los tablones a la casa del pueblo. Cuando terminaron, tuvieron que poner una cadena al remolque. Hacía una temporada que desaparecía chatarra de los alrededores, y ahora se llevaban también lo que no era chatarra. Sacaban cancelas de sus goznes, arrancaban rejillas de los sumideros. El asunto se les iba de las manos. En el jardín de Jones, los mirlos entraban y salían del seto, cazaban lombrices y escarabajos y volvían con ellos. La hermana de Jones pasó toda una mañana sentada en la ventana, mirándolos. Esperaba a que volviera Jones, que ya se retrasaba. Siempre tardaba en volver más de lo que a ella le parecía bien. No soportaba que dijeran que la cuidaba él. Sabía cuidarse sola, pero necesitaba compañía, eso sí era verdad. A veces los días se hacían muy largos. Tenía varias formas de entretenerse, pero eso no siempre era suficiente.

En julio el calor envolvía el páramo y los insectos zumbaban en el brezo. Sally Fletcher fue con Graham, el guardabosques del Parque Nacional, a hacer un censo oficial de mariposas. Había aprendido a identificarlas enseguida y Graham podía confiar en lo que veía. Ahora eran un verdadero equipo y Brian le había preguntado si tenían una aventura o algo así. Se reía solo de pensarlo. Los embalses brillaban, blancos bajo el alto sol del verano. La cuestión de los servicios públicos acaparó casi por completo una junta del concejo, y cuando llegaron al punto de «Asuntos varios», Tony quería cerrar el bar. Así que hubo movimiento en los asientos cuando Frank Parker se puso en pie y dijo que quería tratar el tema del mantenimiento de las lindes. Brian pidió a Judith que comprobara si ya se había hablado de ese tema. Judith miró el acta y dijo que sí. En tal caso, y teniendo en cuenta la hora, prepare un informe y entréguelo por escrito para la próxima junta, dijo Brian. Frank Parker experimentó brevemente sentimientos encontrados, pues estaba ofendido y agradecido a la vez. En el hayedo, los cachorros de zorro se

buscaban la vida y sus progenitores pasaban más tiempo fuera de la madriguera. Por la noche se oían llamadas y respuestas. Se establecieron los límites territoriales. Un círculo de sauces cuajados de hojas formaba una barrera alrededor del profundo estanque del confín de las tierras de los Thompson, como si alguna vez hubiera sucedido allí algo que fuera necesario ocultar. En el colegio se celebró una reunión de padres, a la que asistió Will Jackson para ver qué tal le iba a Tom. La señorita Carter le enseñó algunos cuadernos del niño y le dijo que parecía un niño feliz. También le informó de que en septiembre cambiaría de colegio y él dijo que era una lástima, que Tom la echaría mucho de menos. Pero Tom no estaría en mi clase el próximo curso, puntualizó ella. Will se cohibió. Quería decir en general, por aquí, respondió, se la echará de menos. Ella le sostuvo la mirada un momento. ¿Por aquí, en general? Él asintió. De pronto ella lo comprendió y se le notó en la mirada. ¡Por Dios, Will!, dijo. ¡Qué tonto! Will se levantó con el informe de Tom en la mano, viendo cómo ella lo miraba hasta que llegó a la puerta. Después se preguntó si lo que ella había querido decir es que tenía que habérselo preguntado. Esa misma semana se celebró un acto de despedida y, cuando la señora Simpson entregó unas flores a la señorita Carter, los padres se pusieron en pie y aplaudieron tan fuerte que ella no supo qué decir. En el río, una garza real contemplaba el agua con el cuerpo inclinado, inmóvil, mientras se hacía de noche.

Habían visto a Claire pasar ratos en casa de Jackson y a Will Jackson le inquietaba el motivo. Después de casi tres años viviendo con su madre, teniendo a Tom la mitad de la semana y cruzando apenas palabra cuando se encontraban, parecía que ella se había ablandado un poco. Iba con Tom a casa de los Jackson cuando Will estaba fuera trabajando, pasaba un rato con Maisie y se quedaba a tomar el té si la invitaban. Maisie parecía más animada en compañía de Claire, como si acabaran de conocerse y quisiera impresionarla. Tom se alegraba de que su padre y su madre estuvieran en la misma habitación y los miraba alternadamente mientras contaba cosas del colegio, confirmando que ambos estaban presentes. Después de uno de estos té, Claire preguntó a Maisie si le importaría quedarse una noche con Tom

mientras Will y ella iban al pueblo a tomar un trago. Will no sabía nada de ese plan. Maisie dijo que le parecía bien. Tom dio un brinco y preguntó si podía leer un cuento al abuelo antes de irse a dormir. A Will le pareció que cambiaba el tiempo a su alrededor. Cuando salieron para ir al coche, Will preguntó a Claire de qué iba todo aquello, y ella le dijo que simplemente iban a tomar algo. Él creía que con Claire nada era nunca simple. En el pub, Will fue a buscar las bebidas sin necesidad de preguntarle qué quería. Se sentaron uno frente al otro y hablaron del padre de Will, de sus hermanos, de la granja. Ella habló de su trabajo. Él la miraba esperando que sucediera algo. Parecía distraída. No paraba quieta. Era como si tuviera un secreto y ocultarlo fuera más divertido que contarlo. Se preguntó si tendría novio. Ella le preguntó si era verdad que ese año participaría en la función. Will dijo que se lo habían propuesto. Bueno, la verdad es que no puedes negarte, dijo ella. Claire pagó la segunda ronda. Él tomó media porque tenía que conducir. Creía que se quedarían sin temas de conversación, pero no fue así. Se le había olvidado lo fácil que resultaba hablar con ella cuando no discutían o se mantenían a raya mutuamente. No había nadie a quien conociera desde hacía tanto tiempo —de la guardería, del colegio, de remar en el río y correr alrededor de la granja y de largas noches de verano bañándose en la cantera—, así que por qué había de sorprenderlo. Empezar a salir juntos había sido tan natural y tan fácil como trabajar con sus hermanos en la granja. El descalabro vino cuando tuvieron un hijo. Eran demasiado jóvenes. Dieciocho años, edad suficiente para un piso de protección en el Close pero absolutamente insuficiente para asumir la responsabilidad que conllevaba. Aquello les hizo sentar la cabeza, pero eso nunca había entrado en sus planes. Al principio contaron con la ayuda de ambas madres y de gente del pueblo, pero al cabo de un tiempo todo acabó. Y entonces solo quedaron las obligaciones. Obligaciones en la granja, obligaciones en casa, y ningún sitio al que ir para desconectar. Claire se hartó de que él trabajara tantas horas. Poco después parecía que solo supieran discutir. Y poco después de esto se fue. Él aprendió a vivir sin ella y, por muy agradable que le resultara estar juntos ahí ahora, no lamentaba lo que había sucedido. Terminaron las bebidas y él le ofreció otra ronda, pero Claire dijo que era mejor irse ya. Volvieron en silencio. La luz menguaba cuando cruzaron la cabecera del valle y pasaron por delante de la entrada de la

cantera vieja, donde ella le pidió que parase y empezó a besarlo sin darle tiempo siquiera a poner el freno de mano. La apartó con cuidado. Le preguntó qué hacía. Hemos pasado una velada agradable, ¿no?, preguntó ella. Y sé que te gustaría. Pero creía que las cosas estaban claras, dijo él. Claire le acariciaba los muslos. Se me ha ocurrido enturbiarlas un poco, dijo. Will cerró los ojos y se frotó la cara. Es decir, te crees que puedes dejarte caer, chascar los dedos y ya está, ¿no? Que tú silbas y yo voy corriendo como un perrito, ¿no? Ella se apartó sin dejar de mirarlo. Sí, dijo, eso, exactamente. Salió del coche y echó a andar hacia la cantera. No le hizo falta mirar atrás. Will musitó algo para sí, movió la cabeza de lado a lado y la siguió, apurando el paso para alcanzarla.

\* \* \*

En septiembre, una llovizna, una neblina apenas, envolvía los árboles del fondo del valle. El río se arremolinaba al pasar por el puente de caballos de carga y llevaba destellos de luz a la represa. Vieron a la niña desaparecida andando por la orilla del embalse, saltando por las piedras del rompeolas sin la menor preocupación, o eso parecía. Así lo contó Irene. Se celebró una reunión pública en la casa del pueblo para hablar del proyecto de la empresa de la cantera para abrir otra explotación cerca de Stone Sisters; el ambiente general era de oposición. Junto a la curva de la vía del tren de carga que se adentraba en la cantera había manzanas silvestres; un domingo por la mañana, cuando no había trenes, Winnie fue allí con mucho sigilo y llenó cuatro bolsas, que se llevó a casa para hacer una mermelada suave y dorada, aromatizada con ramitas de romero. Se produjo una conmoción en casa de Jones, vino una ambulancia para llevarse a su hermana. No era la primera vez que sucedía. A nadie le parecía oportuno hacer preguntas y él tampoco se prestó a contar nada. A lo largo de la semana lo vieron trabajando en el colegio sin descanso y no parecía que fuera a verla a dondequiera que la hubieran llevado. Por la noche bajaba a la represa del molino con la caña de pescar. Las chinches de agua y los zapateros se deslizaban por la superficie quieta y a él se le aclaraba la cabeza. Se le pasaba la tensión a medida que los peces subían a cebarse. La gente no tenía ni idea de nada. Miró a los adolescentes, que iban por el camino de la represa, en la otra orilla del río.

Llevaban unas botellas de sidra barata que había comprado Lynsey en la ciudad, y se sentaron a beberlas en los bancos exteriores de los salones de té. Sophie preguntó si era verdad que los padres de James iban a separarse. Él respondió que cómo iba a saberlo; no era asunto suyo. De todos modos, casi no le dirigían la palabra. Desde aquello. Se calló, encendió un cigarrillo e intentó hacer la plancha en el borde del banco. Liam no quiso saber desde qué, y James no lo dijo. Liam le preguntó si estaba llorando o qué hostias y Sophie le pidió que lo dejara en paz. Lynsey propuso a Liam que fuera a dar una vuelta con ella y, cuando miraron atrás, Sophie se había sentado al lado de James, lo rodeaba con los brazos y él apoyaba la cabeza en su pecho. Resultaba que su padre lo había llevado a la policía. Lo obligó a contarles que había estado con Becky Shaw. El inspector con el que hablaron los trató con brusquedad y dijo que ya era tarde, que esa información era inútil. Le pidió a Sophie que le guardara el secreto. Las palomas peleaban en los árboles. Los murciélagos salieron al anochecer a buscar alimento por encima del agua, tenían que engordar para el invierno. Atraídos por el agua fresca y los comederos, unos faisanes silvestres se metieron en la faisanería del confín de la finca Culshaw. Quince días después, la hermana de Jones volvió a casa y él guardó el equipo de pesca.

En octubre soplaron vientos fuertes y por las mañanas había árboles caídos en la carretera. En los bosques se oían disparos de escopeta, de dos en dos. Volvieron a ver al padre de la niña desaparecida varias veces, aunque algunas resultaron ser confusiones. Se sabía que ya no llevaba el anorak gris marengo y, además, no eran pocos los hombres solitarios que paseaban absortos por los montes. Pero se dejó ver lo suficiente para dar la impresión de que era incapaz de no volver. Corría el rumor de que se habían divorciado, y fue en esas fechas cuando más a menudo se lo vio. En la orilla del embalse; en los alrededores de la cantera; en el río, cerca del puente de caballos de carga. Siempre lo veían desde la distancia, alejándose. En las huertas, las calabazas engordaban despacio, alzadas del suelo húmedo sobre bloques de vidrio, rayadas a la luz baja del otoño. Jane Hughes volvía de Hunter Place y se encontró con Jones al lado de la represa del molino. Estaba allí, de pie,

pacientemente, con las manos a la espalda, los hombros encogidos y el cuello hacia delante. No quería molestarlo, pero al pasar ella, Jones cambió levemente de postura y la vicaria lo interpretó como un saludo. Se había acostumbrado a esa clase de señales. Se acercó a él y miró el agua un momento. Señor Jones, dijo. Vicaria, replicó él. ¿Se encuentra usted bien?, le preguntó. Él asintió. Y ¿su hermana? El hombre no respondió, pero señaló un cambio diminuto en la luz del agua que ella casi no distinguió. Ahora se han asustado todas, dijo. ¿De verdad? Yo estoy a la sombra del árbol, le explicó, donde hay que ponerse. Pero usted se ha asomado y por eso... La vicaria se apartó de la orilla disculpándose. Lo miró. ¿Hoy no pesca? No, dijo él. Pero si hubiera estado pescando... La próxima vez me acordaré. Lo siento. Se oía aleteo de palomas entre los árboles y el murmullo del agua al pasar por encima de las piedras. Jones seguía con las manos a la espalda. Mi hermana ya ha vuelto a casa, le dijo. Lo suponía, sí. Aquí vienen muchas truchas, le explicó, si no se las molesta. No se la ve mucho por el pueblo, dijo Jane, asomándose al agua como si quisiera ver las truchas y dándole así ocasión de hablar mientras no lo miraba. Debe de ser difícil para usted, dijo ella. Pues no. No es ninguna carga. ¿Le ayuda alguien? La vicaria notó que el hombre se ponía tenso; Jones se soltó las manos de la espalda y se arregló los botones de la chaqueta y la gorra. Se puso de espaldas al agua. Parece que viene mal tiempo, dijo, señalando los montes con un movimiento de cabeza; ella asintió. Hasta luego, añadió, encendió un cigarrillo y echó a andar por el sendero en dirección al puente. Un águila ratonera buscaba lombrices en los campos segados de las tierras de Thompson.

De madrugada, una niebla se levantó del río y se fue aposentando a lo largo de la mañana; las calles parecían cargadas de sueño. En el terraplén del confín más elevado del hayedo nada se movía en la tejonera. Había rastros entre esta y la tierra húmeda al pie de los saúcos, donde abundaban las lombrices, pero los viajes de aprovisionamiento eran cortos. Había hojas y hierbas secas esparcidas en dirección a la tejonera. El concejo parroquial, Culshaw Hall y el Parque Nacional llegaron a un acuerdo sobre el puente peatonal: se repartirían el coste. Los Jackson firmaron el contrato y



terminaron el trabajo en tres días. La Noche de la Hoguera\* la lluvia obligó a la gente a quedarse en casa, y, aunque hicieron la hoguera a cubierto, la leña tardó en prender, echaba mucho humo y chisporroteaba; los pocos que miraban, cobijados debajo de paraguas, lanzaban sarcásticas voces de ánimo. Ese mes, más tarde, Will Jackson llevó a Tom en el asiento trasero del *quad* a ver las ovejas que todavía no habían llevado al redil. Cuando estaban allí le contó que pronto volverían a vivir los tres juntos. Tom le ayudaba a examinar las patas y se concentró mucho en la pezuña que sujetaba entre las rodillas. Me lo explicó mamá, dijo al cabo de un rato. Entonces, ¿te parece bien? No depende de mí. No, pero queremos que te parezca bien. Will encontró las primeras señales de sarna en una oveja y le pidió a Tom que le pasara el espray. ¿Crees que será más fácil que estar siempre yendo y viniendo de una casa a otra? Papá: ¿podemos hablar de otra cosa? Will lo miró y asintió; estuvieron callados un rato y, cuando terminaron de revisar el rebaño, se sentaron en el borde del remolque a contemplar el monte.

Una mujer llamada Susanna Wright se instaló en el Close con sus hijos, en un piso de tres dormitorios. La gente se preguntaba por qué le habían dado esa vivienda si nadie la conocía. Había otros que llevaban más tiempo en la lista. La mujer se presentó enseguida, pero no especificó de dónde era. Tenía acento del sur. El hijo mayor, de quince años, se llamaba Rohan, y la hija, de diez, Ashleigh, y los primeros días andaban cabizbajos por el pueblo, con la expresión de los chicos que han crecido en la ciudad y les cohibe que todo el mundo quiera saludarlos. A la gente le intrigaba por qué se habían trasladado en esa época del año y dónde estaría el padre, pero no se lo preguntaban a ella. En la oficina de Correos la oyeron quejarse de humedades en la casa y Gordon Jackson no tardó en aparecer por allí para ofrecerle ayuda. En el otro extremo del Close, Claire volvió al piso que Will había logrado mantener desde que ella se marchó. No fue una gran ceremonia; había dejado la mitad de sus cosas en los armarios todo ese tiempo y, desde la noche en que se detuvieron en la cantera, había ido llevando más siempre que se quedaba a dormir. Tom no estaba seguro de si prefería esta situación. No le sorprendió oírlos discutir por las cortinas. Le parecía que su padre nunca había opinado

nada de las cortinas hasta entonces. Guardó una bolsa con ropa, un neceser y libros del colegio debajo de la cama, por si acaso. Una semana antes de Navidad cayó una gran nevada por la noche y a la mañana siguiente la gente tuvo que abrir caminos a paladas desde la puerta de casa; el ruido de metal rascando piedra y de motores que se dejaban encendidos para que se calentaran lo inundaba todo. Los chicos de Jackson salieron a echar gravilla fina en las calles más empinadas, pero, en general, la gente tenía que conducir con cautela; las ruedas chirriaban en la nieve compacta. Por la noche un grupo fue de puerta en puerta cantando villancicos a fin de recaudar dinero para el hospicio del pueblo y las voces resonaban finas en el aire frío y quieto.

Richard Clark llegó a casa justo después de Navidad y, por una vez, sus hermanas todavía estaban allí. Cuando se sentó a comer con ellas se sintió acorralado. Entre los maridos y los hijos, había mucha gente en la mesa y él no tenía gran cosa que decir. Se alojaban en los pajares reconvertidos de Hunter Place y, cuando se iban, en el umbral de la puerta, sus hermanas hablaron de la salud de la madre. Se habló de compartir la responsabilidad. Le dijeron que no podía irse tan a menudo del país. Era el mayor, pero nunca lo había parecido. Dijo que haría lo que pudiera, pero que creía que su madre se las arreglaba muy bien. Su trabajo no era predecible, añadió. Tu trabajo es un maldito enigma total, dijo Rachel. Ya sabes lo que hago, respondió él. Empezó a explicarles otra vez en qué consistía la consultoría, pero ellas bostezaron, se rieron y se fueron a sus respectivos coches. La calle principal estaba animada. Se representaba la función navideña en la casa del pueblo y una vez más el público era numeroso. Este año era *Aladino*. Tony era la viuda Twankey, y no lo hizo mal. Recitó sus parlamentos en un tono alto e inexpresivo que no siempre parecía intencionado, y lucía el pesado traje con cierta dignidad. Will Jackson trabajaba entre bambalinas, pero no quiso representar ningún papel. Cuando el público salió a la noche, nevaba otra vez abundantemente. Al día siguiente, Martin se detuvo en Harefield para ver la tienda nueva de Ruth. A ella le sorprendió. Martin se dirigía a su nuevo trabajo en la ciudad, pero Harefield no le quedaba de camino. Ruth le

preguntó qué tal le iban las cosas y él dijo que bien. Había muchos productos frescos en cestas de mimbre, ristras de salchichas colgadas por encima del refrigerador y un fuerte olor a café. Y muchas clases de aceitunas. Martin no podía creer que los clientes estuvieran dispuestos a pagar algunos de los precios que vio, pero cuando le preguntó a Ruth qué tal marchaba el negocio, ella le dijo que no se lo creería. Ahora la gente ahorra más en coches y vacaciones en el extranjero, le explicó, preferían gastarse lo que les quedaba en tiendas como la suya. Les gustaba permitirse exquisiteces. Él se preguntó qué querría decir con eso, pero lo dejó pasar. Habían tenido sus diferencias. Ahora ya no contaban. Simplemente se alegraba de que las cosas le fueran bien. Se fue al trabajo a tal velocidad que casi pierde el control en la última curva antes de entrar en la ciudad. Aparcó ocupando dos plazas y fichó justo antes de que empezara su turno. Si hubiera necesitado una puñetera lección de economía se la habría pedido.

A medianoche, cuando llegó el Año Nuevo, lanzaron fuegos artificiales en Hunter Place. El ruido llegó de pronto a la casa del pueblo y la gente se preguntó un momento qué sería. Pidieron a Irene que saliera de la cocina y se llevara a Andrew a casa porque se había puesto nervioso. En la siguiente junta del concejo se solicitó a los Hunter que no repitieran el espectáculo. Cuando empezó el trimestre, Rohan Wright cogió el autobús del instituto para ir a la ciudad con Liam, James, Lynsey y Sophie. Los chicos lo habían visto por el pueblo pero todavía no habían hablado con él. Se saludaron y él se presentó. Le preguntaron de dónde era y él dijo que del sur de Londres. Liam le preguntó si su madre era la hippy que iba a dar clases de yoga y los otros le dijeron que se callara. No quiero hacerme el gracioso, replicó, solo pregunto. Mi madre está muy metida en lo del yoga. Conoce a Yuri Gagarin y tal. Eso no tenía sentido se mirara como se mirase y nadie supo qué decir. Lo conocéis, ¿no?, dijo, incrédulo. ¡El que dobla cucharas! Y tu madre las mete dobladas, dijo Lynsey, y James la secundó: ¡Chócala! El autobús se desvió hacia la carretera principal frente a la tienda de repuestos agrícolas de los padres de Lynsey y los chicos siguieron preguntándole a Rohan sobre su antigua escuela hasta que llegaron a la ciudad. Cathy Harris se cruzó con el autobús en la carretera y al llegar a casa llamó a la puerta del señor Wilson y le preguntó si quería que sacara a Nelson de paseo. Él dijo que sería una gran ayuda y le preguntó si antes se tomaría un té. Tenían por costumbre hacerlo así para que pareciera una cosa casual, cuando en realidad hacía años que era Cathy la que sacaba a *Nelson* de paseo casi todos los días. A causa de la cadera, al señor Wilson le costaba esfuerzo subir la cuesta y llegar a la tienda, por no hablar de la hora a paso vivo que *Nelson* esperaba todo el día con impaciencia. Me encantaría, sí, dijo ella, preparándose para la embestida de *Nelson*, que se disponía a asaltarla. El señor Wilson cerró la puerta y, despacito, fue a coger el hervidor de agua. Bajaron las Muelas de Molino del Milenio de sus pedestales y contrataron a Sean Hooper para que las reparase.

Junto al puente de caballos de carga, una garza real paseaba por el barro de la orilla del río moviendo la cabeza, levantando mucho las zancas, con torpeza. Se paró y se quedó mirando el agua.

En febrero no nevó, pero las heladas fueron fuertes. A Ruth le llegó una tarjeta por San Valentín y supo que se la mandaba Martin. Le pareció que la mejor respuesta era no responder. La brigada de mantenimiento revisó el paramento de aguas arriba del embalse número 7 para comprobar los efectos de la erosión en el coronamiento. Había grietas en el hielo que se había formado en los charcos superficiales del camino. Susanna Wright dio la primera clase de yoga en la casa del pueblo. Solo acudieron tres personas y, como la sala estaba demasiado fría para hacer estiramientos sin riesgos, dedicó la hora a explicar lo que es y lo que no es el yoga. Dijo que hablaría de la calefacción con el portero y después preguntó quién era el portero. El condado mandó a alguien a despejar la cantera vieja de la carretera principal. Los dos coches quemados habían sido un imán para el vertido descontrolado de basura de toda la zona e hicieron falta tres volquetes para retirarla. ¿De dónde ha salido todo esto?, preguntó Martin a Tony, mirando la cantera desde lo alto del risco. La pregunta sería adónde van a llevárselo, dijo Tony. Seguro que lo meten en cualquier otro agujero del terreno. Para eso, podían dejarlo ahí, esperar a que se llenara la cantera y después enterrarlo todo. Después, a plantar unos árboles de una puta vez y listos. Algunas gaviotas y cuervos volaban en círculos por encima de ellos. Jones también estaba, pero no tenía nada que decir. Martin se fue carretera adelante, a trabajar. Lo habían contratado en la carnicería del supermercado nuevo. No se lo había dicho a nadie, pero enseguida se enteró el pueblo entero. Al fin y al cabo, todos compraban allí. Parecía la humillación definitiva, después de lo de Bruce, lo de la tienda, lo de Ruth. Pero el horario estaba bien y, aunque el salario no era gran cosa, abultaba más en el bolsillo que lo que ganaba cuando llevaban la tienda a la ruina. Le dieron un mandil a rayas y una tarjeta de identificación que decía «Maestro Carnicero», pero eso no era una carnicería. El género llegaba despachado y él solo debía despacharlo. Ni siquiera tenía sus cuchillos buenos. Estaban cerrados bajo llave en la tienda y el capullo del banco se

negaba en redondo a que los recuperara. Ya llevaba tres meses en el trabajo y el supervisor le dijo que no había recibido quejas propiamente dichas, pero que procurara ser un poco más comunicativo con la clientela. Martin dijo que sí, que lo procuraría, seguro, y salió al patio de carga a fumar y a dar unas patadas a las cajas que estaban allí apiladas. Hacia las cuatro y media empezó a ponerse el sol, pero ya estaba oscuro porque las alturas del páramo y las nubes bloqueaban la poca luz que había.

Cayó una tormenta, unas cuantas ramas de los sicomoros de las huertas aterrizaron en el tejado de la casa de los Tucker, que estaba al lado de la de Jones. Llevaba siete años deshabitada. Había un conflicto de por medio, y era necesario solucionarlo para poder ponerla en venta, pero, por lo visto, nadie sabía de qué se trataba ni quiénes eran las partes. Jones cogió una escalera de mano y subió a retirar las ramas. Comprobó el estado de las tejas de pizarra. Su hermana lo miraba desde la puerta de casa. Esas cosas la ponían nerviosa. Preguntaba por ellas a menudo, hasta que se resolvían. Jones le dijo que las tejas estaban bien y recogió la escalera. Ella entró en casa. Las palomas torcaces construían sus nidos en los árboles de la orilla del río. Parecía que el delicado entramado de palitos no fuera suficiente para soportar el peso de una paloma gorda. Pero se suponía que sabían lo que hacían. Vieron a Cooper trabajando hasta tarde en la revista, apurando una vez más el plazo de entrega. Disfrutaba esas últimas horas de la carrera contra reloj. Le recordaban a sus tiempos en *The Times*, hacía años, antes de ir al pueblo a encargarse de la prensa del Parque Nacional. Era la misma sensación de premura y precisión, de disponer de una sola posibilidad para repasarlo todo antes de entregar. Naturalmente, había diferencias. Para empezar, ahora los plazos de entrega se los ponía él por amor propio; tampoco había nadie más en la oficina, es decir, nadie con quien ir a tomar algo al cerrar el ejemplar. Lo cierto es que la oficina estaba en silencio. Oía los pasos de los niños en el piso de arriba, que iban y venían, y la voz apagada de Su, que intentaba ponerles el pijama. Parecía agotada, y, por una parte, deseaba ir arriba y tomarle el relevo. Pero sabía que sería inútil y que Su no se lo agradecería. Últimamente no estaba de humor para agradecerle muchas cosas. Al parecer

lo hacía todo mal. O se quedaba corto o se pasaba. Su se había retrasado en algunos proyectos y le habían pedido que cogiera una excedencia. Se habían hecho una idea del trabajo que podía hacer desde casa, y parecía que le echaba la culpa a él. Era estresante tener niños pequeños, eso lo entendía. Pero pasaría. Imprimió las pruebas definitivas y se inclinó sobre ellas bolígrafo rojo en ristre. El viento agitaba los árboles. En la franja de coníferas, por encima del embalse número 5, una pareja de águilas ratoneras reconstruía el nido del año anterior entretejiendo palos nuevos y forrando el cuenco poco profundo con helechos frescos y hierba.

En abril llegaron las primeras golondrinas y los excursionistas volvieron a los montes. En la colonia de las garzas reales, en las copas de los árboles de encima de la cantera, se oían inquietos y persistentes aleteos. Cayó la noche. En las huertas abrieron el agua otra vez para la temporada y Clive fue el primero que enganchó la manguera; el agua plateada empezó a deslizarse rápidamente por el suelo antes de desaparecer entre las grietas. De nuevo había voladuras en la cantera, y cuando se oyó la primera sirena nadie hizo el menor caso del creciente ulular. La segunda se oyó unos minutos después y quienes tenían la colada en el tendal salieron rápidamente a recogerla. Sonó la tercera y los pájaros de los árboles de la cantera levantaron el vuelo y se dispersaron; el aire se quedó quieto un momento antes de que el profundo resquebrajamiento seco resonara como un trueno por el suelo y desapareciera. Cuando dieron la primera señal de fin de la alerta, los pájaros volvieron a los árboles. Con la segunda volvieron los peones de la cantera. En el pueblo, las ventanas siguieron cerradas unas horas más, hasta que el polvo se posó. En el río, el guarda metió en el agua la caja de botellas de muestreo desde el puente peatonal de la represa. Siempre en el mismo sitio, a la misma hora, el mismo día del mes. Entretanto, dos tipos andaban husmeando de un lado a otro, como buscando sitios donde pescar, y quiso decirles un par de cosas. Adelantó a Irene, que iba camino de la iglesia con dos bolsas llenas de flores. Cuando llegó, oyó que alguien cantaba en la sacristía, y siguió cantando mientras ella cogía los floreros. No era una gran experta en música, pero le pareció que lo hacía muy bien. Tardó un rato en darse cuenta de que era la

vicaria, porque no se la oía cantar así en el oficio de la mañana. No conocía la melodía y apenas entendía la letra, pero tenía algo cautivador: las altas y luminosas ventanas, las motas de polvo en el aire, el olor de la madera pulida e Irene allí en medio, con los brazos llenos flores, sin moverse. En la cantera sonó la sirena otra vez, débilmente, y la vicaria dejó de cantar. A finales de mes se celebró el baile de primavera en favor de Amnistía Internacional, motivo controvertido para quienes opinaban que la política debía quedar al margen, pero Jane Hughes se empeñó. Se llegó al acuerdo de que no se expondría ninguna clase de publicidad, porque podía afectar al espíritu de la fiesta. Esa manera de hablar saca de quicio a muchas personas, dijo Clive en la reunión. Este comentario constó en acta. La policía hizo una presentación sobre prevención de delitos en el Gladstone y, mientras estaban todos allí, alguien se llevó un remolque de ganado que los Jackson habían dejado en Top Road. A algunos les hizo gracia la anécdota cuando la contaron, pero enseguida los pusieron firmes.

En el taller, Geoff Simmons hizo otro lote de cacharros. El del día anterior se secaba lentamente en el fondo de la habitación y el horno empezaba a calentarse. Presionó una bola de arcilla contra el plato del torno húmedo y la centró. La lebrella dormitaba al sol. Mientras la arcilla daba vueltas, la fue levantando con las palmas de las manos y moldeándola con los dedos. Mientras la afinaba se formaban circunferencias en la superficie y el agua sobrante se escurría por el torno. Se apreciaban los años de aprendizaje y perfeccionamiento en esos movimientos. No se podían enseñar. Ejercía exactamente la presión necesaria para que la arcilla se transformara en esa pieza. Redujo la velocidad del torno y dio forma a la boca. Le gustaba imponer ciertas panzas y cinturas a sus creaciones y curvar la boca hacia fuera. A veces los clientes le preguntaban si eran jarrones, jarras o tazas, y él decía que todas eran vasijas. Lo habían tildado de obtuso. La lebrella sacudió las patas traseras sin levantarse de la alfombra, soñaba que corría por los campos. En la cantera de la carretera, las polillas volvían a aparearse. Las golondrinas anidaban en los aleros de los cobertizos, las madres empollaban bajo sus ahuecadas plumas brillantes huevos blancos con motas rojas. A la



orilla del río, las campanillas azules inundaban el soto. Recogieron arcilla para la decoración de los pozos en el extremo húmedo de las tierras de los Hunter y la llevaron a la casa del pueblo. Los hombres la metieron en una tina de hojalata y empezaron a pisarla mientras Irene iba echando agua, hasta que consideró que adquiriría la consistencia necesaria. Cuando terminaron, Gordon Jackson volvió a Hunter Place y preguntó a Jess si le apetecía ir a dar una vuelta en coche. Lo habían comentado. Habían hablado de los aerogeneradores que iban a poner en las alturas que dominaban el embalse número 9 y ella quería ver cómo estaban las cosas exactamente. Dijo que le preocupaban algunos aspectos. Él pensó que tal vez hubiera algo más. Stuart Hunter no estaba en el pueblo. Jess estaba haciendo pan y le dijo que esperase un momento, que iba a lavarse. Después montó en el Land Rover con él, dejaron atrás la oficina de información turística y se fueron por el camino de la cresta. Gordon tenía las llaves de la verja. Había roderas profundas en el camino, ella rebotó en el asiento varias veces y en una ocasión soltó una risita breve y cohibida y se agarró al brazo de Gordon. Las miradas se encontraron, silencio cauto. Había una pauta, pero no un hábito. Había empezado hacía un tiempo. En la cima del monte se apearon, se apoyaron contra el Land Rover y Gordon se las arregló para que Jess creyera que el primer beso había sido iniciativa de ella. Él llevaba las uñas limpias. Ella hablaba mucho y no se avergonzaba de lo que estaban haciendo. Quería que la mirase y él se lo tomaba con calma. Después, él se preguntó si sería posible que hubiera algo más, pero, por como Jess se abotonaba la blusa, comprendió que no. Él todavía estaba recobrando el aliento y ella ya quería irse. Le sonrió de tal manera que le entraron ganas de sentarse. Gordon se preguntó cuánto cemento haría falta para poner los cimientos del aerogenerador y si construirían una carretera para llevarlo hasta allí.

Sophie Hunter y Lynsey Smith fueron a una fiesta en la ciudad y se hicieron un lío para volver. No tenían dinero para un taxi, así que decidieron ir a pie. No eran más que seis kilómetros y medio, pero se equivocaron en un desvío del bosque cuando ya era de noche. Al principio les hizo gracia, pero después empezaron a preocuparse por las consecuencias. Ya sabes cómo es mi padre

con lo de llegar tarde, dijo Sophie. Ya habrá llamado a la policía. No es el único, replicó Lynsey, todos hacen lo mismo. Lynsey llevaba los zapatos en la mano y el barro se le iba acumulando entre los dedos de los pies. Vieron los faros de un coche y se dirigieron hacia la carretera. Me da igual, pero la verdad es que ha sido una mierda de fiesta, dijo Sophie. Intentó reírse, pero oyó llorar a Lynsey. Dio media vuelta y fue a cogerle la mano. Apenas le veía la cara en la oscuridad. Vamos, mujer, seguro que ya estamos cerca. Sophie, joder. Se alegrarán tanto de vernos que se les olvidará reñirnos. Venga, mujer. Ojalá. No, Lynsey. Ojalá supiéramos lo que le pasó a la chica. Lynsey, Dios, ¿otra vez? Déjalo ya. Llegaron a la carretera a la altura de la cementera y subieron en silencio la cuesta en dirección al pueblo. El cuarto coche que pasó junto a ellas era el de Mike Jackson; se paró y las llevó. Las castigaron quince días sin salir y poco después les dieron un teléfono móvil, que pagaron los padres de Sophie, pero solo para llamadas de emergencia. Inmediatamente, Olivia pidió uno, pero le dijeron que todavía era pequeña. Jess Hunter mandó a Sophie que ayudara a Irene con la limpieza de los pajares reconvertidos, e Irene la hizo trabajar de lo lindo. Irene se tomaba el trabajo en serio. Era rápida, pero no hacía las cosas por encima. Confiaban en ella, sabían que no habría necesidad de comprobar lo que hacía. En casa era igual. Ted afirmaba a menudo que la casa siempre estaba arreglada. Conociendo a Ted, eso era un gran elogio. Pero él no contribuía mucho, siempre llegaba a casa con la ropa y las botas llenas de polvo. Y cómo dejaba la bañera, cuando se metía en ella después de una semana en la cantera. Como si hubieran mezclado cemento allí dentro. Así eran las cosas. Él trabajaba fuera de casa, y ella, dentro. Era justo. Y eso incluía a Andrew. Si el niño se despertaba por la noche era justo que lo atendiera ella. Ted tenía casi diez años más que Irene, era demasiado mayor para esas cosas. Ella frisaba los cuarenta cuando nació Andrew y a veces no sabía de dónde sacaba la energía. Si el niño agarraba una de sus pataletas, Ted tenía derecho a quedarse sentado, con el día que había tenido. No eran cosas en las que se hubieran puesto de acuerdo explícitamente. A Ted le gustaba que en casa reinara la tranquilidad. No era mucho pedir. Pero ahora que él no estaba, Irene tenía más tiempo para trabajar limpiando en otras casas del pueblo. Era lo que sabía hacer. Cuando terminó se fue por el camino largo, por los pastos

de detrás de la casa de los Jackson y de la plaza. Le quedaba un rato antes de que volviera Andrew. El sendero de tierra compactada dividía en dos el campo de hierba que maduraba. Notaba el sol en los brazos. Miró hacia el páramo. Hacía años que habían cambiado la ruta del Greystone Way y todavía había roderas profundas en la turba de la cima del páramo, pues algunos excursionistas insistían en seguir la ruta original, una cinta pisoteada que se ensanchaba constantemente porque la gente se desviaba un poco del barro más profundo. ¡Qué se le iba a hacer! Las mariposas nacían. Los zorzales se habían ido a criar a sus polluelos en el clima más frío del norte.

En julio Will y Claire se casaron. La iglesia se llenó de gente que los conocía desde pequeños. A Jackson lo llevaron en silla de ruedas, con un traje nuevo que le habían comprado porque le había cambiado la talla. Se celebró el banquete en el Gladstone, y el baile, en la casa del pueblo. Vieron a Gordon Jackson bailar con Susanna Wright, pero la cosa acabó en nada. Susanna y sus hijos ya eran conocidos en el pueblo. Ella se había ofrecido voluntaria para la guardería de la casa del pueblo y continuaba con las clases de yoga. Había cogido una parcela en las huertas y se había apuntado para la función de Navidad. Tenía facilidad para hablar con la gente e incluso Irene había dicho que era muy probable que se quedara. Rohan, el muchacho, había superado bien la secundaria a pesar del cambio y había empezado a salir con Lynsey Smith. Se los veía paseando juntos por el río o por el hayedo, pero sobre todo en la marquesina del autobús del campo de críquet, besándose hasta que se les quedaba la cara en carne viva. En el Gladstone bromeaban a su costa y hasta Susanna se preguntaba cuándo encontrarían un rincón privado. Hacía tiempo que, preventivamente, le había puesto un condón en la billetera, y por casualidad sabía que seguía allí. Ashleigh había hecho amigos en el colegio, pero Olivia Hunter era la única de su edad en el pueblo. Pasaba mucho tiempo con el ordenador. En las huertas, Martin estaba en un banco en la parte más alta de su parcela, que ahora era de Ruth, aunque a ella no le molestaba que él pasara ratos allí. Estaba haciendo mucho mejor trabajo ella sola ahora que cuando se dedicaban los dos. No le dolía reconocerlo. Significaba algo. Decía algo de ambos. O quizá la ayudara alguien. Pero no

sabía quién. Tal vez fuera eso. Tal vez desde siempre. A lo mejor ese alguien lo estaba mirando en ese momento —el señor Wilson, agachado entre los espárragos; Clive, mientras aireaba el compost— y compadeciéndolo porque no sabía nada. Desde luego, esas ideas no le ayudaban. Se lo habían advertido. Podía remediarlo de alguna manera, cambiar el curso de sus pensamientos. Enderezó la espalda, levantó la cabeza y ensanchó el espacio en el que guardaba sentimientos incómodos. Miró al exterior y prestó atención a otra clase de información sensorial que tenía a mano. Nombró las plantas que veía. Grosellas rojas, fresas y grosellas blancas; maíz tierno, calabacines y judías verdes; capuchinas y caléndulas, clavel de poeta, arvejillas; espinacas, lechugas, col rizada. Ortigas, perifollo silvestre, cardos, correhuela. Muchísima correhuela, ¡maldita sea! Fuera quien fuera ese cabrón, no era un gran hortelano, desde luego, si dejaba tanta mala hierba sin arrancar. Abrió el grifo de la parte inferior de la cisterna e inició el descenso. Intentó centrar los pensamientos de nuevo, pero en lo que de verdad pensaba era en tomarse un trago. Montaron tiendas de campaña en Stone Sisters y se rumoreaba que un grupo de ecologistas estaba preparando una acampada de protesta contra la cantera nueva. Les Thompson recorrió sus campos al anochecer, cuando la hierba no había perdido todavía el calor del sol. Mañana segarían. En el hayedo, los zorros se llevaron a los cachorros de la madriguera para enseñarles a buscar alimento. En un barranco de lo alto del páramo encontraron una sudadera blanca con capucha, manchada de turba marrón oscuro y con las costuras deshilachadas. La madre de la niña desaparecida dijo que era de la misma marca y modelo que la de su hija. La investigación forense duró semanas y no dio resultados concluyentes. Se hicieron exhaustivas búsquedas en la zona pero no se halló nada más.

Se sabía que Sophie Hunter y James Broad estaban en pleno cortejo. Con estas palabras lo expresó Stuart Hunter, sin ironía. Todo el mundo daba por sentado que acabarían juntos, pero al cabo de pocas semanas se dieron cuenta de que algo no funcionaba. Una tarde estaban en casa de Sophie, en la sala de cine, y ella le dijo que no se lo tomara a mal, pero que a veces le parecía que besaba a su propio hermano. James le dijo que ella no tenía hermanos y

Sophie contestó que no era esa la cuestión. James no se molestó. Casi le pareció un alivio. Dijo que, cuando la besaba, no le parecía que estuviera besando a su propia hermana, sino más bien a su madre, la de Sophie. Ella le preguntó cuándo había besado a su madre y él dijo que a menudo. Es una mujer muy liberada, dijo, y ella lo llamó asqueroso. Te estás mirando en un espejo, dijo él. Seguían abrazados y, aunque sabían el rumbo que llevaba la conversación, no tenían prisa por soltarse. Él la besó otra vez, muy suavemente, e hizo un gesto negativo con la cabeza. En la guardería corríamos desnudos los dos juntos por todas partes, dijo él. No me parece apropiado verte desnuda ahora. Será una decepción para todo el mundo, dijo ella. ¿El capitán del equipo de rugby y la jefa de delegados? Se supone que somos la pareja ideal. Entonces, ¿ya está?, preguntó él. Supongo, sí, dijo ella. Te parece bien, ¿no? Él asintió. Pero te advierto que mis padres van a tardar horas en volver. Empezó a desabrocharse la blusa sin dejar de mirarlo. No entiendo nada, dijo él. Cambió de postura en el sofá. Pero si te lo tomas así... Ella lo agarró por el botón de los vaqueros y se besaron de nuevo, brevemente, y se quitaron las prendas justas para el coito. Él se corrió enseguida con un grito y un suspiro; después, ella se quedó encima de él un momento, acariciándole la cara y diciéndole que siempre serían amigos. Se vistieron y ella, como quien no quiere la cosa, como si se le acabara de ocurrir, le dijo que lo cierto era que a Lynsey le gustaba mucho y que debería pensarlo en algún momento. James hizo un gesto negativo y dijo que Lynsey era un desastre. Ella le preguntó qué era lo que no le gustaba. Ni siquiera fue a la guardería con nosotros, añadió. Sería otra cosa. Él se abrochó los vaqueros y cogió el mando a distancia. Elige, le dijo. El equipo de críquet fue a Cardwell al encuentro anual y resultó que el equipo rival solo había podido reunir ocho jugadores. Discutieron sobre la conveniencia de jugar el partido de todos modos, lo jugaron y el resultado fue un empate muy reñido. Martin desapareció una semana y cuando volvió cojeaba y se le veían quemaduras de cigarrillo en las manos. Woods tiene más memoria de lo que pensaba, fue lo único que le dijo a Tony cuando le preguntó.

El señor Wilson era vecino de Cathy Harris, vivía en la casa de al lado, en una hilera de antiguas cabañas de empleados del molino, al final de la vereda del campo de críquet. Había ido a vivir al pueblo de joven, para trabajar en los nuevos embalses de los montes de alrededor. Conoció a Jean en la oficina de delineantes, se casaron al cabo de un año y se fueron a vivir juntos a la cabaña. Cuando Cathy llamó a su puerta y le preguntó si quería que sacara a *Nelson* de paseo, la invitó a té, como de costumbre. *Nelson* corría en círculos en la salita y ella se agachó a acariciarle las orejas. El perro levantó la cabeza y se quedó quieto un momento, y el señor Wilson llegó con el té. Se movía despacio debido a la edad, a la cadera, en particular, pero Cathy siempre lo había visto como una persona de gestos lentos y precisos. No se lo imaginaba corriendo detrás de un autobús. No creía que hubiera jugado en el equipo de críquet del pueblo, aunque se sabía que había actuado de árbitro. Había sido ingeniero en la compañía del agua, hasta que se retiró hacía unos cinco años, y había trabajado casi todo el tiempo en los embalses y en la planta de tratamiento de aguas. Estaba orgulloso de los avances técnicos del proyecto y conocía muy bien su funcionamiento. Su opinión sobre el agua embotellada era de dominio público. Alto, de largos brazos, cuando hablaba parecía que estuviera moviéndolos con medida continuamente. Siempre lo había visto con camisa y corbata, aunque desde hacía un tiempo prefería las chaquetas de punto a las americanas que llevaba antes. He hecho unas rebanadas más de esas de dátil, le dijo mientras se sentaba y se alisaba las arrugas de los pantalones al cruzar las piernas. En el jardín, un par de mirlos picoteaban juntos en el espino; hacía mucho que los polluelos habían volado del nido. El tiempo empeoró y los días empezaron a acortarse. En la iglesia le tocaba a Maisie Jackson encargarse de la exposición de la fiesta de la cosecha; su decisión de exponer una pila de vellón sin lavar además de las típicas flores, calabazas verdes y maíz, provocó algunos comentarios, pero nadie le dijo nada directamente. Los setos de endrino del camino de la granja de Thompson casi nunca se cortaban. A finales de septiembre estaban cargados de endrinas, las negras bayas que el aire cortante empolvaba de azul. Mucha gente iba a recogerlas antes de que maduraran y las congelaban para que se ablandaran; tintineaban como un sonajero cuando las echaban en las damajuanas para macerarlas en azúcar y ginebra. Frank Parker entregó al

concejo el informe sobre el mantenimiento de las lindes. Había tardado más de un año en prepararlo. Le dieron las gracias por el trabajo y tomaron buena nota de su conclusión: era necesario prestar más atención al mantenimiento de las lindes en todo el pueblo. Los padres de James Broad se separaron; el padre se mudó a la ciudad. Las golondrinas se fueron hasta el año siguiente. Se produjo cierta confusión en la primera reunión trimestral de la Asociación Educativa de Trabajadores cuando el tutor de teneduría de libros se presentó con un saco de ropa protectora y una colmena de muestra.

Algunos se preocupaban por Su Cooper, por cómo se las arreglaría con los gemelos. Una mañana la vieron llegar a la guardería de la casa del pueblo cuando ya habían recogido todos los juguetes. Tuvo que abrir las dos hojas de la verja para poder entrar con el cochecito doble, y tirar de él de espaldas para salvar el escalón, y, al dar la vuelta a la esquina y levantar la cabeza para ver la sala, tardó unos momentos en comprender que llegaba tarde. Lee se dirigió inmediatamente al armario de los juguetes y empezó a sacar los coches, y ella tuvo que echar a correr detrás de él y explicárselo. Casi todos los padres se habían ido ya. Susanna Wright se acercó y le dijo que los niños podían jugar con un par de coches mientras ellas terminaban de recoger lo demás y, aunque Su trató de impedirsele, Lee lo entendió como luz verde y sacó dos coches, uno para él y otro para Sam. Te traigo un café, dijo Susanna poniéndole una mano en el hombro a Su. Esta vaciló y se apartó ligeramente. Té, dijo. Susanna asintió y Su la siguió a la cocina; se quedó al lado del pasaplato, vigilando a los niños. Iban en los coches, uno al encuentro del otro a toda velocidad, chocaban frontalmente y gritaban. Susanna le dijo que había puesto pan a tostar. Supongo que hace horas que habéis desayunado, le dijo sonriendo, y, como Su no contestó, empezó a contarle una larga historia de cuando Rohan era pequeño y una mañana ella salió de casa cuatro veces, porque siempre pasaba algo: varios pañales sucios seguidos, comida que se cayó al suelo y una rueda del cochecito que se rompió. Cuando por fin llegó a la parada del autobús, una persona me dijo que llevaba el vestido del revés y me eché a llorar, dijo riéndose mientras untaba una tostada con mantequilla y se la pasaba por encima de la mesa. Su sonrió ligeramente. Debió de ser

difícil para usted, dijo; estando sola. ¡Ah, no, querida, no! En aquella época no estaba sola, dijo Susanna. Pero en cuanto me quedé sola todo fue mucho más fácil. Los niños habían empezado a estrellar los coches contra la pared. Siempre es difícil, dijo Susanna en voz baja. Y con gemelos, seguro que más. La gente lo entiende, ya sabe. Nadie la juzga. Todo el mundo comprende que está haciendo un trabajo tremendo, ¿sabe? Pasó la mano por encima de la mesa y le tocó el brazo a Su, y esta volvió a separarse. Tenía los ojos secos y la boca apretada; estaba tensa. Por favor, dijo.

La Noche de la Hoguera, Irene y Winnie reunieron a un grupo del Instituto de las Mujeres y abrieron el pabellón de críquet para servir comida. Había patatas asadas con chile y algunos niños pinchaban nubes de malvavisco en un palo largo y lo metían en el fuego. No llovía y la hoguera llegó a alcanzar casi la altura del castaño de Indias. Apartadas de la gente, Lynsey y Sophie compartían una botella de vino y hablaban con sarcasmo de los fuegos artificiales. Sophie preguntó qué había pasado con Rohan, y Lynsey respondió que era difícil de explicar. No estaba segura de cuál de los dos había cortado, dijo. Discutieron y después dejaron de verse, nada más. Pero te gustaba, dijo Sophie, y Lynsey dijo que sí, que le gustaba mucho, pero se puso un poco... No terminó la frase. Sophie la miraba expectante a la luz de la hoguera. Bueno, eso, dijo. Atento. Siempre tenía detalles conmigo. Siempre, vaya. Al principio me gustaba. Por la novedad, porque en casa las cosas son de otra manera. Pero era como si creyera que yo necesitaba que me protegiera de todo. Siempre me preguntaba qué hacía. Parecía siempre tan preocupado, joder. Miró ceñuda a Sophie y esta se rio. Es que los ceños fruncidos hartan, Lynsey. Sophie le preguntó si lo había dejado por eso, porque fruncía el ceño, y ella le contestó que no lo había dejado. Había intentado hablar con él, pero que no lo había entendido. Discutían, pero él no contestaba. De todos modos, ya se había terminado. Punto final. Sophie preguntó qué tal lo llevaba él y Lynsey le dijo que creía que bien, aunque no estaba segura. Sophie preguntó si necesitaría consuelo y Lynsey la miró con asombro. No lo hagas, le dijo, vamos, ni se te ocurra. Pero es mono, dijo Sophie. Terminó el vino. Tiene una frente preciosa. Se oían sus chillidos



mientras se alejaban en dirección a la carretera. La hoguera empezaba a apagarse y quedaba poca gente. Había nubes altas en el cielo y hacía frío; por la mañana todavía salía humo de las ascuas. El día 11 llevaron una corona de amapolas al monumento a los aviadores y pronunciaron unas palabras. Quedaban pocos en el pueblo que recordaran los intensos bombardeos en el páramo, el rugido que se extendía por todo el valle y las horribles explosiones que venían a continuación, además del olor de la turba ardiendo varios días. El plateado esqueleto del fuselaje brillaba en el brezo, completamente pelado como huesos de oveja expuestos al viento y a la lluvia.

\* \* \*

Jane Hughes había empezado a hacer visitas a los Jackson con regularidad, hablaba sobre todo con Maisie, de la granja y de la familia, y después se asomaba a la puerta para saludar a Jackson. Nunca ha intentado traer a casa una biblia, le contó Maisie a Irene. Creo que simplemente le gusta pasar un rato aquí. Hasta Jackson ha empezado a preguntar por la vicaria, aunque no habla mucho con ella cuando viene. Pero que no se le ocurra pensar que vamos a empezar a ver el canal religioso. Lo que no le contó fue que, en la última visita, le pareció que le ponía las manos en la frente y recitaba una plegaria o algo así, y que Jackson cerraba los ojos como agradecido; y que ahora ella se preguntaba por todas las cosas que le pasaban a ese hombre por la cabeza y ella ignoraba. En las huertas quedaba poco que cosechar, únicamente los primeros brotes tiernos de coles de Bruselas. La tejonera del hayedo estaba en calma. En las profundidades de las cámaras, los tejones aguardaban en silencio a que pasara el invierno. Había nubes bajas, la lluvia torrencial levantaba la tierra en los campos embarrados y los días eran oscuros. El río pasaba por debajo del puente de caballos de carga y arrastraba toda la fuerza de la crecida hacia molino. El nivel de los embalses estaba alto, el agua rebasaba el borde de los aliviaderos y caía en cataratas por la grada hasta los desagües que cruzaban la base de la presa. No se había visto al padre de la niña desaparecida en todo el año. Según la prensa, habían vuelto con la madre de la niña. No podía decirse que echaran de menos su lúgubre presencia. Entrado el mes nevó, y los Jackson subieron a los puertos a buscar

a las ovejas. Llevaban sacos de forraje en la parte trasera de los *quads* y condujeron el ganado a los pastos de la ribera. Todavía no habían tenido pérdidas, pero si el tiempo seguía así, no tardaría en haberlas. El último día del trimestre se cantaron villancicos en el colegio; el vestíbulo estaba adornado, la letra aparecía en una pantalla y los padres, sentados en sillas diminutas, cantaban también mientras el cielo se oscurecía con la llegada de un temporal. «Mientras los pastores cuidaban los rebaños por la noche — cantaban—, sentados en el suelo».

La niña desaparecida se llamaba Rebecca, o Becky o Bex. Ahora tendría diecisiete años y la policía publicó una imagen generada por ordenador de su posible aspecto en estos momentos. Había algo en esa Becky aproximada que parecía demasiado delicado. Como si la chica de la imagen hubiera estado en una habitación esterilizada y acabara de salir parpadeando, insegura y con la misma idea del mundo que la niña de trece años que había desaparecido. La policía dijo que esperaba que con la imagen aumentara la publicidad y las personas volvieran a pensar en los movimientos que hicieron el día en que desapareció. Algunos soñaron que la veían en la televisión, mirando a la cámara, mientras la llevaban rápidamente de un coche a una casa, en una calle de Londres, incapaz de hablar del lugar en el que había estado. Otros soñaron que se arrastraba por cuevas oscuras, con la ropa manchada de barro y alquitrán. O que la habían encerrado en sótanos de graneros aislados, siempre amordazada o con los ojos vendados. No había forma de parar aquello. La habían buscado por todas partes y no la habían encontrado. La habían buscado en todos los cobertizos y en todos los invernaderos de las huertas, incluso echando abajo la puerta si el dueño no estaba presente, levantando moquetas y protectores de plástico, mirando con linternas detrás de los armarios, pilas de turba y mangueras enrolladas. No sabían qué más se podía haber hecho. Las huertas estaban frías y desnudas, expuestas al viento que soplaba valle arriba y barría los terrenos altos. Clive estaba en su invernadero sembrando patatas, escuchando a medias a Susanna Wright, que se apoyaba en la jamba de la puerta con un catálogo de semillas en la mano. Le estaba hablando de las variedades tradicionales que pensaba encargar.

Parecían muchas. Siempre terminaba con entonación ascendente, como si le hiciera preguntas, pero no creía que estuviera pidiéndole consejo. Tampoco pensaba dárselo si no se lo pedía. Sabía que nadie había logrado cultivar alcachofas en estas tierras. Por el cristal escarchado del invernadero veía las copas de las hayas cimbreando al viento. Jones estaba apoyado en la pala, cavaba toda su parcela otra vez. Ese hombre le tenía un cariño inexplicable a la tierra desnuda. Estaba mirando la vieja casa de los Tucker. Cortó la enredadera de las ventanas y se subió a una escalera de mano para limpiar el canalón. Todo el mundo saldría perdiendo si la casa se venía abajo. Su hermana quería saber adónde se habían ido los Tucker y quién ocuparía ahora la vivienda. Él le dijo que no tenía respuestas para todo. Le pidió que no le hiciera tantas malditas preguntas y cuando asomaron las lágrimas se disculpó. Siempre pasaba lo mismo. Y siguió pasando.

A medianoche, cuando llegó el Año Nuevo, había fuegos artificiales en el televisor del pub y baile en la calle. La noche era templada y no llovía. No había nadie en la casa del pueblo y cuando sonaron las campanas hubo animación por primera vez en años. Richard Clark llegó a casa el día de Año Nuevo y cuando su madre le abrió la puerta vio que todos los muebles del dormitorio materno estaban amontonados en la salita. Vinieron los chicos de Jackson a bajarlos, dijo ella, a modo de explicación. Me llevé un buen susto, le contó después Richard a Cathy, paseando por la orilla del río con el perro del señor Wilson. No se había dado cuenta de hasta qué punto su madre había perdido movilidad. Sus hermanas no le habían dicho nada. Se preguntaba si sabrían siquiera lo mucho que tardaba en levantarse de la silla, ir a la cocina y poner el agua a hervir. Se preguntaba cómo se las arreglaría para ir a la compra. Probablemente la ayudaría alguien. Los vecinos. Irene. A Cathy le disgustó reconocer que no tenía ni idea. Apoyó una mano en el murete de piedra para colarse por el angosto paso y se agachó para soltar al perro. Se quedó mirando a Richard hasta que también cruzó por el paso angosto. A él le pareció que lo miraba de una forma peculiar, pero seguramente no sería nada. Todo aquello había pasado hacía mucho tiempo. Siguieron andando. Lo entendía. Ahora eran dos personas muy diferentes. Se acordaba de la inquietud que sentían en aquella época, cuando tenían diecisiete años y creían que estaban enamorados. Él siempre se impacientaba por todo y lo único de lo que hablaban era de irse del pueblo; ir a la universidad, viajar por el mundo. No es que no le gustara el pueblo o la gente. Simplemente parecía natural tener ganas de irse a otra parte y querer hablar de ello incluso cuando se estaban desnudando el uno al otro y aprendiendo lo que se podía hacer con el brezo rascándolos y cediendo bajo su cuerpo. Ahora se preguntaba si en realidad Cathy hablaba de ello igual que él o simplemente le dejaba explayarse a su gusto. Patrick nunca había dicho que quisiera irse. De eso sí se acordaba. Nunca hablaba del futuro. No era necesario. Sencillamente

seguía trabajando en la serrería de su padre después de las clases, mientras se le ensanchaban los hombros, le salían callos en las manos y su cartera engordaba. Todo el mundo sabía que heredaría el negocio cuando se jubilara su padre. Era una de esas certidumbres que se tienen y que a algunas personas les resultan atractivas. Miró a Cathy, que iba delante, a pasos largos, sin esfuerzo. Se preguntó si estaría pensando en esas cosas. Le pareció que no. Ella miró atrás y aminoró el paso para decirle que no se rezagara.

Martin le contó a Tony que no iba a mandar a Ruth una tarjeta por San Valentín. Sabía que lo suyo había terminado, aunque no entendía muy bien qué era lo que se había torcido. El año anterior no le había dicho nada de la que le mandó. Sabía que sus intentos de arreglarlo solo servían para que se compadeciera de él. Definitivamente, no le mandaría la tarjeta. El día 14 compró una y la mandó a su casa por correo, y en el dorso del sobre le decía que esperaba que no le molestara recibirla con retraso. Había actividad de nuevo en la cantera. Estaban trabajando en otra cara del monte y las explosiones menudeaban. Los árboles de la carretera se cargaron de polvo y hacía semanas que nadie tendía la colada en el exterior. Hacía falta que lloviera para que se limpiara el ambiente. Si Andrew estaba en casa cuando sonaba la sirena, Irene tenía que asegurarse de estar con él. Le entraba una ansiedad semejante a la de los pájaros, que echaban a volar, o a la de las ovejas, que echaban a correr hasta el otro extremo del campo. De pequeño se tapaba los oídos y chillaba. Ahora más bien movía la cabeza de un lado a otro y daba grititos para sí, pero si ella estaba cerca, no pasaba de ahí. Se preguntó si tendría ese ruido almacenado en la cabeza en el mismo sitio que a su padre. No sabía muy bien qué recuerdos tenía de él. Pero nunca era fácil. Lo que sabía y lo que no. A veces le daban explicaciones sobre las capacidades del chico, pero casi siempre se equivocaban. Cuando sonaba la sirena de la cantera, quería abrazarlo, pero él no se dejaba. Lo único que podía hacer era estar cerca. Hacía años que el chico tenía fuerza suficiente para apartarla. Algunos días la sirena sonó cinco o seis veces. Empezaron a verse los primeros murciélagos, que salían del alero de la iglesia al anochecer,

hambrientos después del largo sueño del invierno, aguzando el oído en busca de comida.

\* \* \*

En el páramo, los guardabosques de la finca quemaban parcelas cuadradas de brezo. Era un trabajo que hacía sudar y obligaba a estar atento. Habían esperado a que la vegetación se secase y la turba estuviera húmeda todavía, y a que soplara algo de viento; entonces marcaron las parcelas y ahora se movían por detrás de la línea del fuego, apagándolo con palas planas de caucho y empujando las llamas monte abajo, hasta llegar al final de la parcela, que ya habían cortado. El olor del humo llegaba hasta el pueblo. Cooper abrió las ventanas del piso de encima de los pajares reconvertidos y dejó que entrara. No había nadie en casa. Su se había ido con los gemelos a Manchester, a casa de sus padres. Lo habían hablado a menudo y, cuando por fin tomaron la decisión, ella hizo que pareciera que estaban de acuerdo. Era por motivos prácticos y sería solo una temporada. Estaba agotada y necesitaba descansar. Sus padres se alegrarían de pasar unos días con los pequeños. Tenía que comprometerse con algunos proyectos en la BBC antes de que le cerraran las puertas de la carrera profesional para siempre, y así su madre podría cuidar a los niños mientras ella trabajaba. Comprendía que Austin tenía mucho que hacer con la revista del pueblo, él no pudo negarlo. En casa de sus padres no había sitio para él. Seguro que a los dos les venía bien un poco de distancia. Sería solo una temporada. Austin quería creerla, pero no era tonto. Estaba solo en el piso. Ella se había llevado la ropa de los niños, los pañales, los juguetes. Le resultaba difícil aceptarlo. El piso parecía mucho más grande. No tenía nada que ver con ellos dos, había dicho ella. No lo dejaba, quería volver a verlo pronto. Sencillamente necesitaba un respiro. Necesitaba que alguien la cuidara una temporada. Encontrarían la forma de superarlo. Su primera mujer había dicho las mismas cosas, y no había vuelto. Austin no consentiría que le volviera a pasar lo mismo. Sabía lo mucho que se jugaba. Durmió muy poco y por la mañana estaba a la puerta de la agencia inmobiliaria antes de las nueve, esperando a que abrieran.

Después de una semana de lluvia vinieron unos días templados y tranquilos, y las parcelas de las huertas se desmadraron. Brotaron ringleras de ortigas y perifollo silvestre, la correhuela medraba entre los setos y los habituales de la comisión tomaron nota. Clive enmacetó calabacines y judías blancas y se quedó mirando a Susanna Wright, que se dirigía a su parcela con un par de tijeras de podar. Ashleigh corría alrededor de ella con un palo, descabezando ortigas y abriendo el camino a su madre. Susanna se paraba a menudo para estirar la espalda, se retiraba el pelo de la cara y se lo recogía. Ponía la espalda muy recta cada vez que se estiraba de esa forma. Una de las veces lo vio y lo saludó con entusiasmo. Clive hizo un gesto de asentimiento. Hacía calor en el invernadero bajo el sol de la tarde, así que roció las macetas a conciencia. Después, ella se acercó a saludar y a contarle la cantidad de mala hierba que tenía que arrancar. Parecía que buscaba comprensión. La última vez que vine no había nada de qué preocuparse, le dijo. Y de pronto esto parece la selva. Se reía, sorprendida al parecer. Clive asintió. Es lo que pasa con los hierbajos, dijo. No le llevará mucho tiempo. Hacía dos semanas que no iba a la parcela, qué esperaba. Es que había pasado aquella tarde pintando un banco. Por eso. Cooper pasaba más tiempo en el Gladstone mientras Su y los gemelos estaban en Manchester. Procuraba quitarle importancia a la situación diciendo que era comprensible que quisiera estar con su madre en los momentos difíciles, que sin duda volverían pronto, pero en general se entendía que el hombre estaba hecho trizas. Una noche en el bar por fin reconoció ante Tony que se le hacía difícil soportarlo. Que tenía el estómago revuelto constantemente, que temía que las cosas se quedaran así. Martin le preguntó si había probado a tomar Rennie para el estómago revuelto y Tony le dijo que se callara. Ni siquiera sé qué me pasa, dijo. ¿Adrenalina? No me puedo relajar. No puedo pensar en otra cosa. ¿Lo has intentado con el yoga?, preguntó Martin, y Tony le lanzó una mirada asesina. Te lo agradezco, dijo Cooper. Gracias. Pero, en serio, esto es nuevo para mí. No sentía esto cuando se fue mi primera mujer. Cuando dijo que se iba. No recuerdo que me pusiera de esta forma. Sé que solo tengo que darle tiempo, de acuerdo, eso dicen todos, dale tiempo. Pero ¿y si el tiempo no es suficiente? ¿Y si no vuelve? ¿Y si ha conocido a otro? Martin indicó a Tony que sirviera un whisky y se lo pasó a Cooper. Tómame esto, chico, le dijo. Sinceramente, ¿crees que servirá

de algo?, preguntó Cooper. La verdad es que no, dijo Martin. Pero al menos te callarás un rato. Se rieron un poco, Cooper vació el vaso de un trago y se quedó en silencio unos minutos frotándose el estómago revuelto. Por las noches caían chaparrones intermitentes que barrían el valle arrastrando tras de sí la promesa de un sol brillante. Se oía pasar un tren de carga, que tomaba la curva alrededor del hayedo con los vagones vacíos, que traqueteaban en el puente.

\* \* \*

Habían buscado a la niña en la cantera inundada. Comprobaron si había desperfectos en la valla, señales de que alguien hubiera saltado por allí. Los buzos aseguraron las cuerdas y se adentraron en la oscuridad. La habían buscado en las cuevas de la orilla del río y en los espacios precintados, en los que solo encontraron latas, botellas y puñados de pañuelos de papel deshechos. En el dique, río arriba, el guarda fluvial desatascó la acequia de desagüe. Alguien se había tomado la molestia de meter la basura en bolsas antes de tirarla al agua allí donde la acequia discurría por debajo de la carretera. Como de costumbre, hubo que cortar la maraña de zarzas invasoras. Llovía mucho y se empapó, pero fue gratificante volver a oír el paso del agua por las tuberías de debajo de la carretera. Cuando llegara el verano, el río estaría en buenas condiciones. El guarda fluvial no era de los que silban mientras trabajan, pero estaba de buen humor. Al atardecer, Susanna preparó la sala para la clase de yoga. Había costado un poco, pero ahora acudía a las clases más gente de la que algunos habían supuesto. Siempre insistía en que estaban abiertas a todo el mundo, pero cada vez que se presentaba un hombre, era el único y enseguida decidía no volver. La mayoría de las mujeres que asistían lo hacían con regularidad y, al cabo de unos meses, algunas se desilusionaron porque solo habían aprendido a hacer unas pocas posturas. Susanna insistía en que en el yoga no había metas de esa clase, que allí no se expedían certificados ni se ganaban medallas; se trata únicamente de que cada cual encuentre su propio estiramiento, decía. Siempre hablaba con voz suave, también cuando pasaba entre las mujeres para corregirles levemente la postura de los brazos, los hombros o las piernas. Las tocaba con delicadeza,



pero firmemente. Aquella a la que colocaba se convertía en el centro de atención por un momento, y algunas sospechaban que las otras lo hacían mal a propósito. En el soto del río asomaban las pimpinelas, que se extendían por ambas orillas, hojas verdes inmersas en la sombra y flores amarillas como puntos de luz. En los altos nidos de las garzas reales había polluelos nuevos y se oía el batir de alas de los progenitores, que iban y venían con alimento para los picos abiertos. Cooper había ido a menudo a Manchester para ver a Su cuando ella estaba con sus padres, y después de dos meses de idas y venidas la convenció de que volviera a casa con los niños. Por la forma en que Su lo contó después, no parecía que la hubiera convencido de nada, sino que simplemente había insistido mucho. A veces la seguridad es muy tentadora, le dijo a Cathy. Y, la verdad, mi madre me ponía mala. Encontraron comprador para el piso casi inmediatamente, pero encontrar otra vivienda que pudieran permitirse les costó bastante más. Al final se decidieron por una casa del Close que ya no era de protección oficial; no tenía el encanto de los establos, pero sí una habitación más, jardín con columpio, tendal y una cancela que daba al bosque. Pidieron dinero prestado a la familia para pagar la diferencia y Cooper trasladó la oficina de la revista a un cuarto anejo a la iglesia. En el río, las brillantes hojas nuevas de los sauces destellaban al sol.

James Broad por fin contó a Rohan lo que había pasado con Becky Shaw. Estaban en el embalse número 9, dentro del coche de Sophie, fumando hierba. James había llevado el coche hasta allí y Sophie ya estaba en el asiento de atrás, pálida e iluminada, y, aunque parecía medio dormida, no dejaba de participar en la conversación. El ambiente del coche estaba blancuzco, por el humo. Lynsey se había dormido al lado de Sophie, pero se despertaba cada poco y hablaba de ir a la universidad. Rohan no había preguntado por Becky, pero a James le pareció que ya era hora de contárselo. La habían conocido el verano anterior a su desaparición, dijo. Su familia había ido a pasar unos días y ella empezó a salir con ellos. No hacían nada especial. Cosas de críos. Construir refugios. Bañarse en el río. Ir a las cuevas. Ella siempre quería hacer algo más, llevar las cosas más allá. No era mucho

mayor que ellos, pero parecía mucho más madura. Era muy guapa, dijo Sophie, y encendió la pipa otra vez. ¿A que era guapa, James? James la miró por el retrovisor. Tenía los ojos cerrados y sonreía. James miró a Rohan y asintió. Les gustaba a todos, dijo, aunque no quisieran reconocerlo en aquel momento. Tenía algo excitante, añadió. Nos convenció de saltar la verja de la cantera, y fue la primera que se tiró de la cuerda al agua. Era tremenda. Y lista, añadió Sophie desde el asiento de atrás. Lynsey se enderezó otra vez. Tendríamos que ir todos a la misma uni, dijo. ¿No os parece? Podríamos vivir en la misma residencia y tal; James le pasó la pipa y se quedaron escuchando el chasquido del mechero y el ruido de la chupada, y la pausa larga antes de que echara el humo. Tanto James como Sophie se acordaron, como si lo vieran en ese instante, de cuando Becky se dejó caer al agua desde la cuerda, esa chica a la que ninguno conocía en realidad, el sol brillando en sus largas piernas desnudas mientras volaba por el aire y algo los agitaba por dentro a todos. Yo fui el único que siguió en contacto con ella, dijo James, cuando volvió a Londres. Unos correos electrónicos, unas postales y nada más. Yo no tenía teléfono y aún no existía Facebook. Pero seguimos en contacto. Es que..., joder. Nos gustábamos, ¿vale? Ella a mí y yo a ella. Se volvió hacia atrás y cogió la pipa de manos de Lynsey, que se estaba quedando dormida otra vez. La llenó de hierba que sacó de una bolsa del salpicadero. Becky convenció a sus padres para que volvieran aquí por Año Nuevo, o eso nos contó. Dio una gran calada de la pipa y empezó a toser al soltar el humo. Y así empezó la cosa. Rohan cogió al pipa. Y luego, cuando vino, quedábamos todos y nos íbamos a alguna parte, aunque hacía frío y en realidad no había adónde ir. Pero molaba verla otra vez. Conectábamos o algo así. Y había crecido mucho desde el verano. Se refiere a que había madurado físicamente, dijo Sophie, adormilada. No seas tímido, James. Quieres decir que le habían salido las tetas, ¿no? A Lynsey y a mí nos daba envidia, ¿verdad, Lyns? Lynsey abrió los ojos y miró a Sophie. Edimburgo, dijo. Iremos todos a Edimburgo. Yo haré Lengua y Literatura y vosotros, chicos, lo que sea. Allí es barato. Sophie le acarició el brazo y le dijo sí, iremos todos a Edimburgo, no te preocupes; iremos juntos, si nos admiten, y seremos una pandilla. Lynsey cerró los ojos. No me refería solo a eso, dijo James. Pero en parte sí, murmuró Sophie. El coche quedó un momento en silencio. Ahora, cuando

hablaban de Becky, era difícil recordar su rostro. La foto de las noticias nunca les había parecido acertada, pero había sustituido la imagen que tenían de ella. Becky desaparecía por segunda vez. Fuera del coche hacía una noche serena y la luz se reflejaba suavemente en el embalse. De todos modos, dijo James, una vez nos íbamos todos a casa y ella me retuvo y nos besamos o lo que fuera y después quedamos para vernos los dos solos el día siguiente por la tarde. Rohan lo miró, Sophie preguntó si Becky besaba bien. James dijo que no se acordaba, que no se trataba de eso. Eso es que no, dijo Sophie. Rohan preguntó qué había pasado cuando se encontraron, si es que había pasado algo. Sophie se adelantó en el asiento y apoyó la cabeza en el hombro de James. Lo que pasó es que no se presentó, dijo James. Fue cuando desapareció. Seguro que iba de camino a donde habíamos quedado. Debió de ocurrir algo. Estuve esperándola en el embalse número 7, en las antiguas casetas de deportes acuáticos, pero no apareció. Silencio en el coche, y después el largo suspiro de humo que expulsaron los pulmones de Rohan. El ambiente del coche era pura niebla, y las ventanas estaban húmedas con la condensación. Fuera, empezaba a levantarse viento y a llegar la lluvia. Sophie se miraba la mano derecha con perplejidad. Creo que tendríamos que irnos ya, susurró. Rohan bajó el cristal de la ventanilla, el humo salió volando a la noche y desapareció.

Vieron a Ashleigh Wright en la huerta de su madre, trabajando con la azada entre las hileras como le había enseñado Clive unas semanas antes. Cuando terminó, cubrió las patatas, quitó babosas de los calabacines y plantó unas verduras de invierno en unas macetas que, según Clive, sobraban. Después se dirigió al campo de críquet y saludó brevemente a Clive al pasar. Este le devolvió el saludo y siguió regando. No había querido entrometerse. Pero parecía que la niña le había hecho caso. En los largos márgenes de alrededor del campo de críquet una mariposa descendió por un tallo de hierba seca hasta que encontró un hueco en el que depositar los huevos. Los mirlos jóvenes ya tenían plumas de adulto. Ahora, muchos días, Tom Johnson pasaba un par de horas con sus abuelos. A veces Maisie conseguía convencerlo de que se sentara en la mesa de la cocina a hacer los deberes,

pero casi siempre iba detrás de ella ofreciéndose a ayudarla, cuando en realidad lo que hacía era estorbar, hablando todo el tiempo del colegio, de la televisión o de las largas partidas que jugaba con sus amigos. Siempre hacía partícipe a Jackson de estas conversaciones, entraba y salía corriendo de la salita si Jackson estaba en cama. En otros tiempos, a Jackson le habrían molestado esas visitas, pero Maisie estaba convencida de que ahora eran el mejor momento del día para él. Y para ella, en honor a la verdad. Tom era una de las pocas personas que entendía el habla entrecortada e indistinta de Jackson, y prácticamente el único que podía hablar con él sin ser indulgente. Había mejorado mucho en el habla en los últimos años, pero tampoco tenía ganas de decir gran cosa. Era evidente que le frustraba lo mal que sonaba su voz. Sin embargo, con Tom parecía dispuesto a charlar de cualquier cosa, e incluso Maisie le había oído algo tremendamente parecido a «joder» o «cojones» que había hecho reír a Tom a carcajada limpia. Hasta ella sonrió cuando vio que Tom no la miraba. Pensar en la reacción que habría tenido Jackson si hubiera oído decir a los chicos semejantes palabrotas cuando eran jóvenes... Había mucha disciplina en la casa en aquellos tiempos. Era necesario. Cinco hijos en diez años, y una casa tirando a pequeña. Cinco bocas que alimentar, limpiar, vestir y llevar de un lado a otro. Cinco conjuntos de prendas que remendar, apedazar y heredar. Diez botas llenas de barro que dejar fuera de casa. Mucho ruido a todas horas. Jackson creía que lo que sucediera en casa no era asunto suyo, a menos que alguno de ellos se pasara de la raya. Y ella procuraba que ninguno de los cinco se le pusiera a tiro y los protegía de su ira cuando lo irritaban. Le dolía la espalda al recordarlo. Esperaba que Claire tuviera la sensatez de considerar que con uno más era suficiente. Ella se preguntaba si sería niña. Se preguntaba cuándo podrían contárselo a la gente.

Los últimos días de agosto fueron muy calurosos y los setos estaban quebradizos. El nivel de los embalses bajó rápidamente y se decía que a lo mejor llegaban a verse otra vez los pueblos anegados. La cancha del campo de críquet estaba dura y agrietada y propició algunos momentos bruscos en el encuentro anual con Cardwell. Unos niños del camping jugaban a tirar

ramitas, como Winnie the Pooh, desde el puente peatonal de los salones de té, y se alarmaron mucho cuando no encontraron a sus padres. En los últimos turnos del críquet James Broad estaba situado casi fuera del campo. Estaba hablando con Lynsey Smith, que se había sentado justo detrás de la cuerda que marcaba el límite exterior con la última botella de vino de la comida. Cardwell se preparaba para una jugada defensiva y James solo tenía que poner cara de prestar atención. No sabía que te interesara tanto el críquet, dijo él, hablándole por encima del hombro y con la mirada en el juego. Es que no me interesa, dijo ella, y aunque James no se movió se puso en alerta como si fuera a atrapar una pelota. Perdieron el partido y por la noche los vieron salir juntos y pronto del pabellón y cruzar la plaza. Cooper publicó un artículo en el *Valley Echo* sobre la acampada de protesta en Stone Sisters. Ya llevaba un año allí y no parecía que fueran a levantarla. Se decía que tenían su propio inodoro de compostaje. No se sabía muy bien qué hacían allí todo el día, aunque a veces se oía percusión. Corrían rumores de unos túneles. El brezo estaba cuajado de mariposas —saltarinas, fritillarias y polillas— y Sally Fletcher pasaba las tardes haciendo recuentos para el Parque Nacional. Los zorros correteaban por el hayedo toda la noche. Los cachorros eran ya tan grandes como los padres y salían por su cuenta. No tardarían en hacerles la competencia. Jugaban, pero con cierta fiereza, y algunas escaramuzas terminaban con sangre. Conocían los confines del territorio. Por las noches había más barullo a la puerta del Gladstone debido a la prohibición de fumar y, por muchos carteles que pusiera Tony, el concejo parroquial seguía quejándose. Algunas personas no eran conscientes de lo mucho que se oía su voz. Había una camarera nueva en la barra y Gordon había hablado con ella. Se llamaba Phillipa y solo iba a quedarse el verano. Estaba haciendo un voluntariado en la oficina de información turística para adquirir algo de experiencia en conservación. Se alojaba en casa de un amigo, en la ciudad, y hacía el trayecto en coche todos los días. Llevaba tatuado en un hombro un martín pescador del tamaño del pulgar de Gordon, y una campanilla azul delicadamente dibujada al final de la espalda, y situada de forma que el bulbo y las raíces solo se veían si se bajaban los pantalones. A él le gustaba mirarla y a ella le gustaba que la mirase, y eso fue todo durante un tiempo. Todas las noches, cuando Phillipa volvía a la ciudad, se proponía contarle a su amigo

que había conocido a ese hombre, pero siempre sucedía algo que se lo impedía. Se preguntaba por qué ocultaba esas cosas. Su amigo ni siquiera sabía lo del tatuaje de la campanilla azul, ni del hombre con el que estaba cuando se lo hizo.

Cathy llamó a la puerta del señor Wilson y el hombre tardó mucho en abrir. Últimamente pasaba a menudo. Oía ladrar a *Nelson*, oía los golpes que daba contra la puerta, y de pronto se imaginó que un día podía suceder: tendría que ir a buscar a alguien para echar la puerta abajo y *Nelson* estaría en medio. Últimamente el señor Wilson tenía dificultades graves con la cadera y respiraba más fuerte; algunas noches oía, a través de la pared, los terribles accesos de tos que le daban. Al principio, la primera vez que le pidió que sacara a *Nelson* a pasear, sospechó que exageraba su estado de salud porque consideraba que sería bueno para ella salir de casa y establecer una rutina. Cuando Patrick murió. Y lo cierto es que la conmovió tanta consideración por su parte y la forma de intentar ocultarla. Aunque en realidad pasear al perro no había aliviado nada su sensación de pérdida. Pero consiguió que saliera de casa. La gente dejó de preguntarle qué tal se las arreglaba sola. Y de vez en cuando veía pasar al señor Wilson con *Nelson* como si nunca se hubiera quejado de dolores de cadera. Sin embargo, hacía una temporada que se le notaba mucho y empeoraba. Estaba en la lista de espera para operarse. Algunas tardes tardaba mucho en abrir, como si cualquier día no fuera a volver a abrirla, y no estaba preparada para eso. Los ladridos de *Nelson* subieron un poco de tono, la puerta tembló cuando el perro chocó contra ella y por fin el señor Wilson la abrió y sonrió. Junto al puente de caballos de carga una garza real paseaba por el barro a la orilla del río moviendo la cabeza, levantando mucho las zancas, con torpeza. Se paró y se quedó mirando el agua. En cuanto entrara el otoño, los zorzales todavía tardarían un mes o más en volver. Hacía buen tiempo en los montes, para ser septiembre, y los pulidos peñascos amontonados que formaban las Black Bull Rocks estaban calientes al tacto. En un hueco profundo entre las piedras James y Lynsey habían encontrado un rincón cómodo en el que recuperar el tiempo perdido. Después de besarse un buen rato, Lynsey bajó los pantalones a

James hasta los tobillos y se agachó entre sus muslos. Lo habían intentado un par de veces, pero ahora a James le parecía que iba a funcionar. Quería decirle algo animoso pero de pronto se quedó sin habla. Se recostó apoyándose en los codos y miró a un lado: vio una mariposa que abría y cerraba las alas en una piedra plana. Iba a decírselo a Lynsey, pero entonces se dejó llevar, inmensamente, se quedó sin aire. Era como meterse en el embalse en pleno verano, en el agua helada, con la piel caliente y, de repente, silencio. Descendió lejos de la superficie, hacia la oscuridad, hasta el lógamo y los cimientos de piedra de los pueblos anegados, hasta que lo atrajo la imparable fuerza succionadora de la esclusa. No podía respirar. El sol estaba en todas partes. Abrió los ojos y Lynsey estaba mirándolo con una sonrisa un poco confusa. Pero él estaba atónito. Ella le preguntó por qué temblaba. Después, ella quería hablar, pero él no podía. Quería que la besara, pero estaba cohibido. Lynsey se preguntó si había hecho algo mal. Él quería decirle que le había gustado mucho, pero solo fue capaz de darle un golpecito en el brazo y decirle ha estado bien, colega. Tuvieron que volver al pueblo por separado, por si alguien los veía. Rohan todavía no sabía nada. Les parecía que no valía la pena contárselo hasta que ellos mismos supieran qué pasaba.

Las castañas se dieron bien esa temporada y en los bosques de la finca los erizos caían al suelo y se quebraban al pisarlos. Los ojeadores abrieron las jaulas de la faisanería y llevaron a los faisanes hacia las escopetas. En el embalse número 5 la brigada de mantenimiento se puso el traje de buceo y bajó por la grada a sacar una oveja que se había ahogado. Pesaba mucho con la lana embarrada y el olor era difícil de soportar. En el colegio se celebraron sesiones informativas del Servicio de Admisión Universitaria; James, Rohan, Lynsey y Sophie empezaron a hablar de irse a otra parte. Todos decían que se echarían de menos, pero no volvieron a plantearse solicitar plaza en la misma universidad. Lynsey encontró oposición en casa cuando dijo que quería solicitar plaza. Su padre preguntó quién le lavaría la ropa si ella se iba, y después hizo como si todo fuera una broma. Sus hermanos preguntaron para qué iba a irse a Edimburgo a estudiar inglés si allí ni siquiera lo hablaban. Su

madre preguntó con delicadeza si no podría al menos pensar en estudiar algo de ciencias. Te gusta la biología, ¿no?, le dijo. Eso tiene más salidas. Tu padre lo entendería. No está dispuesto a gastar dinero en que vayas allí a leer libros. Lynsey lo sabía, y también sabía que, cuando se fuera, su madre tendría que hacerse cargo de todas las labores domésticas que hacía ella. Y que no podía hablar de esto con los demás porque no lo entenderían. Los murciélagos se apareaban por la noche en los bosques y a la orilla del río y engordaban cuanto podían para acumular grasas a medida que el año empezaba a ralentizarse. Se atrasaron los relojes y las noches ganaron la partida a los cortos días. Les Thompson fue a la iglesia un domingo, por una vez, y, después del oficio, le oyeron preguntar a Jane si podía pasarse un día por la granja. Ella supo no alargar la conversación y le dijo que si le parecía bien el martes al final de la tarde, antes de ordeñar. Él asintió y se fue, y el martes vieron el coche de la vicaria sorteando baches lentamente por el camino del otro lado del río, el que llevaba a casa de Thomson. Siempre había vivido allí, que ella supiera, y era la primera vez que iba a su casa de visita. Su hermana había vivido allí también hasta hacía quince años y, desde entonces, trabajaba él solo en la granja. Cuando le abrió la puerta, vio que el hombre se había esforzado. Llevaba una camisa limpia, tenía un pequeño corte de la cuchilla de afeitar y se había limpiado las uñas. Vicaria, dijo, e hizo un gesto de asentimiento. Tenía la voz profunda, y siempre parecía que hablara desde muy lejos. Daba la sensación de que gritara, pero sin volumen. La vicaria esperó. ¿Puedo pasar?, preguntó. Él entró hasta la cocina y ella lo siguió. Estuvo allí casi una hora, mientras Les intentaba decirle que su hermana se estaba muriendo y no sabía lo que haría después, sin ella. Se llamaban por teléfono casi todas las noches y él iba a verla muchos domingos, y todo iba a cambiar. Le costó lo suyo terminar de decirlo y cuando por fin lo soltó, las vacas estaban alborotadas en el establo. La vicaria se quedó hablando con él un poco más, mientras ordeñaba, y se ofreció a ayudarlo, pero él no quiso. La gente le hacía esta clase de confianzas a la vicaria, y tenía que cargar con ellas. Era como amontonar piedras en el maletero del coche, le dijo una vez a su deán, tarde o temprano hay tantas que la suspensión roza el suelo en todos los baches de la carretera. El deán sonrió



y le dijo que comprendía lo difícil que era. Rezaron juntos y ella siguió cargando con las piedras.

Irene fue andando desde la parada del autobús hasta la iglesia y se puso a arreglar las flores. Habían vaciado y lavado los jarrones y las flores frescas estaban en agua en el fregadero. Mucho helecho verde, gran cantidad de flores amarillas y blancas. Extendió los tallos en la mesa y empezó a confeccionar los ramos. Intentaba no preocuparse por Andrew. Estaba algo raro por la mañana. Algo lo inquietaba. En el colegio llegarían al fondo de la cuestión, fuera lo que fuese. No valía la pena estar sufriendo todo el día. Había aprendido a dejar de preocuparse siempre que el chico estaba en otra parte. Ya gastaba bastantes energías en preocuparse por él cuando estaban juntos. La gente no lo sabía. Algunos creían que podían hacerse una idea, pero no. En realidad ni siquiera sabían lo que significaba vivir con él. Cuando nació no le encontraron nada malo. No, «malo» no. Siempre les desaconsejaban que usaran esa palabra. Los padres, en el centro de día, en el colegio. Preferían la palabra «diferente». En cualquier caso, no le habían encontrado nada. Los ojitos le brillaban y lloraba como cualquier recién nacido. Precioso. Hasta Ted se había enternecido al verlo. No empezó a notar nada raro hasta más tarde. Porque no jugaba como los otros niños. Porque no intentaba coger cosas. Porque era imposible sostenerle la mirada. Porque empezó a morder. A este niño le pasa algo, decía Ted, y ella le hacía callar. Nunca le había llevado la contraria de esa forma y no le gustó. Este niño necesita disciplina, dijo Ted; lo mima demasiado. A veces tenía que ponerse en medio y recibir lo que fuera. Pero cuando cumplió cuatro años y seguía sin hablar, hicieron algunas visitas al médico, al hospital. Le hicieron pruebas y lo observaron, fueron a grupos de apoyo. A ella no le servían de mucho. Las otras madres eran más jóvenes y se encontraba fuera de lugar. Pero empezó a aprender un lenguaje nuevo, una forma distinta de ser madre con un hijo que tenía una forma distinta de estar en el mundo. Procuraba no pensar en lo que se perdía. Rezó mucho, pero aprendió a no rezar por que fuera normal. A no decir palabras como «normal». Ted no participaba. Creía que el niño lo hacía a propósito, con malicia. Lo irritaba tanta sobreprotección. Le fastidiaba

gastar tanto dinero. Le fastidiaba no tener un hijo que diera patadas al balón y pusiera trampas para cazar conejos. Una vez, Irene creyó sorprenderlo llorando, pero no estaba segura. No era de los que muestran sus emociones de esa forma. Por lo general lo hacía bebiendo, gritando, dando portazos. Y lo demás. Andrew tenía siete años cuando murió Ted. Tosió los pulmones a pedacitos y nunca se supo si había sido por el tabaco o por el polvo de la cantera. Él siempre decía que fumaba tanto para aplastar el polvo. Tenía cincuenta y cinco años y la gente insistía en que había sido una tragedia. Lo único que ella no podía reconocer era la especie de alivio que le suponía. La hacía sentirse mala persona. Pero lo cierto es que las cosas cambiaron desde el momento en que lo enterraron. Había más tranquilidad. Llenó el último jarrón y los dejó todos en la mesa para que Winnie los distribuyera por la iglesia. Cogió medida docena de tallos que habían sobrado y los llevó a la tumba de Ted.

Richard Clark llegó a casa por Navidad. Al cruzar el pueblo vio a Cathy a la puerta de la oficina de Correos y se paró para invitarla a tomar té en su casa. La pilló por sorpresa, pero aceptó la invitación, subió al coche de alquiler y se fueron. La puerta de la casa de su madre no estaba cerrada con llave y entraron juntos. Su madre estaba tumbada en el suelo de la cocina. Les sonrió y preguntó a su hijo qué tal el viaje. La levantaron del suelo entre los dos y la sentaron en una silla. No te preocupes tanto, hombre, le dijo. Me habría levantado yo sola enseguida, pero te he oído entrar por la puerta y he preferido ahorrarme el esfuerzo. Richard le preguntó si le había pasado más veces y ella le dijo que pusiera el agua a calentar. ¿Te quedas a tomar el té, Cathy? Cathy había retrocedido un poco, hacia la puerta, como si no quisiera molestar. Se llevó la mano a la cremallera del abrigo. Sí, señora Clark, muchas gracias. Cuánto tiempo, ¿verdad?, dijo la madre de Richard. Pues sí, dijo Cathy, y Richard oyó el crujir del abrigo al deslizarse sobre sus hombros. Era una bobada, pero algo se le removió por dentro. Cayó la niebla y no escampó en una semana; incluso a mediodía, la única luz que se veía en la calle era el tenue resplandor amarillento que salía por las ventanas de las casas, a pesar de las cortinas corridas. No era día para trabajar al aire libre, si

se podía evitar. Probaron el licor de endrinas del año anterior. Las huertas estaban desnudas, salvo alguna que otra hilera de col rizada o de puerros. En la iglesia se cantaron villancicos con las velas encendidas y el acostumbrado olor de ramas de tejo, abrillantador y abrigos húmedos. Había menos gente, pero aun así las voces resonaban entre los fríos muros de piedra.

Jane Hughes celebró un oficio en la iglesia por la niña desaparecida hacía cinco años, y esta vez la madre se las arregló para asistir. Se tuvo cuidado de no llamarlo oficio conmemorativo, aunque pocas personas del pueblo creían que pudiera seguir con vida. Se anunció como «Plegarias por Rebecca Shaw y familia», que parecía suficientemente genérico. La prensa reseñó que tanto el padre como la madre se habían reincorporado a sus respectivos puestos de trabajo y que sin duda la madre tenía mejor color que la última vez. Pero la mujer no habló durante el oficio y después, cuando algunos se le acercaron, se limitó a darles la mano y agradecerles la preocupación. Vieron al padre andando por el monte, detrás de la oficina de información turística, dirigiéndose hacia Black Bull Rocks. Cathy Harris pidió a Richard que pasara por su casa antes de irse al aeropuerto, la víspera por la mañana. Se había quedado muy pocos días y prácticamente no había salido de casa de su madre. Ven a tomar café o algo, le dijo, en el umbral de la casa de la madre, mientras se subía la cremallera del abrigo. Tenemos que hablar. Richard se preguntó si pretendía que se sintiera culpable por dejar a su madre o si tendría algún otro argumento para convencerlo de que se quedara. Cargó el coche de alquiler y bajó por la calle de Cathy antes de que saliera el sol. Al aparcar la vio en la cocina, de pie junto a la mesa, mientras sus hijos desayunaban. La cocina era un cuadrado brillante sobre la silueta oscura de la casa. La vio estirar un brazo por encima de la mesa para coger una tostada. Los chicos comían sin pausa, hablaban y se reían al tiempo que se llenaban la boca de comida. Se fijó en sus anchos hombros, en sus gestos expansivos. Llenaban todo el espacio de la cocina. Como si no cupiera nadie más. Vio que Cathy les pedía silencio y subía el volumen de la radio. Seguramente estaban oyendo las noticias. Él encendió la del coche. Vio que Cathy, que estaba de espaldas a él, se recogía el pelo y se hacía un moño. Recordó haberla visto

hacer ese mismo gesto muchos años antes. Procuró no pensar en ello. Había pasado mucho tiempo desde entonces. Suponía que había sido feliz en su matrimonio, y él también había tenido algunas relaciones buenas. Quería contárselo; quería decirle que había tenido otras relaciones, que no se había quedado solo. Quizá ella lo supiera o lo supusiera. Quizá no hiciese falta decir nada. Cuando dio media vuelta, hacia la ventana, sujetaba una cinta del pelo entre los labios, tal como él esperaba. En la radio hablaban de la niña. La policía pedía información nueva. No había pistas. La investigación seguía abierta, a pesar del tiempo que había pasado.

## 6

A medianoche, cuando llegó el Año Nuevo, lanzaron fuegos artificiales por todo el pueblo, pero desde el monte se veían débilmente y el ruido no llegaba hasta allí. James y Lynsey habían subido un poco antes con mantas, linternas y una botella de vodka, y ya se habían quedado sin conversación. A los dos empezaba a preocuparles que lo suyo se estuviera poniendo más serio de lo que esperaban, pero ninguno sabía cómo abordarlo. No es que ella quisiera dejarlo, le había dicho Lynsey a Sophie, pero tampoco quería compromisos en ese momento. James no había hablado con nadie, pero arrastraba cierta confusión. Lo sentía por Rohan. Pero le gustaba lo que hacían juntos y creía que con eso debería bastar. Cuando terminaron los fuegos artificiales se miraron y se besaron decididamente, y James procuró no pensar en Becky Shaw. A lo mejor se había ido a lo más alto del páramo y se había despeñado por un barranco inundado. Podía haberse caído en cualquier parte y estar allí todavía. En el hayedo, los zorros se preparaban para aparearse. Habían marcado territorio, habían peleado y se habían formado las parejas. Los machos estuvieron muchos días persiguiendo a las hembras. Cuando se aparearon, todo fue alegre y ruidoso. La hermana de Les Thompson murió y se celebró el entierro. Era la primera vez que Jane Hughes oficiaba uno en el cementerio de la iglesia. Últimamente casi siempre eran cremaciones. Hacía años que la hermana de Thompson no vivía en el pueblo, así que no asistió mucha gente a la ceremonia; como mucho una docena se apiñaron después alrededor de la tumba, mientras los hombres del enterrador bajaban el féretro a la fosa. Les Thomson era un hombre de pocas palabras incluso en sus mejores momentos, pero hoy guardaba silencio absoluto. Había ido a la ciudad a comprarse un traje y encontró uno que le quedaba perfecto, teniendo en cuenta sus proporciones. Se movía despacio. Asentía cuando la gente le decía algo y daba apretones de mano fuertes y cálidos. Empezaba a nevar, los cuervos sobrevolaban el cementerio y el viento se movía entre los árboles. Jane tuvo que contener una sonrisa.

Cambió el viento, soplabla del norte y traía consigo desde los montes un olor húmedo y dulzón de pantano. Por la noche, dos de los tejones más viejos salieron de la tejonera del confín más elevado del hayedo y olisquearon el aire antes de lanzarse al terreno mojado que rodeaba los pozos de la mina de plomo abandonada en busca de las lombrices que siempre había por allí. Will y Claire volvieron del hospital con una niña y fueron directamente a casa de Jackson para presentársela a Tom. La llamaban Molly y, cuando se la pusieron a Tom en el regazo, pareció aterrorizarse. Los hermanos de Will se rieron y Jackson logró sonreír. En el televisor había imágenes de las consecuencias de un terremoto; gente corriendo por una calle cubierta de polvo, puentes derrumbados, rescatadores arrodillados entre los cascotes para llegar a espacios oscuros. La noche de San Valentín, Ruth fue en coche a Harefield a buscar a Martin y le devolvió la tarjeta que le había mandado. Él se quedó mirándola con la tarjeta en la mano, pero no quiso cogerla. No te la he mandado yo, dijo. Martin, dijo ella. Esto tiene que acabar ya. No he venido a que me reconquistes. Él negaba con movimientos de cabeza. Te lo aseguro, insistió, no te la he mandado yo. Su expresión se suavizó. Tenía la sensación de llevar ventaja por una vez. Ella lo miraba sin saber qué pensar. Estaban a la puerta del Gladstone y Ruth volvió a tenderle la tarjeta. Las luces de la calle ya estaban encendidas. Los dos miraban la tarjeta. La letra de la dedicatoria no era natural, se notaba perfectamente. Ruth echó un vistazo alrededor, como si creyera que la observaban. No te la he mandado yo, repitió Martin, y parecía orgulloso de ello. Dio media vuelta, entró de nuevo en el pub y, al cerrar la puerta, lo envolvió el cálido murmullo de las conversaciones. Ella volvió al coche con la sensación de que el mundo se expandía. A lo lejos, cerca de la autopista, las luces rojas de la antena de televisión brillaban intermitentemente en la noche.

Se adelantaron los relojes, las tardes se alargaron y los días pisaban el terreno con un poco más de firmeza. Brotaron las candelillas en los sauces del río y el viento las agitaba con fiereza. Una rama de los sicomoros de la huerta cayó

encima de la vieja casa de los Tucker y arrancó una docena de pizarras del tejado. La lluvia se coló en el edificio y poco después apareció un cartel de «En venta». Su Copper tomaba café en el jardín trasero de su casa mientras los chicos jugaban a la pelota. No dejaban de preguntar si podían cruzar la cancela para ir al bosque y ella les decía que, por favor, esperaran a que terminara de tomar el café. Lo dejó enfriarse en la taza. No nos alejaremos mucho, dijo Lee. Nos quedaremos donde puedas vernos. Esperad, insistió ella. Era como si siempre estuviera diciéndoles que esperaran. Solo unos minutos más. Dejadme terminar el café. Tenía una paleta en la mano; había salido con la intención de arreglar las macetas, que esperaban desde que las había traído del vivero, hacía quince días. Pero la verdad era que tenía que ponerse al portátil y contestar una ristra de mensajes sobre la propuesta de una serie que debía presentar al día siguiente. Los primeros cambios de impresiones no habían sido muy halagüeños y el proyecto parecía un poco cojo. Aunque la idea de indagar en los orígenes de voces dialectales urbanas era buena, faltaba un hilo conductor. Necesitaba tiempo para hablar con sus colegas y desarrollar la propuesta, pero Austin no volvería hasta que los chicos se acostaran. Habían estado revoltosos toda la mañana y habían empezado a pelearse cuando ella intentó sentarse diez minutos al portátil. Tendría que trabajar cuando se fueran a la cama, y esperaba que sus colegas estuvieran todavía disponibles para hablar con ellos. Necesitaba otro café. Los chicos abrieron la cancela del bosque y gritaron algo de un lobo mirando hacia ella. Dejó la paleta en el suelo y echó a correr detrás de ellos aullando y levantando las manos como garras. Los chicos chillaron y se desperdigaron entre los árboles, y ella tuvo que elegir rápidamente a cuál de ellos perseguir primero para zampárselo. Hubo elecciones al concejo parroquial y Brian Fletcher salió reelegido presidente. Janice Green siguió de secretaria, Miriam Pearson se retiró y, como mandaba la costumbre, la sustituyó su marido William. Se acercaba el final de la paridera y los chicos de Jackson estaban agotados. Habían hablado de contratar ayudantes, pero no podían permitírselo. Estas últimas ovejas parían todas al aire libre y, si el tiempo acompañaba, era un placer ver cómo se las arreglaban ellas solas. Daban una vuelta, pateaban la tierra y se iban a un rincón del campo, los corderos recién

nacidos se levantaban y miraban atónitos. Pero otras necesitaban toda clase de ayuda. Así que seguían remangados y con el lubricante a mano.

En abril llegaron las primeras golondrinas y los excursionistas volvieron a los montes. La madre de Richard Clark volvió a caerse cuando él estaba en casa. Hacía solo unas horas que había llegado y estaba en la habitación de arriba escribiendo un correo electrónico. La mujer con la que salía quería ir con él y conocer a su madre. Pero él no veía tan avanzada su relación. Se habían disgustado un poco y ella le había mandado otro correo. Estaba intentando arreglarlo cuando oyó un golpe seco en la cocina. Llegó abajo en el momento en que su madre intentaba levantarse sola; se había puesto de rodillas y estaba recobrando el aliento al lado de una silla caída. Ah, fíjate, dijo. Esto me pasa por ir con prisas de un lado a otro. No me he hecho daño. Richard levantó la silla y la ayudó a ponerse de pie; le preguntó si lo había consultado con el médico. No hay medicinas contra los tropezones, dijo ella, riéndose alegremente. Pero ¿te mareas?, le preguntó. ¿Pierdes el conocimiento? No es nada que no pueda solucionar una taza de té, insistió su madre. Richard se la llevó a la salita de estar y le sirvió té y un trozo de bizcocho. Mandó a su hermana un mensaje de texto contándole lo que había pasado y ella le respondió que no podía hablar en ese momento. Se quedó en el umbral de la puerta contestándole a su vez y miró a su madre. Se preguntó por qué ninguno de los tres se había quedado a vivir con ella para procurarle los cuidados que necesitaba. Ella no los había educado así. Después quedó con Cathy y se fueron a pasear por el bosque con el perro del señor Wilson. Volvió a disculparse por no haber asistido al entierro de Patrick y se detuvo. Ella lo miró con una expresión entre la risa y la irritación. Richard, le dijo, ¿por qué insistes? ¿Qué pretendes enmendar? No sé, dijo él. Es que siento mucho haber faltado. Sé que tendría que haber hecho algo. Pero, Richard, eso es agua pasada, lo sabes, ¿verdad? Era sencillamente imposible, dijo él, por el trabajo. Siguieron andando hasta un claro y tardaron un poco en adaptarse a la luz. Ella no entendía qué pretendía Richard con todo eso. Patrick era un buen hombre, dijo él; nunca tuve nada que echarle en cara. Podrías haber escrito, dijo ella, y él asintió. Nos las arreglamos, continuó, si es eso lo que te



preocupa. Conseguí superarlo, ¿no es increíble? Procuré ocuparme en lo que fuera. Había muchas cosas que hacer. Burocracia, economía, gente que venía intentando ayudar. En aquella época fui la nueva mejor amiga de Stuart Hunter una temporada. Él andaba tras la serrería. Yo quería quedármela. Me pareció que a los chicos podía interesarles cuando terminaran en la universidad, pero no fue así. Y necesitaba que alguien se encargara de mantenerla en funcionamiento inmediatamente. Stuart nos ofreció un buen precio. En honor a la verdad, ese hombre nunca me ha caído bien, pero la oferta era buena. *Nelson* se había quedado atrás y cuando lo llamaron no hizo caso. Cathy fue a buscarlo y lo encontró peleándose con una cazadora o un chaleco acolchado de color azul marino, con el forro destrozado y el relleno destripado. Lo apartó de la prenda y volvió con Richard.

Al anochecer, los hombres de Culshaw Hall salieron a cazar palomas. Había muchas, porque se habían congregado a comer en la faisanería. Cada vez que estallaba un disparo en el aire, las palomas del jardín del señor Wilson se desperdigaban por el cielo. Las zonas del páramo que habían quemado en el mes de febrero estaban cuajadas de brotes nuevos, teselas verdes en el mosaico de brezo. La luna llena se levantó sobre los embalses y los inundó de luz clara. Las noches eran cálidas y lentas y los murciélagos pasaban horas cebándose con las nubes de insectos que salían del agua. Las hembras abandonaron las guaridas de invierno y se reunieron para criar todas juntas. Los días amanecían esplendorosamente y el pueblo bullía de vitalidad. En el tejo del cementerio de la iglesia, un reyezuelo cantaba con el apremio que exigía la primavera. Rohan Wright descubrió lo de Lynsey y James. Les dijo que lo entendía, pero no fue así. Dejaron de verlo una temporada. Montó una banda con algunos amigos de la ciudad y ensayaban en la casa del pueblo. Hubo quejas por el ruido, pero la comisión defendió con energía que los jóvenes tenían derecho a utilizar las instalaciones. Se les pidió que no ensayaran canciones con letra ofensiva. Jackson no progresaba, pero tampoco empeoraba. Una enfermera iba tres veces a la semana para ayudarlo con los ejercicios y mejoró en el habla, o quizá la familia había aprendido a entender lo que quería decir. Podía ir solo al baño y podía vestirse casi sin ayuda. Pero

tenía que recurrir a la silla de ruedas para ir más allá del patio, cosa que no sucedía a menudo. Maisie se quedaba en casa cuidando a Molly dos días a la semana para que Claire pudiera descansar, y a Jackson siempre le brillaban los ojos cuando la pequeña estaba en la habitación. En la casa del pueblo aplicaron la arcilla a las armazones de engalanar, que estaban apoyadas en atriles en el centro de la sala, mientras todo el mundo andaba por allí con musgo, pétalos y cortezas que habían recogido a lo largo de la semana. El ambiente era de expectación, de personas que tenían ganas de emprender una labor que sabían que sería larga y difícil. La neblina matutina, lechosa y espesa, se evaporó en cuanto el sol empezó a derramarse por el valle. Una garza real levantó el vuelo desde el río, junto a la presa, arrastrando las zancas flácidamente. Ascendió enseguida por encima de los árboles en dirección a la cantera. Las primeras flores silvestres empezaban a medrar en los márgenes de los caminos y en los setos sin podar que rodeaban los campos.

En junio se organizó una fiesta en Hunter Place para celebrar el final de los exámenes de acceso a la universidad de Sophie. Montaron un entoldado, contrataron a una banda y pusieron botes de cristal con velas a lo largo de la entrada. Los coches aparcaron a ambos lados de la carretera y causaron algunos desperfectos. El ruido de la fiesta se oía en todo el valle. Los padres de Sophie asistieron también, pero se mantenían a distancia y vigilaban que Olivia no se acercara al ponche. Por la mañana, Jess preparó una bebida caliente a Sophie y se la llevó a tomar el aire. Se sentaron en el quiosco; Sophie, envuelta en un edredón, miraba el prado cuajado de flores silvestres, el huerto y el patio. Había botellas vacías por todas partes. Algunos muchachos dormían en la hierba al lado del estanque. No quiero que nadie conduzca sin haber desayunado como es debido, dijo Jess. Están como cubas. Sophie asintió. Tenía los ojos enrojecidos. Jess le pasó el brazo por los hombros. Entonces... ¿lo de Harry no ha salido bien? Tenía que haberlo sabido, dijo Sophie. Toda la culpa es mía, por estúpida. Jess le cogió la cara y la miró a los ojos. ¿De verdad?, dijo. ¿Porque eras tú la que iba detrás de él? Sophie bajó la cabeza. No, pero aun así. Tenía que haberme esforzado más en

mantener su interés. Sophie, hija, dijo Jess, no es eso lo que te he enseñado. Esta vez, pase, porque parece que estás un poco frágil, pero nunca olvides lo que voy a decirte: si un chico mete la minga donde no debe, tú no eres responsable. ¿De acuerdo? Jess preguntó quién era la chica. Una tal Jasmine, dijo Sophie, de Cardwell. Jess no pudo contener un escupitajo al oír el nombre de ese lugar, y Sophie se rio débilmente. Exacto, dijo. Además, ¿qué mierda de nombre es Jasmine? Lo que he oído yo se parece más a Jizzmin. Jess levantó una mano y dijo a Sophie que ya bastaba. Vamos, mamá, puedo ser un poco infantil con esto, dijo Sophie. No es eso lo que me preocupa, dijo Jess. Pero no culpes a tus hermanas de la conducta de los hombres. ¡Mamá! No es mi hermana. Todas somos hermanas, cariño, ¡Ah, mamá, por favor! No estamos en los ochenta. Se oyó un chapoteo y un grito y dos chicos salieron del lago completamente vestidos, envueltos en algas y gritando histéricos o furiosos. Sophie dijo que le parecía que iba a vomitar y su madre la ayudó a llegar a los arbustos y le apartó el pelo de la cara mientras le daba golpecitos en la espalda.

En julio empezaron a verse los primeros polluelos de golondrina que caían de sus altos nidos y arrancaban a volar, y poco después planeaban sobre la hierba del prado buscando comida. Por la mañana, el sol rebasó la cima del monte cuando Les Thompson sacaba las últimas vacas de la sala de ordeño y las llevaba a pastar. Después cerró la cancela y volvió a la sala de ordeño para limpiarla. Había papeleo pendiente, pero no lo entendía bien. Desde que faltaba su hermana, los números no cuadraban. En la cantera vieja de la carretera, las larvas de pequeñas polillas se alimentaban en las acederas en las que habían nacido y cavaban surcos profundos en las hojas para esconderse del sol. Se descubrió una cuenta en Facebook a nombre de la niña desaparecida, en la que decía que estaba de viaje por Tailandia y Goa. En las fotografías se veía a una joven que coincidía con las imágenes de Rebecca Shaw generadas por ordenador que la policía había puesto en circulación hacía un año: en la playa, en un bar, en una hamaca con una amiga. Enseguida se demostró que era una broma pesada, y la estudiante que lo había publicado se disculpó por medio del abogado de su familia antes

incluso de volver al Reino Unido, pero algunas personas siguieron creyendo que podía haber algo detrás de aquello. La señora Simpson organizó una jornada de puertas abiertas en el colegio para los niños que empezarían en septiembre. Se presentaron únicamente los gemelos Cooper y una niña de los pisos de la nueva cooperativa de viviendas, así que tuvieron tiempo de sobra para hablar de todo. Les enseñó el colegio y después, mientras los niños jugaban en un rincón del aula de la señorita Dale, preparó bebidas calientes para los padres y respondió a sus preguntas. Le sorprendió la cantidad de preguntas que le hizo Su Cooper; esa mujer siempre le había parecido muy discreta. A Austin Cooper no le sorprendió en absoluto. Su preguntó por el currículo, por las oportunidades de hacer juego creativo y por el uso del espacio al aire libre. También preguntó qué clase de preparación para la diversidad recibían los maestros y la señora Simpson se quedó perpleja un momento. Después le dijo que no tenía que preocuparse por eso; en el colegio se trataba siempre igual a todos los niños. Nos gusta pensar que no tenemos prejuicios raciales, dijo, sonriendo. Es decir, hasta que me lo ha preguntado, ni siquiera había caído en que usted y los niños son, bueno, étnicos o algo así. Para todos nosotros, usted es simplemente Su, ¿no es cierto? Austin reconoció enseguida la expresión que apareció en el rostro de Su, pero la señora Simpson pareció no darse cuenta. La otra madre preguntó por el uniforme. Agosto se presentó caluroso y lento. Las corolas del perifollo silvestre y de los cardos se pusieron negras en los márgenes del campo y se troncharon con el rocío de la mañana. El río bajaba claro y remansado, y el sol le daba con toda su fuerza. Las truchas marrones se multiplicaban en el agua. Al caer la tarde, Ian Dowsett se colocó a la sombra de un haya y probó suerte con diferentes efémeras, pero no picaron con ninguna. Oía voces en algún jardín trasero, en lo alto del terraplén, y el aire estaba en calma. En Cardwell empataron en el encuentro de críquet por segunda vez en tres años y algunos jugadores jóvenes empezaron a hablar con confianza de un cambio de tendencia. En el huerto de Fletcher, los mirlos engordaban con los primeros frutos que caían al suelo, sin preocupaciones territoriales y sin acordarse de cantar. Sally los miraba desde la ventana de la cocina mientras hacía una tortilla para la cena. Puso la mitad en un plato, para Brian, que se la comería más tarde; le había dejado una nota en la mesa diciendo que llegaría

tarde, que iba a la junta del concejo parroquial. Cuando terminó de cenar escribió una nota a su vez diciendo que se levantaría temprano para salir a dar un paseo y que por favor no la despertara. Al final del papel dibujó una sonrisa y un beso. Si se pudieran contar, no sabía si le saldrían más besos en papel que en la vida real. Suponía que no tenía importancia. Un rato después, cuando llegó él, oyó cerrarse la puerta de la calle con tanto cuidado que apenas sonó un clic. Estiró la mano y apagó la luz para que él no la viera al pasar hacia su dormitorio y pensara que la había tenido esperándolo despierta. Entre la paja vieja del fondo de la nave, los colémbolos se alimentaban, ponían huevos y nacían; al final de un tallo largo, un macho posaba con la fúrcula recogida bajo el abdomen, lista para saltar en el aire por primera vez en su vida. Dudó un momento. Por la noche cayó un chaparrón, pero al final de la mañana el suelo estaba seco. En el taller, Geoff Simmons torneaba más cacharros; con un cuchillo cortaba un borde biselado en la base y con una tira de cuero alisaba las partes rugosas. Una clienta miraba las piezas que tenía en exposición mientras él sopesaba si decir algo o callar. Sabía que había entrado, pero también sabía que a la gente le gustaba curiosear. Les gustaba verlo trabajar. Sin embargo, esta era la primera persona que había entrado en toda la semana y no podía permitirse que se fuera con las manos vacías. Iba sola, y eso podía significar que tenía intención de comprar. Sostenía una pieza en la mano. Tenía buen ojo. La dejó en su sitio y echó un vistazo a la puerta. Iba a tomar una decisión. Geoff soltó el pedal y el torno fue parándose solo. Levantó la cabeza y la miró con cara de sorpresa. Vieron a la madre de la niña desaparecida en los salones de té. La joven que la sirvió no tenía idea de quién era, y tampoco le interesó mucho cuando se lo dijeron. Eso pasó hace ya mucho tiempo, ¿no?, dijo, y la mujer que trabajaba con ella reconoció que tal vez sí.

Vieron a la niña desaparecida en el campamento de protesta de Stone Sisters, con trenzas gruesas y la cara tiznada de humo; la policía tuvo que ir a identificarla. Había menos gente en la acampada desde que parecía claro que el comienzo de las excavaciones no era inminente. Uno de los chicos de Jackson tuvo un altercado con los pocos acampados que quedaban. Ese lugar

era, de siempre, zona de pasto del ganado de los Jackson, y les parecía que ya era hora de que se fueran de allí. Pero legalmente no tenían ningún derecho sobre el terreno y los propietarios de la finca Culshaw no querían incurrir en gastos de desalojo. Así que las ovejas de los Jackson se fueron a otra parte y los acampados se quedaron. Hacía unas semanas que se había vendido la casa de los Tucker, pero no había señales de que nadie fuera a ocuparla. Habían reparado el tejado, pero nada más. Semejante abandono parecía más ofensivo que una cabaña de vacaciones vacía. No se sabía quiénes eran los descendientes de Tucker, por lo tanto no había a quién presionar. La víspera del viaje a la universidad, James y los demás se fueron de copas a la ciudad. Se dijeron que se echarían mucho de menos, pero en realidad no les entristecía que cada cual se fuera a un lugar distinto. Al fin y al cabo, había algunas complicaciones. Lynsey y James tuvieron una conversación confusa en la que decidieron que no rompían exactamente su relación, pero que tampoco debían comprometerse, sino darse libertad para salir con otras personas; en Navidad verían cómo iban las cosas, o en verano. Todos seguirían en contacto, naturalmente. Se irían a ver unos a otros. Eran cosas que ya habían dicho, y cuando por fin se sentaron en el patio cervecero, a la orilla del río, no quedaba nada en particular que decirse. Hablaron de las maletas que no habían terminado de hacer y del viaje que les esperaba al día siguiente. Bebieron deprisa para llenar los silencios de la conversación. Conducía Lynsey y fue la primera que dijo que quería volver. Había dejado el coche en el aparcamiento del otro lado del río, y el puente estaba a casi un kilómetro. James ya se estaba quitando los zapatos y los calcetines. El último remojón, dijo. Sophie terminó su bebida y se quitó las sandalias. Lynsey puso los ojos en blanco. ¿En serio? Rohan estaba fumando todavía. Empezó a descalzarse con el cigarrillo en la boca y el humo se le metía entre el flequillo. Lynsey se impacientó, pero al final se agachó para descalzarse también. Os aseguro que cuando volvamos en Navidad no voy a repetir esto, dijo. ¿Por qué? ¿Es que habrás madurado?, preguntó James. Ella le echó una mirada no tan jocosa como él esperaba. Se colocaron alrededor de la mesa con los zapatos en alto. Ya había oscurecido y la luz del pub se derramaba sobre la hierba. Golpearon la mesa con los zapatos contando hasta tres y echaron a correr por la hierba hasta saltar al río. Las piedras del fondo eran de

esquisto y el agua solo les llegaba a las espinillas. Aquello era una tradición desde que empezaron a ir al pub, pero cuando entraron en el agua fría, Rohan chilló de la impresión y Lynsey empezó a encogerse hasta que rompió a reír. Se oyeron jadeos y golpes de portezuelas de coche. El cigarrillo de Rohan se consumía en el cenicero, el humo serpenteaba en el aire y los vasos vacíos reflejaron la luz de los faros de Lynsey cuando dio la vuelta en el aparcamiento y se alejó por la carretera.

Sophie Hunter tardó un día y medio en llamar a sus padres desde la universidad. Ellos habían procurado no mirar el teléfono porque no había motivo para preocuparse; durante todo el viaje de vuelta por la autopista, con los asientos traseros vacíos y silenciosos, se habían dicho que no había de qué preocuparse, que Sophie estaría perfectamente. Pero cuando sonó el teléfono, los dos saltaron a la vez y Stuart se quedó al lado de Jess mientras hablaba con ella. La conversación empezó en tono alegre, pero a Jess le pareció que algo iba mal. ¿Has conocido a mucha gente?, le preguntó. ¿Ya tienes amigos nuevos? Sophie dijo que sí, que ya conocía a mucha gente y que algunos le caían bien, pero que en cuanto les decía de dónde era, todos querían hablar de la niña desaparecida. Yo no quiero hablar más de eso, mamá. ¿Cómo es que se acuerdan todavía? Jess le recordó la repercusión mediática que había tenido cuando sucedió. La gente no se olvida de esas cosas, le dijo. Más tarde, Rohan, Lynsey y James se quejaron de lo mismo en Facebook. Rohan lo llamó «La maldición de la niña desaparecida» y Lynsey le dijo que no hiciera bromas de mal gusto con el asunto. En el pueblo, la Noche de Gamberradas se transformó en algo parecido a Halloween y por primera vez llamaban a las puertas y decían aquello de «truco o trato». También fue novedad la aparición de árboles y arbustos envueltos en papel higiénico en los jardines delanteros de las casas, cosa que dio un trabajo de mil diablos a la gente al día siguiente. Descubrieron que las principales responsables habían sido Ashleigh Wright y Olivia Hunter, y pensaron que las pequeñas empezaban a asomar la oreja, ahora que sus hermanos mayores se habían ido. Robaron calabazas de la puerta de las casas y las tiraron por encima de la tapia del huerto que había al fondo del jardín de Fletcher, que estaba lleno de

maleza, medio abandonado. Hacía años que nadie recogía la fruta de los retorcidos árboles. Le habían dicho que se concedían ayudas para arreglarlo, pero por lo visto él no tenía prisa. Brian Fletcher hacía gala de su desidia, era famoso por haber llegado tarde a su propia boda, aunque vivía enfrente de la iglesia. Los embalses estaban llenos y el río venía espeso de légamo de los montes y espumeaba saltando por las represas. Se tomó la decisión de colocar otra hilera de losas en lo alto del páramo para paliar la erosión que causaban los excursionistas y un helicóptero se encargó de dejarlas caer a intervalos a lo largo de la ruta. Las losas provenían en su mayoría de Manchester, de molinos abandonados; las habían cortado unos siglos antes y conservaban la huella profunda de los zuecos de los peones que entraban y salían en cada turno. En el colegio, Jones discutió otra vez con la señora Simpson. La caldera se había averiado de nuevo y un inspector recomendó que la cambiaran por otra nueva. Echarían abajo el cuarto de calderas. Él no estaba dispuesto a consentirlo. La caldera funcionaba bien, solo necesitaba un repaso.

Cuando se separaron para ir a la universidad, James y Lynsey se habían propuesto seguir en contacto. Todos ellos, en realidad. Lynsey había mandado algunos mensajes de texto a los demás, pero seguir en contacto significaba leer las actualizaciones en Facebook. A mitad del trimestre cogió un autobús a Newcastle, donde estudiaba James, pero no lo avisó hasta que llegó allí y le mandó un mensaje pidiéndole indicaciones. Le pareció que sería estupendo darle una sorpresa, le dijo a Sophie. Resultó que James le presentó a Holly, su novia, y le ofreció la habitación de esta porque ella todavía no la usaba. No era eso lo que Lynsey esperaba. Habían decidido no comprometerse, pero creía que podrían retomar su relación. Quería hablar con él de unas cuantas cosas. Se le habían ocurrido algunas posibilidades, como compartir cama. Sin embargo, lo que hizo fue beberse una botella de vodka casi entera y vomitar en el lavabo de la habitación de Holly. Cuando se despertó, a primera hora de la mañana, el lavabo estaba hecho un asco, y se marchó sin despedirse. Cogió el primer autobús a Edimburgo. La ruta recorría tierras llanas de cultivo y añoró su casa. Quería mandarle un mensaje



a Sophie, pero no había cobertura. Cuando se durmió, los baches de la carretera se convirtieron en colinas y soñó que iba al pueblo en coche y, al pasar por las tierras de los Hunter, las varas de las mimbreras brillaban, rojas y doradas, en la difusa luz invernal. Los zorros pasaban casi todo el día en la madriguera. Martin Fowler estaba despachando carne en el supermercado cuando llegó Bruce con su nuevo amigo. Papá, este es Hugh. Martin hizo un gesto de asentimiento, concentrado en una pieza de panceta. Las finas lonchas iban cayendo, hasta que la cuchilla chirrió y dejó de girar. Las extendió sobre un papel parafinado en la nevera expositora y entonces miró a Hugh, que parecía más cohibido que él. Hizo otro gesto de asentimiento. Hugh, qué hay. No sabía qué más decir, así que se dirigió a Bruce y le preguntó si había ido a ver a su madre. Ahora vamos, dijo Bruce. Martin volvió a asentir. ¿Sabe que vais los dos? Sí, papá, sabe que vamos los dos. Ya conoce a Hugh, ¿sabes? Martin asintió de nuevo y, por el rabillo de ojo, vio a su jefe, que se dirigía hacia él. Tengo que seguir trabajando. Me alegro de verte. Pásate por aquí de vez en cuando, ¿de acuerdo? Bruce asintió. Sí, papá, me pasaré. De vez en cuando. Al salir Bruce le dijo a Hugh que nunca había oído a su padre preguntar «qué hay» como se lo había preguntado a él, no solía hablar así, seguro que se había puesto nervioso. Lo único que deseaba Hugh era volver al coche. El jefe de Martin dijo que podía tomarse otro descanso, si quería ir a tomar un café en el restaurante o lo que fuera, y Martin dijo no, gracias, no necesito café.

Jackson dejó de utilizar el porche acristalado, que comenzó a llenarse poco a poco de cajas, rollos de tela y sacos de pienso. Tom empezó a construir un Guy Fawkes y lo dejó inacabado en la mecedora. Mike estaba allí buscando unos impermeables y desde la cocina oyeron sus quejas y un golpe seco de algo pesado al caerse; después dijo a voces algo que sonó como «cagüen mi estampa». Nadie lo miró a la cara cuando volvió a la cocina, todos guardaron silencio mientras llenaba el hervidor de agua. Nos dejamos el pellejo para construir un puto almacén, dijo. ¿Y para qué, joder? ¿Es que no piensa usarlo nunca? Maisie dijo que debían tener paciencia, que ahora su padre estaba más cansado que de costumbre y no podía levantarse de la cama. El médico había

dicho que tendría días buenos y días malos, les contó. Mike se hizo té y se dispuso a salir. ¿Cagüen mi estampa?, preguntó Simon. Que te den, dijo Mike, y se fue dando un portazo. En el embalse número 9, anticipándose a las lluvias que no tardarían en llegar, la brigada de mantenimiento desatascaba los filtros de los aliviaderos retirando las hierbas y la basura acumulada. En las huertas, las coles de Bruselas estaban crecidas, las hojas exteriores agostadas y agujereadas y el corazón apretado para defenderse de la helada. La comisión de las huertas pidió a Susanna Wright que cediera su parcela porque no la cultivaba. Comprendió sus razones, pero le dolió. No se había dado cuenta de la cantidad de tiempo que requería. Nadie se da cuenta, dijo Clive. Para trabajar bien una parcela hace falta estar jubilado o loco. Ah, pues todavía no estoy ni lo uno ni lo otro, dijo Susanna, y le dio la llave. En la finca recogieron a las faisanas ponedoras para el invierno y entregaron la remesa nueva. En los bosques, los faisanes silvestres se apiñaban en los comederos de la faisanería dando buena cuenta del pienso que había quedado. Un viernes, a la salida del colegio, Jones se puso a arreglar una ventana de guillotina del aula de la señorita Dale. Ya había bajado una hoja y estaba cantando la segunda estrofa de «Fernando» cuando se dio cuenta de que la señorita Dale estaba en el rincón de lectura. Cuando la vio, ella le sostuvo la mirada con una expresión completamente seria. La saludó con un movimiento de cabeza y siguió rascando la pintura y la grasa de la guía. Unos instantes después le pareció oír a la señorita cantando la siguiente estrofa muy bajito, pero al mirarla vio que no movía los labios. Tardó una hora en volver a subir la hoja a su sitio, y cuando terminó, ella seguía trabajando en sus papeles. Recogió las herramientas y le dio las buenas noches. Buenas noches, señor Jones, dijo ella, sonriendo. Llovió casi todo el mes, hubo más inundaciones y los desechos se amontonaron de nuevo en el puente peatonal, pero esta vez no lo echaron abajo. Se cantaron villancicos en el pub; cuando repartieron las letras faltó entusiasmo, pero cuando llegaron al «Calypso Carol» la música se oía desde la plaza y la gente de la zona de la barra empezó a acercarse. «Ahora llévame a Belén».

El día de San Esteban, James y Rohan se encontraron en el Gladstone y compararon universidades. Vieron a Liam por primera vez en mucho tiempo y lo invitaron a una ronda antes de que quedara claro que tenían muy poco que decirse. Se había quedado a trabajar en la cantería con su padre. Tenía las manos hinchadas y llenas de heridas, rasguños y pequeños cortes. Tardaré años en aprender, dijo, pero es un buen oficio. Estamos levantando un muro de muestra en la oficina de información turística, por si queréis verlo. Rohan dijo que seguramente irían. James estaba mandando un mensaje de texto a Sophie para decirle que bajara al Gladstone con Lynsey. Llegó una tormenta que descargó rachas oblicuas de nieve por el valle, y cuando pasó, los árboles estaban silueteados de blanco. Los Jackson sufrieron pérdidas en los páramos. Richard Clark llegó a casa justo antes de Año Nuevo. Sus hermanas habían regalado a su madre un teléfono móvil por Navidad, y cuando él llegó todavía no lo había desempaquetado. Rachel me dijo que así sería más fácil estar en contacto, le explicó, señalando el objeto. Richard le preguntó si quería que le enseñara a usarlo. Tengo un teléfono que funciona perfectamente aquí mismo. Puede dejarme un mensaje si me llama y no estoy. Dice que está muy ocupada, que no tiene tiempo para hablar por teléfono, pero solo son cinco minutos. Richard la miró. Cinco o diez, añadió ella. Diez como mucho. Le devolvió una mirada que significaba que no insistiera. Richard no paraba con su móvil mientras hablaban. Mamá, creo que lo importante es lo útil que puede resultar en caso de emergencia. ¿Qué clase de emergencia? Pues si estuvieras fuera de casa y necesitaras pedir ayuda. O si estuvieras arriba y no pudieras llegar al teléfono fijo. ¿Teléfono fijo? La cosa no marchaba bien. Le fastidió que le tocara a él hacer eso, cuando había sido idea de Rachel. Mira, vamos a cargarlo y a ponerlo en marcha, dijo. Puedes mandar mensajes a tus nietos, les haría gracia, ¿no crees? La madre cogió el paquete. Era enorme y pesaba mucho. No parecía nada móvil, la verdad. El día de Nochevieja cayó otra gran nevada al atardecer y la nieve se acumuló en los márgenes de la carretera. Una luz pálida se movía lentamente por el páramo. Persistió el frío y la nieve cubrió el suelo durante una semana.

A medianoche, cuando llegó el Año Nuevo, hubo fuegos artificiales en la gran pantalla de la casa del pueblo y en la calle se cantaba la «Canción de las despedidas». Era la primera Nochevieja que los gemelos Cooper salían a ver los fuegos artificiales desde Hunter Place y su madre los mandó rápidamente a la cama en cuanto el último cohete cayó al suelo. Por la mañana, la nieve llegaba a los tobillos, pero a mediodía la había barrido una lluvia intensa. Enseguida cambió el tiempo; la nieve se desprendió en grandes montones, que caían unos sobre otros y se precipitaban por las alcantarillas y las escorrentías hasta el río, que venía brillante y tumultuoso con tanta abundancia; las calles brillaban oscuras, y por todas partes asomaban los primeros brotes verdes de las campanillas blancas. Después de la lluvia vino la calma, la nieve de los tejados se deshacía y caía por los canalones, los pájaros se llamaban desde la tierra que se deshela y en el bosque de los Hunter se oía el zumbido de la sierra. En el televisor se veían imágenes de un barco que se iba a pique, helicópteros sobrevolando el desastre, chalecos salvavidas flotando en el agua. En los campos al sur de la iglesia picoteaban unos faisanes, sus moteadas plumas marrones se confundían con las altas hierbas secas. Recogieron una hilera de chirivías en las huertas liberando su cremosa consistencia del negro suelo helado a pequeñas sacudidas. Por la noche los zorros aullaban en el bosque, y los que tenían ganado en los montes se sobresaltaban y escuchaban con los pelos de punta. Llegó el médico para hacer una revisión a Jackson y Maisie tuvo que reconocer que últimamente se levantaba muy poco de la cama, que le preocupaba que algo le estuviera restando energía, pero que la fisio había dicho que no le pasaba nada. Después de examinarlo, el médico dijo que le parecía que estaba deprimido. Maisie se rio y contestó que a ella no se lo parecía. Jackson no se deprime, dijo. No tenemos tiempo para eso. Se lo había oído decir a él tantas veces que le salió del alma, sin pensar. Se calló y el médico sonrió con amabilidad. Creo que es el tiempo lo que le afecta. Pero eso podemos remediarlo. No

tomará pastillas de esas, dijo Maisie. Bien, no es necesario empezar por ahí, pero hay que pensar en algo. Al final de la tarde, antes del anochecer, llegó la niebla, y cuando el autobús dejó a los estudiantes del instituto en la parada, sus voces sonaron sofocadas hasta perderse por la calle principal.

En el pub, Irene fregaba el suelo antes de abrir. Era rápida pero concienzuda. Tony hablaba de sus planes de ampliar la oferta de platos y raciones y ella habría preferido que no la distrajera. Dijo algo sobre un horno para pizza. Irene no tenía nada que decir. No lo pagaría ella. En la televisión se habló de una niña desaparecida en el sur de Inglaterra. Tony salió de detrás de la barra para subir el volumen e Irene le pidió secamente que no le pisara el suelo recién fregado. Tony retrocedió un paso y se quedaron los dos mirando la pantalla. El reportero dijo que se haría una reconstrucción de los hechos. Irene cruzó la cocina con el cubo en la mano y dijo a Tony que no pisara hasta que se secase. Había desaparecido una niña de trece años de una cabaña de vacaciones y al principio parecía que hubiera alguna relación con la desaparición de Becky Shaw. Hallaron el cadáver y detuvieron a un sospechoso, pero resultó que el hombre estaba fuera del país cuando Becky desapareció. Por lo visto esas cosas pasaban constantemente. Reformaron el cableado de la casa de los Tucker, remozaron las paredes y aplicaron un recubrimiento antihumedad. Se rumoreaba que la había comprado un hombre de Birmingham que había enviudado recientemente. No había señales de que fuera a instalarse. En el Gladstone, Tony preparó un menú de tortitas y cometió el error de llamarlo «Come cuanto quieras». Le gente podía comer muchas tortitas, al parecer. En la cocina se agotó la mantequilla y no todo el mundo lo entendió. En el terraplén del final del hayedo la tejonera estaba en calma. A unos seis metros de la entrada, más allá de varios túneles sin salida y rincones para dormir forrados de hojas, nacían los primeros cachorros del año, que llegaban ciegos a un mundo oscuro de calor vegetal y leche. Los días amanecían con una niebla que no se disipaba hasta después de la hora de comer, y aun así parecía quedarse pegada a las copas de los árboles. La carnicería estaba vacía. Habían dejado el tajo detrás del mostrador, la madera gastada seguía oscureciéndose con el paso del tiempo. Había gruesas hojas de

canónigo como cucharas para quienes sabían dónde encontrarlas, debajo de los setos y en los alrededores de las canteras viejas. El fin de semana, Jones fue al colegio para pulir los suelos; la máquina pulidora zumbaba suavemente mientras la movía de un lado a otro. Tardó dos horas en repasar todas las aulas, apilando sillas y apagando luces a medida que avanzaba. En la clase de la señorita Dale, el enchufe para la máquina estaba al lado del expositor de dibujos de los niños. Jugó a adivinar qué nombre figuraba en cada uno. Y se le daba bien. Es un detalle que habría sorprendido a muchas personas. Enchufó la máquina y repasó el suelo hasta que lo hizo brillar. Tenía que irse ya. Su hermana estaría inquieta. A veces no podía evitarlo.

Richard volvió al pueblo a ver a su madre; una tarde tranquila salió con Cathy a dar un paseo por el páramo. Habían descubierto que podían volver a hablar de casi todo, y hablaban mucho. Cuando llegaron al otro lado del monte, que descendía hacia el embalse número 7, le preguntó si había estado con alguien desde la muerte de Patrick; ella le preguntó por sus relaciones y la conversación, que él esperaba que tomara un rumbo determinado, se convirtió en una especie de confesión. Parecía un error, pero no hubo forma de evitarlo. Cathy en particular, después de oír la lista de parejas pasajeras que había tenido Richard, cometió el error de contarle lo suyo con Gordon Jackson, hacía muchos años ya. A él no le sorprendió, pero procuró parecer comprensivo. El dolor cambia a las personas, dijo, y Cathy le habría preguntado cómo podía saberlo, pero se contuvo. Puntualizó que en realidad había sucedido antes de que Patrick muriera. Unos seis meses antes, concretó. Y duró algún tiempo. Estaba con él cuando me llamaron del hospital. Después lo dejé. Vio el impacto que le causaba a Richard, aunque él lo negara, y entonces le dijo que tal vez las relaciones fueran una cosa más complicada de lo que él creía; tal vez más complicada de lo que quería creer. Lo dijo con algo semejante a la irritación o al resentimiento, no sabía bien. Él replicó que quizá tuviera razón, pero que estaba dispuesto a aprender. Siguieron por el camino de acceso que rodeaba el embalse. La tierra estaba seca. No había llovido y el nivel había bajado. Iniciaron el regreso al pueblo. Después, fue como si hubieran discutido. Cuando Cathy se puso a pensar en

Gordon, cosa que se permitió en cuanto llegó a casa, vio que todo lo sucedido había sido una tranquila válvula de escape, cuando ya creía que se le había pasado el momento para esas pequeñas alegrías. La primera vez había sido todo brusco y caótico, y fue la única ocasión en que se arriesgaron, pero después planeaban los encuentros con cuidado y procurando no tener prisa. Eran unos placeres sumamente directos, satisfacciones duraderas que la acompañaban muchos días y de las que no podía desprenderse. Una de las muchas cosas inesperadas había sido la suavidad de la piel de Gordon; incluso las manos, que lógicamente tendrían que haber sido más callosas. Y lo amable que era, y con qué fuerza sentía su propia necesidad. Ahora, cuando lo veía por el pueblo, a veces se preguntaba por la suavidad de su piel. Pensó en Richard y sonrió por esa timidez que no había sido capaz de superar. Nunca había sabido si eso le resultaba atractivo o no. Oyó ladrar a *Nelson* y fue a llamar a la puerta del señor Wilson. Los chicos de Jackson tenían mucho trabajo con la paridera. Hubo algunas pérdidas al principio, pero en general todo salió bien. Las noches eran largas y se turnaban para poder dormir unas pocas horas cada uno. En el taller, Geoff Simmons hacía asas, cada una con un puñado de arcilla, afinándolas entre el índice y el pulgar antes de cortarlas y ponerlas a secar. La lebrela daba vueltas lentamente alrededor de sus piernas, esperando. En el hayedo, los primeros cachorros de zorro salieron de la madriguera.

Cuando llegó abril hacía cuatro semanas que no llovía de verdad y no quedaban pastos buenos para el ganado. Al nuevo mes lo acompañó un viento cálido del sur y a media mañana todas las coladas estaban tendidas. Susanna volvió de correr por el bosque e inmediatamente se sirvió un vaso de agua, lo bebió sin haber recuperado el aliento y le impactó el frío que le bajó hasta el pecho al tragar. Dada la insistencia del señor Wilson, el baile de primavera se celebró a favor de Water Aid, porque, según él, si creían que lo estaban pasando mal por esa mal llamada sequía, podía contarles un par de cosas que les darían que pensar. Se conocían sus opiniones sobre el asunto y se aprobó la propuesta sin necesidad de que repartiera los folletos informativos que había traído consigo. Jim Stephenson, el del instituto, llevó a su banda de

metales para el baile. En vez de un repertorio más tradicional, tocaron adaptaciones de clásicos de discoteca, como Stevie Wonder, Donna Summer, Sly and the Family Stone. Antes de presentar esos temas a la banda, Jim había tenido que escuchar los CD para familiarizarse con ellos, pero ahora, después de unas actuaciones seguras y correctas, dirigía moviéndose de una forma que casi parecía un baile. Jim Stephenson no era un jovencito. Después, en el bar, Miriam Pearson le preguntó qué le pasaba en las caderas. A algunos espectadores les había hecho gracia, pero la reacción de Miriam significaba otra cosa. Levemente ruborizado pero nada cohibido, le respondió que cuando tocaban era incapaz de quedarse quieto. Es ahí donde se siente la música cuando el ritmo funciona, dijo, y Miriam sonrió. Sí, muy cierto, señor Stephenson, dijo ella, mientras él se pasaba un gran pañuelo blanco por la calva. Salieron setas de san Jorge entre las virutas y cortezas que había al lado de la serrería y, que Jones supiera, nadie más las había visto. Disfrutaba cogiéndolas desde que habían vendido el taller a los Hunter. Era como apoderarse de algo que pertenecía a Stuart Hunter, y nunca le había caído bien ese hombre. Uno de los manifestantes acampados se rompió la pierna y la brigada de rescate de montaña tuvo que bajarlo. Había intentado saltar de piedra en piedra; se decía que era una especie de antiguo rito de iniciación, pero claramente imposible de conseguir cuando se contemplaba la distancia entre las piedras a la fría luz del día. Vieron a la madre de la niña desaparecida paseando por el pueblo con un desconocido. Por la noche, en el salón del Gladstone, se sentaron muy juntos y se tomaron una botella de vino. Parecía que se había propuesto devolver la mirada a cualquiera que los mirase más de lo necesario, y sostenérsela hasta que la retiraran. En algún momento de la velada los vieron cogidos de la mano.

\* \* \*

En mayo los días se llenaron de luz. Era delicioso desayunar a pleno sol y preparar el té con las voces de los niños que jugaban en la calle como ruido de fondo. En el castaño de Indias que había cerca del campo de críquet, las palomas torcaces peleaban, se enfrentaban unas a otras agitando las alas. No siempre se sabía por qué no se caían del árbol. El alboroto que armaban se



oía por toda la carretera, hasta la iglesia. A primera hora, antes de ir al colegio, Jones fue a la huerta a echar tierra a las patatas. Clive estaba en su parcela trasplantando calabacines del invernadero, pero Jones no lo vio y enseguida volvió a casa con los aperos al hombro. Después, Clive vio a Miriam Pearson llevando bandejas de plantas del coche a su terreno. Supuso que las había comprado en el vivero. Iba a tener que regarlas muy a fondo antes de plantarlas, le aconsejaría él, pero no se lo iba a decir espontáneamente. Los márgenes de su parcela estaban limpios. En la junta del concejo, Janice Green leyó una carta de la empresa de autobuses, que amenazaba con retirar el servicio si no les daban un aparcamiento mejor situado. A nadie le gustó el tono de la misiva, pero todos estuvieron de acuerdo en que la empresa tenía razón. A continuación debatieron sobre la obligatoriedad de cumplir las normas y sobre asuntos delicados, y cuando parecía que podían dar la sesión por concluida, William Pearson dijo que en realidad de lo que todo el mundo hablaba era de Martin Fowler, que siempre aparcaba como le salía de los cojones. Varios de los presentes miraron a otro lado. Se pidió a Judith que no hiciera constar en acta el último comentario y a William se le invitó a irse, momento en el que se descubrió que el café que se había estado sirviendo de un termo toda la tarde era sobre todo whisky. Tan pronto como la puerta se cerró a su espalda, los asistentes reconocieron que en realidad tenía razón en lo de Martin y su manera de aparcar y que había que hacerle una advertencia. En el bosque de coníferas que coronaba el embalse número 5, un águila ratonera empollaba tranquilamente sus huevos mientras el viento agitaba los árboles. Al anochecer llovió de una forma que resultaba agradable mojarse un poco, y el agua se llevó el polvo de la atmósfera. Ashleigh Wright se hizo amiga de su padre en Facebook. Él la había encontrado y le había mandado un mensaje, y a ella le hizo ilusión contar con él entre sus contactos. Sabía que no tenía que decirle dónde vivían, pero en su muro había suficiente información para deducirlo. Él dejó caer el nombre del pueblo en la conversación y la niña se quedó con una sensación desagradable, porque no podía decírselo a nadie. Para variar, Richard y Cathy se llevaron al perro del señor Wilson en el coche al embalse número 13. El nivel estaba bastante alto, el viento entraba directamente desde el borde del páramo y levantaba olas oscuras contra la presa. Empezaron a andar por el

sendero que bordeaba la orilla, inclinados contra el viento, alzando la voz; él le contó que estaba pensando en trasladarse indefinidamente a casa de su madre. Podía encargarse de contratos que no le exigieran viajar. Le contó que se lo había pasado bien en el pueblo, después de tantos años de ausencia. Le había gustado reencontrarse con la gente. Le preguntó qué opinaba y ella le dijo que debía pensar con calma en todas las opciones. Le preguntó qué tal estaba su madre, si se había vuelto a caer, y Richard tuvo la sensación de que ella, mientras hacía gestos de asentimiento, desviaba la conversación para no decir lo que él quería oír. Le siguió la corriente y dijo que parecía que se encontraba bien, pero que no había que perderla de vista. Llegaron a la cabecera del embalse y al insatisfactorio final del sendero. Cuando dieron media vuelta para dirigirse de nuevo al coche, el viento les venía por detrás obligándolos a erguir la espalda y a tensar las rodillas un poco para no echar a correr.

En junio, el viudo se instaló en la vieja casa de los Tucker. Entró en la vereda una mañana en una furgoneta de alquiler y Clive lo vio desde la huerta descargando cajas, maletas y sillas. Era evidente que necesitaría ayuda. Esperó a que el hombre se sentara en el murete a descansar un poco y entonces se acercó a ofrecérsela. En la furgoneta había un sofá, una cama y un par de grandes cajas de embalaje. No tardaron mucho en descargarlo todo. El viudo agradeció la ayuda educadamente, pero no hubo presentaciones ni invitación a entrar en la casa. El tiempo volvió a mejorar y debajo del puente de caballos de carga el agua parecía un cristal que no se rompía hasta caer por la represa. El guarda salió a comprobar licencias. Se sabía que era concienzudo, así que raramente encontraba a alguien pescando sin ella. Pero a veces los turistas ignoraban que la licencia era obligatoria. Les Thompson pasó la segadora por el primer campo trabajando desde los bordes hacia el centro, levantando y volviendo a colocar la máquina en cada vuelta y dejando una ancha capa de hierba cortada que el sol secaría y convertiría en heno. Brian Fletcher sacó un tanque de té y un plato de tostadas y los posó en el murete, al lado del coche. Sally se había levantado y había salido de casa antes de que él se despertara, y le había dejado una nota en la mesa de la

cocina avisando de que salía a dar un paseo por las canteras viejas. Mariposas de nuevo. Ahora era la gran afición de Sally. Por lo general a él le costaba distinguir las o acercarse siquiera para poder verlas mejor. Un destello de color que se esfumaba en un momento. No lograban despertarle interés. Sally tampoco lo esperaba, del mismo modo que él no esperaba que sus coches le despertaran interés a ella. Tampoco sabía distinguirlos, eso seguro. Seguramente no se había dado cuenta de que ahora llevaba uno nuevo. Un Citroën Tiburón de 1968 con faros direccionales. Hacía tiempo que le tenía echado el ojo. Le costó lo suyo convencer al antiguo propietario de que se lo vendiera. Hubo un nutrido intercambio de correos electrónicos. Pero había sabido ser paciente. Le gustaba pensar que se le daban bien las palabras. Se le daba bien saber lo que tenía que decir y cuándo decirlo. Todo el proceso le había recordado a cuando empezó a hablar con Sally. Los correos que intercambiaron antes de conocerse siquiera. Contempló las líneas limpias de la carrocería, la elegancia de la forma. Terminó el té y las tostadas y fue a levantar el capó. En el nido de las coníferas los primeros polluelos de águila ratonera rompían el cascarón. Los largos días hicieron crecer mucho los setos. A la orilla del río, los excursionistas ya habían abierto una red de sendas pisoteadas en las praderas. Winnie trabajaba en los motivos de las armazones de engalanar los pozos, tenía la mesa del comedor llena de pliegos de papel parafinado. Empezó por el marco y los arcos, después, las palabras, trazó las líneas del cielo, las nubes, el sol y los montes y por último detalló las figuras y los animales del fondo. Como de costumbre, no estaba segura de si a la comisión le parecería adecuado; como de costumbre, la comisión le aseguró efusivamente que sí. Aparecieron tres mirlos jóvenes en el césped del señor Wilson, gordezuelos y con las plumas tiesas, y se los llevaron los cuervos. Las hembras parían en las colonias de murciélagos y envolvían a las crías entre los pliegues de las alas. Una agitación y un murmullo nocturnos, como el sonido de la brisa entre los árboles, llenaban el aire mientras los recién nacidos se amamantaban.

Al final del primer año de universidad, James Broad volvió al pueblo con sus cosas y las dejó en la que había sido su habitación. Le habían dicho que tenía

que hacer una selección con vistas a la mudanza. Ni su padre ni su madre podían permitirse comprarle al otro su mitad de la vivienda, así que decidieron venderla. Su madre compraría un piso que había sido de protección oficial, al final del Close, y su padre se iría del pueblo. James no sabía lo que iba a hacer. Le habían dicho que podía elegir. Sophie Hunter había suspendido los exámenes de fin de curso y volvió a casa sin saber muy bien qué debía hacer para pasar a segundo. Su madre le dijo que seguro que recuperaba y que, de todas formas, tampoco se acababa el mundo si repetía curso. Su padre le dijo que pasara lo que pasara estaban orgullosos de ella y la querían igual. Lo que más la afectó fue el evidente esfuerzo que les supuso decirle esas cosas. Tenía la sensación de que era ella la que debía consolarlos. Su madre sospechaba que había sido un año de mucha juerga y por eso no había podido estudiar, pero lo cierto era que a Sophie le resultaba muy difícil. Comprendo que te estás descubriendo a ti misma, dijo su madre, y, si no sales de juerga ahora que eres joven, ¿cuándo lo harás? Sophie le dijo que no iban por ahí las cosas. Además, tampoco se sale tanto, añadió. He estudiado, pero es que no se me da bien. Su madre bajó la voz y le preguntó si usaba protección. Sophie levantó una mano y le pidió que se callara. Ahora no es como en mis tiempos. Lo importante es que seas fiel a ti misma. Sophie se tapó los oídos y le dijo en voz alta que no oía nada. Jess Hunter sonrió cariñosamente a su hija. Le había hecho eso mismo a su madre cuando tenía su edad. En los prados de la orilla del río, las margaritas proliferaban entre la hierba, que llegaba hasta las rodillas. Entre la alta hierba de los alrededores del campo de críquet, las primeras crisálidas de mariposa empezaban a eclosionar y a desplegar sus húmedas alas. Las segundas nidadas de golondrinas emplumaron felizmente y sus vientres blancos y resplandecientes trazaban curvas en el atardecer. El grupo de la Asociación Educativa de Trabajadores hizo un curso de tecnología de la información. Se produjo cierta inquietud cuando alguien preguntó anónimamente cómo se podían evitar los sitios con contenido demasiado adulto. Brian Fletcher preguntó qué leches quería decir demasiado adulto, y nadie se prestó a explicárselo.

Susanna Wright abrió una tienda en la antigua ferretería de los Tucker, en la que vendía artesanía, regalos y postales. También una gran variedad de objetos de alfarería, cosa que ofendió a Geoff Simmons, según se supo. Su taller y tienda se encontraba un poco apartado del pueblo y siempre estaba buscando clientes. Susanna se ofreció a vender sus artículos, pero él no quiso. Farfulló sus razones en voz baja, pero ella le oyó decir la palabra «baratijas» y se ofendió a su vez. No lo invitó a la fiesta de inauguración, aunque tampoco habría asistido. Hubo vino espumoso y banderines en la calle, además de un hombre con chaleco que se quedó fuera tocando el acordeón, intentando llamar la atención. A la gente le gustaba que se abriera una tienda nueva, aunque se entendía que lo que ella vendía solo lo comprarían los turistas. Cooper sacó una foto a Susanna con Rohan y Ashleigh a la puerta de la tienda, el hombre del acordeón se inclinó a un lado para salir en la foto y los demás levantaron las copas. La foto se publicó en la cubierta del *Valley Echo* y Ashleigh la subió a su página de Facebook. Por la mañana, el sol estaba alto cuando los hombres de Thompson terminaron de ordeñar y limpiar la sala. Fregaron con cepillos y regaron todas las superficies; el agua corrió primero marrón verdosa y luego clara, hasta colarse por los sumideros de fuera. Entraron en la casa a almorzar. Ya llevaban tres horas levantados. Más valdría tirar la leche por el desagüe. Si los precios no subían pronto, sería imposible seguir con el negocio. Pero tampoco había alternativa. Los embalses parecían peltre batido. En el huerto de Brian Fletcher apareció una caravana calzada con cuñas junto a la cancela, entre las zarzas. El marco de las ventanas tenía musgo y en el revestimiento había una grieta tapada con cinta plateada. No se sabía lo que se proponía Fletcher. Las garzas reales prácticamente habían abandonado los nidos y el suelo quedó cubierto de palos. El brezo estaba en plena floración y el color morado se extendía por los montes. Llovió toda la semana anterior al partido de críquet y no se pudo celebrar el encuentro, aun así, el equipo de Cardwell se divirtió en el Gladstone. Se organizó un concurso de dardos para adjudicar el trofeo y Cardwell ganó holgadamente una vez más. Mike Jackson le contó a su familia que tenía intención de emigrar. Esto nunca se va a dividir en cinco partes, dijo. Maisie le indicó por señas que se callara y Simon pasó por allí hacia el porche para encender el televisor. Cualquier familia normal ya lo

tendría todo arreglado, pero ¿acaso hay que esperar hasta que papá nos sorprenda con su testamento? Cree que puede quedarse ahí sentado y dirigir esto por control remoto, pero no tiene ni idea. Lo sabes perfectamente. Tendríamos que habernos diversificado hace años, ampliar, solicitar préstamos. Masie lo miraba mientras hablaba, pero en realidad no lo oía. Pensaba en lo lejos que estaba Australia y en la certeza de que jamás iría allí. Pero no será por mucho tiempo, ¿verdad?, le preguntó. Piden a gritos hombres con experiencia, dijo Mike. Se gana bastante. En un año o dos se puede ahorrar lo suficiente para volver y establecerse. En los territorios del norte la tierra es barata, añadió. Dan ayudas y todo eso. Pero no te quedarás allí, ¿verdad? Mike la miró. Era el benjamín. El último. Es Australia, mamá, no la luna.

El verano había sido lluvioso, pero en septiembre los cielos se despejaron y el barro de las veredas se recoció formando surcos gruesos. Los colémbolos que había al pie de las hayas de detrás del Close cavaban madrigueras y se alimentaban de fragmentos de hojas secas; en algún rincón de las profundidades de sus túneles, un macho dejaba un círculo de esperma. En el saúco de la entrada de Hunter Place, el viento tiró un nido de mirlos, el barro seco se deshizo en migajas y las hierbas se esparcieron como paja. Tony presentó una composición con flores de lúpulo para la exposición de la fiesta de la cosecha, y desde luego llamaba mucho la atención, pero había quien opinaba que el olor tan acre era inapropiado para la iglesia. Vieron a la hermana de Jones en la oficina de Correos comprando papel de embalar y bramante, y se lo tomaron como una señal de progreso. A veces Irene contaba que la hermana de Jones había ido a su boda y se había convertido en el alma de la fiesta. ¡Qué lástima que le pasara eso!, solía añadir. Como si todo el mundo supiera lo que le había pasado. El domingo por la noche, Brian y Sally Fletcher cenaron juntos. Brian hizo chuletas de cordero a la parrilla y patatas cocidas, y Sally, una ensalada. Era un acuerdo tácito que tenían entre ellos y siempre lo hacían así. Sus horarios no coincidían casi ningún día de la semana y se comunicaban por medio de notas que dejaban en la mesa de la cocina. A los dos les parecía un buen arreglo. Era un matrimonio tardío y

cada cual estaba a gusto en compañía de sí mismo, pero habían acordado que debían cenar juntos todos los domingos. No quiero que se me olvide tu cara, había dicho Brian. Cenar, charlar un rato y después, sentarse a ver el programa que dieran en la televisión. Hoy era sobre un asesinato, o algo así. Vieron a Ruth trabajando sola en la huerta, sacando alubias a puñados de las cañas sobrecargadas. Las hojas estaban plagadas de pulgón, pero a estas alturas de la temporada daba igual. Al menos servirían de alimento a las mariquitas. Dejó que los calabacines se convirtieran en largas calabazas verdes porque, aunque en realidad a nadie le gustaban, quedaban muy bonitas en cestas a la puerta de la tienda. A la gente le recordaban a las fiestas de la cosecha, y así les apetecía más entrar a comprar. Las moras estaban gordas en las zarzas que crecían alrededor del invernadero, y cada vez que pasaba por allí arrancaba una y se la comía. Había tenido una discusión por las zarzamoras con la comisión de las huertas. El asunto no se había solucionado todavía. El móvil emitió una señal y, cuando leyó el mensaje de texto, una sonrisa le iluminó la cara y se tapó la boca con una mano manchada de mora. Se sentó un momento en el banco a mirar las sombras, que se alargaban por todo el valle, sintiendo el calor y pensando cuidadosamente en la respuesta.

La Noche de Gamberradas tiraron bombas fétidas en todas las callejuelas y pasajes, hasta agotar las existencias. Irene protestó diciendo que si creían que eso eran gamberradas, vivían tan protegidos que no tenían ni idea de lo que era la vida real. Preguntó si había contado alguna vez la historia de su difunto marido, que escondió todo un rebaño de vacas, y le dijeron que sí, desde luego. Se vieron disfraces de las películas de miedo más conocidas y calabazas con boca y ojos luminosos, pero pocos nabos. Los campos segados del lado sur de la iglesia se llenaron de zorzales reales que picoteaban en el suelo. En el pub, mientras Irene limpiaba, se habló de la película de James Bond que ponían en el cineclub. Alguien dijo que no era de las mejores e Irene dijo que, si era en la que salía Daniel Craig, era la mejor de todas. Eso sí que es un hombre, añadió. No me importaría pagar por verlo hasta en un documental sobre el secado de la pintura. Esperaba carcajadas, pero solo hubo silencio. Siguió pasando la fregona y les dijo que levantarán los pies.

No sabía por qué había abierto la boca. Los había dejado perplejos. Creerían que si dormías sola la sangre dejaba de circularte por las venas. Creerían que si no eras capaz de excitar a un hombre es que no te quedaba capacidad para excitarte. Por lo visto, a veces a la gente le sorprendían las cosas más evidentes. Solo se vive dos veces, dijo Tony desde detrás de la barra. Un Connery clásico, terció Martin. Debatieron. Irene guardó el cubo de la fregona. En el colegio hubo un enfrenamiento porque la señora Simpson había llevado a unos técnicos para que hicieran una inspección del cuarto de calderas y Jones no los dejó entrar. No puede hacer esto sin avisar, dijo. El cuarto de calderas no es suyo, señor Jones. No lo consentiré, respondió él, y los técnicos dijeron que volverían otro día.

Cathy llamó a la puerta del señor Wilson y le preguntó si quería que sacara a *Nelson* de paseo, y él contestó que tenía el agua puesta a calentar. *Nelson* iba de un lado a otro mientras ellos se acomodaban en la salita y golpeaba con el rabo las patas de la mesa auxiliar. El señor Wilson había hecho pasteles otra vez. Estaban muy ricos, la verdad, y Cathy sabía que no valía la pena preguntarle por qué nunca los hacía para las celebraciones del pueblo. Eso es cosa de mujeres, ¿no le parece?, le contestó la única vez que se lo preguntó. Ella respondió que aquello era una tontería, pero sabía que no le haría cambiar de opinión. No recordaba haberlo visto hacer repostería en vida de su mujer. Pero de eso hacía ya mucho tiempo. De todas formas, si hacía algo, seguramente ella no se habría enterado. Hacía quince años o más que había muerto Jean, cuando los hijos de Cathy ni siquiera iban al colegio y ella no sabía ni en qué día vivía. Se acordó de cuando se plantaba en la puerta de casa con niños y contaba hasta diez para recobrar la compostura y poder salir a pasear por el pueblo sin que se notara mucho que tenía que pelear físicamente con ellos para vestirlos, y limpiar la comida de las paredes y llorar con la cara hundida en un montón de cojines. Y entonces, colócate bien la ropa, sonríte, abre la puerta. Prepárate para decir buenos días, prepárate para escuchar los consejos de cualquiera que pase por la calle. Cayó en la cuenta de que el señor Wilson no era tan mayor en aquella época. Seguramente ni siquiera se había jubilado. Sin embargo, siempre lo había



considerado un hombre mayor. Tal vez se debiera a una asociación inconsciente con la palabra «viudo». O a la distancia de la juventud. Aunque ella tampoco era tan joven, y de pronto se sintió mayor, mucho mayor, siempre cansada. Sonríe, respira, colócate bien la ropa, abre la puerta. Prepárate para darles la razón cuando te digan lo encantadores que son estos niños, que sí, que a veces dan un poco la lata pero que al final vale la pena, y reírte un poco. Qué fastidio, siempre había que reírse un poco en aquellos tiempos. Y aguantar el tipo por toda la calle, porque el señor Wilson solía estar fuera haciendo algo con las flores o mareando la perdiz con su perro — que entonces no era *Nelson*, sino un pointer, *Franklin*—, y derrumbarse nada más cruzar la puerta, pero no quedarse quieta, no, porque no podía parar, nunca podía parar, los niños siempre necesitaban algo o rompían algo y había que hacer el té y meter a los niños en la cama, por favor, por fin, y Patrick necesitaba lo que fuera cuando llegaba a casa. Terminó el té, dio las gracias al señor Wilson por el pastel y salió a buscar la correa de *Nelson*. De más allá del bosque de los Hunter llegó el ruido de un camión que arrastraba troncos, con el motor muy revolucionado a causa del esfuerzo sobre el duro suelo. Al final del mes cayó la primera nieve del invierno, pero era una nieve muy húmeda y no cuajó.

Colocaron los adornos de Navidad en la plaza y Tony puso un cartel para anunciar que se admitían reservas para comidas navideñas. Sonaban villancicos en la radio del cobertizo del tractor, y cuando Gordon Jackson oyó a Will acompañando «Noche de paz» se pasó varios días tomándole el pelo. Entonaba «los pastores que en el campo están» cada vez que Will entraba en la habitación. Una tarde el exmarido de Susanna abrió la puerta de la tienda y saludó como si le hubieran invitado. Parecía tranquilo y espléndido, pero cerró la puerta tras de sí de una forma rara. Susanna, dijo. Te encontré. Sonrió ampliamente. Era un hombre pequeño. Sí que lo era. Ella hizo un gesto de asentimiento. Prefería no hablar, no sabía lo que podría decir. Miró hacia la ventana y no vio a nadie fuera. En general pasaba poca gente por esa calle. Se plantó entre ella y la puerta y le preguntó qué tal todo. El teléfono estaba en la estantería, junto a la caja registradora, y él también estaba en medio. La

tienda era pequeña. Quería decirle que se fuera, pero no se sentía segura. Sintió que sus instintos apaciguadores volvían a aparecer. Sus defensas pasivas. Pero se mantuvo erguida. Apretó la musculatura del vientre. Le dijo que estaba bien y le preguntó qué le traía por allí. Susanna, relájate, te veo tensa. Vamos. No he venido a remover nada. Ella tomó aire para calmar la irritación; negó levemente con la cabeza y él avanzó un paso. Solo he venido a ver a Ashleigh. Hace mucho que no la veo. Necesita un padre. Ella volvió a negar con la cabeza. Ashleigh está en el colegio, dijo. Esperaré, respondió él. Eso no es lo que acordamos, le dijo Susanna. No tendrías que estar aquí. Él avanzó otro paso, pero enseñando las palmas, como si así pudiera parecer que retrocedía. Susanna, no acordamos nada. La manera en que dijo «acordamos»... Se quedó muy quieta. El teléfono estaba fuera de su alcance. La tienda era muy pequeña. Oyó que se le aceleraba la respiración a medida que se acercaba a ella.

Para la función representaron *Ricitos de oro y los tres osos* y Andrew hacía del osito hijo. Era muy mayor para el papel, pero lo aceptó porque sabía que su madre se alegraría. Notaba que el texto se le espesaba en la boca por la tensión de estar en el escenario, y la cabeza peluda del traje lo ahogaba más aún. Cuando encontró a Olivia Hunter durmiendo en su cama, con las largas trenzas rubias sobre la almohada, dejó de intentar que se entendiera lo que decía y se limitó a mirarla. Le pareció que era lo que tenía que hacer. Era un momento de paz, pensó. Jess Hunter llevaba el traje de la osa madre, y entró precipitadamente en el escenario diciendo su texto. ¿Quién está durmiendo en tu cama, osito mío?, le preguntó, y a pesar de las facciones inmóviles del disfraz de osito, Andrew consiguió poner cara de asombro. Salió del escenario antes de lo que marcaba el argumento y después tardaron un buen rato en dar con él. Richard Clark llegó a casa en Nochevieja y sus hermanas seguían hablando de trasladar a su madre a una residencia. Hablaban en voz muy baja y con tensión, y ella se enteraba de todo. No voy a ir a ninguna parte, dijo. No te preocupes por eso. Solo me iré de aquí con los pies por delante. No te pongas así, mamá, dijo Rachel, levantando la voz como si la señora Clark estuviera sorda o no entendiera las cosas. Solo queremos que

vayas a un sitio más cómodo para ti, añadió Sarah. Querrás decir un sitio en el que podáis olvidaros de que existo. Sí, mamá, un sitio en el que no tengamos que estar preocupadas por ti cada cinco minutos. Vamos, mujer, no te resistas. Richard observaba la conversación como si fuera ajeno a todo. Le parecía que sus hermanas seguían un guion. Fuera como fuere, decidirían cualquier cosa sin contar con él. Tenía que irse temprano para asistir a una reunión, y cuando se fue seguían discutiendo. Se vieron luces en la caravana del huerto de Fletcher, y alguien moviéndose por allí. Estaban desbrozando los alrededores. Mike Jackson reunió todos los papeles que necesitaba para el viaje a Australia y empezó a hacer el equipaje. Maisie se negó a ayudarlo e incluso a hablar del tema. Qué disgusto le das a tu padre, le dijo, y él estaba bastante seguro de que no era cierto. Solo finge que se lo toma bien, dijo Maisie. La niña desaparecida se llamaba Rebecca o Becky o Bex. En la fotografía tenía la cara en escorzo, como si no quisiera que la vieran, como si quisiera estar en otra parte. Ahora tendría veinte años, pero siempre que hablaban de ella decían «la niña». Habían pasado siete años y se decía que ahora deberían declararla legalmente muerta. Resultó que en las leyes no se encontraba base para hacerlo, según un comunicado de la policía. Esa clase de declaraciones dependía siempre de las circunstancias. Los padres de la niña nunca habían dejado de buscar y el comunicado de la policía confirmaba que el caso seguía abierto. En el pueblo, la gente miraba hacia los montes con la sensación de saberlo desde hacía mucho. Podía haber llegado hasta lo alto del páramo y haberse despeñado en un barranco inundado y haberse hundido en las frías profundidades de la turba antes de que los perros y las cámaras térmicas se acercaran siquiera, con la piel suave y oscurecida como el cuero marrón y el pelo bien colocado alrededor de la cabeza. Podía haberse caído en cualquier parte y estar allí todavía.

A medianoche, cuando llegó el Año Nuevo, se vieron fuegos artificiales entre la lluvia y relámpagos en el valle vecino. La lluvia descargó en el monte como una ola y golpeó directamente a la gente en la cara. El río venía crecido y turbulento, repleto de tómbidos que se cebaban con larvas de tricóptero y gambas. Por la mañana, Ian Dowsett salió con una caja nueva de moscas y a punto estuvo de resbalar y caerse en la corriente cuando lanzó las ninfas plomadas al agua. El exmarido de Susanna se volvió a presentar y esta vez algunos vieron el altercado. Llamaron a la policía y lo detuvieron. Se dictó una nueva orden judicial. Susanna estaba avergonzada y no quería hablar de ello, pero al final la historia salió a relucir. Se había trasladado al pueblo para alejarse de él. Hasta entonces había vivido en un refugio con los niños, pero él descubrió su paradero. Las amenazas que le hacía no habían servido para condenarlo, aunque se dictó una orden judicial. Le ofrecieron apoyo para irse a otra parte. Conocía el pueblo porque una tía suya había vivido allí, y le parecía tan bueno como cualquier otro. Tenía la intención de no contárselo a nadie. Creía que, para empezar una nueva vida, una de las cosas que había que hacer era no pensar en el pasado. Creía que podía pasar página. Pero ahora que había aparecido él, todo el mundo lo sabía. Todo esto salió a relucir una tarde charlando con Cathy Harris, mientras esta la ayudaba a recoger después de la clase de yoga. Susanna descubrió que Cathy tenía una forma de esperar que te hacía querer contarle más cosas. Cuando asentía, era como si supiera de antemano lo que iba a decir Susanna. Después de verlo, poca gente había creído a su marido capaz de esa violencia. No era de constitución fuerte; no parecía esa clase de hombre. Susanna se lo había oído decir a algunos, incluso después de saber algún detalle de lo que había hecho. En el pasado, esta actitud le había dado pie a pensar que la culpa la tenía ella; algo debía de hacer para provocar en un hombre tan bien educado unas reacciones que, por lo demás, no parecían propias de él. Seguro que en su mano estaba hacer algo para protegerlo del vendaval de sus propios ataques

de cólera. Después, siempre se disculpaba profusamente. Le explicaba con detalle qué era lo que se había torcido y lo que quería que ella cambiara para ayudarlo a no repetir esas escenas. Siempre achacaba los ataques a una pérdida de control y, sin embargo, se cuidaba mucho de dejarle marcas en la cara. Le había roto el brazo dos veces y en una ocasión le dislocó el hombro. En el hospital, ella mintió sobre cómo se había lesionado. Le decía que sin él no sería nada, que todo el mundo la consideraba vulgar, escandalosa y torpe. Le decía que tenía que adelgazar, ponerse fuerte, vestirse de otra manera, reírse más discretamente, no comer en público, cambiar de amigas, ser mejor madre. Cuando Rohan le preguntó por qué no se iban de allí, por primera vez se le ocurrió que tal cosa era posible. El niño tenía doce años. Había entendido lo que estaba ocurriendo antes que ella. Le dijo que su padre los quería, pero que estaba pasando una mala temporada en el trabajo y que las cosas mejorarían enseguida, y Rohan se fue a imprimir una página informativa sobre violencia doméstica y la red de refugios. Cuando se fueron no sintió alivio ni estaba segura de haber hecho bien. Eso llegó más tarde, poco a poco. Sin embargo, cuando se trasladó al pueblo supo que estaba preparada para algo nuevo. Había crecido, estaba más erguida, más fuerte. El yoga la había ayudado.

En febrero nevó copiosamente una semana seguida y en los montes había neveros de dos metros y medio de profundidad. Limpiaron la carretera que unía el pueblo y la ciudad y amontonaron la nieve a los lados, pero más allá del pueblo quedó cortada. Los chicos de Jackson tuvieron que ir a pie a retirar del monte a todas las ovejas que fuera posible. Encontraron a la mayoría con facilidad, al cobijo de un murete de piedra seca o apiñadas alrededor de un árbol, pero hubo muchas pérdidas. En la finca cambiaron a los faisanes de la faisanería de invierno a las jaulas de los ponederos, más pequeñas, y les enriquecieron el pienso. En las huertas, los puerros que quedaban se veían amarillos entre la nieve, gordos y doblados, y perdían las capas reseca. En la orilla del río, una tormenta derrumbó un sauce, que siguió creciendo, doblando las ramas lentamente hacia el cielo. Molly Jackson cumplió dos años. En la fiesta, Maisie vigilaba a Will y a Claire constantemente y después

le hizo a Will unas preguntas que él no quiso contestar. Maisie sabía que las cosas iban mal otra vez y no podía hacer nada salvo cuidar a los niños. El martes de carnaval cayó el día 14 y Olivia Hunter sudaba la gota gorda en la cocina del Gladstone haciendo tortitas en forma de corazón. Había sido idea de Tony, pero le parecía que él ni siquiera lo había intentado. Se había limitado a darle un cortapastas a modo de molde, y funcionaba bien, pero no era fácil darles la vuelta. Se quemaba los dedos todo el tiempo. En el salón se bromeaba sobre corazones partidos y Tony tomaba buena nota para contárselo todo cada vez que entraba en la cocina. Fue una noche larga. Al día siguiente solo acudieron tres personas al oficio del Miércoles de Ceniza, y una de ellas era Jane Hughes. Propuso que se sentaran los tres en círculo junto al altar y celebró la liturgia en un tono de voz suave, un murmullo que no habría llegado mucho más allá del primer banco. Al final impuso un poco de ceniza en la frente a Irene y a Brian y pidió a Irene que se la impusiera a ella, y allí se quedaron un rato, con la marca fría en la cara. Fuera, a la luz del final del invierno, Sally Fletcher sacó dos tazones de té de casa y se puso a hablar con el hombre que había estado en la caravana. Resultó que era su hermano. Había hecho un buen trabajo con las zarzas y la limpieza general, y empezaba a trabajar en los árboles. Brian Fletcher le había dicho que primero retirase toda la madera seca y ya verían lo que harían después. No estaba claro qué acuerdo tenían con él, pero daba la impresión de que nunca entraba en la casa. A veces se lo veía fumando a la puerta de la caravana. Tenía una actitud huraña. Y tatuajes.

El viudo se estaba asentando en la vieja casa de Tucker. Había trabajado mucho en el jardín. Había levantado el pavimento, había plantado árboles frutales y montado unas cuantas cajas elevadas. Parecía más un huerto que un jardín delantero, y a algunos les parecía que había que tener unas palabras con él. Pero, habida cuenta de las circunstancias, prefirieron dejarlo tranquilo. No se lo veía mucho por el pueblo y consideraban que ese aislamiento podía ser parte del luto. Se sabía muy poco de la familia que, al parecer, había perdido, y nadie quería preguntar. Jones plantó cebollas en la huerta. Las hileras estaban muy rectas y sin mala hierba. Cuando terminó se llevó los

aperos a casa. En el colegio, unos técnicos en calefacción consiguieron entrar en el cuarto de calderas y precintaron el aparato. Se habló de instalar un sistema moderno en el edificio principal. La señora Simpson dijo a Jones que podía seguir utilizando el cuarto de calderas como almacén y él no contestó. Se adelantaron los relojes y las tardes se alargaron. En las ramas empezaban a brillar los brotes. A Irene se le complicaron las cosas con Andrew. Quería hablar con la vicaria pero nunca encontraba el momento. Había grupos de apoyo en el centro de día, pero no eran para ella, sino para los padres que querían cambiar cosas o arreglarlas. Sabía que no había nada que arreglar. Únicamente necesitaba una forma de sobrellevarlo. Una forma de estar segura en su casa. Bueno, a lo mejor exageraba un poco. Pero ahora ya era todo un muchachote. Y enseguida se ponía furioso. Como su padre. La había llamado cosas horribles. No sabía dónde aprendía semejante vocabulario. En el ordenador, seguro. No tenía ni idea de lo que hacía en internet casi todo el tiempo. Solo que, cuando se sentaba allí, se quedaba absorto. Quieto. Y algunos días no se movía de delante de la pantalla. Esos días no se vestía ni iba a la parada del autobús. Ella sabía que internet podía ser un peligro, aunque ignoraba de qué tipo. Estaba preocupada pero no sabía de qué debía preocuparse. Podía contárselo a Cooper. Él entendía de ordenadores. Y siempre podía desenchufar el trasto ese si empezaba a pasar algo malo. Aunque ¿qué haría Andrew en ese caso? Ya era un muchacho mayor. En el embalse número 3, la brigada de mantenimiento trabajaba en la cara empinada del dique. Buscaban madrigueras, terreno empapado o vegetación inesperada. Hasta el momento no habían encontrado nada, pero seguían buscando. El nivel bajaba más rápido de lo normal. Se producían pérdidas inexplicables. Por la noche hubo tormenta y la lluvia golpeaba las ventanas como si fuera gravilla.

Cuando la oscuridad se cerró sobre la tejonera del final del bosque, un jabalí de orejas raídas llamaba a la jabalina yendo de una entrada a otra, hasta que la hembra salió con un gemido insistente y la montó. El bosque olía mucho a ajo silvestre y las oscuras hojas brillaban en los senderos. Los chicos de Jackson salieron a los campos a comprobar el estado de las ovejas. La

mayoría de los corderos ya pastaban y crecían rápidamente. Las madres estaban exhaustas y marcaron a algunas para darles más pienso. Hacía una mañana cálida y la tierra despedía un intenso olor nutritivo. Los corderos bullían de vitalidad y saltaban unos alrededor de otros. Mientras los miraban, se les brindó la rara oportunidad de sentarse en el remolque a fumar un cigarrillo. El fin de semana, Cooper salió temprano a pasear con los gemelos para que Su pudiera dormir un poco más. Últimamente trabajaba mucho y se acostaba tarde. Les llenó la mochila de cosas para picar y refrescos y se adentraron en el bosque por el jardín. Estaban emocionados, corrían delante de su padre y golpeaban las ortigas con palos. Cuando llegaban a una bifurcación les dejaba elegir el camino, pero se las arregló para dirigirlos hacia la oficina de información turística y el camino que llevaba al embalse número 3. Estaba más lejos de lo que los niños habían llegado nunca a pie. Pasaron frente a una cueva que estaba cerrada con candado y empezaron a asediarlo a preguntas. Les contó cosas de las minas de plomo, de las cuevas naturales y de las personas que entraban a explorarlas. Le preguntaron si era peligroso y él, riéndose y sin parar de andar, como si los niños no fueran a hacer más preguntas, les dijo que para ellos sí. Llegaron reventados a la cima, así que decidió hacer un alto. Se sentaron en una piedra plana a comer algo y Sam preguntó si era verdad que había casas debajo del agua. Lee lo llamó idiota por pensarlo siquiera, y Cooper les explicó que antiguamente había pueblos allí abajo, que todos los embalses se habían hecho inundando valles. Lo miraron para ver si les estaba tomando el pelo. El mundo no siempre parece normal cuando te lo explican por primera vez. En el pueblo todavía quedaban unos pocos que recordaban el río desbordándose por encima de la recién terminada represa, un goteo lento que no parecía capaz de llenar el valle como habían prometido los ingenieros; el nivel subía un poco cada día, las olas lamían y anegaban la silueta de los pueblos demolidos y el embalse se iba haciendo realidad, hasta que, cuando llegó el duque a abrir ceremoniosamente las compuertas, el agua empezó a caer en grandes cantidades por encima del dique. En la tienda de Susanna Wright, el negocio no marchaba según las previsiones que había enseñado a su asesor de pequeña empresa. Cerraba tarde y hacía algunas ventas entre la gente del pueblo que necesitaba una postal o un regalo a última hora, pero los



excursionistas que pasaban por allí no mostraban interés por las velas y los objetos de artesanía que vendía. A veces Ashleigh trabajaba con ella al salir del colegio, pero había que esforzarse para parecer atareado. Geoff Simmons pasaba por allí a menudo con su lebrera, pero nunca entraba. En el baile de primavera, a Irene le sorprendió que Gordon Jackson la sacara a bailar. No se acordaba de todos los pasos, pero tampoco le costó mucho seguirlos. Esperaba que nadie se fijara en ella. Notaba el cuerpo robusto de Gordon debajo de la camisa y no encontró motivo para no pensar en ello. La llevaba como si fuera a levantarla en volandas en cualquier momento. La rozó con las piernas dos veces y el recuerdo que se le grabó fue la dureza de sus muslos. Le dijo algo que no entendió y sonrió sin dejar de mirarla y, por un momento, Irene tuvo la sensación de que Gordon había olvidado que había más gente en la sala. Eso era un don, pensó ella. Ted nunca la había mirado así. Hacía tiempo que sospechaba que Gordon tenía cierta fama, y ahora entendía a qué podía deberse. El baile terminó e Irene fue a sentarse. A Gordon lo sobresaltaron las posibilidades no deseadas que lo habían conmovido. No tenía intención de hacer nada con ellas, pero le preocupaba haberlas sentido siquiera. Sabía que algunos lo llamarían «un problema». Echó un vistazo alrededor buscando a Susanna Wright.

\* \* \*

En mayo el nivel de los embalses estaba bajo y el río acarreaba lentamente un velo de hierbajos hacia las represas. El sol estaba más alto en el cielo. Los días se alargaban y las interminables noches de invierno quedaron lejos. Les Thompson recorría sus campos y esperaba la primera floración de los pastos. Los tallos empezaban a ponerse rígidos por la base y las hojas se secaban. Faltaban días para la siega. En la plantación de coníferas los nidos de los reyezuelos estaban repletos de huevos del tamaño del pulgar de un recién nacido. A los lados de los senderos del páramo había huesos de oveja completamente mondos que empezaban a resquebrajarse. Se oyó el ruido de un camión que pasaba de largo por la entrada de la cementera y subía la cuesta hacia el pueblo; el ruido del motor aumentó de pronto antes de cesar por completo cuando el conductor redujo la marcha otra vez. En el hayedo,

las zorras destetaban a las crías, que retozaban a la entrada de la guarida y esperaban, sentadas, a que volviera su madre. Hubo bronca en casa de los Jackson cuando Simon anunció a su madre que se iba a Australia con Mike. Vieron a otro hombre en el huerto con el hermano de Sally, y, aunque se sabía que se había instalado en la caravana, no estaba claro que fuera bien recibido. No parecía que hiciera labor alguna. Richard Clark fue a buscar a Cathy. Habían quedado para dar un paseo, pero, cuando llamó a la puerta, abrió uno de sus hijos y le dijo que había salido. Richard esperaba que añadiera algo más, pero no fue así. Ya no era un niño, por cierto, sino un joven que había terminado la universidad y llenaba la casa amontonando incertidumbre. Gracias, Nathan, le dijo, suponiendo que era él; la espero, si no tienes inconveniente. Nathan se encogió de hombros y dejó la puerta abierta. Richard entró hasta la cocina y miró el móvil. Tal vez fuera mejor no mandarle ningún mensaje. Estaría conduciendo, volviendo de alguna parte. En un atasco o charlando en el mercado o donde hubiera ido. Miró las fotos y las notas de la nevera. no olvides entrevista de trabajo el miércoles, con letra de Cathy. Y una de Patrick entre las de los chicos en la universidad, y de gente que seguramente serían primos y abuelos. ¡Cuántas cosas ignoraba! ¡Cuánto se había perdido! Nathan entró en la cocina, tamborileó una especie de redoble en la encimera y le preguntó si quería un té. Gracias, dijo Richard, sí, por favor. Nathan puso el agua a hervir y cogió una taza. Tu padre y yo fuimos juntos al colegio, dijo Richard, tocando la foto de la nevera. O Nathan ya lo sabía, o no le interesaba. Éramos muy amigos los tres, continuó; tu madre, Patrick y yo. Siempre íbamos juntos. Nathan estaba de espalda, sacando la bolsita de té de la taza. Hay leche en la nevera, ¿vale?, dijo, saliendo por la puerta. Empezó a oírse el televisor en alguna parte de la casa. Esperó el tiempo que tardó en tomarse el té y después se fue. Cuando mandó un mensaje a Cathy preguntándole si se había equivocado de día, ella le dijo que lo sentía, pero que había tenido que ir a Manchester y se había olvidado de avisarlo.

Andrew esperaba con su madre en la parada de autobús. Algo pasaba allá arriba, en lo alto de la cuesta. Se veían vehículos transitando por la carretera

de acceso. La primera fase de un proyecto de construcción. Podía buscar información en internet cuando llegara al centro de día. Ahora que había visto que había actividad, le costaría un esfuerzo pasar toda la jornada sin averiguar algo. De momento, solo miraba, y su madre lo miraba a él. Por lo general, ella no tenía ni idea de lo que le pasaba por la cabeza. Ya era mayor y no hacía falta acompañarlo a la parada de autobús, pero prefería ir a despedirlo. Si lo dejara salir de casa sin más, estaría preocupada todo el día. Pero si lo veía subirse y sentarse en el asiento detrás del conductor, podía olvidarse unas pocas horas. Que era uno de los objetivos del centro de día. Tener un respiro. Él estaba tranquilo y eso era un alivio. La mañana había sido movida. No iba lo que se dice bien vestido. Pero iba vestido. Notó que le tiraba de la mano y se agarraba a ella. Agachó la cabeza en dirección a su madre pero seguía mirando a lo alto de la cuesta. Musitó algo que sonó como «mami» y se rio. Lo repitió. A saber en qué estaría pensando. El autobús dobló la esquina y él soltó la mano de su madre como si fuera hierro candente. Ella se quedó mirándolo y, cuando el autobús se alejó, no sabía qué hacer. Aún no le apetecía ir a la oficina de Correos, tal como había pensado. No entendía muy bien qué había ocurrido. Se dirigió al cementerio de la iglesia y se sentó en un banco desde el que veía la tumba de Ted, un poco alejada. Él tampoco habría tenido ni idea, desde luego. Ese hombre... ¿Qué había esperado de él, en realidad? Ella era joven entonces, pero debería haberse dado cuenta. Se quedó unos minutos en el banco y se fue antes de que pasara alguien y se sintiera obligado a darle conversación. No tenía ganas de que le hicieran preguntas. En la casa del pueblo, los que preparaban las armazones de engalanar los pozos incrustaban tiras de corteza en la arcilla húmeda siguiendo las líneas del dibujo, y no terminaron este primer paso hasta bien entrada la tarde. En el nido de las coníferas, los polluelos de águila ratonera rompieron el cascarón. Siguieron unos días calurosos y los niños de los Cooper se pasaron una tarde entrando y saliendo a la carrera entre el jardín y la casa para llenar pistolas y globos de agua; dejaron un rastro de gotas por el pasillo y no pararon hasta mojar a todo el mundo en el Close. Algunos se lo tomaron bien. El día de San Juan se celebró en el campamento de protesta la fiesta de la luna llena, a la que acudieron también algunos jóvenes del pueblo. Se oyó percusión casi toda la noche. Se murmuraba que

practicaban el nudismo, aunque no llegó a confirmarse. El padre de la niña desaparecida emprendió una caminata solidaria desde su casa de Londres hasta lo alto de los páramos que rodeaban el pueblo. Le dieron mucha publicidad en la prensa y una página web hizo un seguimiento de cada etapa. Cubrió la ruta hacia el norte siguiendo canales principalmente, pues, según él, era la mejor forma de no perderse. También explicó con detalle las ventajas de seguir la energía psíquica del agua hasta los embalses, aunque muchos periódicos prefirieron omitir esta información. Se fue hacia el norte con una rapidez asombrosa y, cuando llegó, una nube de reporteros lo esperaba en el pueblo. Dijo que estaba orgulloso de la cantidad de dinero que había recaudado en favor de las personas desaparecidas. Pidió que lo dejaran solo para subir al monte, que respetaran su intimidad, y en casi todas las fotos de la prensa salía, en efecto, caminando él solo. La víspera de la partida de Mike y Simon con destino a Australia, los chicos de Jackson fueron todos juntos a la ciudad a tomar unos tragos. Claire fue con ellos excepcionalmente. Dejaron a Tom y a Molly con Maisie. Al principio de la velada, Claire hablaba deprisa y procuraba beber al ritmo de los hermanos; de pronto desapareció sin más. Estaba en la sala de billar la última vez que la vio Simon, Mike creía que había salido al patio a fumar y cuando le pidieron a Will que la llamara, a ver dónde estaba, no contestó. Se habrá ido a casa y estará durmiendo, les dijo. Siempre hace lo mismo. Simon empezó a discutir, pero Gordon le echó una mirada para que se callara y, mientras estaba en la barra, llamó a Susanna y le pidió que lo comprobara. Ninguno se tomó la molestia de preguntar por qué tenían la sensación de que no era la primera vez que pasaba esto.

Julio fue un mes de días largos y calurosos y el brezo desprendía ráfagas de calor. Por la mañana, las golondrinas llenaban el aire de alrededor de la nave de los Jackson. James Broad terminó el segundo curso en la universidad, pero no volvió al pueblo. Su madre le había preparado la pequeña habitación de invitados en su piso nuevo, pero se enteró por Facebook de que estaba de viaje por Tailandia con una tal Saoirse. La chica parece bastante guapa, le dijo su madre a Susanna, pero ni siquiera sé cómo se pronuncia el nombre.

Hubo una jornada de actividad en el campamento de protesta. Algunas personas del pueblo fueron allí, pero la mayoría se quedó escuchando el ruido de tambores que bajaba del monte. Una semana después empezaron las primeras excavaciones. Su Cooper encontró una libreta de ahorros de Austin de la que no sabía nada. Había casi cinco mil libras. Cuando le preguntó por ella, le dijo que iba a ser una sorpresa. Maldita sorpresa, desde luego, que tengas cinco mil libras y yo sin saberlo. ¿Qué más me ocultas, otro teléfono móvil? ¿Es que eres camello o algo así, Austin? ¿O es que tienes una amante?, dijo, y se le escapó la risa por lo estrambótico de la pregunta, pero estaba tan enfadada que no lamentó la cara de ofendido que puso él. Le explicó que estaba ahorrando para irse de vacaciones todos juntos y que quería darle una sorpresa. Quería llevarlos a todos a China, dijo. ¿A China?, preguntó ella. Creía que a los niños les gustaría aprender algo sobre sus raíces, le dijo. ¿Sus raíces?, ¿sus raíces, Austin? Sus raíces están en Chorlton, maldita sea. ¿Qué tonterías dices? Me pareció importante para ellos, dijo él. Ella negaba con la cabeza. Ni siquiera tienes pasaporte, le recordó. ¿Qué sabes tú de viajes? ¿Tienes la menor idea de lo grande que es China? ¿Adónde iríamos? Pensaba hablar con tus padres, dijo él. Supongo que podrán darnos alguna idea, o a lo mejor les apetece venir con nosotros y enseñarnos el país. Su alucinaba; se tapó la boca, parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas. Apoyó la espalda en el respaldo de la silla y miró al techo. ¿De verdad, Austin? Mis padres huyeron de China, ¿no te acuerdas? ¡Huyeron! ¿Sabes lo que significa esa palabra? ¿Tienes la menor idea? Pero ahora las cosas han cambiado, dijo él. No es lo mismo que cuando se fueron. Su lo miró negando con la cabeza. Lo quería, pero a veces era un auténtico imbécil. No vamos a ir a China, le dijo. Esta conversación se ha terminado. Guarda el dinero para otra cosa. Gástatelo con tu amante, si quieres. Le dedicó una sonrisa exasperada. Cogió la cartilla de ahorros y la guardó con los demás documentos. Vieron a Martin Fowler hablando con aquellos dos en la caravana del huerto de Fletcher e incluso, a veces, sentado con ellos junto al fuego, bebiendo latas de cerveza, un poco fuera de lugar, mientras los otros dos hacían bromas que él no entendía. A veces Ruth preguntaba por él y le decían que estaba bien. Cathy Harris y Richard comieron juntos en la ciudad y ella le contó que se había inscrito en una página de citas de internet. Él, en

tono normal, le preguntó qué tal funcionaba. Ella dijo que había tenido un par de fracasos pero que ahora quedaba con un tipo a menudo. Richard sabía que ella estaba pendiente de su reacción. Quería que lo supieras, añadió. Él se encogió de hombros y dijo que era un detalle por su parte, y después le preguntó cómo se llamaba el hombre. Anthony, dijo ella. Trabaja en Manchester. ¿Vais en serio?, le preguntó. Todavía no estoy segura, pero de momento va bien. Me divierto. Prefería contártelo, nada más. Él dijo que se lo agradecía y se puso a hablar del próximo proyecto en el que iba a trabajar, y cuando Cathy preguntó si iban a pedir postre, dijo que tenía que irse.

El tiempo no cambió en agosto. Hubo una semana en la que bajaba niebla de los montes pero se esfumaba en cuanto el sol calentaba lo suficiente. Con tanto calor, algunos rompieron la valla que rodeaba la cantera inundada y se bañaron, a pesar de todo lo que se sabía. Pusieron carteles de aviso, pero, aun así, la gente se colgaba de la cuerda y se tiraba al agua, impresionantemente fría y profunda, gritando mientras caían, jaleados por los que estaban en las rocas ardientes, alrededor del agua. El río se arrastraba por debajo del puente de caballos de carga y lamía la grava de la orilla. En los bosques y a lo largo de la umbría orilla aún se veían flores de cuclillo. El equipo de críquet fue a Cardwell y perdió el partido una vez más. Se rumoreaba que el otro hombre del huerto de Fletcher era socio de Woods. Eran rumores infundados, pero el hombre daba el tipo. Tenía una fuerza bruta que no era producto del gimnasio. Y una tensión nervuda en los brazos. Cuando hablaba, siempre en un murmullo grave, no paraba de mover los ojos. Tenía un aire a patio carcelario. De nombre Ray, según Martin, que un día se detuvo cuando iba hacia el río y les preguntó por qué no podaban. El otro se hacía llamar Flint. Martin contó que no eran lo que se dice cordiales, pero se podía estar con ellos. Ray tenía buenas reservas de tabaco de liar y Flint sabía algo de cuchillos. Cuando se enteró de que Martin había tenido una carnicería le preguntó si los cuchillos de detrás del mostrador eran suyos. Martin dijo que eran de su padre. Flint dijo que tenían pinta de valer un par de chelines. Sheffield, dijo Martin. De cuando en Sheffield sabían lo que hacían. Ahora, para encontrar cuchillos como estos hay que ir a Japón. Los japoneses saben

de filos, murmuró Ray. Cierto. Escupió en la hoguera y entró en la caravana. Nunca participaba mucho en las conversaciones. Martin se preguntó si no sería un poco retrasado, aunque sabía que ya no se decía así. Se dio cuenta de que Flint no lo perdía de vista mientras hablaba con él, como el que vigila a un perro que puede volcar los muebles. Siempre ponía la radio cuando entraba en la caravana, y Flint se distrajo un poco mientras charlaban. Había algo entre esos dos que Martin no lograba identificar. Nada rollo gay, sino algo que los unía de otra manera. Bueno, al menos no le pareció que fuera nada gay, aunque quién sabe, con los tiempos que corren. Algunas tardes, Martin tenía la sensación de ser un intruso. Se despidió sin sentarse un rato y siguió por la vereda hasta el puente de caballos de carga.

El viudo era famoso por sus secretos, así que nadie se llevó una gran sorpresa cuando se descubrió que en realidad no era viudo. Al final del verano llegaron sus hijos y pasaron unos días con él; los llevó una mujer que, por lo visto, era su exmujer. No se sabía muy bien cómo había empezado el malentendido, pero algunas personas consideraron que las habían engañado. Los hijos eran tres adolescentes o casi adolescentes que pasaban la mayoría del tiempo en el parque infantil o a la orilla del río. La primera semana los vieron salir de la oficina de información turística con su padre a la cabeza y volver al cabo de una hora en ese silencio ceñudo que se impone después de un desencuentro de opiniones. No se sabe que volvieran a salir de excursión. El padre de la niña desaparecida dio más motivos de preocupación. Desde la caminata solidaria había vuelto al pueblo varias veces, siempre a pie, y se metía en terrenos particulares, granjas y zonas de acceso restringido de los alrededores de los embalses. Hasta que lo detuvieron y lo interrogaron a fondo y, aunque se rumoreaba que volvían a considerarlo sospechoso, lo dejaron nuevamente en libertad sin cargos. Los primeros zorzales reales se dejaron ver, todos en un mismo espino, trinando al viento. Las avellanas se dieron bien esa temporada. Ahora eran pocos los que se molestaban en ir a recogerlas, pero los que lo hicieron tuvieron una buena recompensa. Había arboledas espesas de avellanos en los terrenos más elevados y entre la cantera inundada y el hayedo, y se podían recoger sacos enteros de una vez. Winnie

cosechó su parte, desde luego, y últimamente Ruth la acompañaba para recoger unas cuantas cestas y venderlas en la tienda. Se vendían muy bien, le dijo a Winnie. Las pagan bien. Le tocó al señor Wilson coordinar la exposición de la fiesta de la cosecha en la iglesia. Le dijo a la reverenda Hughes que tenía intención de despertar conciencias sobre una campaña de localización de munición sin detonar en la que participaba, y que la exposición sería de modelos de bombas terrestres y morteros y se titularía «Amarga cosecha». Ella le dijo que comprendía la importancia del tema y estaba de acuerdo con él, pero que si no le parecería más apropiado colgar un cartel junto a la estantería de libros, al fondo de la iglesia. Entraron a robar en la antigua carnicería y desaparecieron los cuchillos de la pared. Después llegaron a manos de Martin y él no hizo preguntas. Faltaba el más pequeño, pero le pareció razonable. Cegaron la puerta de la tienda con tablones. Granó el escaramujo, Su Cooper salió con los gemelos por la orilla del río y recogieron una bolsa llena. Winnie le había enseñado a hacer jarabe de escaramujo y le había asegurado que protegería a los niños de los resfriados todo el invierno. Ninguno de los tres se dio cuenta de la cantidad de arañazos que se habían hecho en los brazos hasta que volvieron a casa. Parece que te hayas peleado con un ejército de gatos, le dijo Austin después, levantando el brazo de Su hacia la luz, en la cama. Le besó todos los arañazos, ella se estremeció y lo abrazó. Por la noche bajó a mirar el pálido jarabe rojo que goteaba de la gasa que había colgado encima de un recipiente de conservas. Era bonito, pero no olía muy bien. Se preguntó si los gemelos querrían tomarlo.

Martin Fowler estaba trabajando en el mostrador de carne del nuevo supermercado cuando se presentaron los dos de la caravana. Lo esperaron en la zona de descarga hasta que salió a fumar un cigarrillo y unas noches después salieron los tres de caza. No fue bien. No se ponían de acuerdo sobre el sitio al que ir ni sobre la presa que querían y, en general, se habló demasiado para el gusto de Martin. No habría ido con ellos de no haber sido por los cuchillos. Se lo debía. Hacía una noche clara y serena. Salieron hacia las doce, bajaron por el puente de caballos de carga y cruzaron por el monte



en dirección a lo alto del páramo y Stone Sisters. Habían bebido. Martin había procurado contenerse, pero no estaba seguro de los otros dos. Llevaban una mochila cada uno y una linterna potente, y Ray llevaba también una escopeta en una bolsa negra larga. Le habían pedido que los acompañara para que se encargara de los preparativos. Menudo desastre hizo este la última vez, dijo Flint, y Ray asintió animosamente. Está bien, dijo. No es lo mío. Lo mío son las armas de fuego. Cuando estaban en la caravana, Martin se había dado cuenta de que no tenían licencia para la escopeta. Podía haber sido el momento de largarse, pero se quedó. Tardaron una hora en rebasar Three Sisters y otra más en llegar al primer barranco del final del páramo que, según había afirmado Flint con insistencia, era el mejor punto de partida. Por lo visto iban tras un venado, aunque Ray había dicho que, si no lo encontraban, podían ir a conejos, liebres o urogallos. Es decir, si algo se mueve, tiramos a matar. Martin estaba seguro de que no encontrarían nada, con el ruido que hacían. Esta era, en parte, la justificación para acompañarlos: que seguramente no pasaría nada. A veces las noches se le hacían largas. Sorprendentemente, estuvieron sentados los tres en silencio media hora, transformada en concentración y vigilancia toda la ruidosa incoherencia de la noche, y cuando por fin Flint encendió la linterna, a Martin no lo sorprendió demasiado ver un grupito de venados a cien metros de ellos. Estaban pastando en el brezo y, levantando la cabeza, se quedaron quietos mirando la luz con curiosidad. Martin contuvo el aliento. Oyó un crujido cuando Ray apoyó la escopeta en el hombro. Cinco de los seis venados se desperdigaron. El sexto volvió la cabeza, se tensó para emprender la carrera y cayó al suelo con el primer disparo de Ray. Martin estaba muy cerca de él cuando disparó, por eso no oyó lo que decían cuando Flint echó a correr hacia el venado, que, herido en un hombro, estaba intentando ponerse de pie. La luz se movía violentamente mientras Flint corría por el brezo y entonces se oyó otro disparo, aún más cerca de la cabeza de Martin, y la luz se apagó al tirarse Flint al suelo. El silencio silbaba y Martin solo veía al venado, que huía, despavorido y cojo, hacia el otro extremo del barranco; Ray se inclinó sobre Flint para decirle algo a voces antes de lanzarse al galope por el brezo sosteniendo la escopeta por encima de la cabeza. Martin se sentó a mirar mientras Flint se ponía de pie y se sacudía el polvo de la ropa, al haz de luz

de la linterna que estaba en el suelo. Cuando recuperó el oído notaba un pitido dentro de la cabeza. Parecía que Flint comprobaba si sangraba por algún sitio. Se oyó otro disparo en el monte. Martin echó a andar hacia casa. En la represa, una garza real hundió el pico súbitamente en el agua retorciendo el cuerpo sobre sus rectas zancas y lo sacó sin ninguna presa. Sacudió la cabeza dos veces y se quedó de nuevo a la espera. Había colémbolos en el montón de compost del jardín del señor Wilson y, por la mañana, *Nelson* se quedó mirando cómo asomaban y saltaban por la superficie. Empezó a llover con ganas y siguió lloviendo todo el día. En la cantera, una grúa cargaba grandes lajas de piedra en camiones, que se las llevaban a la carretera principal, decenas de cargamentos al día, y los motores de los camiones cruzaban bajo el peso. En algún sitio había muchas construcciones en marcha.

En noviembre llovió tan seguido que el campo de críquet se convirtió en un lodazal y se anuló la hoguera. Los zorzales se retiraron de los campos cercanos a la iglesia y picoteaban a la sombra de los setos de espino. A mediodía, Jones salió del colegio y fue a comprar dos empanadillas a la tienda. Su hermana lo esperaba en casa, detrás de la puerta de la calle, y le dijo que la policía había pasado por allí. Se han llevado el ordenador, le dijo. Hacía eso con las manos, como si se las hubiera manchado y se quitara la suciedad. Había empezado a hacer una encuesta por internet, la tenía a medias, pero no me han dejado terminarla, le explicó. Jones le preguntó si había hecho té y ella dijo que naturalmente. Después ella le preguntó por qué se habían llevado el ordenador y él le dijo que solo iban a comprobar si funcionaba bien. Y que no tardarían en devolvérselo, que no se preocupara. Pero ¿mirarán mi Facebook? Stephanie estaba tan enfadada por unos comentarios que hice de sus fotos de excursiones... ¿Crees que me habrá denunciado ella? ¿Habrá complicaciones? Le dijo que le parecía que no, que no se preocupara. También le dijo que a lo mejor tenía que irse unos días. Se fue al cuarto de baño con el periódico y cuando volvió ella había calentado las empanadillas y había preparado las bandejas de la comida. Se fueron con ellas al salón y se sentaron frente al televisor. Retransmitían imágenes de

incendios en bosques australianos. ¿Qué van a hacer con el ordenador?, le preguntó. Solo van a ver si funciona bien, guapa. Jones comió, se llevó la bandeja a la cocina y, cuando terminó, dijo que tenía que volver al colegio. Preguntó a su hermana si estaba más tranquila. Ella asintió. Le preguntó si esperaba a alguien y ella lo miró de pronto y preguntó por qué iba a esperar a alguien. Estaba asustada. No, por nada, le dijo, era solo una pregunta. ¿Qué crees que le pasó a la niña desaparecida? ¡Dios, Susan! ¿Quién sabe? ¿Qué? Le pudo pasar cualquier cosa. Fue hace muchos años. Pobre niña. Ya no la van a encontrar. ¿Por qué lo preguntas ahora? Esto no tiene nada que ver con la niña desaparecida. ¿Qué es lo que no tiene nada que ver?, preguntó ella. ¿Qué es esto? Susan, no es nada. No ha pasado nada. Se puso otra vez las botas y, al abrir la puerta, ella lo llamó. Con esa voz, otra vez. Le preguntó qué quería. Ella dijo que tenía miedo. Él insistió en que no pasaba nada y añadió que volvería a casa a tiempo para el té. La oyó llorar cuando cerraba la puerta. A veces le entraban ganas de echar la casa abajo con sus propias manos. Pero entonces, ¿qué sería de ella? No le quedaba más remedio que jugar las cartas que le habían tocado. Había hecho promesas. Se fue andando a paso rápido por la calle principal hasta el colegio y, cuando llegó, dos agentes de paisano le pidieron permiso para registrar el cuarto de calderas. Él asintió y se lio un cigarrillo. Se llevaron su ordenador portátil. Al día siguiente, a última hora, Cathy Harris fue a casa de los Clark con una prematura postal de Navidad para Richard, antes de que volviera a su trabajo. Quería hacerle saber el cariño que le tenía. Se alegró de verla y al mismo tiempo no lo soportaba, pero cuando ella puso el pie en el umbral, la madre de Richard la invitó a entrar. Estaban los tres en la cocina y la madre dijo que era un placer volver a verla. Hacía mucho tiempo, añadió; Cathy tendría que quedarse a cenar. Richard llenó el hervidor de agua y sacó unas tazas. No sabía qué hacer para que las cosas fueran como quería él. Tampoco sabía por qué pensaba en ello siquiera si ella estaba saliendo con otra persona. Cathy iba a pasar la Navidad en Manchester, con Anthony. Richard no entendía por qué quería que lo supiera. La madre tenía un televisor pequeño en la encimera y, en las noticias locales, salía un hombre al que juzgaban por pornografía infantil. El locutor habló de la niña desaparecida y, por el rabillo del ojo, Richard vio que Cathy ponía la mano en el brazo a su madre. Un agente de

policía decía que el caso no tenía relación con la niña desaparecida. Se vio una imagen de un hombre que entraba en el edificio del juzgado acompañado por policías, y aunque se tapaba la cabeza con el jersey, no fue suficiente para impedir que reconocieran a Jones.

Los chicos de Jackson ayudaron en el colegio durante la ausencia de Jones. Así lo llamaban: la ausencia. A nadie le apetecía hablar del asunto. Quedaron en ir a ver a su hermana y enseguida le encontraron un sitio donde vivir. Ella hacía preguntas que nadie le contestaba. En el colegio, algunos niños preguntaron si podían escribir tarjetas al señor Jones para mandarle recuerdos y expresarle sus deseos de que volviera pronto. En la sala de profesores se trató la cuestión a fondo, pero era difícil tomar una decisión. A la hora de comer, la palabra «pedófilo» circulaba por el patio y se descartó la idea de las tarjetas. Por la tarde hubo conversaciones difíciles. Esa palabra designa a una persona que hace daño a los niños o que piensa en hacérselo, o que los toca de una manera que a los niños no les gusta. No sabemos si el señor Jones ha hecho daño a alguien. La policía está intentando averiguarlo. Si alguno de vosotros está preocupado por algo que le haya pasado, puede venir a hablar conmigo. Hacer preguntas está bien, aunque a veces no sabemos la respuesta. Por la noche, en la televisión, se vieron imágenes de niños desnutridos, hombres con pistolas y cuchillos y mujeres que se tapaban la cara, y después volvieron a pasar las imágenes de Jones entrando en el juzgado. Las palomas torcaces se metieron por debajo de la red de la huerta de Clive y destrozaron los brotes de coles de Bruselas y de col rizada. Los murciélagos, cómodamente arrojados con las alas, iniciaban la hibernación respirando lentamente, colgados del alero de la iglesia como racimos recubiertos de piel. Cathy llamó a la puerta del señor Wilson y le preguntó si quería que sacara a *Nelson* a dar un paseo. Tomaron té y bizcocho y después Cathy se llevó al perro rápidamente calle arriba hasta la iglesia, dejó atrás el huerto y llegó hasta el río, a la altura del puente de caballos de carga. Siempre el mismo paseo, no hacía falta indicar el camino al perro. Se coló en el bosque de los Hunter por el paso angosto del murete y siguió el río hasta donde se estrechaba el cañón y el camino trepaba alejándose del agua; el propio *Nelson*

empezó a aminorar la marcha al subir los escalones de la oficina de información turística. Ella se paró un momento a recobrar el aliento y después fue por la carretera en dirección al hayedo, las huertas y el pueblo. Habían vuelto a bajar las Muelas de Molino del Milenio de los pedestales y cuando llegó Sean Hooper a repararlas dijo que la estructura era inestable. Hacía falta tanta fuerza para moverlas que parecía imposible que alguien hubiera querido tomarse la molestia. Se cantaron villancicos en la plaza, pero llovía y no participó mucha gente.

Brian Fletcher llamó a un experto para arreglar el huerto y señalaron con cintas de colores todo lo que había que podar. El hermano de Sally y el segundo hombre, Ray, estuvieron una semana muy ocupados con escaleras de mano y sierras de podar, y se vio a los dos muy satisfechos de su trabajo. Amontonaron las ramas cortadas y les prendieron fuego, y por la noche sus voces se perdían en el valle con el humo húmedo. Ahora ya se sabía quién era el hermano de Sally, pero el otro hombre era un desconocido. Tampoco se sabía qué clase de acuerdo tenían entre ellos. Parecía poco ortodoxo, pero así hacían las cosas los Fletcher. La gente no entendía ese matrimonio. Se especulaba un poco, pero la mayoría opinaba que no era asunto suyo. Una cosa era la diferencia de edad, veinte años, pero estaba claro que se llevaban bien. La familia de Brian había vivido muchos años allí y tenía alguna relación con los primeros Culshaw. Pero Sally era de otra parte y los Fletcher no aprobaron la relación. Él siguió adelante y a partir de entonces dejaron de tratarlo. La boda había sido discreta. A ninguno de los dos le gustaba el jaleo. Se sabía que se habían conocido a través de internet, aunque ellos nunca lo reconocieron. Nevó abundantemente y cuajó. Irene y Winnie fueron de compras a la ciudad, como hacían todos los años desde que se conocían. Tenían que coger un autobús y un tren, y siempre había mucha gente que dificultaba las compras. Pero valía la pena por los precios que encontraban. Martin pasó por la oficina de Cooper cuando este estaba trabajando en el siguiente número, y se pusieron a hablar de ordenadores. Martin estaba pensando en vender el suyo, dijo, y quería asegurarse de que la memoria quedara completamente limpia. Contraseñas, datos del banco y todo lo

demás. Si lo reformateas, el disco duro quedará más o menos limpio, le dijo Cooper. Pero la única manera de asegurarse de verdad es destruirlo físicamente. Se puede hacer muy bien con un martillo. ¿Un martillo?, dijo Martin. Pero ¿eso no hará que baje el precio al revenderlo? Es probable, sí, Martin. Eso es lo malo.

## 9

A medianoche, cuando llegó el Año Nuevo, Rohan se encontró con Lynsey en la pista de baile de la casa del pueblo y la besó mientras los demás cantaban la «Canción de las despedidas». Más tarde, Rohan dijo que a los dos les había sorprendido por igual, pero en realidad él tenía esperanzas de que volviera a suceder algo. Poco después, Lynsey se fue sola a casa, pero por la mañana la vieron saliendo de casa de Rohan. Hacía una semana que no nevaba, aunque tampoco había habido un verdadero deshielo y las calles estaban adoquinadas con barro helado. Si alguien se hubiera lanzado desde el principio de la cuesta de la calle de la iglesia, podría haber bajado hasta el puente de caballos de carga como si la calle fuera un tobogán. Y así fue como pasaron la tarde los gemelos Cooper, hasta que Lee se torció un tobillo y tuvieron que llevárselo a casa. En el colegio, al principio del trimestre, un germen infeccioso hacía estragos. Los chicos de Jackson trabajaban sin descanso con el serrín y la lejía. Al final de la semana, toda la plantilla había caído y tuvieron que cerrar el colegio unos días. Se decía que era cosa de la cocina, pero no se pudo demostrar. El día de la función se representó *Blancanieves* y, como la comisión de producción no encontró siete actores suficientemente pequeños, adjudicaron el papel de los enanos a los hombres más altos y fornidos que encontraron. La intención era que resultara gracioso, pero hubo gente que no captó la broma. A Irene la oyeron protestar entre susurros. No se le daba bien susurrar. Andrew se tomó su papel de Tímido muy en serio y dijo su texto con toda claridad. Cuando se arrodilló al lado de Ashleigh, que hacía de Blancanieves, y le prometió cuidarla, las risas cesaron de repente. Andrew vaciló, no se sabía si era una pausa de efecto o que no se acordaba del texto; entonces Irene susurró que no entendía por qué no habían puesto niños y la magia del momento se esfumó. Ese mes, Martin se acercó en coche a la cantera vieja, destrozó el ordenador portátil con una almádena y, a puntapiés, echó los trocitos debajo del chasis de un coche quemado.

Sally llevó a su hermano a la consulta del hospital. Era la primera oportunidad que se le presentaba de hablar con él desde que había aparecido Ray. Le dijo que tenía la sensación de haber recuperado algo del pasado. Ella le respondió que estaba preocupada, que Ray no le convenía y que si no lo entendía. Ray y yo hemos pasado mucho juntos, hermana, le dijo, en un tono enigmático que llevaba años ensayando. Ella preguntó qué quería decir y él respondió que se entendían. Iban chupando rueda detrás de un camión hormigonera y se les hacía tarde. Sally conducía en tensión y no paraba de mirar por el retrovisor. Le preguntó qué clase de autoridad tenía Ray sobre él. Lo llamó Phil y él recalcó que era Flint. Ella dijo que solo se metía en líos cuando Ray andaba cerca. Le importas un rábano, le dijo. No mira por tus intereses. Hay compromiso de por medio, dijo él. Sally se asomó al otro lado de la carretera para ver si podía adelantar. No podía. Le dijo que Ray iba a volver a meterlos en líos, que estaba metido en muchos. Flint la miró sin pestañear. Cuando se proscriben la libertad, solo los proscritos son libres, sentenció. Ella le dijo que a ver si espabilaba de una vez. Volvió a llamarlo Phil y él volvió a corregirla. Ella dijo que antes no se llamaba así. Había una recta en la carretera, pero una furgoneta de reparto los adelantó en el momento en que Sally iniciaba la maniobra. Rectificó y soltó una maldición, y Flint sonrió pacientemente. Le preguntó si ese nombre se lo había puesto Ray, si también le decía lo que tenía que comer, lo que tenía que beber y cuándo irse a la cama y levantarse por la mañana. Cuestión de compromiso, repitió Flint. Ella le pidió que no volviera a decir eso, que su madre nunca se había fiado de Ray, que tenía buenos motivos para no dejarlo entrar en casa cuando eran pequeños. Flint se puso serio y replicó que no mentara a su madre. Pues sabía juzgar a la gente, contestó ella. Basta, dijo él. La marcha se hizo más lenta al aproximarse a la ciudad, hasta que tuvieron que parar. A Brian no le hace ninguna gracia esta situación, le dijo. ¿Quieres echarme otra vez?, musitó él. Entiende que necesitas un sitio seguro, dijo Sally, volviéndose hacia su hermano. Pero en casa no, dijo él. Nada de tíos raros en casa. No, no es eso, dijo ella, procurando disimular la impaciencia; es que Ray no le hace ninguna gracia. No se fía de él. La gente habla, sospecha. Flint quería saber qué decía la gente, de qué sospechaba, y ella solo respondió



que la gente tenía motivos para preocuparse. La gente no sabe nada, contestó él. Por la boca muere el pez. Ella le dijo que se tranquilizara y la dejara hablar y añadió que Ray tenía que irse de casa. No puedo obligarlo, dijo Flint. No puede quedarse, dijo ella. No me hace caso, dijo él. Ella respondió que tenían que hacer algo, que Brian estaba harto. Flint le preguntó qué clase de autoridad tenía Brian sobre ella y Sally replicó que no se hiciera el listo. No te pega, le dijo.

En marzo los faisanes silvestres estaban gordos después del pienso de invierno, y preparados para la primavera. En lo alto del hayedo un macho paseaba entre un grupo de hembras y levantaba el plumaje con expectación. A la luz del atardecer, el brezo ardiente lanzaba destellos desde el monte. Los acampados entraron en la cantera nueva e hicieron parar las operaciones todo el día. Los detuvieron y los acusaron de allanamiento con agravantes. Y desde entonces algunos de los mayores del pueblo los miraron con más comprensión. Tenemos un largo historial de allanamientos por aquí, le contó el señor Wilson a uno de ellos en la oficina de Correos. Si necesitáis algo, no tenéis más que pedirlo. Sue Cooper invitó a cenar a unos cuantos amigos de Manchester. Lo hacía más a menudo ahora que trabajaba otra vez a jornada completa en la BBC. Casi todos eran amigos del trabajo, pero también había gente de Manchester que conocía de antes. A veces se quedaba con ellos a tomar algo o a cenar al salir del trabajo; otras iban ellos al pueblo. Eran simpáticos, pero Austin no tenía gran cosa que decir. Uno estaba hablando de una amiga común a la que le habían retirado la financiación para un proyecto de documentación en el que llevaba trabajando diez años. Austin quitó la mesa y dijo que subía un momento arriba a terminar una cosa para el *Echo*. Por la risa que le llegaba de abajo le pareció que les daba bastante igual. Después, cuando se fueron, Su tenía muchas ganas de hablar, se ponía de puntillas y daba botes mientras metían los platos en el lavavajillas juntos y le contaba anécdotas que se había perdido. Le gustaba verla así, pero tenía la sensación de estar al margen de todo. Al pie de los fresnos, los helechos empezaban a desenroscarse desde la tierra negra y fría. Rohan fue a casa el fin de semana para ver a su madre y no le contó que algo iba mal. Cada vez

que mandaba un mensaje a Lynsey, ella tardaba en contestarle más de lo normal. Intentó ir a verla un par de veces, pero al final, comprendió que tenía que dejarlo por imposible. Le sorprendió que le doliera tanto la segunda vez. Ray y Flint salieron de la caravana y se fueron andando hasta más allá de Stone Sisters, cruzando el otro valle, y llegaron a Cardwell. Fue un paseo largo, pero valió la pena. Llegaron a un bungalow al que Ray había echado el ojo previamente y llamaron a la puerta; abrió una anciana y Flint le dijo que llevaban todo el día andando, que estaban un poco perdidos y si sería tan amable de darles un vaso de agua. Los llevó a la cocina. Se movía despacio y Flint le dijo que no se apurara. Les sirvió un vaso a cada uno y después desvió la mirada hacia una lata de galletas que había en un estante. Fue como si les dijera adelante, muchachos. En la lata no había galletas, sino dinero. Cuando se fueron de allí nadie salió a despedirlos.

\* \* \*

Cathy llamó a la puerta del señor Wilson y le preguntó si quería que sacara a *Nelson* de paseo, y él le dijo que esperaba que no le molestara si los acompañaba. No necesita pedirme permiso, señor Wilson, dijo ella. Salió con los zapatos ya puestos y el abrigo doblado sobre el brazo. ¿Hace calor?, preguntó. No tanto como parece, dijo ella. Se puso el abrigo y dio media vuelta cuando el brazo se le atascó en la manga, para que ella lo ayudara sin tener que decir palabra. Recorrieron la calle lentamente y cruzaron al otro lado buscando la sombra. Ella iba con el brazo doblado, como ofreciéndoselo, y él se agarró un par de veces. *Nelson* se paró a husmear entre la larga hierba en el cruce de la calle con la carretera y Cathy preguntó qué lo había animado a salir de casa. No le respondió inmediatamente y entonces Cathy advirtió que el hombre estaba sin aliento. Le dijo que era el aniversario de la muerte de Jean y que quería llevarle unas flores, y si le molestaría pararse en el cementerio. Ella le preguntó si se había dado cuenta de que no llevaba flores. El señor Wilson se miró las manos con exasperación, exageradamente, y después sonrió. Uno de los consuelos de que se te muera alguien en primavera, le dijo, sacando del bolsillo la punta de unas tijeras de cocina para que las viera. *Nelson* tiraba mucho de la correa y Cathy tuvo que

adelantarse, y cuando pudo volverse y esperarlo, él ya tenía en las manos un buen ramo de narcisos frescos. No fue capaz de deducir de dónde los había sacado y prefirió no preguntar. La condujo por el cementerio hasta la tumba de Jean. Andaba más deprisa y se le notaba más la cojera. Y entonces se puso a hablar con ella, con Jean, cosa que Cathy nunca había podido hacer en la tumba de Patrick. El señor Wilson se agachó a dejar las flores. Para levantarse tuvo que apoyarse en la lápida y esta vez, cuando Cathy le ofreció el brazo, también se agarró. Ella levantó la mirada al cielo, a las nubes que pasaban por encima del monte, detrás de la granja de los Jackson, y se le llenaron los ojos de lágrimas. No le sucedía a menudo. El señor Wilson le dio un pañuelo primorosamente doblado y se sentaron en un banco junto a la puerta del cementerio. Cuando dejó de llorar, le dijo que le lavaría el pañuelo. Él no se lo discutió. Se quedaron allí un rato, hasta que ella pudo respirar con normalidad, y luego le preguntó si en algún momento dejaba de doler tanto. Él no respondió directamente. Le contó que, poco después de casarse, Jean había insistido mucho en que dejara de fumar. Cathy no estaba segura de si eso respondía a su pregunta. Fue en los años sesenta, dijo él. Nadie dejaba de fumar en aquella época, y resulta que me gustaba fumar. Pero ella insistió mucho. Recordará que era una mujer muy insistente. Y me dijo queapestaba a tabaco, que la casaapestaba a tabaco, eso fue. Y que había leído que era muy malo para la salud, que provocaba cáncer y no sé cuántas enfermedades. Creo que nunca me dijo o el tabaco o yo, pero tampoco estaba dispuesto a arriesgarme. El caso es que lo dejé. Me lo metí en la cabeza. Ni parches de nicotina ni nada. A veces iba un rato al pub y respiraba hondo, para compensar. Nada más. Ella me lo agradeció, pero creo que no entendió lo que significaba para mí. Y luego, casi al final, cuando estaba muy enferma, me preguntó si alguna vez había echado de menos el tabaco. Al final pensaba en toda clase de cosas. No mucho, Jean, le dije. Solo después de las comidas. Cathy se volvió, el señor Wilson se reía en silencio. Solo después de las comidas, repitió, y la risa empezó a transformarse en tos. Cathy lo miró. Es una metáfora tonta, Cathy, le dijo. Ella asintió. Lo he entendido, señor Wilson. Le dio unos golpecitos en la rodilla. Muy bien. *Nelson* tiró de la correa y Cathy le preguntó si reanudaban el paseo. Vaya usted delante, dijo el señor Wilson. Yo me quedo aquí. Tardaría todo el día en volver si tuviera que

llevar esta cadera a cuestas. Ella le preguntó si podría llegar solo a casa y él dijo que sí. Me quedo aquí un ratito descansando, nada más, dijo. Se quedó mirándola recorrer la calle y dejar atrás el huerto, hasta que la perdió de vista, y entonces sacó una petaca de tabaco y se lio un cigarrillo.

En mayo los embalses estaban en el nivel más bajo de los últimos cuarenta años, las ruinas de los viejos edificios se secaban asomando por encima del nivel del agua, la gente iba de merienda a lo que había sido el cementerio de la iglesia. Había restricciones del agua de riego en cuatro pueblos; los montes se agostaban. Will y Claire Wilson volvieron a separarse y Claire se fue a casa de su madre mientras buscaba piso. Tom se quedó en el pueblo con Will. Martin se presentó a las elecciones a la presidencia del concejo parroquial proponiéndose con la imprecisa idea de que sería como una escoba nueva. Que se recordara, era la primera vez que alguien competía por el cargo. Se puso de relieve que una cosa era ser una escoba nueva y otra muy distinta no haber asistido nunca a las sesiones del concejo, y Brian Fletcher fue reelegido. En la casa del pueblo era el tercer día de trabajo para los que incrustaban pétalos y musgo en las armazones de engalanar, y empezaban a perder la paciencia. A algunos de los más nuevos les faltaba técnica e Irene tenía que decírselo con toda claridad cuando no lo hacían bien. Incluso tuvo que explicar que había que superponer parcialmente los pétalos, como tejas de un tejado, para que el agua de la lluvia corriera hacia abajo. Era inconcebible que no lo supiera alguien que vivía en un pueblo en el que se engalanaban los pozos. En la tejonera del hayedo, los primeros cachorros salieron a la noche. No se alejaban de los adultos y observaban lo que hacían las madres para buscar alimento. Había una cacofonía de olores. Escarbando, arrastrando las patas y despejando el terreno marcaron un camino de ida y vuelta entre los adultos y la entrada de la tejonera. Los Jackson llevaron a las ovejas a prados más altos. Los de la ribera necesitaban recuperarse. Las ovejas se alborotaron mucho al apiñarse en la vereda, pero enseguida se tranquilizaron. Vieron a un agente de policía dirigirse al huerto de Fletcher; al cruzar la cancela, el agente vio a un hombre orinando contra el murete de piedra seca. Era Flint, que se volvió y saludó con un movimiento de cabeza

mientras se limpiaba las manos en los pantalones. El agente dijo que estaba investigando un robo. Flint se encogió de hombros y el agente le preguntó por su lugar de residencia, qué empleo tenía, dónde había estado últimamente. Le explicó que eran preguntas rutinarias. Flint le dio respuestas rutinarias. Se oyó ruido dentro de la caravana. Se abrió la puerta y salió Ray. Saludó al policía y a Flint con un movimiento de cabeza y fue a orinar contra el murete. El policía preguntó si podía echar un vistazo por allí. Flint se encogió de hombros otra vez y el agente asomó la nariz entre las ortigas que había debajo de la caravana y en el hueco entre la caravana y el murete. Ray y Flint se miraron. El agente entró en la caravana y empezó a abrir armarios y cajones. Ray se ajustó los pantalones y Flint levantó una mano para que estuviera quieto. El policía salió de la caravana y les dio las gracias por el tiempo que le habían dedicado. Flint dijo que tenían derecho a ver la orden de registro para esa clase de cosas y el policía respondió que solo quería eliminar posibilidades. Ray dijo que se le ocurrían muchas cosas que eliminar, pero esperó a que el policía llegara a la mitad de la calle para decirlo.

El día de San Juan el sol se alineó con los dos pares de piedras caídas, un par a cada extremo, de Stone Sisters. La percusión se oía desde el pueblo. Los helechos habían crecido, pero ya se estaban secando. Se descubrió que Ashleigh Wright había faltado mucho a clase. Llamaron a Susanna y se celebró una reunión con la tutora del curso, la señora Bowman. Ashleigh estaba en la reunión, pero no consiguieron que hablara. Se sentó en una silla en actitud hosca, con el pelo encima de la cara, y no hubo forma de que abriera la boca. ¿Sufría acoso? ¿Las clases le resultaban demasiado difíciles o demasiado fáciles? ¿Adónde iba cuando faltaba al colegio? ¿Quedaba con alguien? Si tenía alguna dificultad, querían trabajar con ella para resolverla. Pero las cosas no podían seguir así. Cada vez se hundía más en la silla, y cuando Susanna le puso la mano en el hombro, se la apartó de golpe. Era difícil intentar hablar con un vacío enfurruñado sin frustrarse. Susanna y la señora Bowan se quedaron en silencio. Estaban en un cuarto pequeño, hacía calor y había vaho en la ventana. Fuera se oían los gritos de los grupos de

niños más pequeños que salían al recreo. La señora Bowman tenía encima de la mesa un montón de cuadernos para corregir antes de que terminara el día y procuraba no mirarlo. A Susanna todavía le dolía la mano por la brusquedad con la que Ashleigh se la había retirado. Esto era una novedad. O no, en realidad. Cuando estaba con su padre también se había retraído. De todos modos, hacía mucho tiempo que Susanna no veía esta actitud. En aquel momento fue como un acto de fuerza, lo sabía, una clase de fuerza a la que una niña de su edad no tendría por qué recurrir. Pero se preguntó qué le habría pasado para que se hubiera vuelto a retraer de esa manera. La señora Bowman las miraba. Sabía que había algo detrás. Con el hermano no habían surgido complicaciones, pero la niña parecía más afectada. Seguramente tendrían que hablar por separado. Tal vez fuera necesario derivar el caso, si la madre lo aceptaba. Pero ahora no tenían tiempo y lo único que quería la pobre niña era que la dejaran en paz. Sonrió a Susanna y, por señas, le indicó que la llamaría después. Susanna se levantó para irse y Ashleigh salió sin decir nada; su madre se quedó mirándola. Tenía la columna vertebral torcida, los hombros, encogidos, y andaba arrastrando los pies. Esa postura no le hacía ningún bien, pero la niña no quería ni oír hablar de eso. Ella también notaba mucha tensión alrededor de las clavículas. Cuando llegara a casa saldría a correr un poco. Habían sucedido muchas cosas. Y cuando creían que ya no volverían a pasar, se repetían. Levantó la cabeza, bajó los hombros y procuró conectar los pies con la tierra. Rohan había terminado la universidad y había vuelto a casa sin la menor idea de qué hacer a continuación. La ayudaba en la tienda, pero no podía pagarle. Hacía unos meses que tenía pérdidas y no podía permitirse reponer la mercancía. El dueño empezaba a perder la paciencia. James Broad volvió de la universidad y se puso a trabajar una temporada en la serrería de los Hunter. No quiso ir a la ceremonia de graduación. Le llegó una carta certificada y se la enseñó a su madre, los dos en la cocina, en bata, James con la boca llena de pan tostado y su madre apartando bruscamente el certificado para que no se manchara de mermelada. Después, él quedó con los demás para ir a tomar algo a la ciudad y, aunque era para celebrarlo, en realidad no estaban de humor. Se sentaron fuera, en las mesas del patio cervecero, al lado del río, donde se habían sentado hacía tres años, y enseguida se quedaron sin nada que decir. Sophie era la única que

tenía un trabajo en perspectiva, y había suspendido el curso. Cuando Rohan propuso ir al aparcamiento por el atajo del río, Sophie le echó una mirada asesina. Al día siguiente, Les Thompson y sus hombres salieron temprano con las segadoras. En cuanto terminaron de ordeñar fueron directamente al cobertizo de la maquinaria y se pusieron manos a la obra. La mañana fue clara y serena, la niebla se había levantado de los campos en olas y se había evaporado antes incluso de que llegaran las vacas. Se celebró el juicio de Jones y lo sentenciaron a dieciocho meses. El periódico publicó un reportaje que nadie quiso leer. Su hermana seguía viviendo en otra parte y la casa estaba vacía. Por la noche los murciélagos volaban a ras de agua y por la calleja de detrás del huerto cazando insectos de cuya existencia nadie sabía antes de que se los llevaran. Al anochecer vieron a un policía en el huerto de Fletcher. Detuvieron a Ray y a Flint.

Julio fue un mes de días largos y calurosos. El brezo hervía de insectos. El domingo, Sally y Brian Fletcher cenaron juntos. Por lo general siempre hablaban de algo, pero esta noche estaban callados. Desde la ventana, la caravana se veía clara en contraste con el cielo del anochecer y las sombras se apoderaban del huerto. Casi habían terminado de cenar cuando Brian habló. No dirás que no he tenido paciencia, empezó. Sally lo miró mientras cargaba en el tenedor el puré de patata que le quedaba; no podía decir nada. Hasta lo recibí bien cuando volvió, después de aquella otra vez. Ese chico se mete en líos, lo sabemos. Creíamos que así lo ayudábamos, si le dábamos un poco de estabilidad. Pero, si pudiéramos convencer a Ray de que se fuera..., dijo Sally. El problema es Ray, siempre lo ha sido. Tiene dominado a Phil, no sé cómo. No creo que se pueda convencer a ese hombre de que se vaya a ninguna parte si no quiere, dijo Brian. No sin un par de esposas. Pero a ver qué pasa con los cargos. Ray sería el instigador y a lo mejor a Phil solo le cae una advertencia. ¡Ah, vamos, Sally! Los dos entraron en la casa. Los dos entraron y le robaron el dinero a la mujer. Lo hicieron juntos. Es allanamiento de morada, maldita sea. No será una advertencia lo que le caiga. Ella asintió. Sabía que tenía razón. Quería mucho a Brian y sabía que tenía razón. Sabía lo mucho que había sacrificado para casarse con ella pese a todo, pero todavía

en algunos momentos se ponía como si fuera el señor de la casa. Fregaron los platos y se sentaron a ver lo que hubiera en la televisión. Era algo sobre un asesinato. La segunda nidada de reyezuelos empezó a romper el cascarón en la plantación de coníferas de la parte alta de Hunter Place. Cuando empezaron las vacaciones, la exmujer del viudo llevó a su hija menor, una niña de unos trece años, para que se instalara allí. Seguían llamándolo «el viudo» por costumbre. La niña pasaba más rato en el jardín que el año anterior, cuando estaba con sus hermanos. Era evidente que se le daban bien las gallinas, y pasaba más rato del necesario recogéndolas al final de la tarde. Algunas noches se sentaba con su padre en un banco nuevo del jardín a tomar un tazón de cacao caliente, y después, él se quedaba allí solo mientras la luz de un dormitorio de arriba brillaba en la oscuridad, hasta que se apagaba. Al final del mes, cuando su mujer ya se había llevado a la niña, a veces se veía esa misma luz al anochecer, y las cortinas corridas; las gallinas tardaban más de lo habitual en ponerse a dormir. En el río, el guarda se metió en el agua y cortó maleza.

En agosto las noches eran frías y por la mañana subían de la tierra los primeros atisbos helados del otoño. Las golondrinas empezaban a reunirse en los cables, eran las primeras en notar el frío, volvían la cabeza hacia el sur y esperaban una señal para partir. En los bosques y en la umbría orilla del río la flor del cuclillo estaba en auge. El aire era seco y el barullo del partido de críquet llenaba el pueblo: los golpes, las voces, los vivas parecían cada vez más fuertes. Al final de la tarde corría la voz de que no iban a perderlo. Se acercó más gente a verlo. El tanteo exacto era un asunto confuso, pero cuando James Broad boleó limpiamente la última puerta de Cardwell, con un grito que resonó por el río y espantó a las palomas del final del campo, quedó claro que habían ganado por primera vez en la vida. Al abrigo de uno de los barrancos que bajaba desde el páramo se descubrió un refugio bien construido, hecho de ramas de abedul y alerce apoyadas unas en otras y todo el conjunto tupidamente coronado con helechos hasta el punto de que casi no pasaba la luz al interior. No se sabía quién la había construido ni con qué fin, pero de todos modos el guarda lo derribó. Encontró revistas. En la oficina,



cuando refirió el hallazgo, le preguntaron qué clase de revistas eran. Especializadas, digamos, contestó. ¿Revistas de caza o pesca, por ejemplo? No. ¿Es que no entendéis lo que quiero decir? Revistas para adultos. Entonces, no estamos hablando de revistas ilustradas de historietas, como *The Beano* o *The Dandy*. No, revistas de especial interés para adultos. ¡Ah, se refiere a revistas de tetas! Bueno, eso. Estas eran muy especializadas. ¿En qué sentido, Graham? A veces sus colegas parecían tontos. Sabía que lo hacían a propósito. La mejor respuesta era echarle más paciencia de la que ellos podían esperar. Pero no tenía ganas de alargar la conversación. ¿Has traído alguna de muestra, Graham, como prueba? ¿Nos las enseñas, Graham? ¿Las has dejado en tu mesa? No, dijo. Estarán en el archivador. Echa un vistazo al archivador. ¿En la e de «especialista»? ¿En la a de «adulto»? ¿En la be de «bondage»? Bueno, chicos, doy por terminada la conversación. Graham hizo un gesto como si se tocara el sombrero y salió de la oficina. Tenía cosas mejores que hacer. Oyó reírse a sus colegas al cerrar la puerta. Que pierdan el tiempo buscando en el archivador. Por las tardes, en las huertas, había colas frente al grifo del agua, y los que tenían aljibe se quedaban mirando sin decir nada. El agua bajaba por el duro suelo y no siempre llegaba a empapar las raíces. Había un ambiente de comienzos de cambio de estación; todavía no se había agostado nada, pero muchas plantas estaban como blandas, el verde era menos verde y empezaban a caer semillas. Seguían regando mucho después de que las sombras se alargaran hasta la carretera y las cubriera después la sombra mayor del monte. En una estaca de una valla de la carretera un águila ratonera se puso en tensión y alzó el vuelo, apresó un conejo joven con las garras y se lo llevó. En el colegio derribaron el cuarto de calderas.

Cathy Harris ayudó a Sally a limpiar la caravana después de la intervención de la policía. Para lo único que servía casi todo lo que no se habían llevado era para tirarlo a la basura. Cathy preguntó a Sally qué le parecía que pasaría a continuación. No lo sé, la verdad, dijo Sally. Empiezo a creer que es cierto que algo le falla. Se mete en líos él solo. Únicamente está tranquilo y sereno en el hospital, pero la única forma de que vaya al hospital es que lo detengan

primero. No sé qué más puedo hacer. El huerto estaba raro, como cortado a machetazos, pero Brian Fletcher dijo que, en general, no habían hecho mal trabajo esos dos. Habían levantado casi todo el campamento de protesta, ahora que la cantera nueva funcionaba a todo gas. Se había abierto la primera excavación a unos cinco kilómetros de Stone Sisters, y claramente no iban a acercarse mucho más. Muchos días había un solo manifestante allí arriba, manteniendo el fuego y repintando las pancartas. La finca perdió más faisanes de lo normal a manos de los furtivos, y corrían rumores de que había una banda organizada. Se toleraba que desaparecieran uno o dos de vez en cuando, pero esta vez eran doce en una sola noche. En la sala de ordeño de la vaquería de Thompson los hombres enchufaron los colectores al siguiente lote de vacas y el olor intenso a leche y boñiga se elevó en el aire de la tarde. En el taller, Geoff Simmons puso asas a otra tanda de recipientes marcando los puntos de inserción con unas incisiones cruzadas y pegándolas con una gotita de barro líquido. Había que preparar pedidos para llevarlos a la oficina de Correos. Últimamente quedaba con una mujer, una alfarera de Devon que lo había tratado muy cordialmente en una feria de artesanía y se había quedado en su casa un par de veces. Decía que prefería que fuera él a su casa. Lo animó a vender por internet. Él no soportaba la idea de tener un sitio web, ni que la gente comprara sin tocar las piezas primero, pero la mujer era convincente. Esto empezaba a preocuparle. A la hora del almuerzo, Martin se fue con sus sándwiches al parque del río y cuando terminó de comer entró un momento en los servicios y oyó algo en el retrete. Al principio no era más que un susurro, mientras él estaba en el urinario, pero después fue como si algo se arrugara o se arrastrara. Parecía que hubiera dos personas allí, y se le ocurrió que a lo mejor eran dos hombres echando un polvo. Sabía que eso se hacía. Cuando se enteraron de lo de Bruce, le intrigaba si él lo habría hecho. Era una idea que lo inquietaba, mucho más que la realidad de que fuera gay o como quisieran llamarlo. Se hizo a la idea. Así se lo dijo a Bruce poco después de conocer a Hugh, que se había hecho a la idea. No se oía nada en el cubículo y pensó que se lo había imaginado. Cosa que también le preocupaba. Y entonces, mientras se lavaba las manos, se oyó un movimiento repentino, un golpe contra la puerta del retrete y algo como un gruñido estremecido de placer. Salió de allí rápidamente, sin secarse las manos, y se

dio cuenta de que la idea del placer lo había tomado por sorpresa. Y por qué tenía que sorprenderle si, pensara lo que pensara la gente de esa clase de cosas, solo podía suponerse que les gustaba. Si no, para qué iban a tomarse tantas molestias. Para qué iban a exponerse a estar en boca de todos. Pasó varios días pensando si de verdad había oído lo que creía haber oído. Quería contárselo a alguien, pero no tenía a quién. Se preguntó cómo harían para empezar a ponerse de acuerdo en ir juntos al retrete. Segaron los campos de trigo de los lados de la carretera principal y las palomas torcaces acudieron en busca del grano suelto. Por la noche había neblina en el barranco, se elevaba del agua por toda la orilla del río como si fuera humo. El tiempo estaba cambiando.

La familia Cooper veía *Harry Potter* en la salita de su casa después de una excursión por el monte. Los gemelos se quedaron dormidos al cabo de veinte minutos con una mano en el cuenco de palomitas que había entre ellos. Austin se lo estaba comentando a Su en voz baja cuando se dio cuenta de que ella también se había quedado dormida. Bajó el volumen de la película y se quedó escuchándolos a los tres. Se acordó de cuando se quedaba escuchándolos así cuando eran unos recién nacidos. Cuánto habían cambiado desde entonces. Contempló el pecho de los niños, que se hinchaba y se deshinchaba, todavía tenían los pulmones pequeños dentro de esos cuerpecitos que crecían tan deprisa. Los miró de arriba abajo, la perfección de las proporciones, la piel, la quietud absoluta de las caritas. La luz de la habitación cambiaba constantemente con el movimiento de los árboles de fuera. Los personajes de la película se gritaban, mudos. Y Su estaba vuelta hacia él, su leve cuerpo subía y bajaba lentamente con la respiración del sueño, como las olas. Tenía la sensación de sostenerlos a los tres, de sostener la habitación, toda la casa. Esas tres personas le hacían creer que era inmensamente capaz e inmensamente inútil al mismo tiempo. Se acordó de cuando se quedaba despierto por la noche pensando en los cierres de las puertas y ventanas, repasando lo que haría si alguna vez entraba alguien en la casa. Y ahí estaban todos, sanos y salvos. La luz de la pantalla del televisor brillaba en la cara de los niños. Austin contuvo el aliento como si ese

momento fuera a romperse si respiraba. Sintió la satisfacción en el pecho como un músculo dolorido. Vio que Sam movía la mano que reposaba en el cuenco de palomitas y se preguntó qué estaría soñando. Su se movió un poco, apoyó la mejilla en su hombro y entonces Lee le dijo que subiera el volumen porque no oía la película.

Cuando la sirena sonó por primera vez en la cantera, los peones despejaron la zona. Cuando sonó por segunda vez, los pájaros enmudecieron. En el pueblo se cerraron las puertas y las ventanas. Sonó por tercera vez, los pájaros alzaron el vuelo y estalló la explosión en las entrañas de la falda en la que trabajaban; se extendió por toda la tierra como un estremecimiento profundo y demoledor, una sacudida que sembró el suelo de la cantera de enormes lajas de piedra caliza. Se levantó polvo y siguió elevándose y flotando en el aire cinco minutos o más. Sonó el primer aviso de fin de la alerta y los pájaros volvieron a posarse en los árboles con gran algarabía. Sonó el segundo y los peones volvieron a sus puestos. En el pueblo las puertas y ventanas seguían cerradas porque el polvo seguía esparciéndose. Winnie se encontró con Irene en el autobús que volvía de la ciudad y le preguntó si había ido a la peluquería. Irene se llevó la mano a la cabeza, aunque no tenía intención de hacerlo. Le dijo que se había hecho lo de siempre. Que esté arreglado, dijo. Bueno, pues te favorece, le dijo Winnie. Irene se limitó a asentir y se volvió a mirar hacia la parte delantera del autobús. Winnie no sabía en qué había podido ofenderla. Con Irene nunca se sabía. En la parada, Irene vio a Sally Fletcher, que quería saber qué planes había para el próximo mercadillo del Instituto de las Mujeres, y también tuvo que decirle algo del pelo. Qué peinado tan bonito te han hecho, dijo, y le puso la mano en el hombro un momento, como si quisiera mirarla entera dándole vueltas como a un maniquí de modista. Bueno, dijo Irene, ya sabes que me gusta el pelo corto. Es práctico. Más tarde, cuando Su Cooper le dijo algo parecido, Irene empezó a preguntarse si todo el mundo se habría puesto de acuerdo para gastarle una broma. No le gustaba llamar la atención. No era nada presumida. La próxima vez le diría a Jackie que le hiciera un corte más sencillo. Lo único que pretendía era llevar el pelo arreglado, nada más. Por la noche quedó con

Winnie en el Gladstone para tomar algo. Cumplía sesenta años pero no quería jaleo. En la junta del concejo hubo una disputa por la quema del Guy Fawkes en la Noche de la Hoguera. Susanna Wright dijo que era una celebración anticatólica y, por lo tanto, más o menos racista si se pensaba bien, y le parecía que el concejo parroquial no debía tolerar esa clase de cosas. A la mayoría le parecía una tradición inofensiva que no hacía falta erradicar. Después de la sesión, hablaron con ella en privado y le dijeron que, como miembro reciente del concejo, debía esperar un par de años para presentar cualquier clase de moción. En la madera podrida del abedul que se había caído a la orilla del río proliferaban los colémbolos, cambiaban de piel, se cebaban y se preparaban para poner más huevos. Hubo una tormenta y se desprendió el fieltro del tejado de la casa del pueblo. El agua causó tantos desperfectos en el revestimiento de la pared de un lado que tuvieron que levantarlo. Se acordonó esa parte de la casa y se celebró una reunión para recaudar fondos con los que sufragar la reparación. Se inundó todo el valle, el río arrastró con tanta fuerza algunos árboles recién cortados de las tierras de los Hunter que, cuando llegaron al puente peatonal de la represa del molino, lo derribaron.

Jones volvió al pueblo y no quiso saber nada de nadie. Cuando se empezó a ver luz en su casa, algunos creyeron que tenían que ir a saludarlo. Y una mierda, voy a ir yo a saludarlo, manifestó Tony. No volvería a trabajar en el colegio, eso seguro. Después del tiempo que había pasado en prisión preventiva, solo le quedaban seis meses por cumplir. Lo soltaron con algunas condiciones, pero le permitieron volver a su casa. Los que lo vieron dijeron que estaba demacrado. Al parecer, el delito que había cometido era de los más leves del espectro posible, pero en el pueblo no lo iban a olvidar. Qué espectro ni qué leches, dijo Tony más de una vez. Martin dijo que no era nada relacionado con niños pequeños, sino con niñas adolescentes, y que ni siquiera podía demostrarse que fuera con niñas de trece años. Se hizo el silencio mientras hablaba y nadie le dio la razón. Tony le dijo que una niña de trece años seguía siendo una niña, y Martin se retractó inmediatamente. No me refería a eso, dijo. ¿Qué cojones te pasa, eh?, preguntó Tony. Susanna

puso carteles de rebajas en el escaparate todo el mes de diciembre. Era una liquidación por cierre, aunque nadie lo llamaba así. Colgó lucecitas de fiesta y guirnaldas de papel y organizó una celebración. Hizo vino caliente con especias y pastelitos navideños y la gente cantó villancicos. La tienda estaba abarrotada, aunque todos se dieron cuenta de que Ashleigh no estaba. Estaba pasando un mal momento. Por la mañana había un candado nuevo en la puerta. En el río, el guarda reparó una parte del camino que se había derrumbado con la inundación y por la que la grava caía al agua. Había estado toda la mañana retirando grava con la pala y agradeció la brisa. Richard Clark no fue a casa por Navidad, y tampoco sus hermanas. Por turnos, llamaron a su madre al móvil la mañana de Navidad. Si salía a la puerta de atrás, podía oír más o menos lo que le decían. Las chicas parecían agobiadas, como si hicieran un alto para respirar en medio de tantos preparativos. Richard, en cambio, parecía apagado, como si hablara desde una habitación llena de alfombras y cortinas. Se dio cuenta de que estaba en la cama con alguien. Siempre se daba cuenta de eso, y le hacía gracia que él fuera tan inocente que no lo supiera. El recrujir de las sábanas, la impaciencia de la voz. Después de las llamadas, la casa y el jardín se sumieron en un silencio terrible. Más tarde llegaron dos de los chicos de Jackson y la llevaron a casa de Winnie a comer. La agarraron cada uno por un brazo y la ayudaron a subir al coche, y no estaba segura de haber tocado el suelo con los pies ni un momento.

Se habló de hacer la función navideña en la iglesia mientras rehabilitaban la casa del pueblo, pero, teniendo en cuenta el tono de los últimos espectáculos, al concejo le pareció que no sería apropiado. Oh, estaría muy bien, dijo Jane Hughes. No, no, me temo que no, replicó Clive. A veces le decepcionaba la ingenuidad de la vicaria. Se pospuso la función para otro año. Ese domingo vieron a la familia de Jane en la iglesia, el hijo y la hija, que habían vuelto de la universidad, y parecían muy a gusto en el banco en el que no se sentaban desde que medían la mitad que ahora. Ahora el hijo era más alto y más fornido que sus padres y cuando leyó en voz alta tuvo que agacharse sobre el atril, agarrándose a los lados con sus grandes manos como si lo fuera a

levantar en vilo. Y pensando que estaba entre la compañía, anduvieron camino de un día; y lo buscaban entre los parientes y los conocidos; pero como no lo hallaron, volvieron a Jerusalén buscándolo. No vocalizaba muy bien. Y aconteció que tres días después lo hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndolos y preguntándoles. ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los asuntos de mi Padre me es necesario estar? Jane esperaba a un lado para anunciar el siguiente himno contemplando a su hijo y sonriendo por el pasaje que estaba leyendo. Palabra de Dios, musitó. Te alabamos, Señor, respondió la congregación. Cantaron otro himno, y en el sermón Jane habló de cambio y renovación y les dijo que no tardaría en irse a ocupar otro puesto en Manchester. El río venía cargado de sedimentos de los montes y saltaba por encima de las represas. Una luz pálida se movía lentamente por el páramo. La niña desaparecida se llamaba Becky, o Rebecca o Bex. Si todavía estuviera viva, mediría un metro ochenta. Hacía ya cinco años que habían creado por ordenador la imagen de la niña a los diecisiete, estaba anticuada, pero la portavoz de la policía dijo que no habían pensado en encargarse de una nueva. Añadió que el caso seguía abierto. Los pantalones vaqueros, el chaleco y la sudadera blanca con capucha serían muy pequeños. Los zapatos se caerían a pedazos.

A medianoche, cuando llegó el Año Nuevo, se incendió la caravana del huerto de Fletcher. Tardaron en darse cuenta, y pasó una hora más hasta que llegaron los bomberos, cuando la caravana ya estaba completamente calcinada, y, con ella, una docena de árboles. Por la mañana todavía humeaba y el pueblo estaba impregnado de olor a plástico quemado. No cabía duda de que había sido provocado, pero eran escasas las esperanzas de dar con el culpable. Fletcher pasó varios días recorriendo el huerto, inspeccionando los árboles carbonizados como si hubiera posibilidades de recuperarlos. Los campos del lado sur de la iglesia rebosaban de zorzales. Muchas noches entraba una niebla espesa que se posaba y se quedaba. Andrew tuvo un nuevo incidente con su madre. Ella se había puesto a limpiar otra vez y no paraba de pedirle que recogiera la ropa del suelo. El chico estaba en plena ejecución de un código nuevo. No quería perder el hilo. La madre sabía que no debía entrar en su habitación, pero insistía. Él intentaba no perder el hilo, pero ella no paraba de asomarse por la puerta. Andrew lo habría hecho después si ella le hubiera dado tiempo. Le dijo que estaba ocupado, pero la respuesta fue que estaba a punto de poner una lavadora. Él se levantó a cerrar la puerta, pero ella cruzó el embellecedor metálico que había entre la moqueta del pasillo y la del dormitorio. Pues déjame que la coja yo, le dijo. Hay que lavarla. Pasó de largo por delante de él y se agachó a recoger la ropa, y él le clavó el codo en la nuca. La madre hizo un ruido que el chico no entendió y después se arrodilló y recogió la ropa. Él se disculpó después, pero solo porque sabía que era lo que se solía hacer.

Brian Fletcher seguía dándole vueltas a lo del incendio y Sally sabía que tenía que dejarlo en paz. La casa de los Fletcher era grande y había sitio de sobra para no estorbarse. Lo habían desheredado, pero había podido quedarse con la casa. No podían permitirse mantenerla en mejor estado, hacían cuanto



podían. Era una casa georgiana, cuadrada, que no tenía nada que ver con los demás edificios de la calle. En otra época había sido la vicaría. Tenía cuatro dormitorios, tres salones y una cocina enorme, y era el triple de espaciosa que la casa en la que se había criado Sally. Disponía de un estudio para sus libros de naturaleza y sus acuarelas, y Brian tenía un taller atestado de piezas sueltas de coche. Se sabía que dormían en habitaciones separadas. Él se había tomado lo del incendio como algo personal. Mientras lo asimilaba, ella procuraba no interferir. Brian tenía la sensación de que el incendio significaba que la habían tomado con él. Localizó un garaje en la ciudad en el que podía guardar los coches. Llegó a preguntarse si su familia estaría involucrada, pero al final le pareció que podía tratarse de algún socio de Ray o Flint. Esa gente siempre busca a quién echarle la culpa, dijo. Después de unos días inquietos, fue a buscarla y le preguntó si quería quedarse esa noche con él. Siempre lo hacían así. La posibilidad de negarse existía, y por eso era más fácil decir que sí. Cada cual tenía sus motivos para proteger su soledad, pero algunas noches necesitaban sentirse a salvo. No tenían relaciones sexuales a menudo, pero tampoco les parecían que estuvieran perdiéndose algo. En una ocasión, Sally le contó todo esto a Cathy Harris, y después se arrepintió. Era algo que la gente no entendía. Con las nevadas de finales de mes se rompió un canalón de hierro fundido, que arrastró consigo un plafón al caer al suelo. Siempre había cosas que arreglar y era difícil llegar a todas. En el páramo, las ovejas parecían de color amarillo nicotina, en contraste con la nieve reciente. Nevaba mucho y se descarriaban. Will Jackson dijo a Tom que no fuera al colegio y se lo llevó a buscar ovejas perdidas. Había bajado del monte a casi todas la noche anterior, pero faltaban seis. Posiblemente habría muerto alguna a esas alturas, y a Will le pareció que Tom ya tenía edad para verlo. A Claire no le gustaría, y eso le parecía bien. Fueron en el *quad* hasta donde pudieron y lo dejaron mirando cuesta abajo antes de apearse. Llevaban estacas, palas, sacos, forraje y botellas de leche. Se repartieron la carga antes de empezar a andar por el monte. Tom ya le llegaba a Will por los hombros y era tan ancho como él, y a Will le costaba mantener el paso de su hijo. Le dijo que aflojara un poco. Voy a paso normal, abuelo, respondió Tom gritando contra el viento. Will lo mandó a la mierda y Tom se echó a reír. Siguieron adelante con dificultad, pues las botas se hundían

mucho en la nieve, que había cuajado, en dirección a un barranco estrecho en el que Will creía que podían haberse cobijado las ovejas. En la junta del concejo hubo desacuerdo sobre quién debía arreglar el puente peatonal.

Se aceptó la denuncia de la finca contra la última manifestante de la cantera y la expulsaron. Dos agentes de policía la llevaron en coche a la estación de tren con una mochila que había llenado hasta el límite de lo que podía cargar. Pidió que todo lo demás lo guardaran en un almacén y le dijeron que no podía ser. Ella se angustió. A los agentes de policía no les parecía que la mujer tuviera idea de adónde ir. Unos hombres de la finca fueron al campamento con un remolque y lo cargaron todo a cambio de la propina. Los embalses se llenaron enseguida en cuanto volvieron las lluvias, los montes se saturaron y el agua se desbordaba por los aliviaderos y volvía al río. Empezaron a salir los primeros macizos de ortigas en el camino y en las esquinas de los campos. Winnie era de las pocas que todavía cortaban las hojas más tiernas para hacer sopas y salsas. Ahora las recogía un tanto cohibida, por si alguien la veía. Los del Parque Nacional montaron en la casa del pueblo una exposición en torno a la prevención de incendios, casi toda sobre incendios provocados, para refrescar la memoria a la gente sobre la seguridad en las instalaciones y la necesidad de guardar bajo llave el material inflamable. Brian Fletcher se lo tomó personalmente y preguntó qué más se suponía que tenía que haber hecho. Hubo recortes en la BBC y a Su Cooper le propusieron un retiro voluntario. Pasó tres largas noches hablándolo con Austin. Si se quedaba, era posible que volvieran a recortar personal más adelante, y con indemnizaciones muy inferiores a las que ofrecían en ese momento. Si se iba ahora lo lamentaría toda la vida: con lo que había trabajado para llegar a donde estaba y el tiempo que había dejado de pasar en casa con los niños. Si se quedaba, algunos de sus mejores colegas se irían de todos modos, la carga de trabajo sería mayor y el ambiente cambiaría por completo. Si se iba, ¿qué haría? Podían tomárselo como un año sabático, viajar con los niños. Los niños eran muy pequeños para eso, no se los podía sacar del colegio. Podía involucrarse más en la vida del pueblo, hacer un voluntariado, buscarse un *hobby*. ¿Un *hobby*?, dijo ella. Menuda mierda. No se podía hablar de esto sin

acabar discutiendo. No tenía solución. Los *hobbies* son una mierda, repitió ella, y decidió mantener el puesto de trabajo. Se adelantaron los relojes y las tardes se alargaron. Brotaron yemas en las ramas. Gordon Jackson llevó un pedido a la tienda de Ruth, en Harefield, y llegó después de la hora de cierre a propósito. Después de descargar y de que ella firmara el recibo, se lavaron las manos y fueron arriba. Había un sofá, se desnudaron y ella se le puso encima. Nunca hablaban mucho. Eso no sucedía siempre. Él no sabía si sucedería hasta que ella le mandaba lavarse las manos. Hacía ya meses que era así, pero no pasaba a menudo y siempre lo pillaba por sorpresa. Era mayor que él, pero era fuerte. A veces se hacían cardenales. Luego, si él intentaba hablar, ella no quería. Le daba un poco igual, pero le habría gustado saber algunas cosas. Quería saber qué era eso. Nada, quizá, pero sería difícil de aceptar. Ella se recostó en el brazo del sofá y apoyó los pies en su regazo. Le pareció que se estaba quedando dormida, pero empezó a hacerle cosquillas con los dedos de los pies en el vientre de una forma que lo puso en marcha de nuevo. Cuando se fue ya era de noche y se preguntó si llegaría muy tarde para un té. Desde lo alto del páramo se veían las luces de los coches de la autopista, sin ruido, veloces, mientras el pueblo dormía.

En abril, los padres de Su Cooper fueron a pasar una temporada con ellos y, en cuanto cruzaron el umbral, los niños se les echaron encima. ¿Les traían golosinas, les traían galletas? Al padre de Su le hizo gracia la franqueza de los pequeños y se rio; se agachó a coger en brazos a Han Lee y después a Lu Sam. Austin ya estaba fuera sacando las maletas del coche. Su miraba a su padre, observando el esfuerzo que le costaba tener a los niños en brazos. La madre esperó, hasta que se agachó a abrazarlos cuando los dejaron en el suelo. ¡Dentro de poco no tendré que agacharme!, exclamó, como hacía todos los años. Su dio un abrazo a sus padres y les dijo que pasaran a la salita en el momento en que Austin entraba por la puerta con las maletas. ¿Dónde las dejó?, preguntó, y le dijeron que las subiera directamente arriba. Los faisanes habían escarbado nidos entre la alta hierba de las lindes del hayedo y, cuando empezaron a aparecer huevos, los zorros, los tejones y los cuervos se los llevaron casi todos. Los Hunter estaban levantando un nuevo murete de

pedra seca a la entrada de su casa y Liam Hooper llevaba un mes trabajando con ellos. Sean Hooper pasaba por allí casi todos los días a ver cómo iba la obra y, al darse cuenta de que Olivia Hunter bajaba a menudo con tazas de té y platos de galletas o se quedaba por allí haciendo preguntas, se propuso recordar a Liam la edad de la chica. Liam lo miró atónito y murmuró algo sobre que, al menos, eso era legal. Sean se rio a su pesar, pero le pidió a Liam que no se complicara. No vale la pena, le dijo. En el mercadillo del Instituto de las Mujeres, Winnie preguntó a Irene qué tal estaba. Lo dijo levantando la barbilla, como dando por sentado que, desde luego, estaba bien, pero Irene se puso en tensión. No me puedo quejar, dijo. Me las arreglo, ¿y tú qué tal? Winnie dijo que se encontraba bien. Añadió que se echaban de menos sus bizcochos y sus mermeladas, que hacía tiempo que no llevaba nada al mercadillo. A Irene se le subieron los colores a la cara y tardó un poco en contestar. No podéis esperarlo, dijo. No podéis esperarlo siempre. Winnie le puso la mano en el brazo a su amiga. Nadie espera nada, le dijo. Pero si puedo ayudar en algo... Irene hizo un gesto negativo con la cabeza y se separó un poco, de manera que Winnie se quedó con la mano en el aire. Gracias, añadió. Me las arreglo. Te agradezco el interés. Pero lo que hay que aguantar. Un par de águilas ratoneras describieron un círculo en el cielo, la una alrededor de la otra, sobre el páramo del embalse número 5, sujetándose por las garras y descendiendo entre aletos caóticos. Los ecologistas habían puesto en marcha un plan de control de la vegetación en las bárcenas, que consistía en llevar vacas cuernilargas a pastar, y habían ofrecido a los Jackson un contrato para gestionarlo. Los chicos estaban a favor. Habría que construir una nave nueva y comprar un tráiler grande para mover el ganado, pero les habían dado a entender que, si aceptaban, habría más contratos en el futuro. Jackson dijo que no. Cuando intentaron explicarle la importancia de diversificar la producción, hizo una gran demostración de lo mucho que le costaba hablar y al final escupió la palabra «ovejas». Lo... nuestro... son... las... ovejas, dijo. Era inútil seguir hablando. Media luna iluminaba el campo de críquet y la luz plateada se colaba entre las hojas del castaño de Indias.

En mayo nevó en las cumbres, aunque los excursionistas que pasaban por el pueblo iban en pantalones cortos. Los helechos nuevos se extendían por los montes que coronaban los embalses, densos, de color verde claro, y se trazaron planes para fumigarlos y podarlos. En el colegio, las luces de la sala de profesores estuvieron encendidas toda la noche y al día siguiente se rumoreaba que iba a ir un inspector. Cuando todo pasó, parecía que la señora Simpson hubiera pasado un mes de paridera y la señorita Dale tuvo que coger una semana de baja por enfermedad. Se recaudaron fondos para arreglar la casa del pueblo y las actividades se trasladaron a la iglesia hasta el final de las obras. Se planteó suspender las clases de yoga por lo que este pudiera tener de orígenes ocultistas, a decir de Clive. Se debatió la cuestión. Jane Hughes habló con el consejo de la iglesia sobre la mejor forma de organizarse cuando se produjera la vacante. La diócesis atiende a las necesidades de las parroquias rurales, pero deben ustedes estar preparados para un largo periodo sin vicario. Asentían, pero se daba cuenta de que les entraba por un oído y les salía por otro. Habló de la necesidad de organizar turnos de lectores y servidores de la comunión, de apalabrar ministros itinerantes, de la posibilidad de recurrir a clérigos jubilados de los alrededores. Volvió a casa y le dijo a su marido que estas gentes no estaban preparadas, que quizá no debería irse. Él le dijo que quizá debían madurar un poco, que tendrían que esforzarse una temporada, pero que ella no podía hacerse responsable de ellos eternamente. Le contestó que decir «madurar un poco» era un tanto despectivo y él levantó las manos en el aire. En el río, el guarda metió las botellas de muestreo en el agua desde el puente de la represa. Siempre en el mismo sitio y a la misma hora. Subían burbujas a la superficie mientras las botellas se llenaban, y después levantó la caja y sacó las botellas. Se quedó mirando un par de libélulas que se encontraron en la orilla. Habían visto a la niña desaparecida en la oficina de información turística, conectada a una audioguía, concentrada, con los ojos cerrados y las piernas colgando en el banco. Por lo visto llevaba zapatillas de lona.

En junio el anochecer era largo y claro. El sol, más que ponerse, se alejaba por el horizonte dejando un rastro de luz veraniega que parecía durar hasta la

mañana. No apetecía irse a dormir. Se charlaba. En los prados, los hombres de Thompson pasaban por las hileras de hierba segada con la empacadora, que reunía grandes montones de verde y les daba forma de paca apretada. El tractor se paraba cada pocos cientos de metros, la máquina hacía sus movimientos y después dejaba caer al suelo suavemente una bala perfectamente enrollada. Las palomas torcaces ponían huevos en sus nidos del hayedo y del castaño de Indias cercano al campo de críquet. Se turnaban para empollar los huevos, pero de todos modos las urracas y los cuervos les robaban muchos. En el terraplén de encima de los pozos de la mina de plomo abandonada, los tejones empezaban a salir de la tejonera antes del anochecer. Las jabalinas que tenían crías buscaban alimento y los jabalíes buscaban pareja. Hubo encontronazos. En el pueblo, algunos todavía recordaban las conversaciones de sus abuelos sobre el negocio de las minas de plomo, sobre hombres que se pasaban la vida descendiendo por pozos abiertos a mano para extraer las vetas de mineral tóxico, sobre los campos cubiertos de desechos y sobre el humo de la fundición, que a todo el mundo se le pegaba a los pulmones. El señor Wilson ingresó en el hospital para operarse de la cadera y, en su ausencia, *Nelson* se quedó en casa de Cathy. En la casa del pueblo ya casi habían terminado las amazonas de engalanar los pozos. Winnie e Irene los rociaban para que la arcilla no se secara y, cuando por fin retrocedieron para verlos bien y sonrieron complacidas, el alivio fue general, el ambiente se animó y mandaron recado al Gladstone de que preparara salchichas y puré de patata. Los chicos de Jackson cercaron a las ovejas para desparasitarlas. Will Jackson, con la jeringa dosificadora en una mano, iba cogiendo a las ovejas por el pescuezo de una en una para introducir el tubo por un lado de la boca, a fondo. Esto a veces le recordaba a cuando le administraba la medicina rosa a Molly, cada vez que se despertaba bañada en sudor. Por lo visto, la chica pasaba muchas noches en blanco. Se preguntaba si a él también le ocurría, de pequeño. Suponía que su madre no habría tenido tiempo para esas cosas. Las ovejas iban pasando en fila y enseguida se formó una fina capa de lanolina en la piel. Winnie recibió la visita de sus nietos a finales de mes y se los llevó a coger flores de saúco a la vieja cantera de la carretera principal; llenaron una bolsa de basura de esponjosas florecillas blancas y se la llevaron a casa al hombro. Los sentó en la cocina a rallar las naranjas y limones que había

comprado mientras ella limpiaba las flores y las ponía en remojo toda la noche. Al día siguiente, los niños habían perdido el interés y no quisieron apagar el televisor cuando ella añadió azúcar y zumo de fruta y lo calentó todo a fuego lento. Cuando su hija vino a buscarlos, Winnie les dio un frasco del jarabe que había hecho. Todavía estaba templado y traslúcido, y supo que no se lo tomarían. Su hija le dio un abrazo suave y un beso en la mejilla, y le dijo que volverían a verse pronto. Los niños dijeron adiós con la mano por la luna trasera del coche.

Geoff Simmons cargó el horno para la primera cochura y sacó a la lebrela a dar un paseo lento. Había sido una gran corredora, pero ahora tenía las caderas gastadas. Bajaron por la calleja en dirección a la casa de Jackson y a la carretera. Él también se rezagaba lo suyo. Entró en el pub y salió con una pinta de cerveza y un cuenco de agua. Se sentó en un banco a leer el *Valley Echo* mientras la perra bebía. Conocía a todos los que nombraba el *Echo*, pero había mucha gente a la que no situaba si la veía por la calle. No eran muy sociables. Nunca se había imaginado que fuera a quedarse tanto tiempo en el pueblo, así que no se había esforzado. Había pasado una semana en Devon con la mujer con la que salía y ella le había dicho que se quedara más tiempo. Él había contestado que tenía cosas que hacer y que debía volver. Terminó la cerveza y fue a buscar otra. Lo del horno todavía tardaría horas. Había más cosas que hacer, pero podían esperar. La lebrela se acomodó y se quedó dormida. Jane Hughes vio a Jones en el río, sentado en el banco de la entrada vallada de la cueva. Aquí, descansando un poco, vicaria, le dijo. Es un sitio bonito para sentarse, dijo ella, y abrigado. Se sentó a su lado. En el otro lado del río hubo una conmoción entre los espinos. Hay que matar a las urracas, dijo él. Se meten ahí por los reyezuelos. Jane sabía que no tenía que entrar en esa clase de cuestiones y se limitó a asentir. ¿Qué tal está su hermana? Dicen que va tirando, que se va acostumbrando. Les dije que podían mandarla aquí otra vez, pero les pareció que de momento mejor que no. Se oía ruido de maquinaria en la plantación de los Hunter y unas grajillas sobrevolaban el bosque en círculos. La tarde declinaba. Jones señaló la verja cerrada de las cuevas con un movimiento de cabeza. Pues a lo mejor fue a

parar ahí, dijo. ¿Quién?, preguntó Jane. La niña, dijo él. Registraron a fondo antes de poner la verja, ¿no? Imposible registrar a fondo, dijo él. Jane se quedó un momento mirándolo. Ya sabe, si alguna vez quiere hablar de algo, dijo en un tono ligero, mirando a la otra orilla del río. Hubo una pausa, el río discurría por encima de las piedras y entre los juncos. Míreme bien, vicaria, dijo él al tiempo que se ponía de pie. Ella miraba a las urracas, que sacaban a los polluelos de los reyezuelos del seto mientras los padres revoloteaban, alborotados, por encima. Jones empezó a alejarse, pero se volvió. No fui yo, dijo. Yo no hice nada de lo que decían. Se equivocaron. Ese ordenador estaba estropeado. Yo no soy de esos. Alguien puso esas cosas allí. Ahí se pudran todos juntos. Estaba tenso, inclinado hacia Jane, que por un momento sintió miedo.

Hubo baños en la cantera inundada y ataron otra cuerda para tirarse al agua. En la junta del concejo se presentó una moción para poner alambre de espino, además de la valla. Brian Fletcher se opuso. Encontrarán la forma de entrar hagamos lo que hagamos, dijo. Los jóvenes se creen invencibles, pero les queda mucho por aprender de nosotros. Algunos entran allí una y otra vez solo porque no paramos de decirles que es peligroso. Algún día aprenderán. Solo aprenderán si se ahoga alguien, puntualizó otra persona. Brian se encogió de hombros. Estaba en minoría y se aprobó el alambre de espino. En Cardwell suspendieron el partido porque no estaban de humor. Detuvieron al hijo de Will Jackson y a unos amigos suyos del colegio en un coche robado en el embalse número 8. Tom no se había puesto al volante en ningún momento e insistió en que no sabía que el coche era robado, pero de todos modos Will pidió a Claire que lo castigara una semana sin salir de casa. Entre la hierba seca que rodeaba el campo de críquet, los huevos de las mariposas cambiaron del blanco al amarillo y las larvas tejieron su capullo. En el embalse número 12, la brigada de mantenimiento segó la hierba del dique de la presa soltando y recogiendo una máquina segadora atada con una cuerda por la empinada cuesta. La tarea tenía algo de diversión infantil que ninguno de ellos habría querido reconocer. Cathy llamó a la puerta del señor Wilson antes de abrir con su llave y entrar. Por si acaso, dijo cuando él se lo



preguntó. La miró desde la cama. ¿Qué se imagina que podría estar haciendo para que no quisiera que me pillara?, dijo. Ella respondió que simplemente le parecía de buena educación y le preguntó si necesitaba algo antes de llevarse a *Nelson* de paseo. Contestó que le encantaría tomar un té, pero que no quería tener que soportar las consecuencias. Le preguntó también qué tal evolucionaba y él contestó que todo iría bien si la enfermera no se empeñara en sacarlo de cama para hacer los ejercicios. Seguro que sabe lo que hace, dijo Cathy. Seguro que lo ponen en condiciones de salir a pasear al perro en menos que canta un gallo, le dijo, mientras ataba la correa a *Nelson* y salía a la calle; pasó por el campo de críquet y el colegio, torció a la izquierda a la altura de la iglesia y continuó hacia el puente de caballos de carga. Cuando llegó al bosque de los Hunter apoyó la mano en la lisa piedra para colarse por el angosto paso del murete.

En septiembre se fueron las golondrinas; una mañana levantaron el vuelo desde los cables en dirección sur y cogieron velocidad rápidamente a medida que salían del valle en una formación lineal larga y regular. Una llovizna mansa llegó desde el río y remojó el pueblo, roció los campos y llegó hasta el primer embalse. El río venía remansado y con poca agua y, cuando pasó la llovizna, el sol se desvió hasta la orilla al entrar en el agua. Ian Dowsett estaba a la húmeda sombra de un haya y lanzó una mosca parda a una poza de la otra orilla. Allí había una trucha marrón, la había visto subir. La mosca se posó con suavidad en el agua y se deslizó sana y salva. Ian recogió el carrete de nuevo y esperó a que la luz cambiara un poco para intentarlo otra vez. Jane Hughes se había ido a finales de agosto y el oficio de la fiesta de la cosecha se celebró sin ella. Le tocó a Susanna Wright encargarse de la exposición. Recogió productos de las huertas, hizo gavillas de trigo y, con flores del mercado de la ciudad, arregló dos ramos muy bonitos. A pesar de la sobreabundancia de latas y paquetes, que se mandaron al nuevo banco de alimentos, la gente dijo que había sido una de las exposiciones más vistosas de los últimos años. Después del oficio, Clive la encontró y le preguntó si no sería ya el momento de volver a intentarlo con el huerto. Ella se quedó un tanto perpleja o cohibida. ¿Después del último desastre? No creo, Clive, le

dijo. Ahora tiene usted más tiempo, creo, replicó él. Todavía no me he jubilado, Clive, así que espero que no esté insinuando que soy lo otro. Bueno, la oferta sigue en pie. Hay otros que a lo mejor la cogen. Dio media vuelta para irse. Susanna le dijo que lo pensaría, le dio las gracias por el ofrecimiento y le puso la mano en el brazo. Él miró la mano como si Susanna se estuviera limpiando aceite en su manga. A William Pearson volvieron a invitarlo a salir de la junta del concejo. A veces, por la noche, se veían hogueras en los montes y no se sabía quién las encendía ni qué se quemaba en ellas.

La Noche de Gamberradas, un nutrido grupo de adolescentes mayores de Cardwell se las arregló para arrancar la marquesina de la parada del autobús y llevársela a medio camino páramo arriba. Al día siguiente proliferaban las fotografías de la marquesina en Facebook y los chicos de Jackson tardaron media mañana en volver a bajarla. Todos se preguntaban cómo había podido llegar una amoladora angular a manos de esos mozalbetes, y por qué nadie había oído nada. Irene dijo que le recordaba a aquella vez en que su difunto marido, cuando era joven, había escondido todo un rebaño de vacas. Le dijeron que ya conocían esa anécdota. En el huerto de Fletcher se recogieron muy pocas manzanas. Los frutales habían producido mucho y los habían cuidado bien una temporada, después de que se fuera el hermano de Sally, y habían sido motivo de orgullo para Brian. La pérdida de los árboles que se llevó el incendio le arrebató también el placer de cuidarlos. Se reprochó no haber superado la pereza que le daba retirar la caravana. Les Thompson salió con el *quad* a las cuatro de la tarde para recoger el rebaño y llevarlo a ordeñar. Las vacas oyeron el ruido del motor y, cuando las encontró, ya se dirigían hacia él parpadeando contra el sol bajo de la tarde. Dio media vuelta y las vacas lo siguieron; notaba el aire caliente a la espalda. No era un sentimental, pero las echaría de menos si tenía que renunciar a ellas. La suya era una de las últimas vaquerías en muchos kilómetros a la redonda. Los precios eran ridículos. Los supermercados los estaban matando. En la televisión se vieron imágenes de inundaciones, tormentas e incendios. Los gemelos Cooper preguntaron si podían apuntarse al equipo local de fútbol,

que entrenaba y jugaba partidos en los campos de la orilla del río, en la ciudad. Un sábado por la mañana, Austin los llevó allí, se fue a hacer unas compras hasta la hora de recogerlos y Su se quedó en casa, remoloneando en la cama. Fue pronto a buscarlos y, desde el aparcamiento, se quedó mirando cómo corrían con los otros niños, haciendo ejercicios suaves de recuperación. No dijeron nada cuando montaron en el coche y, cuando les preguntó qué tal les había ido, le dijeron que bien. La semana siguiente le dijeron que no querían volver y él les soltó un discurso sobre la importancia de perseverar. La tercera semana lo estaban esperando en el aparcamiento cuando volvió de las compras, mientras el entrenamiento estaba en pleno apogeo a su espalda, e insistieron en que definitivamente no querían volver más. Se negaron a darle explicaciones. Dijeron que no era por nada. Lee lo miró fijamente y le dijo que no lo entendería. Se retrasaron los relojes y las noches vencieron a los breves días. Se oían disparos de escopeta en los bosques, de dos en dos. En casa, cuando Andrew se durmió por fin, Irene llenó la bañera de agua caliente, humeante, tanto como se atrevió, puso sales y se estremeció al entrar en el baño. En el agua, siempre tenía una sensación de ligereza. Las sales dieron al baño un tono verde oscuro que casi ocultaba los cardenales de los brazos. Apoyó la cabeza en el borde de la bañera y se quedó escuchando los ruidos sedantes de la casa. El crujido de las vigas, el agua de las cañerías, la respiración ansiosa de Andrew, que dormía.

La Noche de la Hoguera se levantó una niebla espesa mezclada con el humo de la leña; los fuegos artificiales se veían en lo alto brevemente, como flashes de una cámara de fotos. En el hayedo, los zorros preparaban sus madrigueras. Las zorras cavaban en guaridas abandonadas, las reclamaban para sí y las forraban de hierbas y hojas. En el alero de la iglesia, los murciélagos, gordos, se disponían a hibernar. En la orilla del río los sauces se deshacían de las últimas hojas. Por la noche, los trenes de carga circulaban más a menudo, con una sola luz en cabeza que arrastraba tras de sí la sombra de los pesados vagones. El viudo pidió consejo sobre la poda de sus frutales a Clive y a este lo sorprendió el estado en que se encontraba todo. Los ciruelos tenían hojas plateadas de las que había que prescindir por completo. Los arbustos frutales

necesitaban un recorte concienzudo. La madera que había usado para las cajas elevadas se partía y no había rastro de gallinas nuevas. Los calabacines se habían dado bien esa temporada, le dijo a Clive. Estaba pensando en poner unas colmenas. Ese mes, unos días más tarde, Brian y Sally Fletcher invitaron a algunas personas a tomar unas copas en el Gladstone y anunciaron que celebraban su decimoquinto aniversario. A algunos los asombró que les pareciera digno de celebración, pero no dijeron nada y se sumaron a los aplausos y enhorabuenas. Pidieron otra ronda. Ellos dos se fueron pronto y, cuando iban hacia casa, empezó a caer la primera nieve del invierno, revoloteando en la luz anaranjada de las farolas y disolviéndose en el pavimento, y no parecía que fuera a cuajar en mucho tiempo. La víspera de su boda también había nevado, le recordó Sally a Brian. Cuando fijaron la fecha, la vicaria los llamó para hablar con ellos. Sabían que su boda había dado mucho que hablar, así que iban preparados para lo que la vicaria tuviera que decirles. No conocían a Sally, eso era una parte de la cuestión. Otra era la diferencia de edad. Algunos tenían la sensación de que ella se aprovechaba de él. Su familia lo había dicho abiertamente y había tomado las medidas necesarias para blindarse contra el riesgo que ella representaba. Así se lo explicaron. Le dijeron que no era nada personal, pero que tenían que pensar en las generaciones de la familia. Él no entendía lo que creían que querían decir con eso, pero le daba igual. Sally se preocupaba por él como jamás lo había hecho ninguno de ellos. Esto fue lo que le dijo a Jane Hughes cuando fueron a hablar con ella, y la vicaria batió palmas de contento. Él se avergonzó y le pidió que no contara a nadie lo que acababa de decir. No les hizo ninguna de las preguntas que temían. A ella no le interesaba saber de dónde era Sally, ni cómo se habían conocido ni por qué creía él que el matrimonio iba a funcionar. Les había hecho un rico bizcocho de limón glaseado y les preguntó si habían elegido los himnos. Hacía solo unos meses que la vicaria se había ido y los dos la echaban muchísimo de menos.

La madre de Richard Clarke ingresó en el hospital de Sheffield y algunos pensaron que no volvería a casa. Irene se hizo cargo de que no le faltaran visitas mientras su familia no estuviera en el pueblo. Organizó turnos. Vieron

a Ruth y a Susanna juntas en las huertas, cortando acebo y ramas de abeto. Jones había podado su seto a la altura de las rodillas, estaba quemando los recortes a fuego lento y el humo húmedo se derramaba sobre el pueblo. Clive estaba en su invernadero. Cayeron unos mansos copos de nieve desde un cielo plomizo, pero nadie les prestó atención. Al final de la tarde la nieve empezó a cuajar, y cuando Jones se echó los aperos al hombro ya formaba una alfombra limpia que crujía al pisarla. Había colémbolos en las planchas de conglomerado apiladas contra la pared del huerto de Fletcher y los más jóvenes hacían la primera de sus muchas mudas. Vieron a Gordon Jackson hablando con una periodista que había llegado de Londres para hacer un reportaje con motivo del décimo aniversario de la desaparición de la niña, que hablaría más del impacto que había tenido en el pueblo que de la propia desaparecida. Nuestros lectores ya saben lo que le pasó. Se imaginan lo que sufrirían los padres. Lo dudo, dijo Gordon. La periodista sonrió. Bien, de acuerdo, pero se lo pueden imaginar. Se llamaba Emma. Llevaba un abrigo largo, un pañuelo de seda y botas altas. Iba muy bien peinada, pero no paraba de colocarse el pelo detrás de la oreja. Gordon se preguntó si se quitaría el pañuelo. Le enseñó la granja, la invitó a té, le contó la situación por la que atravesaba la cría de ovejas. Cada vez que se tocaba el pelo podía oler el perfume que despedía. Cuando pareció que la conversación terminaba, él dijo que tenía cosas que hacer. Pero llámeme si puedo ayudarla en algo más mientras esté aquí. Se miraron a los ojos. Silencio respetuoso. La cosa se repetía, pero no era una rutina establecida. Más tarde le mandó un mensaje de texto y quedaron para tomar algo en la ciudad, en su hotel. Tenía más preguntas que hacerle, pero a él le pareció que el rumbo que tomaban las cosas estaba claro. Hacia el final de la tarde, Emma le dio las gracias por el tiempo que le había dedicado y dijo que tenía que madrugar. La acompañó hasta las escaleras y fue entonces cuando cayó en la cuenta de que se había equivocado. Ella sonrió y le dio las buenas noches. Él se volvió. No sabía qué hacer. Esto era nuevo.

La madre de Richard seguía en el hospital después de Navidad y, cuando llegó él para quedarse una semana, pasó casi todo el tiempo con ella. La

madre no se había acostumbrado a la vida allí. Parecía que la estancia hospitalaria la había empequeñecido. Algunas mañanas, cuando llegaba, le parecía que la cama estaba vacía. Se sentaba con ella, la mujer se dormía a menudo y él aprovechaba para ponerse al día con el correo electrónico. El personal ya lo conocía y le invitaban a té y café, y le maravillaba el buen trato que dispensaban a su madre: la llamaban señora Clarke, le hablaban en un tono que podía considerarse cariñoso, aunque sabía que no podía ser cariño de verdad. En el valle no paraba de llover. El río venía cargado de sedimentos de los montes y saltaba por encima de las represas. Se veían arañazos alrededor de la tejonera, en los montoncitos de tierra, y un rastro de hojas y hierbas hasta donde los tejones habían excavado madrigueras nuevas en el suelo. En la función representaron *Dick Whittington*, con Susanna Wright en el papel principal. El equipo de producción había elegido una versión bastante moderna, y cuando terminó hubo algunas protestas. Clive sacó el tema en la junta del concejo diciendo que le preocupaba el uso de la palabra «dick».\* Janice Green se excusó y salió un rato de la sala; cuando volvió le preguntó a Clive cómo quería que recogiera eso en el acta. Tal cual, secretaria, dijo él. Tal cual. Llovía y hacía viento. En los embalses, la lluvia batía el agua y la llenaba de crestas blancas. Hacía ya diez años que la niña había desaparecido y, aunque se hablaba poco de ella, nadie la había olvidado. Se llamaba Rebecca, o Becky o Bex. Llevaba una sudadera blanca y un chaleco azul marino. Ahora tendría veintitrés años. La habían visto en el hayedo, trepando a un árbol. La habían visto en la estación de tren. La habían visto en la cuneta de la carretera. La habían buscado por todas partes. A lo mejor había quedado con alguien y se había ido en coche sana y salva. Podía haberse caído por una sima. Podía ser que sus padres le hubieran hecho daño cometiendo un error fatal. Podía haber desaparecido a propósito o porque no tenía más remedio. La gente todavía quería saberlo.

A medianoche, cuando llegó el Año Nuevo, se incendiaron tres cobertizos en las huertas y, una vez más, ya se habían quemado por completo cuando llegaron los bomberos. En el colegio se vieron luces encendidas a primera hora, y cuando la señora Simpson se apeó del coche y entró en la sala de profesores se sorprendió de que la señorita Dale ya estuviera allí, preparando la clase y comiendo una tostada. Se miraron y la señorita Dale le preguntó si se le habían pegado las sábanas. No sé, dijo la señora Simpson. No, no sé, la verdad. Parecía confusa. Helaba mucho por la noche. En el suelo helado de los páramos una oveja resbaló y se mató y las águilas ratoneras acudieron a comérsela. El olor a humo de carbón impregnaba el pueblo un día sí y otro también. Sentado en el sofá, Geoff Simmons miraba la última tanda de cacharros, que se habían secado demasiado rápido y empezaban a resquebrajarse. Tendría que haber encendido el horno mucho antes. Hacía semanas que no vendía nada y sabía que se acercaba otra mala temporada. Quería sacar a la lebreña a dar un paseo, pero le pesaba tanto todo que era incapaz de levantarse. En el fregadero había platos y cuencos por fregar. Ella había dicho que quería verlo otra vez, pero él todavía no había sabido decirle que se había cansado. Ella quería ir y quedarse para ayudarlo a organizar el espacio en el que vivía. Así lo había dicho. Le había preguntado si no se había planteado dar clases. Le proporcionarían unos ingresos más estables, le dijo. Últimamente no le parecía tan persuasiva como al principio. En casa de los Jackson, el personal de atención domiciliaria ya solo iba dos veces a la semana. Jackson volvía a tener grandes dificultades para levantarse de la cama, pero, más que al derrame, se debía sobre todo a lo mucho que había engordado. Las adaptaciones que habían hecho en la ducha no se usaban. Cuando el día tocaba a su fin, Maisie llenaba una palangana de agua caliente, añadía jabón y un poco de aceite y la llevaba hasta la salita con manoplas y una toalla.

Llegó un chatarrero para llevarse los restos de la caravana del huerto de Fletcher, rescató el chasis y las ruedas y dejó las renegridas piezas de plástico en el suelo. No tardaron en cubrirlas las zarzas, que habían vuelto a crecer alrededor de las paredes. Los zorzales ya habían empezado a marcharse. Irene dio un largo rodeo al volver en el autobús, por detrás de la oficina de Correos y hasta el final de las huertas. Hacía buen tiempo para la época y, al llegar arriba, se desabrochó el abrigo. Vio a Jones en la calleja. Esperaba que le diera la espalda, pero la saludó con un movimiento de cabeza y se acercó a ella. La llamó. Ella se paró. Él la miró sin pestañear, esperando. Qué tiempo, dijo él. Ya no es lo que era, dijo ella, dándole la razón. Él estaba trazando una raya en el suelo calizo de la calleja con la bota. ¿Andrew se ha ido en el autobús? Ella asintió. Le dijo que lo había acompañado a la parada, que no volvería del centro hasta la tarde. Así puedo ponerme al día con el trabajo de casa, dijo, sonriendo. Él asintió. La miraba sin pestañear. Pueden ayudarla, dijo. No sé muy bien a qué se refiere, dijo ella. La casa la llevo bien. Él hizo un gesto negativo con la cabeza. No. Quiero decir que pueden ayudarla si le hace daño. Irene tuvo la sensación de que le fallaban las piernas, pero en cuanto se le pasó vio que seguía de pie. Vio a Clive cavando en su huerta. Parecía que los estaba mirando. Pero no podría oírlos. No es eso, dijo ella en voz muy baja. Es que no entiende. No tiene mala intención. Jones se levantó el sombrero, se rascó la cabeza y se lo volvió a poner. Bueno, no es asunto mío, seguro, dijo. Pero ya tuvo usted bastante con Ted. No está obligada. Jones era la última persona con la que quería hablar de eso. ¿Adónde iría?, le preguntó. No tiene a nadie. No lo entendería. ¿Y usted a quién tiene?, preguntó él. Irene tomó una gran bocanada de aire, se cerró el abrigo y se lo abotonó. Es cierto, no es asunto suyo. No pudo decir nada más. Levantó una mano para indicar que ya bastaba y siguió andando. En qué pensaba ese hombre. Qué derecho tenía.

Si bajaba la cabeza lo suficiente de la almohada, Jackson podía ver la bandera de la torre de la iglesia por la ventana y saber la fuerza y la dirección del viento, y en marzo, cuando empezó a soplar del oeste, la bandera se veía



entera y desplegada en el aire. Le recordaba a las que habían plantado en el páramo cuando buscaban a aquella niña. El seguro pagó a la comisión de las huertas por los incendios de los cobertizos y cuando los repusieron se armó revuelo. Ahora todo el mundo se dedicará a quemar cobertizos, si te lo compensan así, dijo Clive. Susanna Wright se quedó con la parcela de al lado de la de Clive. Había estado vacante poco tiempo, así que se encontraba en buen estado. La recorrieron y empezaron a hablar de un cobertizo, senderos de paso nuevos, una zona de césped con una mesa y sillas. Había un invernadero, aunque le faltaban algunos paneles y ella dijo que habría que reponerlos. Él asintió, pero puso una cara rara. Me da la impresión de que se está callando algo, dijo ella. Clive arrancó unos jirones de saco de plástico que se habían enredado entre los espinos de al lado del invernadero y empezó a enrollárselos en el puño. Una observación, nada más, dijo él. Susanna se quedó esperando. Ahora hay mucha gente que coge una parcela, dijo. Lo que más les gusta es limpiar, que esté bonita, estar ellos a gusto. Eso da mucho trabajo. Tanto que luego se les olvida sembrar. Susanna asintió. Había unos cristales rotos en el suelo, debajo de los espinos, y se agachó a recogerlos. Eso fue lo que hice mal la última vez ¿verdad? Es cuestión de prioridades, dijo él. Si se siembra a su tiempo, se coloca el mantillo, se desbroza, se riega..., es trabajo suficiente. Uno se lo pasa bien haciendo esas cosas. El mejor rincón que se puede tener en el mundo es una parcela llena de plantas sanas, cosechas para recoger y flores que nacen. No hay que preocuparse de bancos para sentarse, del césped ni de pasos despejados. ¿Fuentecitas y móviles de campanitas que suenan con el viento, Clive? La miró. Si la veo colgando por aquí uno de esos puñeteros móviles, lo descuelgo en un visto y no visto, dijo él. Susanna se rio, pero él no estaba de broma. Tomo nota. Y se lo agradezco. No quiero entrometerme, dijo él. No, por favor, entrométase cuanto quiera. La miró y le pasó los jirones de plástico enrollados. Los contenedores de basura, en el aparcamiento, dijo y, mientras daba media vuelta, ella lo oyó murmurar no sé qué de móviles que suenan con el viento. Se adelantaron los relojes y las tardes se alargaron. Los brotes de helechos asomaron lentamente en los montes y empezaron a desenroscarse hacia el cielo. Las faisanas de cría de la finca empezaron a poner y los huevos fueron transportados a la sala de las incubadoras para lavarlos y clasificarlos. La

BBC prescindió de Su Cooper con una indemnización muy inferior a la que le habían ofrecido el año anterior.

Martin Fowler estaba trabajando en el mostrador de la carne del supermercado nuevo, su hija lo llamó, le dijo que fuera al hospital y cuando llegó allí era abuelo. ¿Es que nadie me va a explicar por qué yo no sabía nada?, repetía una y otra vez, con el pequeñín de cara arrugada entre sus grandes manos. Ahora ya lo sabes, papá, dijo Ammy. No queríamos que te preocuparas. Ruth se acercó y volvió a coger al recién nacido al tiempo que le besaba la mejilla. Enhorabuena, abuelo, dijo. Le temblaron las manos sin nada que sostener. Miró la habitación. El compañero de Amy estaba sentado a un lado de la cama, mirándose los pies. Era la primera vez que Martin lo veía. No estaba seguro de cómo se llamaba. No era así como había planeado que salieran las cosas. A la mierda los planes, soltó. No tenía intención de decirlo en voz alta. Tosió y dijo que salía a tomar un poco el aire. Al niño le pusieron Luke y a Martin le dijeron que podía ir a verlo cuando quisiera. Ruth insistió en que se lo dijeran. Amy y Luke se quedarían en casa de Ruth al principio, mientras su compañero buscaba donde vivir. Martin quería saber cómo es que no lo había solucionado ya. Pero no lo preguntó. Tardó quince días en ir a Harefield llevando de regalo ropa que ya era demasiado pequeña. Era como si hubieran cambiado al pequeño por otro. El palmo de niño de ceño fruncido había desaparecido. Este otro tenía peso específico. Ruth se lo llevó arriba a dormir y Martin se quedó a solas con Amy. Era una buena ocasión para pedirle disculpas, pero la dejó pasar. Se sentaron y él se ofreció a hacer té.

Lo que Irene sabía hacer era limpiar. Por muchas cosas que pasaran o que no lograra comprender, ella seguía limpiando. Era su trabajo, naturalmente, pero además tenía el firme propósito de mantener su casa en orden. Hacía muchos años que no recibía visitas a causa de los desperfectos que había causado Andrew, y también porque no sabía cómo reaccionaría ante los invitados. Pero se esforzaba en mantener la casa como si fuera a recibir a alguien en

cualquier momento. Porque era posible que viniera alguien y no pudiera impedir que traspasara el umbral ni fingir que salía en ese momento. Podía venir alguien y ver que el ordenador de Andrew y todo su equipo se habían apoderado de la salita, del pasillo y de la cocina, con cables por todas partes y un extraño sistema de luces en el dintel de las puertas. Vería que algunos marcos estaban rotos, y también las puertas del armario de la cocina. Pero nadie podría decir que la casa no estaba limpia. Eso sí que no. Había muchas cosas que no entendía. Pero de limpiar sabía un rato. En la orilla del río, cerca de la represa, había unos arbustos de grosellas rojas y cuando florecieron, a finales de mayo, bajó desde el sendero y llenó una cesta. Se las llevó a casa y la semana siguiente pudo saborear tranquilamente en la cocina, sentada sola a la mesa, la áspera infusión roja que se hacía con ellas y que le recordaba a la primera vez que la había probado, cuando era pequeña. Era una señal de la inminencia del verano. Volvieron a bajar las Muelas de Molino del Milenio de los pedestales, y esta vez una de ellas se partió. Hubo una pelea en el Gladstone y se decía que tenía que ver con algo de Facebook. En el televisor se veían imágenes de explosiones, incendios, derrumbamientos, colisiones. Empezaron a salir habas de las huertas por sacos, y después las sacaban de la acolchada vaina y las ponían en una cazuela. La suave vaina acolchada de las habas era uno de los excesos absurdos de la naturaleza. Desenvainarlas constituía un aburrimento delicioso. Geoff Simmons cogió las piezas cocidas de la bandeja y las hizo pedazos una a una contra el suelo del taller. Lo hacía metódicamente. El ritmo lo tranquilizaba. Le había pedido que no volviera más y ella no había sabido encajarlo. Ya no había motivo para conservar el trabajo que había tocado ella. La lebrella estaba fuera, nerviosa, armando jaleo. Los fragmentos eran finos, blancos, limpios. Parecía que la mujer no había entendido el valor que tenía su trabajo para él. Estrelló los cacharros contra el suelo muy uniformemente. Fue un proceso minucioso. No perdió los estribos en ningún momento. Cuando terminó se llevó a la lebrella a dar un paseo lento y dejó la puerta abierta. ¿Qué esperaba esa mujer?, pensaba. El nivel del embalse estaba bajo y el río se remansaba entre las piedras de las orillas. Vieron a Tom Jackson paseando por ahí con Ashleigh Wright.

Por la mañana cubría los campos una bruma que en otros tiempos se habría interpretado como una señal. Jackson dio unos bastonazos en la pared y Gordon fue a ver qué le pasaba. Quería saber si nos hemos dado cuenta de que ya es tiempo de segar, informó a los demás. Le he dicho que ya nos habíamos dado cuenta. Maisie preguntó si había ayudado a Jackson a incorporarse y Gordon dijo que no, por supuesto. En su habitación, Jackson miraba la bruma que se levantaba alrededor de la torre de la iglesia y notó dolor en los hombros al pensar en una larga jornada de siega; en el olor de la savia en el campo, en los largos y serenos anocheceres que apenas se teñían de azul mientras las golondrinas salían a cebarse. Se contuvo y puso la radio. Qué fácil, ponerse nostálgico cuando no es uno el que tiene que hacer el trabajo. Mandó una oración a los chicos por la puerta. Les esperaba una jornada completa. Dejó de mirar por la ventana. La señora Simpson se jubiló del colegio antes de tiempo por motivos de salud. Se habló discretamente de lo que podía significar esto, pero no parecía oportuno hacerle una fiesta de despedida. Le mandaron muchísimas tarjetas y sus hijos le leyeron algunas en voz alta. Cooper escribió un artículo sobre ella en el *Echo*. Las semanas trascurrían, largas y sin nubes, y el sol dejaba un rastro de chamusquina en los días. La familia que vivía en Culshaw Hall puso la finca en venta. En el confín más elevado del hayedo, un tejón sujetó a un erizo panza arriba y lo desolló. Las armazones de engalanar aguantaron poco menos de una semana en los pozos, recibieron más visitas que otros años y la banda de metales que Jim Stephenson había montado en el instituto tocó todo el fin de semana. El jueves el aire había secado la arcilla y los pétalos empezaban a marchitarse. Se tomó la decisión de retirarlas. La madre de Richard volvió del hospital y Rachel pidió un permiso en el trabajo. Unos asistentes sociales iban dos veces al día para ayudarla a lavarse y vestirse, y también para comprobar que se tomaba la medicación y, aunque parecía que siempre tenían mucha prisa, Rachel se dio cuenta enseguida de que no la necesitaban. Irene y Winnie también iban casi todos los días y le ponían la cabeza como un bombo hablando de las cosas del pueblo. Tenía intención de quedarse hasta que llegara Richard, al mes siguiente, pero al final se fue antes. En el embalse número 2, unos buzos se sumergieron para trabajar en las válvulas de las compuertas al pie de las torres. La brigada de mantenimiento observaba las

pantallas en la furgoneta mientras los buzos se abrían paso en el agua. Salieron burbujas y chorros de lógamo a la blanca luz y entonces apareció la primera válvula. La voz del buzo llegaba clara y cercana desde el interior de la escafandra como si no se hubiera movido de al lado de la furgoneta. En el coronamiento de la presa los hombres sujetaban las cuerdas y miraban abajo, a la oscura superficie del agua.

Un anochecer de pleno verano, Gordon Jackson llevó a Susanna Wright a dar una vuelta en su Land Rover. Ella había dicho que le gustaría ver los aerogeneradores de cerca y él se lo había tomado como una insinuación para que la invitara. Así eran las cosas. Él nunca daba el primer paso. Esperaba a que surgieran las situaciones. Llevaba años esperando a Susanna. Una conversación rápida, una broma, una oferta de ayuda. Miradas. Pero nunca decía nada. No era propio de él. Tenía una cautela que no lo obligaba a pensar en nada. Nunca proponía nada; nunca se colocaba en situación de que lo rechazaran. Los rechazos daban que hablar, era lo que siempre le había parecido. Los que habían sufrido alguno tenían algo más que interés en ser discretos. Él se limitaba a conducir una situación hacia una posibilidad hasta que lo posible se convertía en probable y lo probable en un hecho. Un buen perro pastor nunca ladra, esa era su actitud. Miró a Susanna. Había llevado su tiempo pero por fin parecía interesada. Estaba mirando por la ventanilla con una expresión pensativa. Le habría gustado acercarse y besarle el cuello, pero se contuvo. Era una mujer atractiva y la había estado observando. Estaba sola desde hacía meses; Gordon se había sorprendido a menudo pensando en desayunar en su cocina, en pasar la noche viendo la televisión en su casa. Detuvo el Land Rover en la carretera, lo más cerca posible de los aerogeneradores, y le preguntó si así le parecía bien. Le preguntó si estaba preparada. Cruce de miradas, silencio prudencial. Seguían un esquema. Se aparearon y se quedaron mirando hacia arriba, al aerogenerador. Hacía poco viento y las aspas giraban lentamente. El sol estaba bajo y las sombras se alargaban sobre la tierra. La miró. Percibía el olor de su piel cálida y sabía de antemano el sabor que tendría. Estaba a su lado y le dijo que la halagaba, pero que no sentía esa clase de interés. La respuesta lo conmocionó pero

mantuvo el tipo. No fingió que no entendiera a qué se refería. Asintió e hizo un gesto con las manos como quien pierde una apuesta pequeña en las carreras. Se tocó la nariz como diciendo que podían guardarlo en secreto, pero ella se limitó a levantar una ceja y se alejó. Hizo fotos del aerogenerador con el móvil. Cuando volvían, monte abajo, el malestar de Gordon no se debía tanto a que lo hubiera rechazado como al temor de que ahora empezaran los rumores y se descubriera todo a pesar de su discreción. Eso no podía consentirlo. Los días ya empezaban a acortarse, pero todavía eran tan largos que en realidad nadie lo notaba. Los pichones de las palomas torcaces rompieron el cascarón y se alimentaron con leche de buche. A las ovejas empezaba a caérseles la lana del cuello y había que empezar a esquilarlas. Will Jackson fue a llevarlas a la nave con su hijo. El chico ya sabía manejarlas. Sabía acercarse y conducir las desde atrás. Sabía que entendían lo que quería decir el ruido del caldero. Trabajaron juntos tranquilamente y a la hora de comer ya las tenían encerradas. Los esquiladores estaban preparados. Desde el otro lado del valle llegaba el ruido de las máquinas de ordeñar de la vaquería de Thompson, un murmullo grave en el pesado aire de verano. Cuando la madre de Richard murió, él estaba fuera del país y tardó dos días en llegar. Sus hermanas habían acudido antes y ya habían vaciado el dormitorio, oreado la casa y organizado las cosas con la funeraria. No quedaba mucho por hacer. Le dijeron que lo comprendían. Le dieron instrucciones para los de las pompas fúnebres y no se ofrecieron a ir con él. Había muerto en la cama, según el médico, seguramente mientras dormía. Se quedó hasta el día del entierro y la vio sepultada en la misma tumba que su padre. Nos esperan algunas conversaciones difíciles, logró decir a sus hermanas. Pero ahora no es el momento, replicó Sarah.

En agosto, los murciélagos jóvenes dejaron la leche de sus madres y las colonias de maternidad se dispersaron. Las vías aéreas que utilizaban eran complicadas e invisibles. Se lanzaban por los pastos llevándose por delante escarabajos peloteros y polillas mientras los adultos empezaban a buscar pareja. En el recocado camino de piedra que rodeaba el embalse número 5 se solazaba un lución y un águila ratonera se lo llevó para dar de comer a sus

polluelos. Vieron de nuevo a Richard y Cathy comiendo juntos en el nuevo pub orgánico de Harefield. Algunos se preguntaban por qué les parecería necesario irse tan lejos. Y sacaron conclusiones. Se suspendió el críquet por causa del tiempo y el equipo de Cardwell no se quedó a tomar unos tragos, a diferencia de en años anteriores. Su y Austin Cooper celebraron su vigésimo aniversario de boda. Austin ya sabía que la reticencia de Su a celebrar esas fechas era profunda y real, pero este año lo sorprendió con una postal y una reserva en un restaurante de la ciudad. Susanna Wright aceptó quedarse con los gemelos. Cuando montaron en el coche para irse al restaurante, ambos un poco húmedos todavía y sonrosados por la ducha, Su se preparó para oír los recuerdos de Austin. Siempre se los contaba. A veces se lo imaginaba cerrando los ojos en algún momento en familia —en el bosque con los niños, en una cena con sus padres, en la función navideña del pueblo e incluso ellos dos en la cama—, guardando las imágenes para rememorarlas más adelante. Por lo visto, le gustaban más los recuerdos que los momentos en sí. Sin embargo, la miró y no dijo nada. Cruzaron el pueblo, el sol estaba bajo y refulgía entre los árboles, los últimos coletazos del verano entraban por las ventanillas. Se acordó del día en que se conocieron, cuando ella era auxiliar de producción en la emisora de radio y se presentó para colaborar en la confección de las armazones de engalanar los pozos; de pronto estaba hablando con este hombre torpe y vacilante que llevaba una bolsa llena de cámaras, dictáfonos y libretas. Le contó muchas más cosas de las que quería oír sobre el engalanado de los pozos, pero después se interesó por su labor de periodista radiofónica en la BBC y por los proyectos en los que estaba trabajando. Escuchaba mucho más que la mayoría de los hombres que conocía, en especial los periodistas. Terminado el trabajo se fueron a tomar algo y después de tomar algo se fueron a dar un paseo, y el paseo los llevó hasta la casita adosada en la que vivía él en la ciudad. La historia se había simplificado con los años, pero no había sido mucho más complicada. Ella lo miró y se preguntó si alguno de ellos podría volver a ser tan impulsivo. Aparcaron el coche y se acercaron al restaurante, y ella lo cogió de la mano. Y le hizo parar, se estiró y lo besó en la mejilla, y le dio las gracias al oído. A él lo pilló por sorpresa, la besó a su vez y siguieron andando.

En los últimos días del verano los huevos verde oscuro de las fritillarias del claro del hayedo se volvieron amarillos, después morados y finalmente grises antes de eclosionar. Las golondrinas se habían ido. Los nidos estaban en su sitio, deshaciéndose, con salpicaduras de barro, pero ahí seguirían cuando las golondrinas volvieran en primavera. La jabonera blanca medraba en los arcones de la carretera de la ciudad y las perfectas flores blancas se arrugaban a medida que la cápsula de las semillas se hinchaba. En el hayedo, los zorros jóvenes se preparaban para ir a otra parte. Le tocaba a Martin organizar la exposición de la fiesta de la cosecha en la iglesia y, a pesar de sus reiteradas promesas de no dejar a nadie en la estacada, desapareció en el último momento. Irene y Winnie se pusieron en marcha. El río se arremolinaba al pasar por el puente de caballos de carga y seguía directo hacia la represa del molino. Lynsey Smith volvió de Leeds y se instaló de nuevo con sus padres. Era temporal, nada más, pero hizo falta un camión de mudanzas para trasladar todas sus cosas. Después de graduarse había vivido en pareja, pero la cosa no había salido bien. Él era mayor que ella y trabajaba en la universidad, y decidió que la relación había concluido. Le dijo que ella era demasiado joven para atarse, que tenía que tomarse un tiempo para descubrir quién era, para salir al mundo y vivir aventuras, no para estancarse en Leeds con un profesor de Salud Pública viejo y casoso. Cuando la conversación subió un poco de tono, le dijo también que era muy acaparadora y que le hacía sentirse atrapado. Ella tardó tiempo en contárselo a alguien. Le daba vergüenza, le dijo a Sophie. Tenía la sensación de haberlo decepcionado de alguna manera. Él le mandaba un mensaje de texto de vez en cuando, pero si ella le contestaba, él ya no respondía. Sophie le dijo que tenía que pasar página. Sus padres no hicieron preguntas, pero sabían que algo se había torcido. La madre era paciente, pero el padre quería saber de qué le había servido gastar tanto dinero en la universidad. Le ofrecieron trabajar en la tienda y lo más fácil era aceptarlo. La Asociación Educativa de Trabajadores repitió italiano por segundo año, y un miércoles por la tarde el alumno más entregado puso en marcha un club de conversación en el Gladstone. Tony pidió unas cajas de Peroni en su honor. Cathy llamó a la puerta del señor Wilson y le preguntó si quería que sacara a *Nelson* de paseo, y él la invitó a un té. Sin darle tiempo ni a sentarse, le entregó la hoja de inscripción de su



campana solidaria de natación y le dijo que tenía que contribuir. Ella preguntó si tenía alternativa y él la miró seriamente. Esa pobre gente no tiene alternativa, no tienen agua potable, le dijo. Ella le pidió un bolígrafo. Él le explicó que solo podría hacer cinco largos, como mucho, y que contribuyera con cinco libras por cada uno, al menos. Ella resopló y entonces se dio cuenta de que no bromeaba. Ya le había oído hablar varias veces de esa campana por el agua potable, así que, sin darle más vueltas, se apuntó con cinco libras por largo. Bueno, ahora no se pase, le dijo. No hace falta que fuerce la cadera. El señor Wilson sirvió el té. No se preocupe. Las fisioterapeutas son buenas, pero no hacen magia. Catherine notó un olor distinto en él cuando le pasó la taza, y le preguntó si había fumado.

En las huertas, la pertinaz lluvia ennegrecía y pudría las anchas hojas de los calabacines, el perifollo silvestre se tronchaba en los setos y una alfombra resbaladiza de hojas otoñales procedentes del hayedo cubría la tierra. Clive estaba desbrozando otra vez y amontonando la maleza podrida con el rastrillo. Jones cavaba en su parcela y lo arrancaba todo. Ruth y Susanna charlaban en la de esta, bajo un gran paraguas, contemplando cómo maduraban las calabazas sobre el mantillo. La primera temporada de Susanna había sido buena. Los tomates y los pimientos del invernadero no eran gran cosa y las zanahorias no habían germinado, pero había recogido patatas, judías, calabacines y guisantes, y ahora, las brillantes y gordas calabazas. Su parcela no tenía mayor atractivo, pero ella hacía planes para el año siguiente y estaba preparada para lo que pudiera venir. Ruth la había ayudado. En casa, Ashleigh había rellenado la solicitud para la universidad y Susanna se acordó, por Rohan, de lo rápido que se le pasaría ese último año. Ashleigh había roto con el chico de los Jackson, así podía concentrarse mejor en los exámenes de acceso a la universidad, y a Susanna no le parecía que a ninguno de los dos le importara mucho. A medianoche las nubes se espesaron y la luz de la luna menguó. Hacía meses que no se veía al viudo, y Jones recogió toda la fruta que quiso. Estaban un tanto inquietos por si le había sucedido algo y hablaron de echar la puerta abajo, pero Jones confesó, cuando lo apretaron, que sabía que el hombre no estaba en casa y que él tenía la llave. Le habían ofrecido un

trabajo de profesor en una universidad extranjera, informó Jones, y se había llevado a su hija con él seis meses. Por la experiencia educativa. Jones sabía muchas cosas de ese hombre, al parecer, pero no les contó nada más. La Noche de Gamberradas una chica de otro pueblo se puso una sudadera con capucha blanca, un chaleco azul marino, unos vaqueros negros y unas zapatillas de lona y se maquilló de zombi. La llevaron a casa de sus padres y tuvieron unas palabras. Había obras en Culshaw Hall y se rumoreaba que los nuevos propietarios lo convertirían en hotel y posada. Se llevó a cabo la inspección decenal de los embalses y resultó que tres de ellos presentaban desperfectos: las barras de hierro del hormigón armado estaban al aire y el hormigón se deshacía. El *Valley Echo* publicó un reportaje sobre la campaña solidaria de natación en el que decía que el señor Wilson había hecho gala de una resistencia inusitada nadando veintiún largos. Y le daban la más calurosa enhorabuena.

En noviembre llovió sin parar y al principio la gente se lo tomaba a broma, pero la tercera semana la gente empezó a asombrarse. El páramo estaba saturado y caía agua por todas partes. Los tablones del suelo oían a tierra húmeda y todo se cubrió de una desagradable luminosidad verdosa y oscura. Les Thompson sacó a las vacas del establo y cruzó con ellas el embarrado corral. Enseguida empezó a salir vaho del apretado rebaño hacia el aire saturado de humedad. En el río, cerca de las pozas de pesca, una garza real levantó el vuelo alzando las pesadas alas y arrastrando las zancas flácidas tras de sí. Rohan Wright había estado fuera, de viaje, pero volvió a vivir en casa de su madre. Esta le preguntó por sus planes pero él no le contó nada. Pasaba mucho tiempo con el ordenador portátil, trabajando en su música. A veces veía a Lynsey en la tienda de repuestos agrícolas de sus padres o detrás de la barra del Gladstone, y hablaban de sus amigos. Sophie estaba otra vez de becaria en Londres gracias a la mediación de un conocido de su padre, y la había invitado a ir a verla varias veces. Ahora se relaciona con otra clase de gente, dijo Lynsey. Se gastaron un montón de dinero en una noche, yo no puedo llevar ese tren de vida. Para intentar cumplir el objetivo de recortar el presupuesto que se había propuesto el concejo del condado, el parroquial

aprobó apagar el alumbrado urbano entre la medianoche y las cinco de la madrugada, no sin un gran debate en el que se advirtió a Miriam Pearson que la expresión «agujero negro de Calcuta» ya no era aceptable. Por primera vez se cobró entrada para asistir al baile de la hoguera, pero no pareció que a nadie le molestara mucho. Las predicciones de que la valla del recinto se llenaría de tacaños para ver los fuegos artificiales resultaron infundadas: muy al contrario, asistió más gente que otros años. Cathy llamó a la puerta del señor Wilson y le preguntó si le daría la oportunidad de volver a sacar a pasear a *Nelson* en algún momento no muy lejano. El señor Wilson dijo que no tenía ni idea. Se quedó plantado en el umbral y no la invitó a entrar, y *Nelson* corría en círculos en el recibidor. Ella contestó que ya le había dicho que lo sentía, pero que nunca habría podido ofrecerle tanto dinero. Él replicó que era cuestión de principios, que ese dinero hacía muchísima falta y que estaba seguro de que, a la larga, ella podía prescindir de esa cantidad. Le contestó que él no sabía de qué cantidades podía prescindir ni a la larga ni a la corta y que no tenía ningún derecho a presuponer nada. Y que no se le había ocurrido pensar que firmaba un cheque en blanco. Él repitió que no era por el dinero, sino cuestión de principios y que en su juventud la gente sabía cumplir su palabra. Ella dijo: David, no soporto que vayamos a enfadarnos por esto. Él cerró la puerta, ella volvió a casa, se sentó en la cocina y unos minutos después oyó un portazo en casa del señor Wilson y lo vio cojeando por la calle con *Nelson*. Firmó un cheque por 105 libras a nombre de una campaña de solidaridad distinta, y lo metió en un sobre y lo metió en casa del señor Wilson por debajo de la puerta. Sabía que eso era una mezquindad, pero no mayor que la que había cometido él.

Un día templado de principios de diciembre, las pequeñas olmeras del cobertizo de Sally Fletcher terminaron la hibernación y las vieron cebándose en el seto de alheña, con las alas deslustradas y rotas, absorbiendo el desvaído sol. En el río, el guarda aclaró los alisos de las orillas a la altura del prado que había al pie del colegio. En el taller, Geoff Simmons preparó un baño vítreo y le añadió semillas de hierba y fragmentos de hojas que había recogido. En el banco de trabajo, bañó en la mezcla los últimos cacharros que había cocido

metiéndolos y sacándolos varias veces. Imprimía al proceso un ritmo que lo tranquilizaba. Sujetaba las piezas con ligereza y después pasaba un pincel impregnado por los sitios que habían dejado secos el pulgar y el índice. Si había una forma de no dejar ninguna marca, la adoptaba. James Broad estaba trabajando en Manchester, pero se lo veía en el pueblo de vez en cuando. Venía a escalar y traía amigos de la universidad cargados con bolsas de cuerdas y arneses y mucho dinero para gastar en el Gladstone, y parecía que siempre adivinaba cuándo iba a estar Lynsey en la barra. Se estaba forjando un nombre como gran escalador. Era famoso por la paciencia con que estudiaba las rutas, pero después las subía a una velocidad como si el puro ímpetu lo llevara hasta la cima. Escala como si persiguiera a alguien con furia, decía una revista. Los más críticos decían que no tenía fuerza para aguantar un poco en ninguna posición. El ritmo de sus ataques conllevaba unos riesgos que suscitaban tanta admiración como crítica, pero todavía no se había caído. Llevó a su nueva novia a casa poco antes de Navidad y se la presentó a su madre, cosa que ella no esperaba. A lo mejor no es tan guapa como la otra, le dijo después a Cathy, pero al menos puedo pronunciar su nombre. Parece bastante agradable. Y es negra, cómo no, pero a mí eso me da igual. James la llevó al páramo y le contó lo que había pasado con la niña desaparecida. Ella lo escuchó y le dijo que no tenía la culpa. Él asintió y respondió que siempre se lo decían. Por la tarde se encontraron con Rohan en el Gladstone. Lynsey atendía la barra. En Nochebuena llevó a su novia de vuelta a Northampton. Su madre le contó a Cathy que en realidad le daba lo mismo. En la iglesia se cantaron villancicos y la música salió flotando en dirección a la plaza.

La madre de Richard había dejado sus asuntos en un desorden total. Richard tardó meses solo en clasificar lo más elemental para la lectura del testamento, dar de baja las cuentas del banco y cancelar la suscripción a numerosas revistas y boletines de instituciones caritativas que no dejaban de llegar por la puerta. Últimamente el tiempo entre contratos era más largo y todavía no había contado a sus hermanas que había dejado el piso de Balham, que era su base de operaciones cuando estaba en el país. Sabía que querían vender la

casa y repartirse el dinero —Rachel había dicho que les hacía mucha falta el dinero, aunque costaba creerlo—, pero él les dijo que había que arreglarla un poco antes de ponerla a la venta. Lo habló una tarde con Cathy y le decepcionó no saber interpretar su reacción ni remotamente. Hubo un momento en el que podía haber dicho que le gustaría verlo más a menudo por el pueblo, o incluso que se quedara para siempre, pero se distraía con algo de su móvil y guardaba silencio. Más tarde se dio cuenta de que también podía haber aprovechado él ese momento para preguntarle si le gustaría, pero ya estaba descendiendo hacia el aeropuerto de Ginebra, abrochándose el cinturón y poniendo recto el respaldo del asiento. En Nochevieja, Cathy llamó a la puerta del señor Wilson y preguntó si quería que sacara a *Nelson* a dar un paseo. Tomaron té y bizcocho y después, a paso vivo, se llevó al perro hasta la iglesia, hasta pasado el huerto del puente de caballos de carga y hasta la orilla del río. Al llegar al bosque de los Hunter se paró y lo soltó, apoyó la mano en el murete; la piedra estaba lisa por el roce, con un brillo desvaído.

A medianoche, cuando llegó el Año Nuevo, había fuegos artificiales en las ciudades de más allá del valle, pero en el pueblo nadie levantó la cabeza siquiera para verlos. Los de los dos años anteriores habían puesto nerviosa a la gente. No había nadie en la casa del pueblo, todo el mundo estaba en la calle, a la puerta de casas y cobertizos; media docena de agentes de policía patrullaba por las calles y los bomberos estaban en alerta. Media hora más tarde pasó la tensión. Algunos lanzaron sus propios fuegos artificiales y cantaron, con retraso, la «Canción de las despedidas». Se produjo una explosión en la cantera vieja y los almacenes vacíos saltaron por los aires. Los bomberos acudieron rápidamente pero no pudieron acercarse por temor al material que pudiera quedar en los alrededores. Los edificios ardieron hasta los cimientos y por la mañana todavía se veía una fina columna de humo. Corrió el rumor de si el autor del incendio habría sido el padre de la niña desaparecida, pero al parecer tenía coartada. La policía lo comprobó. A nadie le haría gracia ser el que le pregunta una cosa así al tipo, comentó Martin. Irene tenía la casa en obras, ahora que Andrew se había ido definitivamente. Había mucho que hacer y, entretanto, se instaló con Winnie. Había que cambiar marcos de puertas y reparar la instalación eléctrica, pero sobre todo había que pintar mucho. La casa entera necesita un cambio, le dijo a Winnie. Y había que someter la cocina a una inspección de la junta de turismo. Tenía intención de abrir un *Bed and Breakfast*. Porque ¿qué voy a hacer, si no, con una casa tan grande para mí sola?, preguntó a Winnie. Me aburriré como una ostra. Me vendrá bien un poco de compañía.

Cathy llamó a la puerta del señor Wilson y le preguntó si quería que sacara a *Nelson* de paseo, y él estaba ya casi fuera de la casa antes de que ella terminara de hablar. Creo que esta mañana iremos los dos, dijo, mientras *Nelson*, con la correa puesta, se le adelantaba dando saltos. Iba mejor vestido

que nunca y había algo distinto en él; la raya de los pantalones más marcada, tal vez, o el pelo recién cortado. A la altura de la iglesia se desviaron a la izquierda, dejaron atrás el huerto y los prados al pie del puente de caballos de carga y, en cuanto cruzaron el río, Cathy le preguntó si quería parar un poco a recobrar el aliento. Él empezó a decir que no hacía falta, pero enseguida cambió de opinión; estaban al lado de un banco y, con un gesto, le indicó que se sentara ella primero. Se sentaron los dos y se quedaron escuchando el agua que se arremolinaba al pasar por el puente de caballos de carga y a los cuervos que subían y bajaban de los sicomoros. *Nelson* husmeaba entre la larga hierba de la orilla. El sol estaba alto y casi hacía calor al abrigo de las grandes peñas. Cathy levantó la cabeza hacia el cielo para admirarlo. Era el primer día del año que disfrutaba de un paseo. Se dio cuenta de que el señor Wilson estaba muy quieto a su lado. Estaba como preparado para algo. Se habían sentado más juntos de lo que creía ella, y de pronto él levantó una mano del regazo y se la puso en la rodilla. Un poco más arriba de la rodilla. Allí la dejó, relajada, y los dos se quedaron mirándola. Por un momento parecieron igual de asombrados. Ella le levantó la mano, más blanda y cálida de lo que habría imaginado, y se la colocó suavemente en el regazo otra vez. Se quedaron un rato en silencio. Mis disculpas, dijo él. Pero no se puede culpar a un hombre por probar, ¿verdad? Ella sonrió e hizo un gesto negativo con la cabeza. Es que a veces está uno muy solo, dijo, mirando al río. Lo sé, David, dijo ella en voz baja; nos pasa a todos. El río se arremolinaba al pasar por el puente de caballos de carga. *Nelson* agachó los cuartos traseros entre la larga hierba y Cathy metió la mano en el bolsillo del abrigo buscando la bolsita de plástico.

Lynsey Smith se trasladó a casa de su nuevo novio, una de nueva construcción en el otro lado del pueblo. Era mayor que ella y trabajaba de supervisor en la empresa de la cantera. Su casa era de propiedad y tenía dos coches y, aunque al principio ella creía que no durarían mucho, se había encariñado con la seguridad que emanaba. La casa estaba ordenada y sabía cocinar, y era detallista con los regalos. La animaba a solicitar plaza en la escuela de enfermería de la que tanto hablaba desde que se había graduado.

Se llamaba Guy y lo había conocido trabajando en el Gladstone. Se lo contó a Rohan una noche que fue solo al bar. Le dijo que tenía cierto encanto aunque no lo pretendía, ¿sabes a qué me refiero? Rohan asintió, aunque no tenía ni idea de por qué se lo contaba. Sabía que le interesaba, pero era como si le interesara yo, no lo que pudiera sacar de mí, ¿entiendes? Parece majó, por lo que dices, contestó Rohan. Me alegro por ti. ¿Te parece muy repentino? Creo que tienes que fiarte de tu instinto, Lynsey. Exacto, en este momento creo que es justo lo que tengo que hacer. A nuestra edad, a veces sabes estas cosas así, sin más. Por si fuera poco, me vendrá muy bien irme de casa, ha sido una tortura tener que volver. Y tú ¿qué tal? ¿Cómo va todo? ¿Qué tal está tu madre? Tu madre, dijo Rohan automáticamente. Los fondos que se recaudaron en el baile de primavera se destinaron al arreglo de las tapias del cementerio y transcurrió sin mayores incidentes que de costumbre. Se cortaron otros escalones en el terraplén que bajaba al puente peatonal nuevo de los salones de té y al cabo de unas semanas la tierra de los peldaños, a base de pisarla, estaba otra vez más hundida que los tablones con la que la habían sujetado. Una pareja de reyezuelos construyó un nido en el abeto del final del jardín del señor Wilson, pero tan alto que él no podía ver cómo entretejían hierbas y musgo.

La madre de Richard había guardado casi todas las cosas de su marido cuando él murió y, por lo tanto, Richard tuvo que clasificarlas también, además de las de su madre. Cathy le echó una mano; entre los dos vaciaron encima de la cama las cajas de papeles que había en el armario. Creo que la mayor parte de esto lo puedes tirar sin mirarlo siquiera, le dijo. En el tejado, unos obreros retejaban y rejuntaban la chimenea. Se los oía arrastrar los pies precariamente. De vez en cuando tiraban por un lado una pieza de pizarra rota, que al caer pasaba por delante de la ventana y se estrellaba en el contenedor que habían colocado a la puerta de la casa. El recuerdo del padre saltaba por todas partes: en la letra manuscrita, en el nombre de los proveedores con los que trabajaba, incluso en un ligero olor a aceite de motor y tabaco. Y, aunque ya hacía casi veinte años, Richard todavía pensaba en el día del entierro. Había ido solo a pasar el día y se sentía ajeno a todo. Cuando



se iba, vio a Cathy y a Patrick juntos por primera vez, y no pudo discernir si estaban cohibidos por eso o porque no encontraban palabras para darle el pésame. Sabían que nunca se había llevado bien con su padre. Para facilitar las cosas preguntó a Patrick por su trabajo y a ambos por sus hijos. Cathy lo abrazó con rigidez y Patrick le dio un apretón de manos. Fue la última vez que lo vio. Unos años después su madre lo llamó para decirle que Patrick se había desplomado en la calle y se ofendió bastante cuando él le respondió que seguramente quería decir «desmayado». Ni siquiera lo viste, le replicó, ¿cómo vas a saberlo? Cayó otra pieza de pizarra desde el tejado, se estampó contra el contenedor, y Cathy empezó a revisar los papeles extendidos encima de la cama. Supongo que habrá algunas cartas, dijo. A lo mejor hay algo que quieran ver tus hermanas. Sin darse cuenta siquiera, Richard le puso la mano levemente en la espalda y le recorrió la columna con los dedos por encima de la fina chaqueta de lana, saltando en cada vértebra. Ella no se puso tensa ni se apartó, como habría esperado él si hubiera pensado antes de hacerlo. Al contrario, le pareció que se relajaba con el contacto, que le acercaba la espalda un poco más. Tenía edad suficiente para ser abuela. Debería ser tarde ya para esas cosas. En el tejado, los obreros seguían sacando piezas de pizarra y tirándolas por un lado.

A principios de mayo un grupo de estudiantes que hacían una caminata solidaria se perdieron en la espesa niebla cuando volvían de Stone Sisters. Fueron a parar detrás de la cementera y cuando les señalaron el lugar en el mapa no se lo podían creer. Se produjeron incendios en los henares de los Hunter y en los contenedores de basura de detrás de los salones de té, pero no guardaban ninguna relación con los de Nochevieja. Todavía no había pruebas de que aquellos los hubiera provocado la misma persona. Los faisanes silvestres empezaban a salir del cascarón cerca del hayedo. Salían encogidos y se alejaban del nido picoteando en busca de comida y sin prestar atención a la llamada de las madres. Los gemelos fueron con el colegio a ver la oficina de información turística y, al volver, Lee quería saber lo que le había pasado a Rebecca Shaw. Lo preguntó con toda naturalidad, con una mano en la lata de galletas, y Su tuvo que mantener un tono de voz animado para contárselo.

El chico asentía mientras ella hablaba y Su pensó que ya lo habría oído todo en el colegio. Entonces, ¿qué le pasó?, preguntó el niño. No se sabe. No la han encontrado. Pero entonces no está muerta, ¿no?, dijo Lee con la boca llena. Puede que sí, dijo Su. Parece probable. Tendría que haber aparecido ya. Nadie se queda escondido tanto tiempo. Yo podría, anunció Lee alegremente. Sam y yo lo hemos descubierto. Debajo del monte hay muchos túneles, minas y demás. Puedes esconderte ahí y salir de noche a buscar comida. Puedes salir por un sitio distinto cada vez y nadie se enteraría. Puedes vivir ahí dentro muchos años si quieres. Por ejemplo, si hubiera una guerra o algo, o si te persiguieran. A lo mejor es lo que hace ella, esperar el momento oportuno para salir y darle una sorpresa a todo el mundo. ¿Cuántos años crees que tendrá ahora, mamá? Su sintió un escalofrío. Se sentó a la mesa y le puso una mano en la mejilla a Lee para que la mirase y se concentrara. Le dijo con mucha calma que no entrara jamás en las minas ni en las cuevas. Jamás. Le pidió que se lo prometiera. El chico se asustó al ver la expresión de su madre. Le prometió que no volverían a hacerlo nunca. Llovía, el río venía crecido y los espinos de los prados de la ribera florecían como espuma blanca. Los senderos estaban cuajados de perifollo silvestre y la sombra se hacía más densa al pie de los árboles. El río corría debajo del puente de caballos de carga. Richard y Cathy se asombraron bastante por la tranquilidad con que se habían llevado a la cama el uno al otro. Se imaginaron que, si lo hubieran pensado un poco —cosa que Cathy reconoció haber hecho someramente, y Richard, que se le había pasado por la cabeza—, habrían subido las escaleras a toda prisa, quitándose la ropa y chocando contra los muebles. Pero no fue así. Se planteó una pregunta con delicadeza y la respuesta fue sopesada, y después colgaron la ropa bien doblada en el respaldo de la silla del tocador, retiraron las sábanas y se taparon con ellas. Más lentos y cohibidos que adolescentes cegados en el páramo, haciéndolo todo a toda prisa. A pesar de todo no fue menos encantador. A Richard le pareció que, como hacía tanto tiempo que lo esperaban, ahora no tenían necesidad de apresurarse. No sabía si Cathy pensaría lo mismo. Cuando ella se corrió lo hizo murmurando con voz grave unas palabras que él no logró entender, con la cabeza arqueada hacia la pálida luz de la ventana. Después, Richard quiso decir algo pero ella le puso un dedo en los labios, sonrió y se quedó mirando a la ventana otra

vez. Fuera, las golondrinas o los vencejos revoloteaban inquietos. Él se dio cuenta de que a estas alturas ya debería saber distinguirlos. Sabía que ella los distinguiría. No sabía si debía preguntárselo.

En junio, Austin Cooper cumplió sesenta y cinco años y, a modo de regalo, Su aceptó ir tres días con él a caminar por Greystone Way mientras los niños estaban en la ciudad con una amiga del colegio. Hacía años que intentaba convencerla de hacer esa excursión pero ahora, que por fin había cedido, se puso más nervioso que ella. Por la mañana revisó el equipaje por tercera vez y le preguntó si estaba segura. Su se echó a reír y respondió que era ella la que tenía que preguntar eso. Le dijo que no estaba rejuveneciendo y lo empujó por la puerta para que saliera de una vez. Se detuvieron en la oficina de información turística a hacerse una foto y después se pusieron en marcha por la alargada y baja loma. Fueron de la mano un rato, pero Austin enseguida notó que necesitaba usar los dos palos que llevaba para andar. Tardaron una hora en llegar al final del primer repecho y se detuvieron a hacer fotos de nuevo. El día era claro y se veía todo el pueblo, el río y los bosques a lo largo de la carretera principal. Ante ellos, una fila de losas se extendía por el páramo, con los embalses a un lado, la autopista en el horizonte y, a lo lejos, otra fila de aerogenerador cuyas hélices giraban en un altozano. Usted primero, anciano, dijo Su sonriendo y empujándolo por la espalda, y por un momento Cooper sintió ganas de cogerla en brazos y llevársela a cualquier hondonada cubierta de brezo. Pero tenían que recorrer un gran trecho antes del anochecer y no había tiempo para esas cosas. No estaba seguro de que su espalda pudiera resistirlo. Por primera vez en diez años había pasto en Stone Sisters, la hierba nueva, verde y espesa, sin la menor señal de que el terreno hubiera sido ocupado por aquellos jóvenes con sus pancartas, sus hogueras y sus bailes. Lynsey Smith se comprometió, cosa que le sorprendió incluso a ella. Las cosas iban bien, pero no se había planteado nada más allá. Sin embargo, estaba muy a gusto con él y, cuando se le declaró, vio que él no esperaba que le dijera que no, y eso bastó para que le dijera que sí. Se hablaba mucho de la boda, que no tardaría en celebrarse. Daba la sensación de que todo iba muy rápido. Se sabía muy poco de Guy,

pero Lynsey tenía fama de mujer equilibrada que no haría ninguna tontería. ¿Os divertís juntos?, le preguntó Sophie cuando Lynsey le dijo que le preocupaba lo deprisa que iba todo. Es muy amable, dijo Lynsey. Es considerado. Retiraron las armazones de engalanar los pozos, las restregaron a conciencia y arrojaron los restos de arcilla y demás a un rincón del prado. Después las lavaron y las secaron, y dos de los chicos de Jackson se las llevaron al cobertizo de Hunter Place para guardarlas hasta el año siguiente. Olivia Hunter terminó el bachillerato y no hubo fiesta para celebrarlo. Ya sabía que la iban a suspender y había conseguido frenar a sus padres diciendo que haría un año de voluntariado en el extranjero. En realidad no tenía intención de irse, pero todavía no se le había ocurrido un plan mejor. Pasaba mucho tiempo en su dormitorio haciendo vídeos para YouTube. En las tierras de Thompson terminaron de hacer las balas y los grandes rollos verde claro salpicaban los campos.

Los embalses estaban secos y los aliviaderos se levantaban en el aire como chimeneas, buscando un nivel de agua que era difícil de imaginar que se volviera a alcanzar algún día. El sol calentaba implacable y resquebrajaba la tierra. En el hayedo, un jabalí observaba a una jabalina que daba vueltas frente a él. Los dos gruñían gravemente, como cuando comían. El macho la cubrió unos minutos al tiempo que le mordía el cogote. Había muchas huellas entremezcladas en la tierra desnuda. Algunos pichones de paloma torcaz se cayeron del nido. Otros iniciaron su primer vuelo. En la cantera vieja de la carretera principal, las linarias estaban en plena floración, bajas y amarillas como la mantequilla al pálido sol del ocaso. Rohan Wright se fue de casa por segunda vez. Llevaba meses buscando trabajo, al parecer, pero no había encontrado nada hasta que Susanna se sentó con él a rellenar algunas solicitudes. Le preguntó si quería librarse de él y ella dijo que sabía perfectamente lo mucho que lo quería, pero que no les gustaría que fuera un chico raro de esos que a su edad todavía viven con su madre. Cuando Susanna se lo contó a Cathy se rieron las dos y después Susanna, cambiando de tema bruscamente, le preguntó por Richard. Cathy agachó la cabeza para ocultar una sonrisa y dijo que bien. Que estaba bien. Que iba bien. Susanna

esperaba que añadiera algo. ¿Qué?, preguntó Cathy. No hay más. Va bien. Es un buen hombre. Pero no hay para tanto. Aunque. Susanna seguía esperando. ¿Aunque qué?, preguntó. Creo que está dándole más importancia de la que tiene, dijo Cathy. Es decir, lo pasamos bien, es un cielo, pero me da la impresión de que está a punto de hacer una tontería, como proponerme matrimonio o algo así. ¿Tan malo sería?, preguntó Susanna. Cathy puso los ojos en blanco. Ya he estado casada, dijo. No quiero repetir. Prefiero no tener que dar cuentas a nadie, ¿sabes? Quiero ser dueña de mi casa, de mis hijos, de mi tiempo. Es posible que él tenga otra idea, creo. Rohan se presentó a la entrevista, le dieron el trabajo y se trasladó a Manchester con unos amigos. Los murciélagos adultos volaban velozmente por el río y la vereda con silenciosa destreza y desaparecían tan pronto como se los veía.

En agosto, Lynsey Smith se casó por lo civil en la ciudad. El banquete se celebró en el hotel Culshaw Hall. Asistieron James, Rohan y Sophie y, después de la sesión de fotos, se quedaron en el césped intentando recordar cuándo había sido la última vez que habían estado juntos. Tuvo que ser el verano de la graduación, concluyó Rohan. Yo no llegué a graduarme, puntualizó Sophie. Cierto, dijo él, y fíjate adónde has llegado, el nuevo fenómeno de los medios. Talento natural; no existe titulación oficial para el talento natural. ¿Así lo llaman ahora? Vieron a Liam entrar en el edificio con un niño pequeño en brazos y otro un poco mayor de la mano. Los saludó desde lejos pero no se acercó a hablar. Tuvieron que esperar a que terminaran los discursos para poder empezar a comer; en cierto momento, Sophie tocó la copa de James indicándole que frenara. Él le devolvió una extraña mirada cortante. Siguió bebiendo a toda velocidad y más tarde, al anochecer, Sophie tuvo que pedir a Will Jackson que se lo llevara a casa de Rohan, donde iba a alojarse. En Cardwell se jugó el partido de críquet de una tirada por primera vez en tres años y, para no romper con la tradición, ganó el equipo de casa. Los chicos de Jackson subieron a separar a los corderos de las madres para llevarlos a un campo aparte, y los balidos se oyeron en todo el pueblo durante tres días. A mediados de mes, las noches eran más largas y frías. El rocío que se evaporaba por las mañanas traía olor a almizcle. Todavía no habían puesto

a la venta la casa de la madre de Richard y él intentaba explicar a sus hermanas que, si querían conseguir un buen precio, tenían que esperar a que las cosas mejoraran. Habían ido allí con sus maridos a pasar un fin de semana largo, ahora que los hijos ya tenían edad suficiente para quedarse con amigos, y después de una velada comiendo, bebiendo y poniéndose al día, por fin salió a colación el tema de la casa. Rachel soltó un suspiro hondo como los que Richard le había oído aprender a soltar a los doce años y Tim, su marido, proclamó que todo el mundo estaba harto de tocar esa mierda de cuestión con pinzas. Richard le dijo que si podía ser un poco más franco y Tim tardó un poco en captar el sarcasmo. Sarah dijo que no hacía falta ponerse así y Tim replicó con bastante brusquedad que lo cierto era que sí. ¿Dónde voy a vivir?, preguntó Richard. ¿Adónde voy a ir? Esta ha sido mi casa siempre. Nadie quiere echarte, dijo Tim. Pero ya va siendo hora de hablar de dinero. Además, nunca estabas aquí, murmuró Sarah. Todos conocían el valor de la casa, que los ricos y el mercado de viviendas de segunda mano habían inflado desproporcionadamente; y suponía que también sabían que, como trabajador autónomo, jamás conseguiría una hipoteca tan elevada. ¿Por qué me hacéis esto?, dijo. Salió de casa, cruzó la plaza y se dirigió al hayedo. Quería contárselo a Cathy, pero antes tenía que tranquilizarse. Si pudieran esperar un poco más, unos meses, un año. Si las cosas seguían como hasta ahora con Cathy, se irían a vivir juntos. Parecía inevitable. Después de tantos años. Pero aún era pronto para planteárselo. No quería que pensara que lo hacía solo por la casa. Quería que supiera lo mucho que ella significaba para él. Le parecía que sí podía decírselo, que estaba preparada para oírlo. Ella misma había dicho algo semejante. Si al menos sus hermanas dejaran de presionar con lo de la casa... No les había dicho nada de Cathy, desde luego. Si les contara algo, no se lo tomarían en serio.

Lynsey dejó de trabajar en el Gladstone en parte porque Guy había dicho que no le hacía ninguna gracia que estuviera siempre a la vista de todo el mundo detrás de la barra, todas las horas del día. Había solicitado plaza en la escuela de enfermería de Derby. Guy le regaló un coche más nuevo para que pudiera ir a diario sin preocuparse. Eran muchas horas de trayecto, pero ella

disfrutaba de esos ratos de soledad. Las adelfas estaban en pleno apogeo en las canteras y en los caminos, el borde de las flores moradas de largos tallos se rizaban sobre sí mismos y las semillas volaban en pequeños remolinos. Irene recibió a sus primeros huéspedes y le contó a Winnie que el fin de semana había salido bien. No hablaban mucho, dijo. Es más, me parece que no tenían ningunas ganas de hablar, una lástima. Pasaron mucho tiempo en su habitación. Pero a la hora de despedirse fueron muy halagadores. Winnie le preguntó si tenía más reservas e Irene le dijo que, desde que Andrew le había hecho la página web, la agenda se había llenado rápidamente. Seguro que lo hizo muy bien, dijo. Andrew se encontraba en una vivienda tutelada de la ciudad y, al parecer, muy satisfecho, y estudiaba un curso en la universidad. Irene iba a verlo casi todas las semanas y él le mandaba mensajes electrónicos. Ese mes, un poco más tarde, Ashleigh Wright se fue a la universidad y Susanna se quedó sola en una casa de tres dormitorios. Todo sucedió de repente y era inevitable. Fue a informarse, a ver si podía cambiarse a una vivienda más pequeña y, aunque no había nada disponible, tenía que seguir pagando el impuesto por los tres dormitorios. Pasaba mucho tiempo en la huerta recogiendo judías y las primeras calabazas y preparando la tierra para el año siguiente. En las frías tardes, a veces Ruth iba a buscarla a la huerta para cenar con ella y, si bebía demasiado vino para ponerse al volante, se quedaba a dormir. En la plantación de coníferas que estaba por encima de Hunter Place, los reyezuelos jóvenes empezaban a cebarse para pasar el invierno.

En octubre pusieron en venta la vieja casa de los Tucker y la oferta no duró ni un mes. Llegó un camión de mudanzas y vaciaron la casa. Jones cogió toda la fruta que se le antojó. Se oyeron motores de dos tiempos en las tierras de los Hunter, el silbido de motosierras cortando madera y el estrépito de ramas al caer otro árbol. En el hayedo, los zorros jóvenes huyeron en busca de territorio nuevo y muchos murieron en las carreteras. En el río, el guarda fluvial sacó los reteles del agua. Los cangrejos arañaban furiosos con las pinzas y trepaban unos sobre otros. Se oyó un repiqueteo cuando los echó en un saco húmedo. Era un lujo comerlos, aunque sus hijas ni los tocaban. En

realidad, resultaba laborioso pelarlos y extraer la carne, pero, en su opinión, valía la pena. Las golondrinas, que se habían ido hacía unos días, casi habían llegado ya a Sudáfrica y pasarían el invierno alimentándose en otros campos hasta que emprendieran el camino de vuelta en primavera. Vieron a Richard pasar varias noches en casa de Cathy, pero nadie sintió la necesidad de comentarlo. Los dos estaban en su derecho. Por la mañana, Richard se levantaba primero y circulaba por la casa sin hacer ruido mientras hacía café. Volvía a la cama, quería más. Se deseaban de una forma que él había olvidado que fuera posible, o que quizá no había conocido nunca. Estaba inquieto hasta que encajaba el cuerpo con el de ella. Cuando lo hacían en la adolescencia, arriba, en la parte más alejada del monte que dominaba el embalse número 12 y la autopista, les parecía que se volvían ingravidos, que se sostenían el uno al otro en el aire, murmurando. Ahora, treinta años después, ambos tenían más sustancia, pero no sentían menos placer. Con el peso de ella encima de su cuerpo y completamente entregado se dio cuenta de cuántas veces, hasta entonces, se había reservado algo. Con las otras, incluso en las relaciones más serias, siempre pensaba en lo que vendría después. Siempre había dado por sentado que no durarían. Se había convencido de que no estaba esperando a Cathy, pero ahora lo veía muy claro. Eso era lo que había estado esperando. El reencuentro, maduros los dos, sorprendidos por lo que todavía eran capaces de hacer. Lo que eran capaces de hacer mucho mejor de lo que habrían podido de jóvenes. Cuando lo empujaba contra el alféizar de la ventana del dormitorio y lo atraía dentro de ella, las manos enlazadas y la ventana traqueteando en el marco, veía en sus ojos que ella también pensaba en esas cosas. No hacía falta decirlas en voz alta. Así era como se lo había imaginado. Aceptación de la realidad. Mientras ella dormía, él preparaba algo de comer, se lo comían y volvían a la cama. Habría que resolver cosas, llegar a acuerdos en los meses venideros, pero de momento todo eso podía esperar. Aquella noche, cuando se estaban quedando dormidos, ella le dijo que debían tener cuidado. Se lo susurró al oído. Él creyó entender lo que quería decir.



En lo alto del páramo depositaron una corona de amapolas junto a los restos del bombardero Lancaster. Quedaban pocos en el pueblo que recordaran los años de los bombardeos, los aviones que araban el cielo, el resplandor de las ciudades incendiadas más allá del horizonte... y el olor. En la Noche de la Hoguera sucedió un accidente con los fuegos artificiales: un par de cohetes se torcieron en el blando suelo después de que encendieran la mecha y salieron disparados a la altura de las cabezas del público. Nadie resultó herido y decidieron seguir con el espectáculo. En el taller, Geoff Simmons metió las vasijas vidriadas en el horno para la segunda cochura. Llovía y caía agua por una pared. Había puesto cubos debajo de casi todas las goteras, pero las alfombras estaban mojadas. Olía a papel rancio y los cacharros tar-daban más en secarse. La lebrella se había ido y no sabía qué hacer mientras los cacharros se cocían. Abrió la puerta para que entrara aire y una cortina de agua barrió el umbral. No pasaba nadie por la calle. El río se arremolinaba al pasar por el puente de caballos de carga y seguía su camino hacia la represa del molino. Casi nadie hablaba de la niña desaparecida, pero pensaban en ella a menudo. Qué le habría ocurrido. A lo mejor sus padres le habían hecho daño sin querer, un empujón, un tropezón inintencionado y quizás, enloquecidos por el pánico, antes de echar a correr hacia el pueblo en busca de ayuda, la llevaran a un sitio en el que sabían que estaría en paz. O tal vez sus padres le hicieran daño a propósito, la empujaran, la hicieran tropezar o la golpearan una y otra vez por la espalda, y se hubiera caído para no levantarse más, y se la llevaran arriba del todo y la depositaran en algún sitio en el que sabían que jamás la encontrarían.

Richard y Cathy estaban en la cama cuando ella le dijo que creía que no debían seguir así. Lo primero que pensó él fue si no podía haber esperado a estar vestidos. Había tenido suficientes conversaciones como esa para saber por dónde iban los tiros, pero en la cama, nunca. Últimamente, ni siquiera en el mismo país que su interlocutora; y, por lo general, el argumento principal era la geografía. El de Cathy era más escurridizo. Estaban intentando recrear el pasado, le dijo. Las cosas no funcionaban así. Los dos habían cambiado mucho y, sin embargo, seguían pensando el uno en el otro como si tuvieran

dieciocho años, y a la larga, los dos se reprocharían los cambios. Ella lo sabía, por lo visto. Veía que iba a darles problemas. Pero ¿está dando problemas?, preguntó él. No, pero los dará. Quiero evitarnos a ambos que ocurra eso, quiero proteger nuestra amistad, le dijo. Él no sabía cómo llevarle la contraria. Cuando iba a vestirse, de pronto se sintió cohibido y se fue con la ropa hecha un bulto al cuarto de baño. Abrió los grifos. Cuando bajó, le dijo que no se quedaba a tomar café. Le repitió que por supuesto lo entendía. Saludó al señor Wilson, que estaba a la puerta de casa con *Nelson*, y se fue andando hasta el final de la calle. Un coro iba cantando villancicos de puerta en puerta para recoger fondos para el hospicio del pueblo, con farolillos en palos largos, echando nubecillas de vaho a la luz amarilla de las velas; las voces subían por el aire denso. Richard se quedó un momento atrapado entre ellos y tuvo que unirse a sus voces. *O little town of Bethlehem. How still we see thee lie.*

En la sala de ordeño de la vaquería de los Thompson entraron las últimas vacas del día. Los hombres estaban cansados. La poca conversación que había entre ellos había decaído y en los últimos diez minutos solo se oían los rítmicos sorbeteos y chasquidos de las máquinas, y algún que otro bufido o coz de las vacas. En el embalse, una garza real se lanzó de repente al agua y se detuvo en el momento en que iba a tocarla con el pico; enseguida se enderezó y se quedó quieta otra vez. En el hayedo gruñían los zorros. Se acercaba la época de celo y había peleas por las hembras. Aullaban y ladraban y, en la noche, sus voces despertaban un miedo ancestral. Marcaban el territorio y luchaban hasta establecer las parejas. Había colémbolos en la tierra del campo de críquet, un millón o más, mudando la piel, comiendo, moviéndose hacia la luz, y, entre ellos, una hembra puso el último huevo de su vida. Los reyezuelos se cebaban afanosamente, ocultos entre las ramas del tejo del cementerio. Vieron a Richard y Cathy en el páramo con el perro del señor Wilson, paseando mucho más allá de lo que *Nelson* solía. Parecía que le daba igual. Richard explicaba a Cathy por qué no era mala idea intentar mantener una relación. Eran económicamente independientes; ya habían estado juntos y había funcionado, y eso todavía duraba; los dos eran del

pueblo, ese era su sitio, y ambos tenían una idea de qué casa podrían compartir. Enumeró estos motivos contándolos con los dedos. Llevaba ya un rato hablando. Ella lo hizo callar. Richard, le dijo. Esto no es como presentar una licitación para un contrato. Lo sabes, ¿verdad? Richard se echó a reír y entonces comprendió que se lo había dicho en serio y no supo adónde mirar. Todavía tenía doblado el meñique para señalar el quinto argumento. Empezaba a dolerle, pero no podía aflojar.

A medianoche empezaron los fuegos artificiales en el valle vecino; el pueblo estaba en tensión y no lanzaron ninguno. Hasta el día siguiente no se descubrió que las antiguas casetas de deportes acuáticos del embalse número 7 humeaban, estaban chamuscadas. En la televisión se vieron imágenes de una búsqueda pública de otra adolescente desaparecida; los voluntarios, con la cabeza gacha, formaban una fila sobre la falda de un monte. En la función de Navidad presentaron *Cenicienta*. Se sabía que la habían ensayado poco y mal y que Susanna había tenido que convocar a gente nueva en el último momento; el público estaba tan nervioso como los actores. Cuando Olivia Hunter se adelantó para dar comienzo a la narración no habían apagado todavía las luces de la sala y había gente moviendo mobiliario de un lado a otro. Tuvieron que apuntarle dos veces en los primeros minutos, pero el placer de estar en el escenario le daba tanta energía que a nadie pareció importarle. ¡Mucho cuidado!, anunció, rebotando expectación, ¡aquí viene ya la malvada madrastra! Tras una larga pausa, Les Thompson entró en escena arrastrando los pies, con una barba incipiente, maquillado, sin la dentadura postiza e incluso incapaz de recordar sus primeras palabras. El público tardó un buen rato en tranquilizarse lo suficiente para que el actor pudiera oír al apuntador. Nadie sabía que él haría ese papel, y disfrutaba tanto interpretándolo, entrando y saliendo en las escenas sin concesiones al guion que todo el mundo lo pasó en grande. Eclipsó por completo a Ruth Fowler y a Susanna, que se habían quedado con el papel de las hermanastras a última hora y habían trabajado mucho su diálogo, basto y picado, y al final de la función Les se vio rodeado de gente que quería hacerse una foto con él. En la fiesta que siguió, Gordon Jackson se puso a hablar con Olivia y la felicitó por lo bien que había mantenido la calma en medio del caos. Le dijo que hacía falta mucha madurez para no desmoronarse en esas circunstancias. Sin pensarlo, alargó una mano y le colocó un mechón suelto detrás de la oreja.

En las huertas había poco que cosechar, aparte de unas pocas verduras duras de invierno: hojas de espinaca de gruesas venas, puñaditos de mostaza, un mantillo amarillento de col rizada. Había helado mucho. En el hayedo, los zorros estaban en silencio. Habían preparado las guaridas, que estaban calientes y convenientemente forradas, y las zorras se quedaban allí a oscuras. Amueblaron la vieja casa de los Tucker con enseres de casa de verano, renovaron la instalación eléctrica y lo remozaron todo, pintaron las maderas de un gris verdoso claro. El jardín de delante se arregló de forma que no requiriera mucho mantenimiento. Pusieron macetas con grava y hierbas variadas, una mesa con bancos incorporados y una estufa de exterior. En el hayedo, la nieve perfilaba la silueta de los árboles, y el sol que se filtraba entre las ramas la desprendía. El río acumuló palos y hojas debajo del puente de caballos de carga y saltaba con furia por encima de la represa. Interrogaron otra vez al padre de la niña desaparecida y lo detuvieron. Las garzas reales reconstruyeron los nidos. El martes de Carnaval, el señor Wilson invitó a Cathy a tortitas. Tuvo que ayudarlo a levantar la sartén de hierro hasta el quemador, pero después insistió en que ella se sentara a la mesa, que él la serviría. La primera tortita se pegó y la tiraron al suelo para *Nelson*. La segunda quedó bien, pero *Nelson* se puso tan pesado que el señor Wilson también se la dio. Ella partía los limones en la tabla mientras el señor Wilson hacía una montaña de tortitas y las metía en el horno para que no se enfriaran, y cuando terminó se sentaron los dos y se las comieron. Jean hacía unas tortitas estupendas, le contó, rizadas por el borde. ¿Sabe cómo digo? Cathy asintió y *Nelson* se acercó y le puso la cabeza en el regazo; ella dijo que nunca había sabido hacerlas así. Después de la merienda salieron a pasear en dirección al pueblo, con *Nelson*. Para variar, se quedaron en la calle principal y luego fueron hacia las huertas y el hayedo. En la plaza, el señor Wilson dijo que se paraba en el Gladstone a tomar algo y que los esperaba allí hasta que volvieran, y Cathy le preguntó si le dolía la cadera. Le dijo que no demasiado, pero que, a esas alturas de la vida, tenía derecho a no pegarse la caminata hasta el páramo. Ella se rio y, mientras daba media vuelta para irse, él se inclinó un poco hacia ella e hizo un gesto que seguro que antaño se llamaba quitarse el sombrero. Ella respondió con un gesto de la mano y dejó

que *Nelson* tirase de la correa en dirección a la senda que cruzaba el hayedo hasta la oficina de información turística y la turbadora altura de los montes.

Vieron a Cooper a la puerta de la carnicería, medio arrodillado, apretándose los puños contra el pecho. Cuando Su llegó al hospital, ya estaba sentado en la cama. Un susto nada más, dijo con voz ronca, y ella replicó en un susurro que, como volviera a hacer una cosa así, le enseñaría lo que era un susto de verdad. Las ortigas crecieron alrededor del roble caído del patio de Thompson, la madera tenía manchas blancas del sol. Una bandada de zorzales levantó el vuelo desde los saúcos de la orilla de detrás del colegio, salió del valle y se dirigió al noreste, hacia los embalses, los montes, el Mar del Norte, Noruega. Sally Fletcher convenció a Brian de que la dejara criar gallinas en el huerto viejo y le pidió a Will Jackson que le construyera un gallinero. Will le dijo que las gallinas lo escarbarían todo para asegurarse de que el terreno era seguro, y ella pagó a los gemelos Cooper para que se llevaran los restos de la caravana. Llenaron seis sacos de trozos de plástico y jirones algodonosos de colillas. Martin vio a Les Thompson en el supermercado nuevo del pueblo, haciendo cola en la caja con una cesta de la compra. Nunca lo había visto allí. Cuando Les se fijó en el precio de un litro de leche le pidió a la joven cajera que se lo leyera en voz alta. Se quedó mirándola un buen rato, se guardó el billetero en el bolsillo y salió dejando la compra a medio embolsar, y a la joven cajera, perpleja. Una luz intensa cruzaba lentamente el páramo reflejándose en barrancos y surcos inundados y se intensificó un momento hasta que las nubes se cerraron del todo.

En abril se vieron las primeras golondrinas pasando en vuelo rasante por los pastos en los primeros momentos del anochecer y atrapando los insectos que asomaban con el rocío. Y sin embargo el zumbido de un helicóptero al cruzar el cielo nunca era solo el zumbido de un helicóptero, sino todo lo que había significado una noche. Gordon fue a cargar madera a Hunter Place y lo vieron junto a la furgoneta hablando con Olivia en los descansos. Se levantó una estacada a lo largo del lindero de la floresta de Stone Sisters y Cooper

encontró una nueva solicitud de una compañía extractora. La casa de la madre de Richard se puso en venta, se vendió al cabo de un mes, Richard tardó un fin de semana en vaciarla y después dejó las llaves en la agencia. Pensó en ir a ver a Cathy antes de irse a la ciudad, pero al final cogió el coche, pasó de largo por su calle y siguió hacia la cantera, el bosque y la curva del río de la carretera principal. Los brotes nuevos de los helechos estaban enroscados, prietos, esperando el momento de desenroscarse. El señor Wilson murió después de una breve enfermedad e invitaron a Jane Hughes a celebrar el entierro. Cathy se llevó a *Nelson* a su casa.

Su Cooper llevaba los ejemplares del *Valley Echo* en una gran bandolera y los repartía por el pueblo. La bandolera pesaba y tardó toda la tarde en terminar el reparto. Austin intentó convencerla de que podía hacerlo él, pero estaba agotado de tanto trabajar para poder imprimirlo. Ella era la que había prestado atención a los consejos que le habían dado después del infarto, y ella era la que se ocupaba de que los siguiera. Hacer ejercicio moderado, comer sano, dormir. Nada de ir por las calles empedradas del pueblo cargado con la bandolera. Era estricta con él, tal como el médico le había advertido que quizá debería ser. Resultó fácil. No tenía la menor intención de permitir que se agotara trabajando nunca más. Llovió y el río creció. Los embalses se llenaron. Todos los días, a última hora, Maisie Jackson llenaba una palangana de agua caliente, añadía jabón y un poco de aceite y se la llevaba a la salita con manoplas de franela y una toalla. Cuando Jackson la veía aparecer ponía una cara que expresaba tanto cariño como desprecio. Ella lo pasaba por alto, le retiraba las sábanas, le desabrochaba el pijama y escurría la manopla empapada en agua caliente. Mientras lo lavaba, él miraba fríamente a la ventana y a los montes lejanos. Los zorzales se habían ido de la pradera de detrás de la iglesia.

En los prados de la orilla del río crecían los cardos, que asentían con sus cabezuelas rosadas y llenas de pinchos cuando pasaba alguien por allí. En la casa del pueblo se preparó la plantilla para las armazones de engalanar los

pozos, se colocó en su sitio y se marcaron los contornos en la arcilla. Irene supervisó el trabajo y, con un movimiento de cabeza, indicó que ya podían retirar la plantilla de papel. En los campos de Thompson, cargaron las balas enrolladas en un remolque largo y bajo y se las llevaron al patio para amontonarlas y cubrirlas con redes. Les Thomson observaba atentamente mientras lo hacían. En las huertas, los espárragos del señor Wilson asomaban la cabeza entre la apretada tierra negra. Una semana después, Clive cortó los dos primeros puñados y dejó el resto para que creciera cuanto quisiera y asegurara la siguiente cosecha. James Broad se cayó y se rompió una pierna escalando en las estribaciones de Black Bull Rocks, y el equipo de rescate tuvo que ir a buscarlo. Cuando la noticia llegó a oídos de Lynsey, se tomó el día libre en la escuela y fue a hacerle una visita. Al llegar lo encontró dormido y se quedó unos minutos mirando la escayola de la pierna y los hematomas de los brazos. El movimiento de los párpados. Acercó la silla un poco más a la cama y James se despertó. ¿Qué? ¿De prácticas?, dijo. Ella volvió a mirarle la pierna. Hay que cambiar ese vendaje, dijo, pero yo no pienso tocarlo. Seguramente tendrás un humor maligno. La miró. ¿Un humor? Sí, James, un humor. Es una palabra de medicina. Y además hueles mal. Así que la escuela de enfermería va viento en popa, ¿eh?, le dijo. Seguro que sacas buenas notas en el trato con los enfermos. Estupendamente, dijo ella. Va estupendamente. Y ¿qué tal la escalada? Bien, sí, dijo él. Se me da bien. Lo que no se me da tan bien es la caída. Ella se rio por fin y, cuando se rio él, se estremeció de pronto y dejó de reírse. Lynsey se sobresaltó. ¿Las costillas?, le preguntó. Muy bien, enfermera. Sí, las costillas. No me las he roto, pero están algo jodidas. Ella no dijo nada. Se levantó, se inclinó lentamente sobre él y lo besó en la boca. No tenía intención de hacerlo, pero en cuanto empezó no supo cómo parar. Él la besó también y le puso una mano en la cara. Ella retrocedió. No llegó a limpiarse los labios, pero como si lo hubiera hecho. Lynsey, dijo él. James, no. Parecía que iba a decir algo más, pero cogió el bolso y se fue.

La primera vez que Gordon Jackson se acostó con Olivia Hunter se acordó vívidamente de aquella vez en el monte con la madre de la joven. Al



principio dudó. Tenía la voz parecida, aunque menos que decir. También parecía no saber lo que quería tan bien como su madre. Pero estaba claro que quería algo y no sería justo sacar a colación sus dudas. Sus padres no estaban en casa y no había nadie en los pajares reconvertidos. Llevaba ya un tiempo tonteando con ella y habían llegado a un buen punto. Ella se desnudó casi nada más entrar en el dormitorio. Daba gusto verla, pero su mirada parecía incomodarla. Se arrodilló en la cama. Tenía la piel muy blanca. Tensa. Gordon se creía en buena forma, pero en comparación con ella se sintió mayor. Ella estiró el brazo y lo agarró por el cinturón. Él la agarró por un hombro y la tumbó. Ella lo besó con tanto ímpetu que lo levantó de la cama. Por la ventana abierta entraba un olor a espliego machacado y el ronroneo de un *quad* en el monte. En las coníferas, las águilas ratoneras llevaban comida a los nidos, los polluelos crecían rápidamente y cada día pedían más. En las huertas se recogieron las patatas tempranas, claras y suaves como huevos de gallina en la tierra cálida y oscura.

Agosto fue muy seco y sin viento, se levantaba polvo en los campos y aumentaba el temor de un incendio en los montes. Los pichones de las palomas torcaces salieron del nido y emprendieron su primer vuelo batiendo las alas desde los árboles antes de desplegarlas y planear torpemente hasta el suelo. Los tejones pasaban la mayor parte de la noche fuera de la madriguera y correteaban más cerca de los confines de su territorio. Lo marcaron y por la mañana aparecieron montañitas de heces blandas. En el taller, Geoff Simmons envolvió cacharros en papel de seda y plástico de burbujas y los guardó en cajas de cartón. Quienes habían hecho el pedido creían que se trataba de jarrones, jarras o tazas, pero para él no eran más que vasijas vacías. Etiquetó las cajas y las llevó hasta el final de la calle, a la oficina de Correos. Ahora siempre dejaba la puerta abierta de par en par. La casa de los Jones estaba vacía. No se sabía con certeza adónde se había ido Jones ni se ponían de acuerdo en cuándo lo habían visto por última vez. Pero la casa siempre estaba a oscuras, y cuando las hojas que caían atascaron el canalón, la lluvia empezó a colarse por debajo del alero manchando el revocado. Seguía llegando correo, que se amontonaba detrás de la puerta de cristal. Enseguida

se descartó la idea de que pudiera estar dentro, muerto. Pero Brian Fletcher sabía dónde estaba su hermana y, cuando preguntó, le dijeron que seguía yendo a verla, y entonces dejaron de pensar en el asunto. Que hiciera con su casa lo que quisiera, dijeron. Irene fue un par de veces a limpiar el jardín de la entrada y mandó desatascar los canalones. En el campo de críquet se perdió el partido contra Cardwell.

En septiembre, Rohan y James llegaron de Manchester, y Sophie, de Londres, y quedaron con Lynsey para pasar el día. Lo habían acordado en Navidad y habían tardado todo ese tiempo en organizarlo. En un principio habían pensado ir de paseo, pero James todavía iba con muletas, así que fueron a dar una vuelta en coche. Quedaron en Hunter Place un domingo por la mañana y se sentaron los cuatro a desayunar café y cruasanes en la barra. Stuart trabajaba fuera, pero Jess se acercó a hacer preguntas y a decir que parecía que era ayer cuando eran adolescentes y se subían a esos mismos taburetes. Supongo que no os daría tiempo a ver unas fotografías ahora mismo, ¿verdad?, preguntó. Tengo unas cuantas preciosas de vosotros el último día de instituto. Fueron amables, pero dijeron que tenían prisa. Se quedó mirándolos desde el umbral mientras se metían en el coche de Sophie. La cocina se estremeció de silencio detrás de ella. Olivia ya había salido y no volvería hasta la noche. Dio media vuelta y recogió los cacharros de los desayunos. Los cuatro del coche pasaron por delante de la oficina de información turística y pusieron rumbo a las carreteras de acceso a los embalses más lejanos. No tenían ningún plan concreto. Sophie le preguntó a James por la gravedad de su fractura y él respondió que no era un lisiado total pero que no podía andar más de tres kilómetros. Pero mejorará con el tiempo, ¿verdad? Si no hago tonterías. ¿Como caerte en Black Bull Rocks, por ejemplo? Sí, exacto. Si no hago esas cosas nunca más todo irá bien. Y ¿también si no te tiramos al suelo y saltamos encima de tu pierna? Claro, eso tampoco sería bueno. Entendido. Solo quería asegurarme. Sophie entró en la nueva carretera de acceso a los aerogeneradores y aparcó en la cima. Desde allí se veían siete embalses, escalonados, en dirección al pueblo y al río y, en la otra dirección, la autopista. El viento sacudía el coche. Así se pasará la

resaca, dijo Rohan, y abrieron las portezuelas. James necesitó ayuda para no caerse con las muletas y Lynsey y Rohan se pusieron uno a cada lado para protegerlo un poco del viento. Recorrieron la cresta. Las hélices de los aerogeneradores fustigaban el aire. El viento rasgaba las nubes y las desperdigaba y la luz parpadeaba alrededor. Lynsey se agarró del brazo de James apoyándose en él levemente al caminar. Iban despacio los tres. Sophie estaba impaciente, se adelantaba a grandes pasos volviéndose de vez en cuando para hacerles fotos con el móvil; después esperaba a que llegaran. La carretera se convirtió en vereda y la vereda en sendero estrecho, y James empezó a estremecerse. Avistaron las antiguas casetas de deportes acuáticos en la cima del embalse número 7. Hicieron un alto y James dijo que ya no podía más. Se acercaba mal tiempo por la autopista y decidieron dar media vuelta. Bueno, no ha sido precisamente *Iron Man*, pero no está mal para ser el primer intento, dijo Rohan. A ver si la próxima vez llegamos un poco más lejos, ¿eh, James? James apretaba los dientes de malestar y no respondió. Lynsey no le soltaba el brazo. La primavera que viene, dijo Sophie, haremos toda la ruta de Greystone Way, los cuatro. ¿Toda entera? Eso es una excursión de diez días por lo menos. Entonces, resérvatelos ya. No te asusta, ¿verdad? Es mucho tiempo fuera de casa, dijo Lynsey. No dijo que a Guy no le haría ninguna gracia, pero todos entendieron. Cuando llegaron al coche se habían puesto de acuerdo en que lo harían la siguiente primavera, pero la única que lo creía de verdad era Sophie. Volvieron a su casa para que Rohan y Lynsey cogieran sus coches y se fueron a la ciudad, a comer en el pub de la orilla del río. La tormenta había pasado y el tiempo les permitió sentarse fuera. Rohan habló un poco de su música y Sophie intentó explicar los objetivos de la *start-up* en la que trabajaba en Londres. A Lynsey le sonó el móvil un par de veces y a la tercera o cuarta dijo que tenía que volver a casa. De pronto James señaló, alarmado, algo que había en la otra orilla. No había nada, pero, mientras Rohan y Sophie se volvían a mirar, se inclinó hacia delante y besó tiernamente a Lynsey en la mejilla. Ella negó rápidamente con la cabeza y él sonrió. Vamos, dijo, y se quitó los zapatos y los calcetines y los dejó encima de la mesa. No esperó a que los demás hicieran lo mismo ni contó hasta tres, pero cuando llegó cojeando a la orilla ya estaban a su lado, descalzos, Sophie y Rohan sujetándolo cada uno por un brazo y ayudándolo a

bajar el terraplén. Lynsey le llevó las muletas. Aunque era el final del largo verano, el agua llegaba tan fría del monte que cortaba la respiración, y todos empezaron a cruzar conteniéndola. Se pararon a medio camino. Tenían que irse cada uno por un lado desde el aparcamiento, y a tres de ellos los esperaba un largo camino. No querían marcharse todavía. El agua les lamía los tobillos y se arremolinaba debajo del puente. En el jardín del bar, un mirlo picoteaba las migas debajo de su mesa. El río estaba frío, seguía su curso, y ellos se levantaron y miraron hacia lo alto, hacia los montes.

Los días se acortaron y la luz se hizo densa y perezosa. Se recogieron los muebles de jardín. Los cardos de las orillas del río se erigían, altos y marrones, arañando el aire con su rigidez. Al final del día se veían las últimas polillas en el hayedo, durmiendo boca abajo entre las hierbas de los márgenes del sendero. El sol descendía por detrás del monte cuando Les Thompson sacó a las vacas de la sala de ordeño para llevarlas al prado de noche. Después cerró la verja y volvió a la vaquería a limpiar. El olor metálico de la lluvia que se acercaba inundó el aire, que se volvió bochornoso y cargado. Hubo como un hormigueo antes de que cayeran las primeras gotas gruesas, que llegaron como si las hubieran soltado. Susanna Wright renunció al alquiler del Close y se fue a vivir con Ruth Fowler en el piso de encima de la tienda de Harefield. Ahora llevaban ya meses, y a los que se dieron cuenta solo les pareció que ya era hora. No lo anunciaron a bombo y platillo, pero tampoco se tomaron la molestia de ocultarlo. Siguieron trabajando cada una en su parcela. Irene tenía mucho trabajo en los pajares reconvertidos de Hunter Place cuando había cambio de huéspedes. Primero metía en bolsas la ropa de cama y abría las ventanas para orear los colchones. Barría, pasaba la aspiradora y fregaba yendo y viniendo entre los tres apartamentos, a medida que los suelos se secaban. Cantaba mientras trabajaba. Habían pronosticado lluvia, pero de momento el aire era templado y traía la frescura del brezo. En la habitación pequeña del último apartamento rezó una oración, como siempre desde hacía años. Sintió la eterna necesidad de mirar debajo de la cama. Cambió todas las sábanas y los edredones, puso cestitos de bienvenida en el fogón de las cocinas y flores frescas en jarras y jarrones. Cerró las

ventanas y las puertas con llave. Era una tarea sencilla, pero procuraba hacerla bien. La gente sabía que podía confiar en ella. Se guardó las llaves en el bolsillo y se fue por el camino de entrada aplastando la grava con los pies. Todavía faltaba una hora para que llegaran a su casa los huéspedes del *Bed and Breakfast*. Tiempo suficiente para sentarse. Un lujo bastante raro, todavía.

En las huertas, las primeras heladas perfilaron la cosecha de invierno y resquebrajaron la tierra. Cathy creía que Richard seguiría en contacto con ella después de vender la casa de su madre, e incluso que podría haber encontrado motivos para volver al pueblo. Pero no había dicho nada y cuando lo llamó por teléfono sonó un tono extraño, como si estuviera en el extranjero. No respondió hasta la tercera vez que lo llamó y, después de hablar unos minutos, le dijo que lo echaba de menos. Se había dado cuenta de que lo echaba de menos, le dijo. El río bajaba crecido y turbulento, repleto de tómalos para los que sabían dónde mirar. Ian Dowsett estaba en el canal entre represas de molino, colocando una ninfa plomada entre las piedras y esperando el momento de lanzar. El frío ya le calaba a pesar de las botas. Ya no tenía la resistencia de antes para estar metido en el agua tanto rato. El nivel de los embalses era alto y el viento que barría el valle levantaba olas por encima de las presas. Al pie del tejo del cementerio de la iglesia los reyezuelos se apiñaban unos con otros para defenderse del frío. Todavía se recordaba a la niña desaparecida. La niña se llamaba Rebecca, o Becky o Bex. La habían buscado por todas partes. La habían buscado en las naves de las ovejas de la granja de los Jackson, moviéndose entre el intenso olor de los asustados animales, subiéndose a los pajares y metiéndose detrás de las balas de heno, y fuera, en la oscuridad, respiraban a grandes bocanadas el aire fresco mientras avanzaban por el campo hacia otros cobertizos. La habían buscado en las cuevas y en las canteras, y en los embalses y por los montes. Fue inútil. Algunos todavía soñaban con ella. Soñaban que cogía un autobús para ir a la estación, que se subía a un tren que corría sin control y descarrilaba. Otros, que llegaba corriendo a la carretera y se encontraba con un hombre que se la llevaba en coche a un transbordador. Otros, que corría

sin parar hacia la carretera, hacia la estación de autobuses, hacia una ciudad llena de posibles escondites. Otros, que la encontraban la noche en que desapareció al tropezar con ella en el páramo al anochecer y la ayudaban a volver con sus padres. En los sueños, los padres daban las gracias brevemente y la gente murmuraba que no había de qué.

Las nubes se deslizaban por delante de la cara de la luna y la luz plateada de los campos entraba y salía de las hondonadas. Un mirlo se movía bajo el seto del señor Wilson, picoteando entre la hojarasca en busca de comida. En el río, el guarda rompió el hielo de la represa del molino para que los niños no cayeran en la tentación de pisarlo. Tenía un tubo de andamio bastante largo para golpearlo y bastaron unos pocos intentos para resquebrajarlo. Bloques de hielo cristalino quedaron flotando en el agua negra. En el alero de la iglesia, los murciélagos hibernaban replegados sobre sí mismos y el ambiente era tranquilo. En el taller, Geoff Simmons se lavó las manos después de la jornada de trabajo, la arcilla endurecida se disolvía en chorritos lechosos que se iban por el desagüe, quedaba atrapada en el filtro de debajo y el agua subía clara hasta la salida y se derramaba limpiamente por la alcantarilla abierta del exterior. Las varas de las mimbreras de la tierra de los Hunter brillaban, rojas y doradas, en la difusa luz invernal. En la iglesia se cantaron villancicos, había velas encendidas y olía a tejo y acebo recién cortados. Molly Jackson cantó sola unos versos de «Noche de paz», le temblaba la voz ligeramente y sus padres la miraban desde lados opuestos de la nave. Cuando terminó, todo el mundo miró el papel para recordar la letra de la siguiente estrofa. El sonido de la canción salió a la noche, bajó al río, al colegio y alcanzó el campo de críquet. El río, cristalino y vacío, se arremolinaba debajo del puente. Había nubes, la noche era oscura y la gente transitaba por las calles con la cabeza gacha. Las luces de las casas brillaban cálidamente y las conversaciones del pub se derramaban por la plaza. Se oyó ruido de portezuelas de coche, alguien dijo buenas noches y la luz de los faros barrió la carretera hasta más allá de las huertas, más allá del hayedo y de la oficina de información turística y más allá, entre los montes. Los montes eran siluetas oscuras. Los embalses eran una lisa lámina gris metálico. En la cantera, la cuerda colgaba

por encima del agua. Desde la cama, Jackson escuchaba los villancicos de la iglesia. Noche de paz, noche de amor.

## **Agradecimientos**

Bamford Quaker Community, Barbara Crossley, Benjamin Johncock, Chris Power, David Jones, Edward Hogan, Éireann Lorsung, Fairholmes Visitor Centre, Gill O'Neill, Gillian Roberts, Helen Garnons-Williams, Jane Chapman, Jin Auh, Julian Humphries, Katrin Moye, Katy Wakelin, Kim Day, Mark Day, Matthew McGregor, Matthew Welton, Melissa Harrison, Nicky Wilkinson, Nicola Dick, Nigel Redman, Peak District National Park Media Centre, Richard Birkin, *Rosie Garton*, Sarah-Jane Forder, Comisario Jonathan Morgan, Tracy Bohan.



## **Agradecimientos de la traductora**

La traductora agradece la inestimable y generosa colaboración de las siguientes personas:

Loli Cardeñoso Sáenz de Miera, por el asesoramiento en vocabulario general. Félix García Rodríguez, por el asesoramiento en léxico de ganadería. Tolo Cardeñoso Sáenz de Miera, por el asesoramiento en vocabulario de pesca con caña. Jon McGregor, por la guía que me ha brindado en todo momento.

A todos ellos: gracias por vuestra sabiduría y vuestra paciencia.

«Las cosas podrían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así.»

MIGUEL DELIBES

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *El embalse 13*. Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com), en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en [www.facebook.com/librosdelasteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide), donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



\* *Well-dressing* es una fiesta de carácter rural que consiste en adornar las fuentes, manantiales, pozos, etc., con armazones decoradas con flores, plantas y otros motivos. (*N. de la T.*)

\* *Mischief Night*: en el Reino Unido se celebra el 30 de octubre, la víspera de Halloween. (*N. de la T.*)

\* La *Bonfire Night* o *Guy Fawkes Night*. En Gran Bretaña se celebra el 5 de noviembre. (N. de la T.)

\* La obra está inspirada en un personaje real, sir Richard Whittington, pero el diminutivo del nombre (Dick) es además una forma vulgar de referirse al pene. (*N. de la T.*)

## Nota biográfica

Jon McGregor (Bermudas, 1976) es autor de cuatro novelas: *Si nadie habla de las cosas que importan* (2002, ganador del premio Somerset Maugham), *Tantas maneras de empezar* (2006), *Ni siquiera los perros* (2010, ganadora del premio IMPAC) y *El embalse 13* (2017, ganadora del premio Costa), y de dos libros de cuentos. Ha sido tres veces finalista del Man Booker, la primera vez con tan solo veintiséis años, y la última por *El embalse 13*. Es profesor de escritura creativa en la Universidad de Nottingham.

## Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *El embalse 13*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com) encontrará más información):

[Sigo aquí](#), Maggie O'Farrell

[Los sueños de Einstein](#), Alan Lightman

[La novena hora](#), Alice McDermott